A. TOVAR Y J. M. BLAZQUEZ

HISTORIA DE LA HISPANIA ROMANA

ALIANZA EDITORIAL

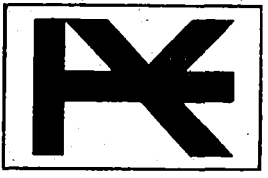
La conquista y romanización de LA PENINSULA IBERICA DESDE 218 a.C. HASTA EL SIGLO V es estudiada por ANTONIO TOVAR y JOSE MARIA BLAZQUEZ como un complejo proceso a través del cual Hispania entró en la corriente universal de la historia; a su vez, las luchas y sublevaciones de los pueblos sometidos forzaron a Roma a idear nuevos procedimientos de administración y dominio que servirían de cimiento al futuro imperio. Dividida esta HISTORIA DE LA HISPANIA ROMANA en cuatro grandes secciones, la primera describe el desarrollo de la conquista desde los conflictos púnicos hasta la guerra de los cántabros y astures: Sagunto, la expulsión de los cartagineses, la rebelión de Indibil y Mandonio, Numancia, la sublevación de Viriato, la derrota de los pompeyanos, etc. La segunda parte estudia el desarrollo de la romanización, desde la dinastía julio-claudia hasta las primeras invasiones francas y germanas en el siglo III y durante las dos últimas centurias del Imperio. Las religiones paganas (las creencias indígenas, las deidades mistéricas y semíticas y el culto imperial) y la difusión del cristianismo constituyen el tema de la tercera sección. El volumen se cierra con un largo estudio de la vida económica y social de la Península bajo la dominación romana.

El libro de bolsillo Alianza Editorial

A. Tovar y J. M. Blázquez:
Historia de la Hispania Romana

La Península Ibérica desde 218 a. C.
hasta el siglo v

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Sección: Humanidades

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1975
Segunda edición en «El Libro de Bolsillo»: 1980
Tercera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1982

CREATIVE COMMONS

© T. Tovar y J. M. Blázquez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1975, 1980, 1982
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-1565-X
Depósito legal: M. 29.909-1982
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

Prólogo

Creemos servir a una necesidad de la cultura en nuestra lengua con este libro, que presenta a los lectores de nuestro tiempo el proceso de la romanización, determinante de modo decisivo de la historia ulterior de nuestra Península.

El interés con que nuestra época considera en primer lugar los hechos económicos y sociales no nos ha arrastrado a desconocer la importancia de la historia de campañas, conquistas y sangrientas pacificaciones. Lo uno está íntimamente unido a lo otro, y los que hemos vivido la historia contemporánea sabemos que junto a la intrahistoria silenciosa de las gentes que nacen, se reproducen y mueren, y son los átomos de la historia económica y social, está la crónica sangrienta de generales, políticos y reyes, que sería erróneo desconocer.

Los dos autores responden del conjunto de la obra, pero han de declarar que pertenecen a A. T. la primera parte y a J. M. B. la tercera y la cuarta. En la parte segunda son de J. M. B. los apartados I 4 y 6, y II 3; el resto de esta parte es de A. T.

Madrid, septiembre de 1974

Primera parte
La conquista romana

1. *La situación de Hispania a finales del siglo III a. C.*

La Península presentaba un cuadro muy variado en cuanto a su distribución etnográfica y a las características de civilización en cada región. Había fuertes contrastes entre los pueblos indoeuropeizados que predominaban en el centro y oeste y los que en la costa oriental y en el valle del Guadalquivir habían recibido las influencias civilizadoras del Mediterráneo; en el sur tenemos una cultura urbana profundamente arraigada, mientras que en los Pirineos y en todo el noroeste sobreviven pueblos con modos de vida muy primitivos. De una parte, un gran desarrollo de la vida urbana al modo de las altas culturas del Oriente, por otra, una distribución por tribus y aldeas, como en el interior de la Europa primitiva. Por un lado, economía monetal; por el otro, rudos pastores guerreros que sueñan con el saqueo de las ciudades y de los campos cultivados en el sur. Bajo el influjo de los colonizadores, la minería, la pesca y ciertos cultivos, como los cereales, el olivo y el

vino, se desarrollan conforme al patrón mediterráneo de griegos y púnicos, mientras que la carne de los ganados y la caza y el pan de bellota es el alimento de los guerreros del áspero interior.

Estos desequilibrios se traducían en una situación dinámica, en la continua amenaza de los pueblos pobres del centro contra los más ricos y civilizados de Andalucía y de la costa oriental. Pero la influencia de los colonizadores venía desde hacía siglos interfiriendo el mutuo juego de estos factores.

Sin entrar en el tema de las relaciones prehistóricas innegables que determinaron el progreso de la parte oriental y meridional de la Península, abierta hacia las influencias civilizadoras, a lo largo del último milenio anterior a nuestra era tenemos una verdadera penetración directa e indirecta de púnicos y griegos. En la segunda mitad del milenio los griegos se baten en retirada en el sur.

La escritura llamada ibérica, en variantes que tienen de común el uso de signos alfabéticos (vocales, *n, r, s, l*) junto a signos silábicos (*ba, be, bi, bo, bu, da* o *ta, de* o *te*...), se encuentra en toda la costa, desde el Algarve hasta Béziers en el sur de Francia, y podemos suponer que nació y se desarrolló, quizá con un desconocido elemento silábico arraigado en el II milenio, bajo la influencia combinada del alfabeto griego y de la escritura fenicia, es decir, en una región donde ambas influencias coexistían antes del siglo VI, lo que nos lleva a la costa meridional.

Es posible que la exclusión de los griegos no fuera en la costa meridional tan completa como se supone generalmente. El puerto de Menesteo, en la bahía de Cádiz, parece con su nombre probar relaciones directas con Atenas en el siglo V, lo que está de acuerdo con las menciones numerosas de los pescados andaluces en las comedias áticas de la época. Por otro lado, la escritura jónica usada para la lengua ibérica en la región de los contestanos (plomos de Alcoy y de Mula) prueba el arraigo de la cultura griega allí.

De todas maneras, y con la decisiva importancia que la colonia griega de Ampurias tuvo para el desembarco de los romanos, en la política mundial del siglo III Hispania figuraba más bien en la órbita de Cartago. No nos corresponde aquí estudiar los orígenes y desarrollo de esta dominación, pero bajo la iniciativa de Amílcar y Asdrúbal Barca casi toda la España urbana, con su economía (minería, agricultura y pesca), se encontraba en manos de los cartagineses. Fuera de su poder quedaban los pueblos del interior, y contra ellos ya Amílcar inició una acción enérgica, en la que hubo de perder la vida.

La vigilancia del dominio púnico en España era en Roma un asunto de larga historia, y realmente acredita, si no un tempranísimo y casi increíble interés por la Península, al menos una desconfianza y recelo de largo alcance frente al engrandecimiento de Cartago.

2. *Hispania entra en el horizonte político de Roma*

El primer tratado entre Roma y Cartago (508 a. C.) excluía a los marselleses y demás aliados de Roma de la navegación al oeste del cabo Bello, hacia Orán, frente a Cartagena. En 348 a. C. se hizo otro tratado (Polibio III 24, 1), por el que se ponía Mastia de los tartesios, hacia Cartagena, como límite meridional a las actividades piráticas y a la fundación de colonias de los romanos y sus aliados. Así quedaban las costas del sur de la Península exclusivamente reservadas a los cartagineses, mientras que en las del este, los romanos, es decir, sus aliados griegos, principalmente los de Marsella, podían establecerse y comerciar. Colonias griegas como Hemeroscopio, Alonis, etc. no aparecen citadas en Escimno, por lo que pudieron fundarse después de ser escrito este tratado.

A. Schulten (*FHA* II 67) supone que el desconocimiento en que los griegos se hallaban acerca de las

costas del sur es consecuencia de la prohibición de navegar por aquellas aguas, reservadas a los cartagineses. Sin embargo, a partir de 340 se nota un fortalecimiento de Marsella, que venció en batalla naval a los cartagineses (Pausanias X 8, 6 y 18, 7); pocos años después Piteas realiza sus grandes navegaciones atlánticas, más allá del estrecho de Gibraltar.

La decadencia de la dominación púnica en Hispania se prolongó por largo tiempo al parecer, o se acentuó, como piensa García y Bellido, durante la rebelión de los mercenarios [1], pero es bien sabido que el empobrecimiento de Cartago tras su derrota en la primera guerra mundial en que se enfrentó con los romanos no hizo sino despertar el interés por la Península.

Polibio (II 1, 5, cf. Diodoro XXV 10) nos informa de que enviaron a las columnas de Hércules a Amílcar Barca, que «restableció el dominio de los cartagineses sobre Iberia». Tras nueve años de actividad militar y política, consolidó la situación, dominando la región minera de Linares y hasta la costa de Murcia y Almería. Dejó así un verdadero imperio militar vinculado a su familia, de modo que el gobierno de Cartago, cuando él sucumbió en la lucha, nombró sucesor a su yerno Asdrúbal.

Que los romanos veían con preocupación el próspero imperio cartaginés restaurado en la Península, rica en minerales, lo prueba una embajada (Dión Casio XII, fr. 48 Boissevain), la cual en 231 visitó la Península y se encontró con la arrogante ironía de Amílcar explicando sus conquistas como único medio de pagar a los romanos las cuantiosas reparaciones de la primera guerra púnica.

Es posible que la presencia de Amílcar en la región alicantina, donde precisamente iba a morir luchando con los oretanos, suscitara esta embajada como protesta de los romanos, si es que podía interpretarse que el límite en Mastia del tratado de 348 impedía a los cartagineses, como supone A. Schulten (*FHA* III 13), extenderse hacia el norte.

Asdrúbal, tras vengar militarmente la muerte de Amílcar, inició una política de alianzas con los indígenas, se casó con una princesa del país y creó la «Ciudad Nueva», la Cartago de España, con el destino de que fuera la capital del imperio colonial (Polib. II 13, 1, Diod. XXV 12), con su magnífico puerto militar.

Con los romanos celebra en 226 un nuevo acuerdo por el que sin duda se hace reconocer el programa de expansión hacia el norte, ya que su compromiso de no pasar el Ebro en son de guerra (Polib. II 13, 7, III 27, 9) significaba para los romanos no sólo reconocer las conquistas cartaginesas hasta el cabo de la Nao, sino el abandono de las ciudades griegas y aliadas de la costa valenciana (incluso Hemeroscopio y Alonis). Este cambio de la política romana se debe, como dice Polibio (II 13, 5, cf. Schulten *FHA III* 17), a la seguridad que buscaban los romanos con concesiones a los cartagineses ante la inminencia de la guerra con los galos en el valle del Po. Hallazgos de monedas romanas en un puerto catalán, como Ilduro (Mataró)[2], por ejemplo, acreditan relaciones comerciales antes del desembarco en Ampurias, y si no la presencia de barcos romanos, al menos la difusión del patrón monetal de la Urbe y su prestigio en la zona de influencia griega.

Por lo demás, por ignorancia de la geografía o por mala fe, los romanos iniciaban una política peligrosa. Parece que los saguntinos, antes de que Aníbal tomara el mando (Polib. III 30, 1), es decir, en seguida del tratado de 226, habían entrado en relación de clientela con los romanos. Que Sagunto se citara en el tratado, como pretende hacer creer la versión romana (Liv. XXI 2, 7), no es creíble, pues entonces no se hubiera podido producir el fatal incidente que desencadenó la segunda guerra púnica. La versión del tratado que transmite Polibio (II 13, 7) no hace alusión a Sagunto y se limita a decir que prohibía a los cartagineses pasar el Ebro.

En 221 sucumbía Asdrúbal, víctima de la venganza de un celta, cuyo caudillo había sido condenado a muerte por el cartaginés.

3. *El choque entre las dos grandes potencias de Occidente: Sagunto*

Al hacerse cargo Aníbal del imperio cartaginés en Hispania procedió con extraordinaria energía, pues estaba convencido de que la guerra con Roma era inevitable. Extendió en dos campañas (221 y 220 a. C.) el dominio cartaginés en la meseta del Guadiana y el Tajo, tomó la capital de los ólcades, Althaia o Cartala, que fue borrada del mapa para siempre, y penetró en la cuenca del Duero contra Salamanca, Ledesma y Arbocala. Buscaba sin duda soldados para su futura expedición, y en su necesidad de acumular recursos, aspiraba quizá ya a las legendarias arenas auríferas del Sil y del Miño. Venció sobre el Tajo a su regreso a los carpetanos y extendió el dominio cartaginés a buena parte de la Península.

Con estas victorias resaltaba más el insulto que era la alianza de los saguntinos con los romanos (Polib. III 14; Liv. XXI 5). Los saguntinos se hallaban precisamente entonces amenazados por un pueblo vecino al que sin duda azuzaban los cartagineses. Las fuentes llaman a este pueblo turdetanos, túrdulos o turboletas: formas que quizá encubren la denominación antigua de la actual Teruel. Los saguntinos acudieron a Roma, pero Aníbal no podía aceptar la advertencia de los romanos de que no se mezclara en los asuntos de Sagunto, pues el Ebro era el límite de la zona de intereses de Roma según el tratado vigente. Los argumentos de los romanos (Polib. III 29) eran bastante sofísticos: que el tratado con Asdrúbal era válido y que no se había cerrado una lista de aliados; que podían hacerse por una y otra parte nuevas alianzas; que el tratado dejaba a salvo a cada una de las dos partes para proteger, según se había acordado al final de la primera guerra púnica, a sus aliados.

Aníbal se dirigió contra Sagunto y en ocho meses (marzo a noviembre de 218) superó la dura resistencia de la ciudad y la destruyó. Cuando el asedio comenzaba ya, el senado romano aún estaba discutiendo el problema

jurídico de sus obligaciones respecto de Sagunto (Livio XXI 7).

Aníbal aplicó la más moderna y eficaz técnica contra las murallas, a la vez que combatiendo con valor personalmente fue herido por arma arrojadiza desde la muralla. La superioridad cartaginesa era grande en cuanto al número de combatientes, y las máquinas derruían las murallas, pero los saguntinos se defendían con gran valor.

Una embajada romana llegó ante Aníbal y, según nos cuenta Livio (XXI 9), no fue recibida por él, con el pretexto de que no podía ofrecerle ninguna seguridad en su puesto de mando, en medio de una lucha tan difícil. Acudieron entonces los embajadores a Cartago, donde el entusiasmo bélico arrebató a casi todos los miembros del consejo de ancianos. En vano Hanón, jefe del partido de la paz, habló contra el espíritu belicista de los Barcas. El senado cartaginés respondió a los embajadores que la guerra la habían iniciado los saguntinos y no Aníbal.

Los embajadores romanos llegaron a su capital, tras el rodeo por Africa, casi al mismo tiempo que las noticias de la destrucción de Sagunto. La defensa valerosa de los saguntinos, que oponían sus pechos cuando la muralla era barrida por la poliorcética de Aníbal, no podía sino retardar su ruina. Aníbal por fin ofreció la ciudad a la rapiña de sus soldados, y los defensores, agotados, se encontraron con que sus muros iban cayendo, y la ciudad estrechándose tras las murallas improvisadas que levantaban en la defensa desesperada. Ni una pasajera ausencia de Aníbal para hacer una breve campaña contra oretanos y carpetanos significó un respiro para los sitiados, ni conversaciones de paz en los últimos momentos (Livio XXI 12-14) impidieron que los jefes de la ciudad organizaran en la plaza la quema de sus tesoros y bienes, mientras que desde una parte del castillo, que tenían ya conquistada, se lanzaban los cartagineses a una lucha sin cuartel. Los saguntinos quemaron sus casas con sus familias dentro y murieron

defendiéndolas. Los supervivientes fueron presa de los soldados y reducidos a esclavitud.

Entonces una nueva embajada romana se dirigió a Cartago para exigir la desautorización de Aníbal por la metrópoli o, en caso contrario, declarar la guerra. Los cartagineses se atuvieron a la interpretación de que Sagunto no se mencionaba en el tratado, y las hostilidades quedaron abiertas entre las dos grandes potencias (Liv. XXI 18).

4. *Aníbal marcha a Italia. La respuesta romana en España*

Los embajadores romanos que habían ido a Cartago a declarar la guerra se cuenta (Liv. XXI 19, 6) que pasaron a continuación a Hispania a tratar de estorbar el paso de Aníbal a Italia. Aunque esto sea una invención (Schulten *FHA* III 43 s.), refleja la preocupación de los romanos ante los planes, sin duda no guardados en secreto, de Aníbal.

El general pasó el invierno en Cartagena, concedió un amplio permiso a sus tropas hispanas y dio a su hermano Asdrúbal instrucciones para el gobierno del imperio en Iberia; intercambió tropas hispanas con africanas, para asegurar con mercenarios extranjeros la tranquilidad de Libia y de Hispania, y dejó una escuadra, que luego vamos a ver que no sirvió de mucho, para la defensa de la Península (Polib. III 33 y 35, Liv. XXI 21 s.). Polibio pudo, según cuenta, leer en una inscripción que el cartaginés dejó en el templo de Juno Lacinia, en el sur de Italia, información con cifras exactas de todas estas disposiciones. Visitó Aníbal también el famoso santuario del Hércules fenicio de Cádiz, en religiosa peregrinación para cumplir votos hechos por sus triunfos pasados y ofrecer otros nuevos.

En la primavera de 218 salía Aníbal hacia el norte, y después de cruzar el Ebro llevaba las armas cartaginesas más allá de donde nunca habían llegado. Sometió a ilergetes y a las tribus de ausetanos y lacetanos, y

puso a Hanón al frente de estas comarcas de Aragón y Cataluña para asegurarse las comunicaciones (Liv. XXI 23). Pasó los Pirineos, donde desertaron 3.000 carpetanos, a los que fingió haber despedido para que las demás tropas no se desmoralizaran, y licenció a otros 7.000 hispanos inseguros. Acampó junto a Iliberi (Elne) en el Rosellón, después de haber seguido probablemente el camino de la Cerdaña, subiendo por el Segre, ya que las fuentes nos dicen que cruzó por el territorio de los bargusios, arenosios y andosinos.

Comenzaba así la extraordinaria aventura militar que iba a llevar al cartaginés a las puertas de Roma. En esa campaña las tropas hispanas fueron parte muy importante del ejército púnico. Las fuentes literarias lo afirman una y otra vez, y alguna inscripción ibérica, o mejor, celtibérica, se ha hallado para confirmarlo en los campos de batalla italianos [3].

Los romanos comprendieron que era urgente quitarles a los cartagineses sus apoyos en Hispania, y el mismo año decidieron destinar a esta empresa al cónsul P. Cornelio Escipión con una escuadra de 60 naves (Polib. III 41, 2). Cuando éste decidió enfrentarse en Italia con Aníbal, que ya había pasado los Alpes, ordenó a su hermano Gneo que abandonara las ya inútiles posiciones que la escuadra ocupaba en las bocas del Ródano y se dirigiera con dos legiones a Ampurias (agosto de 218 a. C.); éste luego hizo nuevos desembarcos en la costa catalana. Inició Gneo las hostilidades contra los cartagineses incluso en el interior, y en Cissa (que parece luego se llamaría Tarragona), en el primer choque, consiguió una victoria considerable, con mucho botín. Parte de los territorios al norte del Ebro, donde los cartagineses no habían echado raíces, fueron incorporados a la alianza romana, e Indíbil, aliado de los cartagineses cayó prisionero (Polib. III 76, Liv. XXI 60 s.).

Tuvo que acudir a remediar aquella difícil situación en el nordeste el propio Asdrúbal Barca y, después de algunas escaramuzas, fijó un frente en el Ebro, sin poder impedir a Gneo Escipión que estableciera sus cuarteles de invierno en Tarragona e iniciara así la historia de

aquella ciudad como capital romana. Sobre la antigua muralla ciclópea se levanta una muralla de sillares romanos.

La pobreza de la primitiva agricultura del país mantenía a las tropas expedicionarias dependientes de Roma para el aprovisionamiento. Las dificultades que ofrecía esta situación se notan en lo que sabemos de que la escuadra romana que traía víveres para el ejército de Cataluña fue apresada en el puerto de Cosa, antes de que pudiera dejar las costas de Italia (Liv. XXII 11, 6).

No pudieron los romanos tomar la ciudad de Hibera, a la derecha del Ebro en su último tramo (Liv. XXIII 28), pero derrotaron al ejército de Asdrúbal que acudió en socorro de ella. La batalla fue un desastre para el cartaginés, principalmente por el poco espíritu de sus tropas hispanas, que retrocedieron al primer choque (Liv. XXIII 29).

Quizá hay que poner en relación otra batalla naval en las bocas del Ebro (Polib. III 95, Liv. XXII 19 s., cf. Schulten *FHA* III 62 s.): Asdrúbal Barca envió las 30 naves que le había dejado su hermano, con otras 10 más, y se encontraron allí con la escuadra romana reforzada por la de los masaliotas. Los cartagineses llevaron la peor parte y perdieron sus naves.

No es creíble que los romanos avanzaran hacia el sur ni que las Baleares buscaran su protección (Liv. XXII 20). Y menos lo que la misma tradición analística (*ibid.*, cf. Schulten *FHA* III 66, Polib. III 97, 2) cuenta de que los romanos llegaran ya entonces a la región de Cástulo.

En todo caso, las hostilidades de Indíbil y Mandonio en la región del Ebro limitaron las actividades romanas por tierra y atrajeron a los cartagineses. Sin duda no es cierto lo que dice Livio (XXII 21) de que los celtíberos se rebelaron entonces contra los cartagineses, buscando la soldada de los romanos.

En 217, después de desempeñado su año de consulado, llega a Hispania Publio Escipión (Polib. III 97 s.), y con los refuerzos que él trae pasan los romanos el Ebro y avanzan ya en el dominio cartaginés en dirección

a Sagunto. Acampan en un lugar cercano a esta ciudad, que había sido reconstruida por los cartagineses, y en cuyo castillo guardaban los rehenes de las tribus hispanas sometidas. Un indígena llamado Abilux, al que los cartagineses habían confiado la custodia de éstos, engañó al general cartaginés Bostar y puso en manos de los romanos a todas aquellas personas que eran prenda de fidelidad del imperio cartaginés. La devolución de estos rehenes fue hábilmente utilizada por los romanos para quebrantar el predominio cartaginés en la Península (Polib. III 97-99, Liv. XXII 22). Es más que posible que en estas versiones tengamos interesadas leyendas.

Por lo demás, el territorio al sur del Ebro era considerado poco seguro por los romanos, y en lo sucesivo cada invierno éstos volvían a sus bases en Cataluña (Schulten *FHA* III 71).

En 216, el año del desastre romano en Cannas, los Escipiones, Publio con la escuadra y Gneo por tierra, salen de sus cuarteles y emprenden una gran campaña. La situación de Asdrúbal en España se hace difícil: a costa de muchas súplicas había recibido de Cartago un refuerzo de 4.000 infantes y 1.000 jinetes, pero el poder marítimo cartaginés en las costas de Hispania estaba gastado, y los nuevos capitanes de las naves que mandó hacer se pasaron al enemigo y provocaron una rebelión en el país de los tartesios, donde aparece un jefe llamado Chalbus (Liv. XXIII 26). Parece que el castigo impuesto por Asdrúbal a los marinos, a quienes hizo responsables de la derrota en las bocas del Ebro dos años antes, le había enajenado las voluntades de los expertos navegantes de la costa del suroeste.

Los rebeldes se apoderaron de la ciudad de Ascua (o bien de Oscua, en el valle del Betis), donde Asdrúbal tenía sus almacenes, pero el triunfo les hizo descuidar la disciplina y al fin fueron aniquilados por las tropas cartaginesas. Los turdetanos hubieron de someterse de nuevo, si bien el rumor de que Asdrúbal preparaba su marcha a Italia, en socorro de su hermano Aníbal, mantenía la situación inestable (Liv. XXIII 27).

Un nuevo general, Magón, otro hermano de Aníbal, fue enviado desde la metrópoli con naves y soldados (Liv. XXIII 32). Por su parte, los Escipiones comunicaban a Roma buenas noticias, lo que podemos interpretar en el sentido de las amplias perspectivas que abría a Roma la crisis del imperio cartaginés en la Península, pero pedían socorros en dinero y vituallas, pues el país no podía sostenerlos (Liv. XXIII 48).

Todos los generales cartagineses en la Península: Asdrúbal, Magón y otro Aníbal, hijo de Bomílcar, fueron a sitiar a la ciudad de Iliturgi, que se había pasado a los romanos. Parece que éstos pudieron socorrerla a tiempo, y cuando los cartagineses acudieron a poner sitio a otra ciudad fueron derrotados. Livio, que es quien da estas noticias (XXIII 49), no merece sin embargo mucha fe. Por otro lado, la identificación de esta Iliturgi con la famosa de la región de Andújar es problemática (Schulten *FHA* III 80).

Parece que los cartagineses veían claro (Dión Casio en Zonaras IX 3) que Hispania era la clave de la guerra. Por un lado les convenía que Asdrúbal pudiera pasar a Italia en socorro de Aníbal, pero era necesario entretener a los Escipiones en la Península e impedirles que pasaran a Africa. Los Escipiones no se arriesgaban en batalla decisiva para no permitir que Asdrúbal se fuera a Italia si ellos eran vencidos.

Repetidas veces se nos dice que las vicisitudes de la guerra en la Península se traducen en defecciones de soldados hispanos en Italia, los cuales se pasaban a los romanos. Más tarde, en 212, los Escipiones envían 300 hispanos notables a Italia para qué atrajeran al bando romano a los soldados de Aníbal.

La situación en 214 comenzó mal para los romanos, pues antes de que comenzaran su campaña al sur del Ebro, Magón y Asdrúbal consiguieron vencer en una gran batalla a los hispanos que se habían sublevado (Liv. XXIV 41). Sin embargo, la versión patriótica de los anales pretende que la llegada de los romanos en audaz marcha hasta Alicante (*Castrum Album, Akra*

Leuke) mantenía a muchos hispanos en rebeldía contra los cartagineses.

Publio Escipión, sigue diciendo la misma tradición, fue liberado de una situación difícil por su hermano (Liv. XXIV 41). Cástulo, de donde era la mujer de Aníbal, se supone por los analistas que se pasó a los romanos, y que los cartagineses pusieron sitio a Iliturgi, donde había guarnición romana. Gneo Escipión acudió en socorro de esta ciudad, y según cuenta Livio, liberó en seguida a Bigerra, también asediada por los cartagineses. La analística presenta a los Escipiones adentrados peligrosamente en tierras cartaginesas con tal de mantener a los indígenas en rebeldía. Hasta se cuenta que en una batalla junto a Munda el triunfo romano, aunque algo reducido por haber sido herido Gneo Escipión, fue completado por haber vencido éste, en una litera en que era conducido, a los cartagineses, junto a Auringi, y luego en otra nueva batalla.

Todas estas hazañas en el sur se consideran patrióticas invenciones o exageraciones de los analistas romanos (Schulten *FHA* III 35). A pesar de las dificultades que tenían los cartagineses con sus súbditos, la geografía del país y la limitación de recursos de los Escipiones imponían un progreso lento desde las bases en Cataluña. Livio dice (XXV 32, 1), contradiciéndose, que precisamente en estos dos años 214-213 «no se hizo nada memorable» por parte de los romanos. Pero Sagunto fue reconquistada por los romanos (212 a. C.), que así al fin salvaban su vergonzoso abandono, a los seis años de la ruina de la ciudad. Destruyeron la fundación cartaginesa, buscaron a los saguntinos supervivientes y tardíamente les devolvieron su ciudad.

Entonces (211 a. C.) los generales romanos de Hispania deciden terminar con la dominación cartaginesa en la Península. Livio (XXV 32) explica que los cartagineses tenían uno de sus ejércitos en la desconocida ciudad de Amtorgis, al mando del bárcida Asdrúbal, y el otro, al de Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón, algo más lejos, a cinco días de marcha. Decidieron que Publio, con una tercera parte de los efectivos romanos,

y con celtíberos, pues por primera vez entonces el ejército romano tenía mercenarios a sueldo (Liv. XXIV 49, 7), se enfrentara con el primero de los ejércitos cartagineses, y que Gneo esperara.

Asdrúbal, que tenía profundo conocimiento del país y de las gentes, supo atraerse a los celtíberos del ejército de Publio, y éstos abandonaron a su general (Livio XXV 32 ss.), el cual quedó así expuesto a los ataques de la caballería númida de Masinisa. Supo además Escipión que Indíbil venía a apoyar a los cartagineses y decidió salir antes a su encuentro. Se le echaron encima, al atacar a Indíbil, los númidas y los cartagineses, y el general romano fue vencido y muerto.

La conjunción de los ejércitos cartagineses puso en seguida en situación desesperada a Gneo. Alcanzado en su huida, tuvo que aceptar la lucha en una pequeña altura, donde el suelo pelado y áspero no consentía ninguna obra de fortificación. Los romanos se desbandaron y algunos consiguieron llegar al campo donde el legado Tiberio Fonteyo Craso comandaba los restos del ejército de Publio. Gneo Escipión murió, veintinueve días después de su hermano y a los siete años de guerrear en Hispania, en la altura donde se había refugiado, o en una torre de las cercanías. Sabemos que la tumba de Escipión estaba junto al Betis (Plin. III 9).

La derrota de los Escipiones significaba la ruina del incipiente poderío romano en Hispania. La tradición analística inventó una serie de brillantes victorias del tribuno militar L. Marcio, que se tituló propretor y de quien hacían el vengador de los generales muertos. En realidad lo único que L. Marcio pudo hacer fue retirarse con sus tropas al norte del Ebro (Liv. XXV 37, 5). Los cartagineses restablecieron su dominio en la Península, si bien las disensiones entre los generales y su codicia comprometían su solidez. Asdrúbal, hijo de Gisgón, llegó a pedir gran cantidad de dinero a Indíbil, el fiel aliado, que había tenido que soportar el choque con los romanos en la frontera del Ebro: calumniado y sospechoso, tuvo Indíbil que entregar sus hijos como rehenes a los cartagineses (Polib. XI 11).

Pero en Roma no olvidaban el teatro hispano de la guerra, y tan pronto como Capua cayó, C. Claudio Nerón, el futuro vencedor de Asdrúbal Barca en Metauro, fue enviado como propretor a la Península con 13.000 hombres. El transporte se hizo en barcos, desde Puteoli, en Nápoles, a Tarragona (Livio XXVI 17, Wilsdorf 76), lo que prueba una gran seguridad de los romanos en el dominio del mar.

La idea que podemos sacar de Livio (XXVI 17 s.) sobre esta campaña de Nerón es muy poco clara, en medio de las acostumbradas confusiones y errores geográficos, mas parece que en la frontera del Ebro no pudo sostenerse el bárcida Asdrúbal. Aunque la actuación de Nerón en Hispania, que debió durar un año, no fue muy brillante, tampoco disminuyó su prestigio, que le hizo candidato triunfante al consulado en 207.

5. *Publio Cornelio Escipión*

La situación en Hispania preocupaba a los romanos, y también el problema de sustituir a los Escipiones. La tradición (Liv. XXVI 18) cuenta que el joven Publio, hijo del cónsul que había sucumbido en la Península, se presentó a la elección para la pretura de Hispania y se llevó no ya sólo los votos de las centurías, sino, de modo irregular, en plebiscito, que le dio sin cargo poder proconsular, los votos individuales de todos. La personalidad del joven Escipión rompía con los moldes tradicionales, de modo comparable a lo que ocurría con Aníbal frente a la constitución de Cartago; ambos pertenecían al mundo de vigorosas y ambiciosas personalidades que caracterizan la época helenística.

Se le concedieron, además de las tropas que quedaban en Hispania y de las que había llevado Nerón, 10.000 soldados y 1.000 jinetes, y se nombró a M. Junio Silano, por senadoconsulto, propretor (Liv. XXVI 18). Navegando a lo largo de la costa por el sur de Francia, llegó Escipión a Ampurias, donde desembarcó e inmediatamente comenzó a actuar (últimos meses de 210).

Escipión, con sus legados Lelio, Lucio su hermano, L. Marcio (el lugarteniente de su padre y tío) y Silano, que reunían unos 35.000 hombres, se encontraron con que el ejército cartaginés estaba dividido en tres partes: una, mandada por Magón, se hallaba en el Algarve; Asdrúbal, hijo de Gisgón, estaba con otra en la región del bajo Tajo; mientras que el otro Asdrúbal, el bárcida, estaba ocupado en sitiar una ciudad de los carpetanos. Supone Schulten (*FHA* III 97) que eran invasiones de lusitanos las que habían llevado al oeste de la Península a los primeros. Todos observaban con inquietud al nuevo y ambicioso comandante en jefe de los romanos en Hispania.

Al nuevo general se le planteaba el problema de enfrentarse con el enemigo sin incurrir en el error de dividir sus fuerzas, como había resultado fatal para su padre y su tío. La clave era encontrar una base de operaciones próxima a los centros vitales del imperio cartaginés.

Cartagena atrajo su atención por sus múltiples ventajas: como puerto, por su proximidad a Africa, por sus minas, por la concentración de rehenes que allí tenían los cartagineses, por la debilidad de su guarnición; Escipión estudió además, hablando con pescadores que habían navegado por allí, la situación de la ciudad y su puerto. Finalmente, tomó la secreta resolución, que no comunicó más que a su amigo Lelio, de marchar directamente sobre la capital enemiga, que no distaba sino diez jornadas. Polibio (X 8) nos informa de estos planes, que le eran conocidos por una carta auténtica del propio Escipión al rey Filipo de Macedonia.

6. *La toma de Cartagena*

El golpe decisivo de esta guerra colonial fue la toma de Cartagena, base militar y económica del imperio cartaginés en Hispania. Estamos bien informados de este episodio por unos pocos excelentes capítulos de Polibio (X 10-19), que pudo visitar la ciudad y rememorar tres cuartos de siglo después la conquista.

Los cartagineses, acostumbrados a las campañas anteriores de los Escipiones, que, como hemos visto, habían sido más bien excéntricas, como incursiones temporales, no se esperaban el ataque de aquel impetuoso general de veinticuatro años de edad, que avanzaba desde Tarragona a lo largo de la costa, apoyado por la flota que mandaba Lelio. Polibio nos dice que la guarnición de tropas regulares de Carthago Nova no contaba sino con mil hombres. Con éstos y dos mil paisanos armados con lo que se pudo hallar en la ciudad tuvo Magón, el desconocido militar que mandaba la plaza, que hacer frente al ejército romano, que a marchas forzadas y sin preocuparse de los lejanos y dispersos ejércitos cartagineses se le echó encima.

Polibio da también una descripción muy precisa de Cartagena: su bahía se abre hacia el lebeche, es decir, el sudeste, con unos dos kilómetros de fondo y una anchura en la boca como de uno. La isla de Escombreras, que el historiador pudo ver cerrando la boca del puerto, no era en realidad tan importante para la seguridad de éste como él creyó. En el seno de la bahía estaba la ciudad, una península que se elevaba, rodeada del mar por levante, mediodía y oeste, mientras que al norte una zona pantanosa completaba su aislamiento, no quedando como enlace con la tierra firme sino una faja de menos de 400 metros de ancho al nordeste.

Escipión se presentó ante Cartagena al cabo de sólo siete días de marcha (seguramente a contar de Sagunto, como supone Schulten, *FHA* III 100), y puso su campamento frente al istmo (Polib. X 9, 7).

Se comprende la impresión que sufrieron los cartagineses. El puerto militar creado por Asdrúbal para salvaguardar el imperio colonial estaba desguarnecido de naves, y Escipión pudo, al día siguiente de llegar, maniobrar con su escuadra, al mando de Lelio, en el mismo interior de la bahía, y con ella completar el cerco que puso con el ejército por la parte de tierra.

El asalto comenzó puntualmente, nos dice Polibio, a las nueve de la mañana. Escipión escogió dos mil hombres y les asignó apoyar a los que llevaban las escalas.

Su plan era superar las altas murallas que protegían a Cartagena por la parte de tierra.

Magón dividió sus mil soldados en dos grupos, dejando una sección en la ciudadela y llevando a los otros al otro castillo, es decir, al de Asclepio. Los paisanos armados defendían la puerta del istmo.

Hay un punto oscuro en la actuación de Magón, y es que no lanza al combate a sus mil soldados, y en cambio organiza una salida de los paisanos que defienden la puerta. Aunque ni Polibio ni otros testimonios dicen nada, parece como si los paisanos de Cartagena que defendían sus personas y haciendas le merecieran al mando más confianza que los soldados mercenarios.

Al toque de trompeta romano lanzó como una sorpresa el jefe cartaginés sus paisanos armados. Se trabó una batalla encarnizada, pues los paisanos sabían bien lo que se jugaban. Pero los cartagineses, al haber aceptado la batalla a casi medio kilómetro de la puerta, habían cometido un error, ya que los romanos podían ayudar a los suyos y relevar mucho más fácilmente, desde su campamento, a los que se fatigaban del combate. Escipión sabía que el combate desgastaba precisamente a los elementos más activos e insustituibles en la defensa de la ciudad. Desaparecidos aquéllos, el resto de la población no saldría a las puertas a defenderla. Terminó, pues, el duelo entre los romanos y cartagineses, mas con la victoria de los primeros, acentuándose el desastre de los cartagineses al chocar unos con otros en su precipitación por pasar todos a la vez en retirada por la puerta.

El pánico hizo que los defensores abandonaran las murallas, y en poco estuvo que los romanos no entraran por la misma puerta tras los defensores.

Los romanos pasaron entonces al asalto de la muralla con escalas, lo que en el primer momento fue fácil, porque ya hemos dicho que la defensa había sido abandonada. Escipión, convenientemente protegido por tres ayudantes, que le resguardaban con sus escudos, dirigía personalmente la operación y acudía a todas partes. La mayor dificultad en el asalto era, más que la defensa, la gran

altura de la muralla. Las largas escalas se rompían con el peso de los que subían, y los que iban delante sufrían del vértigo al llegar arriba, con lo que les era fácil a los escasos defensores hacerles caer. Creciéndose con ello los defensores, comenzaron a tirar desde las almenas maderos y otros objetos, que arrastraban las filas de escaladores. El ataque se continuó durante la mayor parte del día, sin que los romanos cedieran a las dificultades; pero el general tuvo que mandar retirada.

Los asediados creían segura la victoria, mas Escipión contaba con la marea baja y dispuso que 500 hombres se dirigieran con escalas hacia la parte pantanosa, mientras que los soldados, después del descanso, volvían a emprender simultáneamente el asalto por la puerta del istmo. El ataque desmoralizó a los de Cartagena, aunque todavía se defendían con valor. Escipión animó a los de la parte de la laguna, donde la resaca, que arrastró a algunos soldados, había introducido el desconcierto. Su previsión y habilidad utilizando un reflujo extraordinario, quizá debido al terral, infundió en el ejército la confianza de una protección divina. Se dirigieron mientras tanto los otros contra la puerta, y con hachas y azuelas empezaron a romperla, mientras que los que habían, al fin, franqueado la laguna se encontraron con las murallas sin defensores, las escalaron y se dirigieron sobre la puerta del istmo. Esto desconcertó a los defensores, que se hallaron inesperadamente con el enemigo dentro, y entonces los romanos que habían pasado la muralla abrieron la puerta a los que atacaban por el istmo, y los que asaltaban con escalas pudieron al fin dominar la resistencia del enemigo en los adarves y ocupar también el cerro al oeste de la puerta por la que se había combatido.

Escipión dio orden de lucha sin cuartel, y para aterrorizar al enemigo se daba muerte no sólo a los hombres, sino también a los perros y otros animales. El, con mil hombres, se dirigió a la ciudadela, donde se había refugiado Magón con sus soldados. En seguida el cartaginés abandonó su defensa y parlamentó. A cambio de su propia seguridad entregó Magón la ciudadela. Con

ello terminó la carnicería, y los romanos pudieron dedicarse al saqueo. A la noche, Escipión se situó en la ciudadela, mientras sus tropas, cumpliendo órdenes, custodiaban el campamento ante la puerta de la ciudad. El resto de los soldados, conforme a una orden que transmitieron los tribunos, se concentró en el faro alrededor del botín reunido. La infantería ligera romana ocupó el cerro del este.

Livio (XXVI 47) nos dice del inmenso botín ganado en Cartagena: 276 platos de oro, de casi una libra todos; 18.300 libras de plata en lingotes y acuñada; gran número de vasos de plata; 40.000 modios de trigo y 270.000 de cebada; 63 naves de transporte en el puerto, algunas íntegras y con su cargamento; aparte de esto, hierro, cobre, armas, lienzo y esparto, madera de construcción naval; todo ello representaba una enorme riqueza.

También estaban allí (Polib. X 18, 3; Apiano *Ibér.* 19) los rehenes de las tribus hispanas sometidas a los cartagineses, más de 300 entre niños y adultos. Escipión, con habilidad política, tranquilizó a los rehenes, prometió a los niños que los enviaría pronto junto a sus padres y a los mayores les animó a que escribieran a sus patrias respectivas pidiendo se adhirieran a la nueva alianza romana. A la esposa de Mandonio, hermano del rey ilergete Indíbil, la atendió en sus ruegos de que se cuidara mejor del decoro de las mujeres que bajo la custodia cartaginesa. El mismo supo renunciar al regalo que los soldados le hacían de una hermosa cautiva, que resultó ser la novia de un príncipe celtíbero, y con ello dio una memorable lección de continencia (Polib. X 19, 3; Liv. XXVI 50).

La liberación de los rehenes ganó a Escipión la amistad de muchas tribus. Las fuentes citan entre ellas a los ilergetes y celtíberos (Polib. y Liv., ll. cit., Dion Casio fr. LVII 42), y a los edetanos (Polib. X 34).

Escipión, que parece llegó hasta Vera[4], regresó a invernar a Tarragona, y desde allí atendió a la empresa política de consolidar con alianzas las simpatías que su éxito y su conducta le habían granjeado. En primer lu-

gar se adhirieron a los romanos las tribus del norte del Ebro, y los jefes ilergetes Indíbil y Mandonio se pasaron abiertamente del campo cartaginés al romano. El prestigio de Escipión llevó a los indígenas a querer proclamarlo rey. Los cartagineses quedaban reducidos al sur de la Península.

7. *La última resistencia cartaginesa en España (208-206 a. C.)*

Asdrúbal Barca, el general cartaginés, se encontraba en la región de Cástulo, precisamente en Bécula (Bailén), no lejos de las minas de plata de Linares (Polib. X 38, 7, y 39; Liv. XXVII 18). Al conocer, en la primavera siguiente, la proximidad del ejército romano, buscó un campamento conveniente, protegido a la espalda por el río y delante con una llanura adecuada para la batalla.

Escipión se presentó ante el campo cartaginés y dudó durante dos días si atacaría al enemigo, bien atrincherado. El temor de que los otros dos ejércitos cartagineses, mandados por Magón y Asdrúbal, hijo de Gisgón, se concentraran y pudieran cercarle empujó al general romano a arriesgar la batalla. No pudo destruir, como deseaba, el ejército que el hermano de Aníbal reservaba para acudir a Italia, ni tampoco cortarle a la espalda el camino; pero en una operación que Polibio describe bien [5], consiguió desalojarlo de su posición y hacer prisioneros a 10.000 infantes y 2.000 jinetes.

La victoria de Bécula reforzó el prestigio de Escipión entre los iberos, y tuvo que ordenar enérgicamente a sus amigos Edecón, el régulo de los edetanos, y a las gentes ilergetes que cesaran de llamarle rey (Polib. X 40). En el teatro de la guerra de España Escipión estaba dando al imperio cartaginés, precisamente en la base militar y económica de los Barca, golpes que compensaban los desastres romanos en Italia durante los primeros años. La retirada ante él de Asdrúbal Barca, que siguió su camino hacia Italia, y sabemos se detuvo a su paso en

Celtiberia (Apiano *Ibér.* 24), significaba un grave peligro para el poder cartaginés en la Península.

Los otros generales, Magón y Asdrúbal, hijo de Gisgón, llegaron a las proximidades de Bécula cuando ya el bárcida había sido derrotado. Los jefes cartagineses tenían opiniones divergentes sobre la situación militar (Liv. XXVII 20), y sólo Asdrúbal, hijo de Gisgón, era partidario de mantener el dominio cartaginés en la zona de Cádiz y el Atlántico; los otros temían por la lealtad de las tropas, ante la atracción que Escipión ejercía sobre los indígenas. Magón entregó sus tropas a Asdrúbal, hijo de Gisgón, y pasó a las Baleares a reclutar soldados que llenaran los huecos de las deserciones de los hispanos. La caballería de Masinisa tenía la misión de hostigar a los romanos en el oeste de la Península y sostener a los indígenas que permanecían fieles a los cartagineses.

La marcha del bárcida Asdrúbal a Italia no significó, por otra parte, la ruina del dominio de los cartagineses en el sur de la Península. Asdrúbal, hijo de Gisgón, comandaba la zona de Cádiz, y en el interior, un nuevo general enviado desde Cartago, Hanón, se reunía con Magón y organizaba la resistencia reclutando mercenarios en Celtiberia (Liv. XXVIII 1).

Allí acudió M. Junio Silano para evitar que estas nuevas fuerzas de los cartagineses hostilizaran los territorios dominados en el este por los romanos. Silano trabó en las montañas una dura batalla, en la que consiguió destruir primero, en lucha cuerpo a cuerpo, a la infantería pesada celtibérica, y luego a las tropas hispanas ligeras y a los cartagineses mismos. Hanón, el nuevo general, fue hecho prisionero (Liv. XXVIII 1), mientras las tropas cartaginesas pudieron retirarse hacia Cádiz y los auxiliares celtibéricos se desbandaron.

La victoria de Silano permitía a Escipión rematar la guerra de España llegando hasta los últimos confines en el sur y hasta la ciudad fenicia de Cádiz, donde los cartagineses creían tener su último refugio (Liv. XXIII 2). Pero como se aproximaba el invierno, limitóse, por de pronto, a hacer avanzar a su hermano Lucio hasta Orongis, o Auringi (Jaén actual) y someter esta ciudad

(Liv. XXVIII 4), con lo que consolidaba su dominio de la alta Andalucía y amenazaba el valle del Guadalquivir entero.

La situación de Escipión en la región de Cástulo no parece haber sido fácil al principio (Polib. XI 20), pues para oponerse a las grandes fuerzas cartaginesas necesitaba reclutar muchos aliados en España. Consiguió reunir hasta 45.000 soldados y 3.000 jinetes, y avanzó valle abajo hasta que acampó en unas alturas en Ilipa (hoy Alcalá del Río), dando cara al enemigo. Así comenzaban las hostilidades del año 206, enfrentándose con Asdrúbal, hijo de Giscón, que en Ilipa se había atrincherado con hasta quizá 70.000 cartagineses (Livio dice que 50.000), con 4.000 jinetes y 32 elefantes. Los cartagineses fueron sorprendidos por el rápido avance romano[6] y atacaron con la caballería, que se encontró con la romana y quedó desbaratada en el choque, por lo que hubo de retirarse. Con este primer éxito creció el ánimo de los romanos y los cartagineses se desanimaron, y así se mantuvieron expectantes unos días. Escipión entonces (Polib. XI 22) cambió su disposición y colocó a los romanos no como antes, en el centro, y a los aliados hispanos en los flancos, sino al contrario. Sin duda, dudaba de la lealtad de ellos, aleccionado por los desastres de su padre y su tío. En esta forma, muy temprano, sacó a sus tropas en orden de batalla fuera de la empalizada. Los cartagineses, sorprendidos, apenas tuvieron tiempo de armarse y no pudieron formar sus filas. Con el cambio de su disposición, Escipión extendió las tropas romanas por los flancos, poniendo al enemigo en peligro de ser envuelto. Esta táctica, imitación de la de Cannas, anulaba a los elefantes y a los auxiliares hispanos del enemigo, mientras que los cartagineses, en el centro, quedaban inmovilizados, pues si acudían a combatir a las alas, toda su línea se desorganizaría. Escipión había tenido la precaución de que sus soldados comieran antes de amanecer, mientras que los cartagineses desfallecían de hambre y sed bajo el sol. Por eso, cuando los cartagineses mismos fueron atacados, retrocedieron en desorden.

Sólo una lluvia torrencial salvó al ejército cartaginés en derrota de un desastre total.

Los turdetanos, con su rey Attenes, se pasaron a los romanos (Liv. XXVIII 15), y Asdrúbal, a pesar de sus esfuerzos por reorganizar el ejército, terminó por huir a Cádiz, embarcado. Allí buscó también refugio Magón. Todo el valle inferior del Guadalquivir quedaba así en manos de los romanos. Entonces, o poco después, antes de su partida, funda Escipión Itálica, establecimiento militar en el que da tierras a los heridos y mutilados de su ejército, que quedan establecidos como colonos (Apiano *Ibér.* 38).

Escipión volvió, en una marcha de setenta días, con su ejército a Tarragona, y cuidó de la organización de un sistema de alianzas que consolidara el dominio romano en la Península.

8. *Se completa la sumisión de la Hispania cartaginesa*

Mientras tanto (207 a. C.), el cuerpo expedicionario de Asdrúbal Barca había sido aniquilado en Metauro, y con las victorias de Escipión en España podía decirse que la iniciativa de la larga y dura guerra mundial había pasado a los romanos (Polib. XI 24). Cinco años le había costado al joven general eliminar al cartaginés de la Península hispana (Liv. XXVIII 16, 14). Ya no se trataba para Roma más que de sacar los frutos de las campañas pasadas y de sustituir a los cartagineses en la dominación de la Península. Si no antes [7], ahora ya debió pensarse por el gobierno romano en una *provincia* nueva. Inmediatamente comenzaron brutales exigencias económicas, como se prueba por la inmediata imposición en las ciudades indígenas de los patrones monetales romanos.

Quedaba el problema de los mercenarios hispanos que, a pesar de que sus tribus de origen se habían pasado a los romanos, seguían fieles a los cartagineses (Apiano *Ibér.* 31). Marcio, que había intentado imponerles su

mando, no lo había conseguido sino en parte y a costa de una dura batalla.

Cástulo, que ya vimos había estado de parte de los romanos en los años anteriores, había vuelto a manos de los cartagineses al ser derrotados los Escipiones. Los de Ilurgi [8] habían hecho lo mismo; pero, además, después de haber dado acogida a los romanos en los desastres, se los habían entregado a los cartagineses. Escipión consideraba llegado el momento de ajustar estas cuentas pendientes. El veterano L. Marcio recibió, con una tercera parte de las tropas, la orden de asediar a Cástulo, mientras Escipión se dirigió contra la otra ciudad. El asalto de ésta fue muy violento, y los romanos, en su sed de venganza, no dieron cuartel. Según alguna fuente (Apiano *Ibér.* 32; Zonaras IX 10), el propio Escipión fue herido en el asalto. Hombres, mujeres y niños fueron muertos, y el incendio y la destrucción casi borraron la ciudad odiada. Una vez sometida esta ciudad, marchó Escipión contra Cástulo, donde los indígenas se defendían con la ayuda de tropas cartaginesas que se habían acogido a sus murallas. Un jefe indígena, Cerdubelo, pactó con los romanos la entrega de los púnicos y la rendición de la ciudad.

Escipión consideró terminada su tarea en Hispania. Había vengado a su padre y a su tío, y tenía que cumplir sus votos a los dioses y celebrar juegos fúnebres. En éstos no intervinieron esclavos ni gladiadores profesionales, como en los espectáculos que más tarde serían tan populares en Roma, sino que los hispanos, despreciadores de la vida, por liquidar en ordalías sus cuestiones pendientes o por dar muestras de su valor personal, se prestaron a una bárbara celebración de los juegos fúnebres que estaban arraigados en las costumbres y religión.

A Marcio le correspondió completar la conquista de tierras al sur del Guadalquivir, donde la colonización púnica tenía viejas raíces. Allí estaba Astapa, ciudad que, a pesar de su situación poco fuerte estratégicamente, vivía del saqueo de las tierras vecinas y se había dis-

tinguido por sus ataques a soldados, comerciantes y vivanderos romanos (Livio XXVIII 22). Cuando Marcio la asedió, los ciudadanos, que sabían la suerte que les esperaba, tomaron la resolución de concentrar sus riquezas, con sus mujeres e hijos, en el foro, y encargaron a cincuenta soldados escogidos que cuando vieran todo perdido dieran muerte a las familias y prendieran fuego a la pira donde habían acumulado las riquezas. Así se hizo cuando la superioridad romana deshizo el desesperado ataque. El duro ejemplo de la destrucción de Astapa puso en manos de Marcio toda la región (Apiano *Ibér.* 33; Liv. XXVIII 23, 3).

Mensajeros de Gades se presentaron después y ofrecieron rendirse y entregar a los romanos al jefe cartaginés Magón, que dominaba la ciudad e intentaba concentrar allí la escuadra de los puertos africanos y del sudoeste de la Península (Liv. XXVIII 23, 6). Marcio con sus tropas y Lelio con una flotilla esperaban que cayera la rica ciudad fenicia. Hubo algunas operaciones menores, pero tuvieron, tanto Marcio como Lelio, que regresar a Cartagena a tratar con Escipión (muy probablemente en el momento de crisis en que el general estuvo enfermo y la situación, como vamos a ver, se complicó).

Magón, que recibió órdenes de la metrópoli de trasladarse con la escuadra desde Gades a Italia, intentó con mala fortuna tomar por sorpresa Cartagena (Liv. XXVIII 36), sin duda aprovechando el momento de la rebelión de los ilergetes; pero al volver a Gades se encontró excluido de la ciudad. Atrajo con engaño a los magistrados gaditanos y los castigó, y luego se retiró y, de paso, fundó en Menorca la ciudad de Mahón, que aún lleva su nombre. Luego hizo incursiones sobre las costas de Italia.

Cádiz entonces se entregó a los romanos (Liv. XXVIII 37). Conforme al acuerdo que se celebró, estaba exenta y libre de tener un gobernador romano, y por eso contra la presencia de un *praefectus,* con atribuciones de tal, hubieron sus ciudadanos de protestar poco después, en 199 (Liv. XXXIII 2, 5). En la rendición de Cádiz

a los romanos intervino el príncipe númida Masinisa, que deseaba volver a Africa en compañía de Escipión para reorganizar su reino.

9. *La rebelión: Indíbil y Mandonio. Sumisión de Hispania*

En las fiestas con que Escipión celebraba en Cartagena la victoria tuvo que dar cuenta a la asamblea de sus tropas de la rebelión del jefe de los ilergetes, Indíbil. Polibio (X 31) presenta a Escipión en la necesidad de probar que la victoria sobre los cartagineses se debía exclusivamente a los romanos, no a la ayuda y colaboración de los hispanos.

La defección de los jefes indígenas se ha explicado como consecuencia de una grave enfermedad de Escipión (Liv. XXVIII 24), que dio lugar a motines entre los mismos soldados romanos. Es posible que los lazos de fidelidad contraídos por los pueblos de Cataluña y los celtíberos se limitaran, en la mentalidad de los indígenas, a la persona de Escipión, no a la lejana y abstracta república romana. También es posible que los indígenas se dieran cuenta de que el resultado de las victorias de Escipión era para ellos el paso a una nueva dominación.

Marchó Escipión hacia el norte, y ya en el territorio de los lacetanos, cuatro días después de pasar el Ebro, atrajo al enemigo, con el cebo de presentar algo de ganado, a un lugar conveniente. Hubo una batalla de aniquilamiento, en la que la superioridad romana se impuso. Una tercera parte de los efectivos indígenas consiguió escapar del cerco, con su jefe Indíbil. Escipión marchó a Tarragona y consideró terminada triunfalmente su campaña en la Península (Polib. XI 32 s.; Liv. XXVIII 31 ss.); desde allí, después de aceptar la sumisión de Mandonio, y portador de un tesoro de 14.000 libras de plata, sin contar la moneda acuñada, se encaminó a Roma, para no llegar tarde a las elecciones consulares,

dejando al frente de los ejércitos de Hispania a M. Junio Silano y L. Marcio.

Parece, sin embargo, que por plebiscito se hicieron cargo como procónsules del mando de estas tropas L. Léntulo y L. Manlio Acidino (Liv. XXVIII 38), dos generales que explican por qué, poco más tarde, la Península va a organizarse en dos provincias, correspondientes a la región de la costa del Mediterráneo y al estrecho y valle del Guadalquivir. Una nueva era comienza para la Península [9].

La distribución geográfica no obedecía, por de pronto, a un plan. La que luego se llamó Citerior era poco más que una faja costera, que se extendía de Ampurias a Tarragona, Sagunto y Cartagena, con algunas colonias griegas en un país ibérico, que limitaba con los celtíberos de Aragón. Por el valle del Ebro la influencia romana, por las relaciones con los ilergetes, se extendía hasta Lérida y Huesca. La Ulterior era un país que consistía en el rico valle del Guadalquivir, las zonas mineras de Sierra Morena y la costa meridional, con ciudades púnicas tan importantes como Cádiz. Económicamente era más rica la Ulterior, pero, como Sutherland hace notar, en los primeros tiempos los rendimientos económicos de la Citerior, con las minas de Cartagena y los tributos pagados en los denarios de acuñación indígena llamados *argentum Oscense,* aparecen registrados en Livio como mayores.

Los nuevos generales romanos se encuentran otra vez con la sublevación de los ilergetes y otras tribus de Cataluña y Huesca. La lealtad a Escipión la entendían los indígenas como puramente personal, y no se sentían obligados con unos representantes nuevos de Roma (Livio XXIX 1, 19). Léntulo y Acidino, con las tropas, se metieron en el país de los ausetanos y se hallaron frente a una amplia alianza indígena. Indíbil sucumbió animando a los suyos en el combate, y terminó clavado en el suelo con un *pilum* mientras su gente se desbandaba. Mandonio y los demás promotores de la rebelión fueron

apresados y ejecutados. Los hispanos de la región, hasta treinta tribus, aceptaron pagar tributo a los romanos (Liv. XXIX 2; Apiano *Ibér.* 38).

Siguen unos años de paz hasta 201 a C., en los que Léntulo y Acidino continúan con su mando proconsular. Los saguntinos apresan y llevan a Roma a unos emisarios cartagineses que pretendían, sin reconocer la soberanía romana, reclutar mercenarios en España (Liv. XXX 21, 3). Todavía en la batalla del Medjerda la desesperada actuación de los celtíberos salvó a los cartagineses (Polib. XIV 7 s.). Otra noticia interesante de esa misma época es que la llegada de trigo de Hispania hace bajar los precios en Roma (Liv. XXX 26, 5).

En el año 200 Léntulo regresa a Roma y consigue, si no el triunfo, para lo que no había antecedentes, ya que no había sido ni cónsul ni pretor, al menos la *ovatio* (Liv. XXXI 20). Para alcanzarla deben haber sido buen argumento las 43.000 libras de plata y 2.450 de oro que aportó al erario como botín.

Mientras tanto, el procónsul C. Cornelio Cetego vence una sublevación indígena en la región de los edetanos (Liv. XXXI 49, 7).

En los años 190 y 198 consta que los procónsules Cn. Cornelio Blasión y L. Estertinio, nombrados por plebiscito, llevaron a Roma enormes cantidades de plata y oro, lo cual puede hacer comprender el por qué de las sublevaciones indígenas del año siguiente.

Es entonces cuando toma forma la división de Hispania en dos provincias, la Citerior y la Ulterior. Por Livio (XXXII 28, 11) sabemos que les fueron dados a los pretores respectivos, C. Sempronio Tuditano y M. Helvio (197), sendos ejércitos nuevos de 8.000 infantes y 400 caballos, con órdenes de establecer los límites de la doble provincia. Los pretores en Roma, para atender a las nuevas provincias, se aumentaron de cuatro a seis en número [10]. No falta quien atribuye a la nueva división territorial, con su secuela de endurecimiento de la administración, la sublevación general de Hispania.

10. *Nueva sublevación de Hispania: Catón*

Los años anteriores habían estado ocupados los romanos con la guerra con Filipo de Macedonia, que había dejado en segundo término a Hispania; pero apenas terminada aquélla, se hallaron ante la nueva sublevación en sus dominios de la Península (Liv. XXXIII 21, 6). Ahora no son sólo los belicosos pueblos de la Citerior, sino también en el valle del Guadalquivir, en la Ulterior, donde estaba de pretor M. Helvio. El rey Culchas, que había sido aliado de P. Cornelio Escipión en la batalla de Ilipa, se levanta en Andalucía, apoyado por otro caudillo, Luxinio. Livio cita a Carmona, Sexi, Málaga y la región de Bastetania como focos de la rebelión, que puede interpretarse como de indígenas y fenicios unidos.

Por otro lado, en la Citerior sabemos que el procónsul C. Sempronio Tuditano quedó en desesperada situación ante la sublevación de pueblos que desconocemos, y sufrió una derrota. No sólo murieron muchos romanos notables en ella, sino que él mismo fue herido en la batalla, y tan gravemente que expiró poco después (Liv. XXXIII 25, 8).

Debió de ser por lo que los pretores del año siguiente (196 a. C.), Q. Fabio Buteón y Q. Minucio Termo, de la Ulterior y Citerior, reciben cada uno una nueva legión y otras tantas fuerzas de latinos e itálicos. Minucio consiguió vencer a los cabecillas Budar y Besadin, junto a una ciudad de difícil identificación que se cita como Turba (Liv. XXXIII 44, 4), pero aparte de la gran aportación de plata que hizo al erario, no se puede decir que consiguiera dominar la sublevación; se le concedió, sin embargo, el triunfo.

Por fin, en 195, el cónsul M. Porcio Catón fue designado por la suerte para poner fin a la difícil situación en que se hallaba la dominación romana en la Península Hay que comprender que los romanos carecían de experiencia colonizadora y habían heredado el imperio cartaginés en el sur, mientras que en el valle del Ebro y al norte se trataba de tribus por primera vez dominadas. Geográficamente, la costa mediterránea y el sur carecían

de unidad y, por otra parte, los límites de las zonas pacificadas y ricas, antes dominadas por los cartagineses, con los territorios bárbaros del interior, eran inestables. La falta de fijación étnica de la Península, en la que belicosos indoeuropeos buscaban tierras fértiles y ciudades ricas que conquistar, complicaba la situación de los romanos.

Catón llega a España en estas circunstancias, con un ejército consular de dos legiones y 15.000 latinos, y le acompañan los dos pretores de las provincias, Apio Claudio Nerón para la Ulterior y P. Manlio para la Citerior (Liv. XXXIII 43), los cuales tenían cada uno una legión de su predecesor y un refuerzo de 2.000 infantes y 200 jinetes. De la gravedad de la situación da idea el hecho de que Catón, con su escuadra de 25 naves, se dirige primero a las ciudades griegas del nordeste, Rode y Ampurias. A las puertas mismas de Ampurias tuvo que proceder con el hierro y el fuego, lo que prueba que los romanos habían perdido casi todo el país. Hay referencias, sin duda exageradas, a una concentración de 4.000 enemigos esperando su desembarco en Ampurias (Apiano *Ibér.* 40).

Los relatos que nos quedan de la actuación de Catón en España son muy confusos, y en vano intentaríamos establecer un orden cronológico de las diversas noticias, las cuales, en conjunto, se resienten, según las críticas de E. Badian, de una leyenda favorable que dominó toda la historiografía romana. Badian cree, por ejemplo, que Catón fue bastante inhábil en su política con los celtíberos.

M. Helvio, procónsul, como ya dijimos, de 197, sabemos que en su retirada de la Ulterior venció a los celtíberos y sometió a una Iliturgis, que quizá no es la famosa sobre el Guadalquivir, sino otra no tan alejada de Celtiberia. Por enfermedad había tenido Helvio que quedarse en Hispania dos años, y al fin, desde el campamento de Catón, pudo marchar a Roma a celebrar su victoria. Llevó riquezas sacadas de Hispania y por primera vez se mencionan las monedas de plata que habrían de seguirse llamando *argentum Oscense*.

No sabemos dónde se encontró Helvio con Catón, que hubo de comenzar, naturalmente, por pacificar Cataluña, desde el barrio indígena de Ampurias hasta llevar su cuartel general a Tarragona. Pero la situación era tan insegura, que bastó el rumor de que el cónsul iba a continuar su marcha hacia el sur para que los montañeses de Berga se sublevaran otra vez y tuviera que retroceder a someterlos [11].

Los dos pretores, con sus ejércitos reunidos, emprendieron una campaña en el sur para someter a los turdetanos, los cuales disponían de mercenarios celtíberos (Liv. XXXIV 17). Schulten supone *(Numantia* I 328) que el *saltus Manlianus,* en el Jalón, conservó su nombre desde que este pretor, Manlio, de la Citerior, pasó por allí en esta campaña.

En la pacificación de Cataluña Catón intentaba imponer a los indígenas el desarme como seguridad de la paz; cuando aún duraban las negociaciones, el cónsul hizo en un solo día desmantelar las murallas [12] de todas las ciudades, y Segéstica, que se resistió, la tomó con todas las reglas de la poliorcética.

Como Livio dice (XXXIV 18), la tarea de Catón era mucho más difícil que la de los Escipiones, pues no se trataba ya de predicar la liberación frente a los cartagineses, sino de reducir a los hispanos a servidumbre. Pero Catón estudiaba el país y hacía sus cálculos: le admiraban las minas de plata y de hierro, examinaba la montaña de sal de Cardona (Gelio II, 22, 28) y se daba cuenta de la significación de estas riquezas para la economía de Roma.

Ante el fracaso de los pretores, Catón hubo de dirigirse al sur. Consiguió desconcertar, con promesa de doble paga y otras ofertas, a los mercenarios celtíberos, y aunque no despejó del todo la situación, afirmó el dominio romano. El texto de Livio es confuso, pues se refiere a Saguntia (XXXIV 19), que podría entenderse como la ciudad de este nombre (Baños de Jigonza) en la provincia de Cádiz, pero no parece creíble que Catón llegara tan lejos sin que conservemos memoria de otras acciones guerreras suyas en Andalucía. Schulten *(FHA*

III 189) corrige este nombre en Seguntia, es decir, Sigüenza, y cree reconocer el campamento de Catón en el de Aguilar de Anguita, por él descubierto; pero ¿cómo vamos a explicar entonces que ahí se hable de turdetanos? Por otra parte, es evidente que Catón fue el primer general romano en penetrar en la Celtiberia occidental, ya que puede deducirse de una referencia de él mismo que incluso pasó por las cercanías de Numancia, en las hostiles regiones de la Celtiberia superior (Schulten *FHA* III 188). Pero Turdetania es citada por Livio en relación con estas campañas, y el propio Catón habla en sus fragmentos de ir a *Turta*.

Del texto de Livio (XXXIV 20) resalta claramente que los lacetanos, en Cataluña, habían aprovechado la expedición del cónsul hacia el sur para atacar a sus vecinos, protegidos de los romanos. El cónsul volvió contra ellos y tomó la ciudad de los lacetanos (que otros leían iacetanos, es decir, de Jaca).

Estos movimientos de Catón son más bien un reconocimiento general de la provincia que una conquista. Eran un estudio de las posibilidades económicas de Hispania y de lo que representaban para Roma.

Mientras tanto, el gran Escipión vigilaba con recelo la actuación de aquel enérgico *homo novus*, e intrigaba para sucederle en la provincia (Plut. *Cat.* 11). Quizá, sin embargo, hay en este dato una confusión, pues el sucesor de Catón, con la categoría de pretor de la Ulterior, fue P. Cornelio Escipión Nasica (Liv. XXXIV 43), hijo de Gneo y primo hermano, por consiguiente, del Africano.

11. *Los problemas del dominio de Hispania*

Mientras Catón celebraba su triunfo en Roma y entregaba al erario 1.400 libras de oro, 5.000 de plata no acuñada, más 123.000 denarios de tipo romano y 540.000 ibéricos (Liv. XXXIV 46, 2), botín más rico que el de sus antecesores, como administrado con más honradez, comienza en Hispania un período en que si, por una parte, el dominio romano está consolidado, por otra, se hacen

evidentes los problemas que tal dominación llevaba consigo.

Estos problemas son la inexperiencia de los romanos para organizar un dominio colonial en un país lejano y bastante extraño, en buena parte bárbaro y no urbano, y además de gran extensión, que obligaría a los romanos a ampliar continuamente sus fronteras, hasta eliminar todo el peligro de presión de los pueblos libres sobre las zonas sometidas. Estos problemas tardarían siglos en resolverse, y mientras, como dice J. J. Van Nostrand, «la principal importación de Hispania a Roma entre 200 y 133 era la experiencia», la Península hubo de pagar a duro precio la codicia insaciable de los gobernantes que sucesivamente enviaba la república.

Para los años siguientes hablan las fuentes de luchas, unas veces favorables y otras adversas a los romanos. El propretor Escipión Nasica hubo de enfrentarse (194 o, mejor, 193, por el retraso en el viaje y toma de posesión) con los lusitanos, que atacaban la parte pacificada de la Ulterior y los derrotó en retirada, cuando iban cargados de botín.

Aunque C. Flaminio, pretor de la Citerior, hubo de retrasarse en Italia, por dificultades en el reclutamiento de nuevos soldados y en el viaje, M. Fulvio Nobilior, procónsul de la Ulterior, penetró en las regiones occidentales y se encontró con los vacceos y vetones, y con los oretanos; Toledo, con otras ciudades de problemática identificación, fue tomada por él en 192 a. C. Le premiaron en Roma con la *ovatio.*

En 191 (o, mejor, 190), L. Emilio Paulo, el futuro vencedor de Perseo de Macedonia, inicia en la Ulterior una actividad importante, pues la región estaba agitada, quizá porque todavía Aníbal, que tenía, sin duda, clientelas en España, intentaba levantar en ella un frente contra los romanos, ocupados entonces en la guerra contra Antioco de Siria. Perdió Emilio 6.000 soldados en batalla contra los lusitanos (Liv. XXXVII 46, 7), sin duda cuando él intentaba proteger los territorios sometidos; pero al año siguiente (189 a. C.) consigue batir brillantemente a los lusitanos, ayudado por tropas hispanas, y

pacificar el país (Liv. XXXVII 57). De él se conserva quizá la más antigua inscripción romana de Hispania, el decreto en que se da libertad a los esclavos de la Torre Lascutana *(CIL* I² 614). En su gestión, excepcionalmente desinteresada y honorable, llevó a Roma gran cantidad de oro de Hispania; pero, sin duda, por su derrota inicial, no alcanzó el triunfo, ni siquiera la *ovatio,* sino una simple acción de gracias *(supplicatio)* a los dioses.

Mas en los confines de la parte de Hispania que se iba romanizando rápidamente, lusitanos y celtíberos constituían un peligro constante (Liv. XXXIX 7, 6), con sus depredaciones de los territorios civilizados y sometidos.

En 198, uno de los pretores designados para España cae en una emboscada de los ligures en su viaje a través del sur de Francia. Designa entonces el senado propretor a P. Junio Bruto.

El pretor C. Atinio (188-187 a. C.) venció a los lusitanos en Asta, cerca de Jerez (Liv. XXXIX 21), aunque él perdió la vida sitiando aquella plaza (186 a. C.); su colega L. Manlio Acidino (Liv. *ibid.*) infligió una derrota a los celtíberos junto a Calahorra y entró en Roma con gran botín de oro y plata. El triunfo, sin embargo, le fue denegado conforme a la antigua regla de que sólo se daba al que había pacificado del todo la provincia. Suponen Bosch y Aguado *(HE* II 69) que lusitanos y celtíberos operaban ya en este momento de acuerdo, y que la situación de los romanos debió ser apurada.

Parece que frente a los pueblos indígenas pretendían los romanos fijar una línea norte de la Ulterior en el Tajo que apoyara la de la Citerior contra los celtíberos. Los dos pretores, C. Calpurnio Pisón y L. Quincio Crispino (186-185 a. C., Liv. XXXIX 30), operaron conjuntamente en la región central, pero sufrieron un descalabro no lejos de Toledo. Luego, en una empeñada batalla, en la que los pretores tuvieron que intervenir personalmente, consiguieron reparar el desastre y deshacer las tropas indígenas. Ello les valió el triunfo.

Del año 184 sabemos que los lusitanos fueron derrotados, y también los suesetanos. Los lusitanos debieron

quedar fatigados de estas luchas y no se mencionan en los años siguientes. A. Terencio Varrón, vencedor de los suesetanos, derrotó al año siguiente a los suesetanos y celtíberos (Liv. XXXIX 42 y 45) y le fue dada la *ovatio* (Liv. XL 16). En 192, Q. Fulvio Flaco tomó la ciudad de Urbicua o Urbiaca, de la región conquense (Liv. XL 16, 7), a pesar de que los celtíberos acudieron a socorrerla. Al año siguiente, el mismo pretor operó en la región de Aebura, en Carpetania, y penetró desde allí, por el Jalón, en Celtiberia, en dirección al país de los lusones y a Contrebia, plaza que tomó (Liv. XL 30 ss; Apiano *Ibér.* 42).

Estas campañas de Fulvio Flaco permitieron a sus enviados presentar al senado la guerra de Celtiberia como terminada. La tarea de conquista (lo que significaba originariamente la voz *provincia)* parecía terminada y, por consiguiente, el ejército había de volver a Roma. Tal era la opinión de los soldados, que estaban desde hacía años hartos de aquella guerra inacabable y dispuestos a sublevarse si no se terminaba (Liv. XL 35), y, desde luego, la intención del jefe, pues para el triunfo necesitaba ir acompañado de sus tropas.

El nuevo gobernador designado de la Citerior, Tiberio Sempronio Graco, interpeló en el Senado a L. Minucio, el legado de Fulvio, si creía que la pacificación de los celtíberos era tan segura como para que la belicosa provincia pudiera mantenerse sin ejército. Graco pedía o tropas nuevas o que no se licenciara sino a los soldados que hubieran cumplido su servicio, dejando en Hispania veteranos. Como Minucio no pudo dar seguridades sobre la actitud de los celtíberos, se le concedió a Graco un nuevo ejército de 14.000 hombres, mientras se autorizaba al pretor saliente, Fulvio, a que retirara los soldados que llevaran más de seis años en Hispania.

Pero, como suele suceder en las guerras coloniales, el ejército aumentaba cada año, y las campañas se ampliaban y extendían sin que se viera el fin. En los comienzos del año 180, mientras llegaba su sucesor, Fulvio inició una última expedición contra los celtíberos aún no sometidos, en las cabeceras del Duero y el Tajo; re-

cibió entonces órdenes de Graco de que acudiera con sus tropas a Tarragona para transmitirle el mando y para proceder al licenciamiento de los soldados cuyo servicio estuviera cumplido, y entonces los celtíberos interpretaron estos movimientos como una evacuación; en el *saltus Manlianus,* que debía estar en el valle del Jalón, se encontró Fulvio con una emboscada, que se convirtió en dura batalla. La ganó el romano, y con esta revalidación de sus laureles dio fin a su mando (Liv. XL 39 s). Llegó luego a Roma con grandes riquezas para el erario y para distribuir a sus tropas, y celebró el triunfo. A Fulvio se debe la pacificación de la que se puede llamar Celtiberia exterior, es decir, entre el Ebro y el *saltus Castulonensis*, incluyendo la vertiente oriental del sistema ibérico, las serranías de Cuenca y la Mancha.

12. *Hacia la consolidación de las fronteras*

La actuación de Tiberio Graco (180-179 a. C.) representa un intento de solución en la defensa de la Hispania sometida, y, por consiguiente, campañas con los pueblos que se hallaban en las fronteras, es decir, celtíberos y lusitanos. Por ello le vemos coordinar sus fuerzas con L. Postumio Albino, pretor de la Ulterior. Una escueta noticia tardía (Orosio IV 20, 32) parece resumir sus triunfos al hablar de la sumisión a Graco, tras dura campaña, de 105 ciudades, y de una victoria, de la que no tenemos otra noticia, de su colega, quizá sobre los vacceos a que se refiere Livio (XL 47-50). Desgraciadamente, el pormenor geográfico es bastante confuso en Livio al hablar de estas campañas, y no sabemos qué hacer con su referencia a Munda y Certima, desconocidas en Celtiberia y que pertenecen a la Ulterior. Los indígenas reconocieron la superioridad militar de los romanos de Graco y aceptaron pagar tributo. Livio nos informa de que Graco tomó Alce, en la región de los carpetanos, y sometió Ergávica, en la parte meridional de Celtiberia, hacia Tarancón. Sabemos también (Apiano *Ibér.* 43) que Graco pudo socorrer a Cáravis, sobre el

Ebro, que estaba sitiada por los celtíberos. Con los de Complega (que probablemente es confusión con Contrebia; cf. Diod. XXXIII 24) inició Graco una política de mano dura y luego oferta sincera de paz.

Sabemos que en los tratados Graco impuso a los celtíberos tributos y levas de tropas para auxiliar al ejército romano, con prohibición de construir nuevas ciudades fortificadas (Apiano *Ibér.* 44). Se puede pensar, con Bosch y Aguado *(HE* II 78), que Segóbriga entró entonces en alianza con Roma, pues así adquiriría derecho a acuñar plata con el patrón romano, y también esto explica el ataque de Viriato contra ella (en 140-139). También hay alguna referencia a acuerdos con los arévacos, con los que Graco sería más benévolo que con los celtíberos de la vertiente oriental y del sur, como señala A. Schulten *(FHA* III 222 s.). Los numantinos guardarán memoria de la nobleza de Tiberio Graco y no querrán fiarse en su última guerra sino del hijo del general (Plutarco *Tib. Gr.* 5, 2). La frecuencia del nombre de Sempronio en la región de Clunia habla (Schulten *FHA* III 223) de la labor de romanización que allí inició el pretor en 179. A consecuencia de estos arreglos de Graco se establece una diferencia entre los celtíberos sometidos y los celtíberos libres del nordeste, principalmente los arévacos, que eran «amigos», pero no súbditos [13]. La lealtad con que guardó Graco sus juramentos fue echada de menos por los indígenas en los gobernadores que más tarde les tocaron en suerte. El conflicto de los romanos con los lusitanos y celtíberos se comprende porque estas tribus conservaban la idea de que entregar las armas era lo mismo que quedar reducidas a esclavitud, y ello explica las repetidas rebeliones, a pesar de la superioridad militar romana.

Graco sometió, según Polibio (Estrabón III 4, 13 p. 163), trescientas ciudades, lo que Posidonio ridiculizó diciendo que muchas de ellas no eran sino castillos o fortines. Pero muy bien puede tratarse de otras tantas entidades políticas autónomas, pequeñas tribus y burgos en las regiones del alto Duero y Tajo hasta el Ebro.

La ciudad de Graccuri (hacia Alfaro) lleva en su nombre la huella de las victoriosas campañas de Tiberio Sempronio (Liv. *Per.* XLI). Es muy probable que en Festo esté equivocado el nombre de Ilurcis como primitivo de Graccuri, pues una inscripción hallada hace poco acredita a Graco como *deductor* o fundador de la población romana de la Iliturgi andaluza [14].

En la Ulterior, por el mismo tiempo, L. Postumio Albino alcanzó victorias, sin duda sobre los lusitanos. Los dos pretores, Graco y Albino, alcanzaron el triunfo en Roma y entregaron al erario (177 a. C.), respectivamente, 40.000 y 20.000 libras de plata (Liv. XLI 7).

A la brillante actuación de Graco sigue un largo período de casi un cuarto de siglo (177-154 a. C.) del que sabemos poco, en parte porque después de la guerra de Perseo los sucesos no son ruidosos ni decisivos; en parte también por la pérdida de fuentes, ya que a partir de 167 nos falta la historia de Tito Livio. Helmut Simon comienza su monografía sobre las guerras de Viriato y Numancia insistiendo en la credibilidad de las noticias historiográficas, precisamente por resultar tan desfavorables para Roma, y para señalar la falta de sucesos en el período citado hace notar que los libros XLIV y XLV de Livio tratan cada uno de un año, mientras que el XLVI y XLVII comprendían siete cada uno.

Sabemos (Liv. XLI 15, 5) que los pretores del 177, M. Cornelio Escipión Maluginense y P. Licinio Craso, buscaban toda clase de pretextos para no ir a sus respectivas provincias Ulterior y Citerior. Por entonces se habían sublevado de nuevo los celtíberos, a los que venció Apio Claudio Centón con ganancia de gran botín (175 antes de Cristo; Liv. XLI 26 y 28).

La codicia y arrogancia de los gobernadores romanos llevaba a la desesperación a los hispanos, que en 171 acuden en embajada al senado y se quejan de rodillas de que ellos, los aliados de Roma, son peor tratados que los enemigos. El senado concedió a los embajadores que los pueblos aliados y sometidos nombrasen patronos que en Roma los apoyaran. Fueron nombrados patronos

(Liv. XLIII 2) gobernadores que habían tenido conducta honrada y justa: Catón en primer lugar, Escipión Nasica, Emilio Paulo y C. Sulpicio Galo (este último era pretor aquel año).

Dos de los ex pretores, P. Furio y M. Matieno, fueron objeto de gravísimas acusaciones, pero el gobierno y el senado se limitaron a castigarlos con un destierro a corta distancia de Roma; el pretor Canuleyo, encargado de instruir la causa, se marchó a Hispania para no tener que proceder contra otros, y el senado se limitó a restringir las facultades de los magistrados romanos en la fijación del precio del trigo que se había de pagar en Hispania como impuesto de la vigésima (Liv. XLIII 2).

Una cuestión jurídica nueva se planteó ante el senado por el mismo tiempo: la de la situación de los hijos de soldados romanos y mujeres hispanas, que en número de 4.000 pedían se les diera condición legal. Así nació (171 antes de Cristo; Liv. XLIII 3) la colonia latina de libertos en Carteya, la primera fuera de Italia.

En 170 a. C. sabemos (Liv. *Per.* 43, Floro I 33, 13) que los celtíberos se rebelaron de nuevo, al mando de Olónico. Al año siguiente, M. Claudio Marcelo, pretor de ambas Hispanias, tomó una ciudad de identificación desconocida, llamada Marcolica.

De la intranquilidad de la Península da idea que los lusitanos fueran reprimidos con diversa fortuna en 163 (Liv. *Per.* 46), y que de nuevo, como veremos, se sublevaran en 155 (Apiano *Ibér.* 56).

La dominación romana en Hispania se resiente de la falta de fórmulas jurídicas, que sólo se fijarán por una comisión senatorial después de la guerra de Numancia. Un solo pretor gobierna la Península durante la guerra de Macedonia (169-168). Y mientras las grandes sublevaciones de 155 no atraen de nuevo la atención de Roma, sus dominios en Hispania se mantienen en los límites de Graco, aunque con amenazas exteriores, y en el interior, inquietos y agobiados por el duro gobierno que los explotaba implacablemente.

13. *Los lusitanos*

Quedaba en los confines de la parte civilizada y pacificada de Hispania un pueblo libre, los lusitanos. Hacia 155 aparece entre ellos un caudillo, llamado Púnico, que organiza las tradicionales correrías de aquella nación por los fértiles campos del sur. Pastores rudos, montañeses, de arcaica lengua y cultura indoeuropea, codician continuamente las cosechas andaluzas y las riquezas atesoradas en las ciudades. Arrastrando a sus vecinos orientales, los vetones, una banda de lusitanos llegó hasta las mismas costas del Mediterráneo. Los pretores Manio Manlio y L. Calpurnio Pisón Cesonino sufren una grave derrota, con pérdida de 6.000 hombres, entre ellos el cuestor Terencio Varrón [15]. No importó que su jefe, Púnico, muriera en esta expedición, pues le sucede Caisaros, que al principio hubo de retroceder, vencido por L. Mumio (pretor en 153); pero sorprendió a éste luego y le mata 9.000 hombres, la mayor parte de su ejército, tras lo cual consigue escapar al norte con su presa. En conjunto, ya desde 154, la situación parecía en Roma muy grave (J. Obsequens, año 154, Liv. *Per.* 47).

Los lusitanos pregonan ante las tribus libres de Hispania su triunfo, especialmente entre los celtíberos. Mumio, el futuro conquistador de Corinto, reducido a un tercio de su ejército, tenía que preparar de nuevo a sus soldados y rehacer su quebrantada moral. Al fin pudo sorprender a los lusitanos cuando se retiraban y rescatar botín y enseñas (Diod. XXXI 42, Apiano *Ibér.* 56).

Pero otro grupo de lusitanos, de la orilla sur del Tajo, a las órdenes de un Kaukainos, se había dirigido hacia el Algarve, que formaba ya parte de la provincia Ulterior, y tomó Conistorgis, su capital. Pasaron luego el estrecho de Gibraltar y llegaron hasta Ocile (que debe ser Zilis, hoy Arcila). Mumio los persiguió hasta allí y los aniquiló completamente (Apiano *Ibér.* 57). Es posible que esta campaña de Mumio en Africa tenga relación con la situación belicosa que existía entre Masinisa y los cartagineses. Se puede bien suponer con qué interés se

sabría en Cartago la difícil situación de los romanos en la Península.

A Mumio, que al fin celebró el triunfo en Roma, le sucedió M. Atilio Serrano (Wilsdorf 96 s.), que batió de nuevo a los lusitanos y les tomó su capital, no localizada, y de la que se da el enigmático nombre de Oxthrakai (Apiano *Ibér.* 58). Atilio coordina estas campañas con las de su colega Marcelo, que toma Nertóbriga. Atilio celebró tratados de paz con los lusitanos.

14. *Los comienzos de la guerra de Numancia*

Llama Polibio (XXXV 1) πύρινος πόλεμος, guerra de fuego, que resurge una y otra vez en el monte después del incendio, a la que los romanos sostuvieron con los celtíberos. No era guerra que pudiera terminar con una gran batalla, como las que se hacían en Grecia o en Asia, frente a naciones civilizadas. Una victoria no significaba el doblegamiento de un poderoso estado. Aquí las almas de los hombres no se rendían, ni los cuerpos cedían a la fatiga, y en la guerra siempre renovada, apenas si los cortos inviernos eran una breve pausa. Polibio escribió un libro especial para historiar esta guerra, en la que tomó parte personalmente junto a Escipión Emiliano. Desgraciadamente, no poseemos sino los extractos que, al parecer, hizo Apiano, basándose probablemente en una fuente intermedia, Posidonio, que había utilizado el escrito del gran historiador (Schulten *FHA* IV 4).

Dio inicio a la nueva guerra la interpretación de los tratados de Tiberio Graco. La ciudad de Segeda, del país de los belos (Belmonte, 10 km. al sudeste de Calatayud), comenzó a absorber ciudades menores, incluso de otra tribu, los titos, y planeaba ampliar sus murallas hasta un perímetro de casi 8 km., el doble del que alcanzó Numancia en su última guerra. El senado romano, interpretando el tratado de 179, prohibió continuar la muralla y exigió además el tributo establecido por Graco. Los de Segeda alegaban que el tratado prohibía fundar nuevas

ciudades fortificadas, pero no amurallar las ya existentes (Diod. XXXI 39, Apiano *Ibér.* 44).

Ya hemos visto que el límite de la zona de influencia romana dejaba dentro de él a los celtíberos orientales, pero los occidentales estaban insumisos. A ellos acudieron los de Segeda, acogiéndose a la protección de los arévacos. La asamblea de este pueblo, que comenzó su intervención como mediadora entre los celtíberos sometidos y los romanos, optó al fin por hacer la guerra a Roma. La rebelión de los lusitanos y su primera victoria sobre Mumio levantaron las esperanzas de los pueblos que no querían someterse a Roma y a su casi siempre expoliadora y corrompida administración (Diod. XXXI 42; Floro I 34, 3).

Otra consecuencia de la inquieta situación de la Península fue que los romanos hubieron de iniciar entonces la conquista de la costa de la Galia meridional, para asegurarse el paso a la Península (Wilsdorf 72; Schulten *FHA* IV 10).

El desafío de los arévacos fue aceptado por Roma, que envió inmediatamente (153 a. C.) a uno de los cónsules, que la suerte designó, Q. Fulvio Nobilior, a la Citerior, con un ejército de cerca de 30.000 hombres, el doble de lo que se solía dar a los pretores antes. Las elecciones hubieron para ello de adelantarse, y los cónsules y demás cargos curules tomaron posesión no en marzo, como hasta entonces, sino el 1 de enero, que se convirtió, a partir de 153, en comienzo de año. Para campañas en país lejano el general había de ponerse en camino con tiempo suficiente para poder comenzar en primavera las hostilidades en el teatro de la guerra.

Ante la llegada del cónsul, los de Segeda, que no habían terminado aún su muralla, buscaron refugio, con mujeres e hijos, entre los arévacos. Schulten (*Numantia* IV 187 ss.; *FHA* IV 12) estudió sobre el terreno la marcha de Nobilior desde Segeda (junto a Belmonte del Perejil, 12 km. al sudeste de Calatayud), la cual debía estar abandonada por sus naturales, a Ocilis (Medinaceli) y Almazán, sobre Numancia. Según Schulten y Lammerer, fue en el barranco del río Valdano, 20 km. al nor-

oeste de Almazán, donde se encontró el cónsul con la emboscada.

Los arévacos habían elegido jefe a un segedense, Caro (que otras fuentes llaman Megaravico o Kakyros), el cual estaba dispuesto a presentar, con 20.000 infantes y 5.000 jinetes, batalla a los romanos. Nobilior era mal general, muy inferior a su padre, el personaje cantado por el poeta Ennio, y en el encuentro perdió 6.000 romanos, lo que en Roma tuvo eco de gran catástrofe, aunque la caballería romana que había quedado guardando la impedimenta atacó a los vencedores y dio muerte al propio Caro y a otros 6.000 celtíberos. Ocurrió esta batalla, día para siempre nefasto en Roma, en la fiesta de Vulcano (23 de agosto), según nos cuenta Apiano (*Ibér.* 45).

Los arévacos, después de la batalla de los Vulcanalia, se concentraron en Numancia y eligieron jefes a Ambón y Leucón. Nobilior continuó su marcha hasta la Gran Atalaya, en las inmediaciones de Numancia, pero a la respetuosa distancia de 9 km., donde se instaló en un gran campamento que Schulten estudió (*Numantia* IV 41 ss). Allí debieron llegarle las peticiones de paz de los celtíberos, a las que él no podía acceder, pues los romanos no se conformaban sino con la sumisión total y el desarme (Diod. XXXI 41, Apiano *Ibér.* 49). También recibió allí refuerzos de jinetes númidas que enviaba el viejo rey Masinisa, en malas relaciones con Cartago, y diez elefantes.

La aparición de éstos por sorpresa en un combate produjo pánico entre los celtíberos, que no los conocían (Apiano *Ibér.* 46). Consiguieron así los romanos llegar por el lado este de la ciudad hasta sus murallas; pero un elefante herido contagió la espantada a los demás, y los romanos huyeron. Los numantinos aprovecharon la ocasión y causaron a los romanos 4.000 muertos, aunque a costa de 2.000 suyos (Apiano *l. cit.*).

Un nuevo fracaso tuvo Nobilior al atacar, sin duda obligado por la necesidad, un almacén de víveres enemigo en Uxama [16]; perdió muchos soldados y tuvo que retirarse amparado por la noche. Envió luego al prefecto Blesio a buscar en un pueblo aliado, quizá los vac-

ceos, caballería; pero cuando éste volvía, en una emboscada le abandonaron los jinetes aliados, y Blesio, con muchos romanos, sucumbió a manos de los celtíberos. Para colmo, la ciudad de Ocilis (Medinaceli), donde tenía Nobilior sus almacenes, se había pasado antes al enemigo. No le quedó al jefe romano otro remedio que invernar en el campamento junto a Numancia, sufriendo sus soldados hambre y frío bajo los hielos y la nieve, con escasa leña. Esta inclemencia y los choques con el enemigo al salir a buscar leña, le costaron muchas bajas (Apiano *Ibér.* 47).

De la humillante situación sacó a Nobilior un jefe ya experimentado en el gobierno de las dos Españas como pretor (en 169 y 168), y vencedor de los ligures, el cónsul M. Claudio Marcelo, nieto del conquistador de Siracusa, que hubo de ser autorizado por ley especial para ser elegido cónsul tercera vez y salvar de su apurada situación al del año anterior. Llegaba Marcelo a la Citerior con un suplemento de 8.000 infantes y 500 jinetes, y supo librarse de una emboscada que le preparaban por la vía del Jalón los celtíberos, y así penetró hasta Ocilis. Esta ciudad se arrepintió de su rebelión y se le sometió; concediéndole Marcelo el perdón sin otra exigencia que la de rehenes y pagar una indemnización de 30 talentos de plata. Tal moderación hizo gran efecto entre los celtíberos orientales: los de Nertóbriga (Calatorao) pidieron la paz, y Marcelo no les exigió más que la entrega de 100 jinetes como auxiliares. Como luego los nertobrigenses atacaron la retaguardia de Marcelo y saquearon sus acémilas, el general desarmó a aquellos jinetes y los trató como prisioneros, taló los campos de la ciudad y acampó, amenazador, ante ella. Asustados los de Nertóbriga del aparato del asedio que traía el romano, pidieron la paz, enviando, según su uso, un mensajero revestido con piel de lobo. Marcelo exigió que la paz fuera general, con todos los celtíberos. Los había entre ellos dispuestos a la paz, con las condiciones del antiguo tratado de Graco, pero otros desconfiaban de los romanos y eran partidarios de la guerra, a menos de obtener seguridades. Marcelo hizo una tregua, envió a Roma re-

presentantes de las dos tendencias y recomendó por carta al senado que procuraran llegar a la paz.

En Roma fueron recibidos como aliados los embajadores de los celtíberos orientales, pero los de los arévacos, como enemigos, no fueron admitidos a alojarse del lado izquierdo del Tíber, dentro de la Urbe. Los celtíberos partidarios de la paz pedían a Roma que mantuviera en Hispania un ejército adecuado, a las órdenes de un cónsul, para asegurarla (Polib. XXXV 2; Apiano *Ibér.* 48 s.).

En Roma, los consejos de paz que daba Marcelo fueron interpretados por muchos senadores como cobardía o deseo de éste de quedar de árbitro y luego con clientela en la Península; por lo cual, se le exhortó por carta a que continuara la guerra. Marcelo pasó el invierno siguiente en Córdoba y dio a aquella ciudad una organización romana (Polib. XXXV 2; Estrab. III, 2, 1, pág. 141), mientras que en Roma el partido que podríamos llamar belicista o imperialista, capitaneado por el joven pero ya influyente Escipión Emiliano, se esforzaba por resolver las dificultades que causaba la impopularidad de la guerra. En este viaje al sur, Marcelo, aprovechando la tregua con los celtíberos mientras los embajadores estaban en Roma, venció a los lusitanos, podemos pensar que combinando sus operaciones con el pretor de la Ulterior, Atilio, y tomó la otra Nertóbriga, en Beturia (Fregenal de la Sierra).

El senado romano, arrastrado por los belicistas, remitiendo a los embajadores celtíberos a Marcelo, votaba un nuevo ejército consular que, ante el espíritu de protesta que dominaba entre el pueblo, sería designado por la suerte y no por leva, y ponía al frente de él, para la Citerior, al cónsul del año siguiente (151), L. Licinio Lúculo (Polib. XXXV 3, Apiano *Ibér.* 49). La guerra se va a endurecer aún más por la creciente codicia e inmoralidad de los gobernadores romanos; la desesperación de los indígenas ante la rapacidad de un Lúculo o un Galba, nombrado asimismo pretor de la Ulterior, va a dar un tono implacable a las luchas.

15. *Paz en Celtiberia; guerra con los vacceos*

A pesar de la orden recibida de Roma de comenzar la guerra, M. Marcelo aprovechaba el tiempo que le dejaba el viaje del nuevo cónsul para arreglar la situación con los celtíberos. Se presentó delante de Numancia, donde puso su campamento en el Castillejo, parece que batió a los numantinos, pero devolvió los rehenes, tuvo tratos con Litennón, el jefe de los numantinos, y se condujo de un modo que si a los belicistas de Roma les pudo parecer sospechoso, quedó justificado por la evolución ulterior de los sucesos. Marcelo se ganó la confianza de los celtíberos y logró de ellos considerables donativos, hasta 15 toneladas de plata (600 talentos) (Apiano *Ibér.* 50; Estr. III 4, 13, pág. 162; Schulten *FHA* IV 21). Claro que Numancia, capital de los arévacos, se consituía en baluarte de Celtiberia y veía reconocidos sus derechos a encabezar a todo el pueblo celtibérico, por ejemplo, ocupando Nertóbriga (Schulten, *FHA* IV 21 y 41).

El Senado de Roma, contradiciéndose, aceptaba estos acuerdos (Liv. *Per.* 48). Pero en Roma había un partido de la guerra, que creía que ceder ante los celtíberos significaría perder autoridad en todo el imperio. Por los relatos de Q. Nobilior y sus tropas, eran conocidas en Roma las características de aquella guerra, lo inacabable de ella, sus peligros, el valor de los enemigos, con lo cual se generalizaba el desánimo de un modo del que no se recordaba semejante. El pueblo se resistía al alistamiento, y los tribunos llegaron a intervenir y a detener a veces a los cónsules. Ante actitud tan inquietante, los belicistas tomaron la iniciativa, para que la juventud romana no retrocediera ante aquella guerra que siempre volvía a comenzar.

Como los jóvenes de buena familia no se presentaban para ser tribunos o legados, y todos procuraban evitar el alistamiento, Escipión Emiliano, el hijo del vencedor del rey Perseo, nieto de adopción del de Zama, se ofreció de la manera más sorprendente al Senado para ir a Hispania en la modesta condición de oficial. Para ello estaba

dispuesto a renunciar a la función de árbitro que los macedonios le habían ofrecido, y daría así ejemplo en su patria. Esto, nos cuenta Polibio (XXXV 4; cf. Liv. *Per.* 48), sirvió para levantar los ánimos. El brillante personaje, de treinta y cuatro años a la sazón, bien instruido en el arte de la guerra por su padre, Paulo Emilio (que ya vimos había luchado con los lusitanos), fue tribuno y luego, parece, legado en el ejército de Lúculo (Schulten *FHA* IV 24). Al cabo de pocos años iba a ser el vencedor de Cartago.

Sin embargo, cuando el nuevo cónsul llegó a la Península (151 a. C), los esfuerzos pacificadores de Marcelo habían dado fruto, y en la zona celtibérica reinaba la paz. La larga distancia entre Roma y España había planteado una situación absurda. Mas el deseo de renombre militar y la necesidad de enriquecerse, como nos dicen los historiadores (Apiano *Ibér.* 50, basado en Polibio), empujaron a Lúculo a atacar a otro pueblo, los vacceos, vecinos orientales de los arévacos, sin que hubiera decisión alguna de Roma en tal sentido ni provocación por parte de ellos.

Avanzó desde el valle del Tajo, donde debió de recibir de Marcelo tropas y mando, hasta Cauca (Coca, provincia de Segovia) e hizo saber a los vacceos que los atacaba para castigar sus incursiones contra los carpetanos. Los indígenas repelieron talas y saqueos, y se refugiaron en su ciudad. Luego, en batalla en campo abierto, luchando como infantería ligera, colocaron a Lúculo en una situación apurada, hasta que agotaron todas sus armas arrojadizas; como su armamento no les permitía luchar cuerpo a cuerpo con las legiones, huyeron precipitadamente a su ciudad, y entonces, perseguidos y en la confusión de entrar por las puertas, perdieron tres mil hombres.

Al día siguiente los ancianos se presentaron al general romano pidiéndole condiciones de paz. Se sometieron a ellas, dando rehenes y comprometiéndose a pagar cien talentos de plata, además de suministrar fuerzas de caballería; pero Lúculo, traicioneramente, metió sus tropas en la ciudad y dio con sus trompetas la señal de matanza

sin cuartel. Coca fue saqueada, los desgraciados supervivientes huyeron y el desprestigio de los romanos, por su perfidia y crueldad, se extendió ampliamente (Apiano *Ibér.* 51 s.).

Continuó Lúculo por el desierto valle del Duero y llegó a otra ciudad vaccea, Intercacia —hacia Villalpando (Zamora)—, donde se había refugiado, como fortaleza tribal que era, un ejército de 22.000 hombres, de ellos 2.000 jinetes. A su invitación a rendirse y hacer un tratado, contestaron los de Intercacia que si era para guardarlo con la misma fe que el de Coca. Comenzó entonces Lúculo a talar sus campos y a poner cerco a la ciudad, desafiándolos a salir en orden de batalla.

Como uno de los hispanos, brillantemente armado, salía una y otra vez a retar a los romanos en duelo singular, Escipión, ante una arcaica costumbre que a los romanos de entonces les parecería absurda, aceptó el desafío y tuvo la fortuna y habilidad, a pesar de su corta estatura y de que su caballo fue herido, de vencer al gigantesco bárbaro (Polib. XXXV 5, fr. 31 y 13; Ap. *Ibér.* 53).

El asedio era, por lo demás, peligroso para los romanos, pues la caballería de Intercacia se había quedado fuera y atacaba a los sitiadores por la espalda. El ambiente geográfico era hostil, ya que en la meseta faltaba la alimentación mediterránea: vino, aceite, vinagre, trigo y cebada; faltaba también la sal, y la comida de ciervo y de liebre les resultaba insana, por lo que morían muchos soldados. Pero los romanos disponían de máquinas de sitio, y las pobres murallas de Intercacia cedían por todas partes. Una vez ganó Escipión la corona mural. Otra vez los romanos fueron rechazados hacia una charca. Los indígenas reparaban sus murallas y el sitio se alargaba, con penalidades para uno y otro bando.

Medió, por fin, Escipión, con el prestigio que guardaba entre los indígenas el nombre de su abuelo adoptivo, y bajo su palabra de que se cumpliría el acuerdo, los de Intercacia se rindieron bajo condición de entregar 10.000 talentos de lana, un número de cabezas de ganado y cincuenta rehenes. Lúculo reclamó oro y plata, pero

se llevó la desilusión de que aquellos indígenas no lo tenían (Apiano *Ibér.* 54).

Es posible que en la campaña de Intercacia tomaran parte como aliados de sus vecinos vacceos los cántabros, pues hay una referencia a que Lúculo consiguió la sumisión de éstos (Liv. *Per.* 48).

La guerra con los vacceos terminó con una intervención contra Palancia (Palencia), que le parecería a Lúculo rica en oro y plata. Allí se habían refugiado otros guerreros indígenas. Lúculo empezó a segar las mieses, pero los de Palencia se le echaron encima y tuvo que formar el cuadro y marchar en esta disposición, perseguido por ellos, hasta el Duero. Allí se retiraron los perseguidores y pudo entonces el cónsul dirigirse hacia el sur a invernar y atropellar, como veremos, a los lusitanos.

Escipión (Ap. *Lib.* 71) había pasado a Africa, seguramente mientras Lúculo se dirigía a España, a pedir al rey Masinisa elefantes y soldados, lo que prueba los ambiciosos planes de los belicistas en Hispania. Sin duda, fueron las extorsiones de Lúculo las que llevaron al tribuno de la plebe L. Calpurnio Pisón Frugi, en 149, a proponer la primera ley *de pecuniis repetundis,* que fue aprobada para reprimir los robos de los gobernantes.

En los años siguientes la paz se mantuvo en Celtiberia, mientras seguían en vigor los prudentes arreglos de Marcelo. Hasta 143 no volvieron a producirse conflictos en esta región, lo que fue una fortuna para los romanos, acosados mientras en la Ulterior por Viriato.

16. *Galba en la Ulterior; aparición de Viriato*

En 151 los lusitanos habían vuelto a invadir la zona pacificada del sur. El pretor Servio Sulpicio Galba acudió en socorro de una ciudad aliada; tras una larga marcha nocturna venció al enemigo, pero en su inexperiencia se lanzó en su persecución, lo que se convirtió en un desastre: 7.000 romanos perecieron. Galba se refugió con su escolta de caballería en Carmona, recogió allí los

restos de su ejército y marchó al Algarve, donde invernó (Apiano *Ibér.* 58).

Los desgraciados lusitanos también tuvieron que sufrir los golpes del arrogante Lúculo. Decidió éste, de retirada de su inicua campaña contra los vacceos, aprovechar el invierno (151-150) para reprimir a los lusitanos. Organizó con sus lugartenientes una batida contra ellos y mató a 4.000. A otros 1.500 les dio muerte, además de hacer muchos prisioneros, que vendió como esclavos, cuando intentaban pasar el estrecho de Gibraltar. En vano los lusitanos, que veían a los romanos saquear sus tierras, invocaban los tratados que habían hecho con Atilio Serrano en 152.

Galba, que se había dado cuenta del mecanismo de las continuas incursiones, ofreció a los lusitanos tierras ricas que les salvaran de la miseria de sus montañas del centro de Portugal. Se concentraron los lusitanos, divididos en tres grupos, en los lugares que mandó Galba, con la esperanza de que los organizara en ciudades: hizo tratados y les obligó sucesivamente a deponer las armas, y una vez cercados hizo matar a todos, en número de 8.000 (Valerio Máx. IX 6, 2; 30.000 da Suetonio *Galba* 3, pero parece exagerado; cf. Schulten *FHA* IV 106, H. Simon 61). Pocos pudieron escapar, pero entre ellos estaba Viriato (Apiano *Ibér.* 62).

Galba, más codicioso aún que Lúculo, se guardó la mayor parte del botín, aunque ya era el hombre más rico de Roma. El escándalo de tal conducta no se extinguió nunca, y el tribuno L. Escribonio Libón, con el viejo M. Catón y L. Cornelio Cetego, acusaron al cruel pretor; sin embargo, el poderoso y elocuente personaje pudo, acudiendo a la compasión del tribunal, eludir la justicia (Quint. *Inst.* II 15, 8).

La criminal conducta de Galba no impidió que los lusitanos volvieran en 147 a. C., o quizá el año anterior, a recorrer la Turdetania. Cuando estas bandas se encontraban cercadas por el pretor C. Vetilio, aparece Viriato. Ya los lusitanos iban a rendirse con la promesa de tierras, cuando el nuevo caudillo se ofrece, y recordándoles

la perfidia de los romanos, les anima a defenderse (Apiano *Ibér.* 61).

Aceptada su jefatura, dio orden a todos de huir y dispersarse, para concentrarse de nuevo en la ciudad de Tríbola (de situación desconocida). Viriato montó a caballo, se llevó consigo a 1.000, hostilizó a Vetilio con su superior caballería y escapó hacia el punto de cita. Así comenzaba una guerra que iba a durar ocho años (Apiano *Ibér.* 62).

Viriato hizo víctima al pretor, que se lanzó en su persecución, de sus asechanzas. Los romanos fueron sorprendidos y Vetilio, prisionero, fue muerto por un lusitano que pensó que aquel viejo demasiado obeso no servía para nada. Los romanos huyeron a Càrteya, en el estrecho, reducidos, de 10.000 hombres, a 6.000, y allí apenas si el cuestor pudo animarles a que defendieran las murallas. Cinco mil celtíberos que habían llegado de las tribus de belos y titos reclutados contra Viriato fueron muertos por éste sin que quedara uno para contarlo, con lo que el cuestor se vio reducido a esperar en Carteya hasta que Roma tomara medidas (Diod. XXXIII 1, Apiano *Ibér.* 63).

En el año siguiente (146) hallamos a Viriato saqueando la Carpetania, «país fértil» (Apiano *Ibér.* 64). Los romanos enviaron contra él un ejército de 10.000 soldados y 1.300 jinetes mandados por el pretor C. Plautio Hipseo. De nuevo Viriato fingió huir y atrajo tras sí a 4.000 romanos, que derrotó y casi aniquiló. Después pasó el Tajo y se instaló en un monte rodeado de olivares dedicado a la diosa Venus (el cual se suele identificar con la Sierra de San Vicente, al norte de Talavera), y allí acudió otra vez Plautio en son de guerra, pero fue vencido y sufrió muchas pérdidas, por lo que tuvo que retirarse hacia las ciudades del sur, «comenzando su invernada desde la mitad del verano», como dice Apiano (*Ibér.* 64), lo cual le desacreditó como general y le llevó, a su vuelta a Roma, al destierro (Diod. XXXIII 2). Viriato pudo imponer su autoridad en amplios territorios. Tenemos noticias de que sacrificó a los rehenes de los de Segovia porque éstos no quisieron traicionar a los

romanos (Pseudo-Frontino IV 5, 22); atrajo a los de Segóbriga a una emboscada y los aniquiló (Front. III 10, 6, y 11, 4).

También venció Viriato a Claudio Unimano, que no se sabe qué cargo tenía; quizá pretor (Wilsdorf 97, H. Simon 85) o prefecto de la Citerior (Schulten *FHA* IV 112).

Toda la provincia Ulterior estaba amenazada por Viriato, y sobre todo las regiones occidentales, por lo que Roma tuvo ahora que enviar un ejército consular. Q. Fabio Máximo Emiliano, hermano carnal de Escipión, fue el cónsul (145 a. C.) que mandó el nuevo ejército de 17.000 hombres, que en Roma, agotada por la última guerra púnica y la tercera macedónica, hubo que reclutar entre gente muy joven. Concentró el cónsul sus fuerzas en Osuna, y mientras las hacía ejercitarse para la campaña, acudió a Gades a hacer sacrificios y encomendarse a Hércules.

Viriato atacó a los romanos inmediatamente, y por una referencia de Cicerón *(De off.* II 40) parece que el pretor C. Lelio, el amigo de Escipión, le derrotó de modo decisivo; pero Fabio no quería responder a los ataques sino tras cuidadosos ejercicios, durante los que fue estudiando las reacciones del enemigo mientras los suyos recuperaban la confianza en sí mismos. Imitaba en estas disposiciones a su padre, Paulo Emilio, en la campaña de Macedonia. Los resultados del año que el cónsul pasó en Hispania no eran muy brillantes, y cuando en 144 se trató de que viniera un nuevo cónsul, Escipión se opuso (Val. Máx. VI 4, 2), sin duda con el deseo de que su hermano pudiera sacar los resultados de sus preparativos y experiencias.

Al fin, en su segundo año de mando, estuvo Fabio en condiciones de medirse con el lusitano y saqueó una de las ciudades de Viriato e incendió otra, rechazando al caudillo hasta Baikor (que parece ha de identificarse con Bécula [Bailén]; cf. Schulten *FHA* IV 114), y quedándose a invernar en Córdoba. No tenemos más pormenores, pero podemos creer que buena parte de Lusitania,

con algunas ciudades, habían sido sometidas por él (Liv. *Per.* 53).

17. *La guerra de Viriato se extiende a Celtiberia*

En 143, cuando, según ciertas fuentes, los romanos envían a Q. Pompeyo [17] como pretor a la Citerior (el mismo que volverá como cónsul a luchar en Numancia) y a Quincio a la Ulterior, Viriato consiguió, por fin, levantar contra los romanos a titos, belos y arévacos, es decir, a todos los celtíberos, los orientales, ya sometidos, y los del noroeste, unidos a Roma por los arreglos de Marcelo. Quincio se vio en situación apurada.

Con ello Viriato daba a la guerra una dimensión peninsular, y en su alianza con los celtíberos quedaban amenazadas no sólo las ciudades andaluzas, sino las dos provincias romanas, pues la reacción indígena, a caballo sobre la divisoria de las mesetas, amenazaba el mismo valle del Ebro. Un cabecilla llamado Olónico levanta a los celtíberos. La situación de buena parte de la Hispania romana, sobre todo en Andalucía y la meseta del Guadiana y el Tajo, como en la vertiente oriental de Celtiberia, llegó a ser caótica, volviendo, sin duda, a las épocas de las grandes invasiones, mientras que el empobrecimiento del país por el prolongado saqueo de los gobernadores romanos debe haber endurecido y hecho miserable la vida. Es en este contexto en el que han de entenderse las guerras de Viriato y Numancia.

Aunque el pretor Quincio batió a Viriato en su provincia, volvió el lusitano a su acostumbrada base de los montes de Venus, y desde allí atacó Tucci (Martos) y la región de Bastetania; Quincio hubo de retirarse a Córdoba y encomendar las operaciones a un hispanoromano, C. Marcio, de Itálica (Apiano *Ibér,* 66).

La gravedad de la situación volvió a exigir la presencia de un cónsul, y así vino (143 a. C.) Q. Cecilio Metelo Macedónico a la Citerior con un gran ejército de 30.000 hombres, con 2.000 caballos. Estamos mal informados,

mas parece que lo que intentó, tras actuar en la Celtiberia anterior [18] (donde muere Olónico, al intentar sorprender al cónsul), sometiendo Nertóbriga y pactando con Centóbriga, y tomando por sorpresa Contrebia, fue cortar a los celtíberos de los lusitanos y entrar, como Lúculo, por las llanuras del Duero, sorprendiendo a los vacceos cuando estaban segando el grano. Numancia y Termes quedaban en realidad aisladas al frente de los celtíberos belicosos (Ap. *Ibér.* 76). Metelo supo mantener la disciplina en sus tropas y se acreditó como un hábil general.

Sucedió en el mando contra los celtíberos a Metelo su enemigo político Q. Pompeyo. Venía este *homo novus* (141 a. C.) como cónsul y se encontró al frente de un excelente ejército íntegro de 30.000 infantes y 2.000 caballos, con el que acampó frente a Numancia (Schulten *Num.* I 356; III 157 ss.; *FHA* IV 39 s.). Pero su inhabilidad lo arrastró a una batalla y fue derrotado (Ap. *Ibér.* 76). Pasó luego a atacar a Termes, pensando que aquella sería plaza más fácil que Numancia, donde cada día perdía en escaramuzas soldados. Pero también fracasó y llegó a verse en situación apurada, con su ejército metido en barrancos en los que perdió despeñada mucha gente. Una pequeña compensación fue que se le entregó el castillo de Malia, traicionando a la guarnición numantina [19]. También sabemos (Diod. XXXIII 17) que Lagni, después de que la ciudad fue salvada de su asedio por los numantinos, quiso rendírsele traicionando a aquéllos. Al fin la tomó, dejando ir libres a los numantinos que la guarnecían.

Pasó luego a Edetania, donde tuvo que reprimir las correrías de Tangino, sin duda un lusitano, a juzgar por el nombre, lo cual se confirma por lo indomable de sus hombres, de los que ninguno se resignó a la esclavitud y todos hubieron de ser muertos (Ap. *Ibér.* 77).

Volvió, con mando prorrogado por el Senado, Q. Pompeyo al siguiente año (140 a. C.) contra Numancia e intentó cercar a la ciudad por el este, para cortarle las comunicaciones, desviando un río (que Schulten inter-

preta como el Merdancho, *Num.* I 358, *FHA* IV 42), pero los celtíberos atacaron a los soldados que trabajaban en la apertura del canal, así como a los que habían salido a buscar víveres, y les causaron muchas bajas, incluso un tribuno (Ap. *Ibér.* 78, Dión Cas. fr. 77). Con esto abandonó Pompeyo el plan de circunvalar la ciudad.

El Senado se inclinó a la paz y también a relevar las tropas, que llevaban en España los seis años reglamentarios de campaña. Pompeyo, avergonzado de sus repetidos fracasos, se quedó a invernar en el campamento frente a Numancia, a pesar de que los soldados bisoños sufrían del frío y de disentería. A ello se sumó que los numantinos provocaron a los romanos a combate y los vencieron, además de deshacer una columna de aprovisionamiento que se dirigía al campamento (Ap. *Ibér.* 78).

Pompeyo volvió entonces, para reunirse con la misión del Senado, venida sin duda con la esperanza de acabar la guerra, a las bases romanas, y antes se apresuró a buscar en secreto una paz. También los numantinos estaban fatigados de la guerra, por lo que no le fue difícil hacer un juego doble (Cic. *Rep.* III 28), pues mientras en público exhortaba a los numantinos y termestinos a ponerse a merced de los romanos, con la *deditio,* establecía con ellos en secreto un acuerdo por el que los numantinos entregaban rehenes, devolvían los tránsfugas y se comprometían a pagar 30 talentos de plata (Ap. *Ibér.* 79, Diod. XXXIII 19)[20]. En estos confusos manejos Pompeyo se quedó con las entregas de plata que habían hecho los celtíberos, y como el Senado no quiso ratificar el acuerdo, a pesar de que había intervenido la comisión senatorial, los poderosos Metelos y Cepiones acusaron al advenedizo Pompeyo en un ruidoso proceso, al que nos referiremos más adelante.

Era en 141 gobernador de la Ulterior, después del cónsul L. Metelo, que actuó en 142 sin éxito, el excónsul Q. Fabio Máximo Serviliano, con 18.000 infantes y 1.600 caballos. Consiguió además elefantes de Micipsa, rey de Numidia. Con estas fuerzas se dirigió sobre

Tucci y consiguió resistir el ataque de Viriato, pero fiado en sus fuerzas, atacó a éste luego y fue derrotado, con pérdida de 3.000 hombres, y un pánico del que sólo la noche le salvó. Viriato siguió hostilizándole y lo encerró en Tucci (Ap. *Ibér.*, 67).

Pero Viriato se hubo de retirar a Lusitania, lo que permitió al romano invadir la Beturia y tras tomar allí cinco ciudades, llegar al Algarve, desde donde atacó las tierras de los lusitanos. Encontró allí jefes de bandas, posiblemente hispano-romanos, ya que se llamaban Curio y Apuleyo, que le obligaron a retroceder. Entonces tomó ciudades que estaban ocupadas por fuerzas de Viriato, Eiscadia (quizá Astigi, Ecija) y Gemela (que debe ser Itucci) y Obúlcula (entre Carmona y Ecija), y restableció así su dominio en la Bética, no sin ejecuciones y ventas en masa de esclavos.

Vemos que en toda la Península la situación era caótica. Lo mismo que Tangino, un lusitano, saquea Levante, y unos romanos o hispano-romanos acaudillan bandas en los límites meridionales de Lusitania, en Andalucía tuvo el citado Fabio Serviliano que someter a un bandolero llamado Connobas, al que perdonó, pero cortando las manos, al modo lusitano, a toda su gente.

Persiguiendo a Viriato llegó a Erisane (que, como Masdeu, Schulten *FHA* IV 119, propone identificar con Arsa de Beturia), donde el jefe lusitano volvió a poner en un aprieto a los romanos, sin embargo de lo cual les ofreció la paz (Ap. *Ibér.*, 68), que parece Fabio hizo en condiciones poco satisfactorias para el orgullo romano, reconociendo la independencia de los lusitanos y declarando amigo a Viriato (Pap. de Oxyrh. de Livio, año 140, p. 143 Rossbach).

Vemos a Viriato ofreciendo la paz a los romanos, lo mismo que los numantinos. Ocho años de guerras e incursiones habían agotado a los lusitanos, y Viriato no podía contar con su pueblo. Por un lado los hispanos buscaban terminar con una situación insoportable; por otro, parece se daban cuenta de que, después de un dominio de muchos decenios, los romanos se habían he-

cho imprescindibles como factor de orden y estabilidad económica. Conocemos (Diod. XXXIII 7, 5) un apólogo en el que Viriato explicó a los de Tucci la desastrosa situación de las ciudades de Andalucía: un hombre de edad madura tenía dos mujeres, y la joven le arrancaba las canas para igualarle con ella, mientras que la otra, que era vieja, con el mismo fin le arrancaba los cabellos negros; así era destruida la ciudad que pasaba una y otra vez de las manos de los romanos a las de los rebeldes de Viriato.

18. *La guerra se recrudece: fin de Viriato*

No obstante la paz establecida por Fabio Serviliano con Viriato, su sucesor en la Ulterior (140 a. C.), el cónsul Q. Servilio Cepión, hermano carnal de Fabio, encontró el acuerdo ignominioso y recomenzó, con la aprobación del Senado, y saltando sobre el tratado aprobado por el pueblo romano, la guerra. Cepión era un hombre arrogante e implacable, que se complacía en humillar a sus soldados (Dión Cas. fr. 78, Wilsdorf 103).

Viriato tuvo que evacuar Arsa y retirarse. Cepión en su persecución pasó a Carpetania, y aún más allá, ya que las fuentes (Apiano *Ibér.,* 70, cf. Diod. XXXIII 1, 4; 19 y 21) nos hablan de que llegó al país de los vetones y al de los calaicos.

En efecto, Cepión, que construyó la *turris Caepionis* (cuyo nombre pervive en el pueblo de Chipiona) en la boca del Guadalquivir, abrió una vía de penetración militar que preparaba la sumisión de todo el oeste de la Península. El debió fundar acaso *Caepiana,* en la región de Setúbal, y su nombre se conserva también en un *castra Servilia,* que conocemos en Cáceres (Schulten *FHA* IV 123).

Puede decirse que, paralelamente, el cónsul M. Popilio Lenas (139 a. C.) se hacía cargo de la provincia Citerior y rechazaba la paz pactada por Pompeyo con los numantinos. Estos se indignaron y acudieron al Se-

nado, pero allí prevaleció la política de guerra (Ap. *Ibér.*, 79).

Mientras tanto, Popilio secundó a Cepión en el ataque a Viriato, y éste se apresuró a pedir la paz, mas para ganar tiempo el cónsul iba proponiendo una a una las condiciones, entre las que estaba la entrega de tránsfugas; naturalmente los lusitanos no quisieron rendir las armas (Diod. XXXIII 19, Dión fr. 75).

Entonces Viriato se volvió a Cepión en busca de paz. La insoportable arrogancia del procónsul llevó al ejército a la insubordinación, pero acudió Cepión a los métodos que ya había empleado en la política de Roma contra el tribuno Asellus, y compró a los tres embajadores que Viriato había enviado como amigos, Audas, Ditalcón y Minuro. Aunque Viriato, en esta situación desesperada, apenas dormía y se acostaba revestido de sus armas, los traidores, aprovechando que las personas de confianza podían despertarle a cualquier hora, le sorprendieron en el primer sueño y le hirieron en el cuello, la única parte que la armadura dejaba al descubierto. Los asesinos pudieron huir al campo de Cepión y sólo a la mañana siguiente se descubrió el crimen. Los lusitanos hicieron a su caudillo magníficos funerales, quemándolo en una inmensa pira, con sacrificio de numerosas víctimas y desfiles de guerreros que cantaban himnos, los cuales, cuando se consumió el fuego, lucharon por parejas, en número de doscientas, en duelo sobre su tumba (Ap. *Ibér.* 71, Diod. XXXIII 21).

El caudillo lusitano, que mereció ser llamado, como leemos en el poeta Lucilio, «el Aníbal de los bárbaros» (verso 616 ed. Marx), consiguió atraerse a su gente en íntima adhesión, y sólo la corrupción romana contagiada a sus ayudantes pudo acabar con él a traición. La historiografía antigua presenta en Viriato el puro guerrero, representante de los pobres, en contraste con su suegro, el rico lusitano Astolpas, que busca la protección de los romanos. En Viriato brillan las cualidades de sobriedad y dureza del bárbaro, pero en la conciencia popular que alcanzan los lusitanos, paralela a la de los celtíberos, tenemos una respuesta a la opresión colonial.

19. *Campaña de Bruto en Galicia; desastres ante Numancia*

La desaparición de Viriato, que fue sentida por los romanos como una vergüenza, tanto que los senadores negaron la recompensa ofrecida a los asesinos (Pap. de Oxyrh. de Livio, años 139, 138), mientras que de Cepión se dijo que «no ganó su victoria sino que la compró» (Val. Máx. IX 6, 4), significó el final de la resistencia lusitana. Fue Viriato la personalidad militar más importante que produjeron las tribus hispanas (Just. XLIV 2,7); la justicia y equidad en el trato con sus guerreros, su sencillez y virtudes personales le permitieron mantener durante varios años, en medio de situaciones difíciles, su prestigio. Algún cabecilla intentó mantener la bandera de Viriato, así Táutalo o Táutamo, que hizo correrías por Levante y Andalucía y terminó por rendirse a Cepión (Ap. *Ibér.* 72, Diod. XXXIII 1, 3).

La ruina de Viriato abría a los romanos las puertas del lejano noroeste. Décimo Junio Bruto, un severo militar, cónsul (138 a. C.) designado para ir a Hispania cuando aún se creía vivo a Viriato, emprendió una campaña que tenía por objeto pacificar toda aquella agreste región y sin duda buscar el dominio de las minas de oro que había en ella. Bruto se propuso explorar, una vez sometidos los lusitanos, las regiones del curso inferior de los ríos Tajo, Duero y Limia. Obraba de acuerdo con su pariente el cónsul Lépido (137 a. C.), que enviado a la guerra de Numancia había invadido el país de los vacceos. En esta expedición (136 a. C.) iba el codicioso Décimo a dominar las ciudades del país y a obligar así a las bandas de lusitanos a regresar a sus puntos de origen (Ap. *Ibér.* 71). Sabemos que en Morón (hacia Santarem) estableció su base de operaciones, y que fortificó Lisboa, como llave del río Tajo (Estrabón, III 3, 1, p. 152).

A pesar de la dura resistencia, en la que las mujeres tomaban parte, consiguió Bruto ir reduciendo en sus montañas a los lusitanos. Pasó en son de guerra el Due-

ro y, sin duda apoyado por una escuadra que le seguía, atravesó con sus soldados el legendario Limia, que era llamado río del Olvido, y se suponía que como el infernal Leteo borraba en la memoria del que de sus aguas bebía los recuerdos de la orilla que quedaba atrás. Se acercó al Miño y hubo de enfrentarse con los calaicos bracarenses. También luchaban las mujeres, y al ser vencidos, éstas se suicidaban y mataban a sus hijos. Algunas tribus se sometieron a Bruto, pero se rebelaron y hubieron de ser sometidas de nuevo (Apiano *Ibér.* 72). Por primera vez penetraban los romanos en aquel misterioso mundo del noroeste, rico en oro, donde se seguía navegando en las barcas de cuero que la leyenda irlandesa atribuye a los pobladores que llegaron a la isla desde España.

Los talabrigenses, que varias veces se habían sometido y se habían vuelto a rebelar, hubieron de ser trasladados a otro lugar, después de entregar rehenes, armas e incluso todos los bienes comunales (Ap. *Ibér.* 73).

En estas campañas ganó Bruto el sobrenombre de Calaico y regresó a Roma vencedor al cabo de cinco o seis años. Fue uno de los más grandes conquistadores de la Península y sus campañas fueron memorables. Pacificó todo el actual territorio portugués, desde los confines del Algarve y la Beturia, que en los años anteriores habían sido repetidas veces invadidos por los lusitanos, hasta el mismo Miño. Fundó Valencia con lusitanos y con veteranos de la guerra de Viriato.

Pero quedaba Numancia. El Senado, como ya hemos visto, había decidido una política de guerra, anulando los falsos acuerdos de Pompeyo. Popilio (139-138), el sucesor de éste, sufrió un descalabro al dejarle los numantinos acercarse a la ciudad; luego atacó, sin éxito, a los lusones (Liv. *Per.* 55, Ap. *Ibér.* 79, Frontino III 17, 9). Su sucesor, el cónsul C. Hostilio Mancino (137 a. C.), que había salido de Roma con malos augurios (Liv. *Per.* 55, etc.), había de llevar a los romanos ante la pequeña ciudad celtibérica a la situación más humillante, que sólo se compararía con el legendario desastre

de las horcas caudinas; con su ejército desmoralizado por las repetidas derrotas bajo los generales anteriores, fue varias veces vencido en sus choques con los numantinos. Asustado ante el rumor de que los cántabros y los vacceos venían en socorro de los arévacos, huyó en la oscuridad de la noche y se refugió en el derruido campamento de Nobilior, en el que la defensa era imposible. Allí lo cercaron los numantinos y tuvo que aceptar, a pesar de sus fuerzas, cuatro o cinco veces superiores, un tratado de poder a poder (Ap. *Ibér.* 80). Sabemos por Plutarco (*Tib. Graco* 5 s.) que en este arreglo, de cándida generosidad por parte de los numantinos, el nombre y la persona del joven Tiberio Graco, cuestor en el ejército de Mancino, fueron decisivos para los indígenas, que recordaban el tratado de 179 con su padre y se quejaban de que los romanos no lo cumplían (Cl. Cuadrigario fr. 73, Peter), y así se salvaron 20.000 ciudadanos romanos. En el saqueo del campamento, los libros de cuentas de Graco cayeron en manos de los numantinos, quienes invitaron al joven a que entrara en la ciudad y disfrutase de su hospitalidad, y se los devolvieron.

El tratado que para salir de su apurada situación hubo de hacer Mancino no fue aprobado por el Senado, que acordó enviar al otro cónsul, M. Emilio Lépido, a Hispania y llamar a Mancino para someterle a juicio (Apiano *Ibér.* 80). El Senado, a pesar de las reclamaciones de los embajadores de Numancia, que exhibían el texto del acuerdo, invalidó el tratado, y sin tomar en cuenta que Mancino alegaba que él había heredado de Pompeyo una situación muy grave y un ejército desorganizado, y por otra parte no había cedido territorios de posesión romana, dejaron libre a Pompeyo (Val. Máx. VIII 5, 1), y decidieron, siguiendo la leyenda de las horcas caudinas, entregar a Mancino a los numantinos, como responsable (Ap. *Ibér.* 33, Dion Cas. fr. 79). La trágica enemistad de Tiberio Graco, defensor del tratado, y Escipión Emiliano, portavoz de los belicistas, quedaría sellada con la anulación del tratado de Mancino.

El cónsul M. Emilio Lépido Porcina (137 a. C.), mientras se resolvía en Roma este asunto, decidió actuar, pues el historiador nos dice que a menudo no eran las conveniencias de la república, sino la codicia del saqueo y el afán de triunfos y prestigio personal lo que movía a los generales romanos. Acusando a los vacceos de que habían aprovisionado a los numantinos, entró en su país y puso sin ninguna justificación sitio a Palencia, la mayor de sus ciudades (Ap. *Ibér.* 80), que ya hemos visto tenía fama de rica.

Lépido desatendió las órdenes del Senado, que expresamente le prohibió mediante emisarios metiera a la república en una nueva guerra. Su actuación fue desastrosa, y sólo la casualidad de un eclipse de luna (1 de agosto de 136, según Schulten *FHA* IV 56), que detuvo a los indígenas en su persecución, salvó a su derrotado ejército, pues reducido al hambre, se retiraba abandonando a su suerte a heridos y enfermos. El Senado le destituyó y más tarde le impuso una multa (Ap. *Ibér.* 81 s.) por haber ocasionado un desastre (Liv. *Per.* 56).

Mientras tanto, el Senado, tras un apasionado debate, había resuelto entregar a Mancino a los numantinos, lo mismo que contaban se hizo dos siglos antes tras el desastre de las horcas caudinas, y con tal misión vino a España (136 a. C.) el cónsul L. Furio Filo. Sus rivales en la candidatura del cargo, Metelo y Pompeyo, que habían intervenido en la guerra de Numancia (Dión Cas. fr. 82), hubieron de acompañarle como legados en aquella bárbara ceremonia en que Mancino, con las manos atadas y desnudo, fue puesto por el *pater patratus,* el fecial mayor de Roma, delante de las puertas de Numancia (Ap. *Ibér.* 83, Cic. *De orat.* I 181, Liv. *Per.* 56, Veleyo II 1, 3, Oros. V 4, 20).

Los numantinos no recibieron a Mancino, que volvió tras un día entero de humillación al campamento romano. La guerra, pues, seguía, pero Furio no se atrevió a atacar a la ciudad celtibérica, y su sucesor, el cónsul Q. Calpurnio Pisón (135 a. C.), sufrió una derrota; parece que para compensarla hizo una pequeña incursión hacia Palencia (Ap. *Ibér.* 83).

20. *Escipión; fin de Numancia*

La plebe romana, indignada ante la incapacidad de los gobernantes, impone en plebiscito la elección, aunque no era una figura popular, ni naturalmente se había presentado a candidato, como cónsul por segunda vez, de Escipión Emiliano, el vencedor de Cartago (Liv. *Per.* 56, Apiano *Ibér.* 84). El Senado hubo de pedir a los tribunos del pueblo que suspendieran la ley que impedía la reelección, además de superar su propia repugnancia ante los sentimientos autoritarios de Escipión, poco acordes con la constitución republicana, y hostiles a las corrientes populares y reformadoras (Liv. *Per.* 57).

El Senado, por lo demás, no le concedió nuevas tropas (Plut. *Apophth. Scip.* 15), pues la guerra con los esclavos sublevados en Sicilia absorbía fuerzas, y las campañas de Hispania habían devorado una leva tras otra. Escipión tuvo por consiguiente que conformarse con las tropas romanas de Hispania y acudir con su prestigio personal a su clientela de reyes de Africa y Asia, que le enviaron gente y dinero, a los veteranos de la guerra púnica, y a sus clientes romanos, que formaron una escolta personal como imitando el regimiento real que él había conocido en Macedonia, y una brillante *cohors amicorum,* en la que figuraba el genial Polibio, el poeta Lucilio, los historiadores P. Rutilio Rufo y Sempronio Aselión, además de jóvenes que serían luego brillantes personalidades, como C. Mario, cuya carrera profetizó Escipión en Numancia, C. Graco, C. Memio y el príncipe africano Yugurta, que llegaría a Numancia con 12 elefantes y tropas de su abuelo Micipsa. Acompañaba también a Escipión su hermano mayor Fabio Máximo, que ya hemos encontrado en la guerra de Viriato en 145, y que era un general experimentado, y su hijo Q. Fabio, futuro vencedor de los alóbroges. Las nuevas fuerzas de Escipión sumaban 4.000 hombres. Schulten (*FHA* IV y 61 s.) anota que los Emilios, los hermanos de Escipión Emiliano, sustituyen a los Corne-

lios que se mantenían con puestos directivos desde los comienzos de la conquista de Hispania.

Escipión tuvo que empezar por reorganizar el ejército, limpiando el campamento de prostitutas, afeminados, tratantes de mujeres y adivinos, obligando a los soldados a vender sus carruajes y caballerías y limitando el ajuar al reglamentario asador, olla de cobre y un plato, con prohibición de otro guiso que la carne cocida o asada; prohibió el uso de camas, y él mismo dormía en yacija de paja; prohibió también los masajistas que tenían los soldados, y restableció la disciplina (Ap. *Ibér.* 85, Plut. *Apophth. regum* 16). El poeta Lucilio alude a la limpieza de lujos del ejército con datos como el de que Escipión quitó a los soldados 20.000 navajillas y pinzas de depilar. Simbólicamente, para aquella campaña en tierras frías, Escipión se vistió el capote *(sagum)* celtibérico, de negra lana, como si estuviera, decía, de luto por la ignominia de su ejército, y se lo impuso a sus tropas reglamentariamente (Plut. *l. cit.,* y Polieno VIII 16, 3).

Antes de entrar en campaña comenzó una serie de duros ejercicios, impuestos con azotes: con sarmientos, así introducidos por Escipión en la disciplina, para los ciudadanos, con varas para los no ciudadanos; cada día tenían que hacer campamento nuevo con profundos fosos; marchaban en estricta formación, incluso desmontando los jinetes y repartiendo el exceso de carga de las bestias a los soldados (Ap. *Ibér.* 86, Liv. *Per.* 57).

En el verano (134 a. C.), una vez preparado el ejército (que se calcula de 19.000 romanos e itálicos y 5.000 auxiliares hispanos), se acercó a los enemigos, pero no quiso dividir sus fuerzas ni enviar avanzadillas ni dejar guarniciones detrás. En su marcha iba segando los cereales en verde, y no siguió el camino directo que desde el valle del Ebro iba a Numancia, aunque muchos se lo aconsejaban, sino que tomó el más largo, rodeando por los pasos de Pancorbo para atacar el país de los vacceos, granero de los numantinos, el cual corrió y saqueó, tomando provisiones para su ejército y destruyendo el resto (Ap. *Ibér.* 87). Su método de evitar batalla hasta

que no había otro remedio era el mismo de su padre, el famoso Paulo Emilio, y lo aplicaba conscientemente, como nos dice un testigo, Sempronio Aselión (*FHR* fr. 5 Peter). Por otro lado, había conseguido restablecer la disciplina, pero no estaba seguro del valor de sus tropas.

Vuelven ahora a sonar las ciudades vacceas que desde Lúculo resistían a los romanos. Esquivó una emboscada de los de Palencia en Coplanio (de situación no identificada) y tuvo que sacar a Rutilio Rufo, el futuro cronista, entonces tribuno, de una situación apurada en que se había metido con la caballería (Ap. *Ibér.* 88); pasó luego junto a Cauca pacíficamente, y ya en terreno de los numantinos comenzó las hostilidades.

Mientras las tropas se dedicaban al saqueo, un grupo de romanos quedó metido en una aldea rodeada de terreno pantanoso. De nuevo la prudencia de Escipión los salvó del peligro, pero sin exponerse luego a perseguir a los enemigos (Ap. *Ibér.* 89). Es posible que corresponda también a esta campaña el suceso que conocemos del pseudo-Frontino IV 7,33, de que los vacceos se atrincheraron una vez detrás de sus grandes carretas y en ellas colocaron a sus mejores guerreros disfrazados de mujer; cuando Graco se lanzó al ataque de lo que debía creer una tribu en emigración, se encontró con una resistencia desesperada, que obligó a sus soldados a huir.

Escipión llegó con un ejército que, incluidas las levas en el país y ayudas extranjeras, alcanzaba 50.000 hombres, hacia el otoño ante Numancia, y A. Schulten (*Hist. de Num.,* 142 s.) imagina bien el asombro que debió sentir ante «la diminuta ciudad» que había humillado a Roma; puso dos campamentos, uno a sus órdenes y otro a las de su hermano Fabio. Schulten (*FHA* IV 74, *Hist. de Num.,* 152) los sitúa respectivamente en Castillejo al norte, y Peña Redonda al sur de la ciudad. No hizo caso, fiel a su táctica, de los desafíos de los celtíberos, ni se dejó llevar de la tentación de atacar una ciudad mal fortificada por los lados este y sur, y decidió cercarla y

reducirla implacablemente por hambre. Para ello estableció siete campamentos (además de los indicados, los que Schulten ha señalado en Travesadas, Valdevorrón, Raza, Dehesilla y Alto Real). Así quedó la ciudad cercada con fosas y vallados en un perímetro de 50 estadios, es decir, 9 kilómetros, el doble del de la ciudad ampliada y casi sin murallas, con espacio dentro para acoger a los refugiados con su ganado, ya que la ciudad primitiva no tenía sino un kilómetro de muralla. Escipión planeó cuidadosamente la construcción, primero provisional y luego definitiva, de la circunvalación, y con un sistema de señales (banderas rojas de día, fuegos de noche) se avisaban las salidas y ataques de los enemigos. La muralla de circunvalación tenía ocho pies de grueso y 10 de alto, sin contar las almenas. A cada 100 pies se levantaba en ella una torre, como se ha comprobado en restos entre el Molino y la Dehesilla. En la laguna que cuando llueve se forma entre Castillejo y Travesadas, en vez de muro, puso una empalizada del mismo grueso y alto (Ap. *Ibér.*, 90).

El ejército de Escipión era el mayor que nunca había tenido un general romano en la Península. Frente a este gran ejército, los numantinos con los aliados que se dejaron cercar con ellos, no tenían sino 3.000 o 4.000 guerreros (Schulten *Hist. de Num.*, 216).

Como en Cartago, Escipión empleaba la estrategia helenística de la circunvalación, que por ejemplo César repetiría en Alesia; Escipión la completó cortando el Duero, que pasaba al pie de la ciudad y podía permitir a los sitiados comunicarse con el exterior mediante nadadores o con pequeñas barcas. Hacer un puente no le fue posible, pero levantó Escipión un castillo a cada lado, y con cuerdas que unían las orillas, dispuso un vallado de vigas con garfios que impedían pasar no sólo barcas, sino incluso hombres buceando (Ap. *Ibér.*, 91). Completó el cerco Escipión con catapultas sobre las torres, y flecheros y honderos en las murallas, con centinelas y sistemas de alerta (Ap. *Ibér.*, 92). En vano los numantinos buscaban romper el círculo que con tanta superioridad de medios y técnica los encerraba. Escipión

lo recorría día y noche (Ap. *Ibér.*, 93), y esperaba que la escasez y la desesperanza acabarían pronto con los sitiados. Hay alguna referencia a momentos de apuro (Frontino, II 3,7), sin duda en el breve tiempo que duró la terminación del cerco, en los que Escipión tuvo que amenazar a sus soldados si retrocedían ante el enemigo.

El numantino Retógenes (o Rectugenos) Caraunio, con cinco compañeros y otros tantos esclavos, consiguió en una noche de niebla pasar con escalas la empalizada, incluso con sus caballos, y dar muerte a los centinelas romanos. Los esclavos volvieron a la ciudad, y entonces Retógenes y sus cinco numantinos recorrieron en cabalgada las ciudades arévacas, pidiendo socorro para Numancia. Sólo en Lutia (hoy Luzaga o Cantalucía) los jóvenes impusieron la alianza con los sitiados, pero los ancianos del lugar se lo denunciaron a Escipión, que se presentó inmediatamente y exigió los cabecillas de la rebelión. Ante la amenaza de que la ciudad sería arrasada, le entregaron 400 jóvenes, cuyas manos fueron cortadas. Escipión no faltó más que dos noches y el día intermedio de su campo (Ap. *Ibér.*, 94).

Los numantinos, acosados por el hambre, tras largos meses de asedio, acudieron a Escipión y preguntaron si podían esperar una rendición con condiciones moderadas. Nuestra fuente principal, Apiano, que extracta más o menos directamente a Polibio, nos transmite algo del discurso de Avaro, el jefe de la embajada numantina. Pidió que por su defensa de la libertad y de sus mujeres o hijas les fuera aceptada la rendición, sin que fuera aplastada una noble y animosa gente, que en otro caso estaba dispuesta a morir. Como Escipión, que sabía por prisioneros la desesperada situación de la ciudad, insistiera en la rendición sin condiciones, los numantinos recibieron indignados a sus embajadores, y dieron muerte a Avaro, con sus cinco compañeros, como mensajeros de malas nuevas. Faltos en la ciudad de grano, de hierbas, de carne, roían cueros cocidos, y luego pasaron a comer carne humana, primero de los que morían, luego de enfermos, después los fuertes se comían a los débiles. Por fin se rindieron a Escipión, que les ordenó entregar las armas

en un lugar determinado, y al otro día presentarse ellos en otro. Aún pidieron un día de plazo, para que los que quisieran pudieran quitarse la vida. Al otro se presentaron los últimos numantinos, lamentables y con odio en la mirada, sucios e hirsutos, hediondos, con las uñas crecidas y vestidos de harapos. Los romanos sintieron compasión y terror ante aquellos héroes que habían llegado al canibalismo (Ap. *Ibér.* 95-97, Val. Máximo VII 5, ext. 2). Eran los supervivientes de una ciudad de 8.000 habitantes que había vencido a cónsules y pretores, y que ahora caía sin haber podido luchar, cercada como una fiera por un ejército inmensamente superior. Sin esperar órdenes del Senado, Escipión la destruyó, y el territorio se lo adjudicó a los vecinos.

Reservó Escipión 50 de equellos desgraciados para que le acompañaran a Roma en su triunfo, y los demás fueron vendidos como esclavos. A su triunfo sobre la gran Cartago, sigue diciendo Polibio, sumaba la minúscula Numancia, y los romanos le llamarían igual Africano que Numantino (Ap. *Ibér.* 98).

La retórica exageraría luego el final de Numancia y presentaría en los historiadores posteriores el cuadro de la destrucción total, sin vencidos ni prisioneros, pero la relación de Apiano tiene la grandeza de la verdad y en nada amengua el feroz heroísmo de la ciudad celtíbera.

21. *La Península sometida*

Una comisión senatorial de diez miembros fue enviada a Hispania para estudiar la nueva situación que habían creado la desaparición de Viriato y de Numancia y las campañas de Bruto (Apiano *Ibér.,* 99). Mientras tanto (132 a. C.) Escipión, que había apresurado su regreso ante la grave situación política que siguió al asesinato de Tiberio Graco, celebraba su triunfo (Liv. *Per.* 59). Cada soldado cobró como premio siete denarios que el general dio de su fortuna personal (Plin. XXXIII 141), pues Numancia era demasiado pobre. También

Bruto había celebrado, parece que el mismo año, su triunfo, dedicando un templo cuya inscripción votiva redactó su amigo el poeta Accio.

Mientras en Roma las largas guerras de la Península habían originado novedades cuales el cambio de fecha en las elecciones y consiguientemente en el comienzo del año, desarrollo de personalidades políticas con prestigio militar, ambiciones de reformadores y de conservadores, afluencia de metales preciosos, y por otra parte nuevas instituciones, como leyes y tribunales para juzgar sobre el gobierno de las provincias, diferente organización de los ejércitos, etc., comenzaba en Hispania un largo y oscuro período. Las zonas urbanas y romanizadas podían sentirse a cubierto de los belicosos pueblos de la meseta y el oeste. Lusitanos y celtíberos estaban de momento aniquilados, y la frontera de seguridad se extendía al norte del Duero. Sólo los calaicos de la actual Galicia, los cántabros y los astures se mantenían libres. Las minas de oro del noroeste aún no habían caído en manos de los codiciosos conquistadores. Sin embargo, a lo largo de medio siglo algunas noticias nos hablan de nuevas guerras con los lusitanos y celtíberos, que aún se mantenían con su personalidad y se resistían a la romanización.

Una mala fortuna nos ha privado de toda la literatura historiográfica correspondiente a este período, en primer lugar los libros correspondientes de Tito Livio y también sus predecesores, y sólo con algunas noticias aisladas en la literatura y en la epigrafía se nos han conservado los ecos de alguno de estos acontecimientos políticos o bélicos.

Q. Fabio Máximo envió como pretor o propretor trigo de Hispania para los repartos de C. Graco (Plut. *C. Graco,* 6), y el tribuno logró que el senado indemnizara debidamente a las ciudades de Hispania.

El cónsul Q. Metelo conquistó las Baleares, es decir, Mallorca y Menorca, cuyos habitantes conservaban aún sus primitivas costumbres. Aunque eran formidables honderos y ejercían la piratería, la escuadra romana los dominó fácilmente (123-122 a. C.), ganando con ello el

cónsul el sobrenombre de Baleárico (Liv. *Per.* 60, Floro I 43). Las islas fueron repobladas con 3.000 romanos de Hispania (Estr., III 5, 1, p. 168) y así fundaron las colonias de Palma y Pollensa.

Se sabe también que Mario (biogr. de Plut., 6), siendo propretor de la Ulterior en 114 a. C., tuvo que pacificar la provincia, que era aún en parte ruda y salvaje, pues los indígenas, nos dice la historia, «seguían considerando el bandidaje la ocupación más excelente». La misma fuente (Plut. *Mario,* 43) nos dice que Mario tenía una escolta personal de *Bardyaioi,* lo que suele interpretarse como várdulos. Conocemos casos de otras escoltas personales de hispanos, acreditados por su fidelidad personal, y es interesante hallar a Mario ya en relación con un pueblo de la costa cantábrica.

La rebelión de los lusitanos se repite en el año 112, cuando L. Calpurnio Pisón fue pretor de la Ulterior y murió en campaña, sin duda luchando con ellos (Ap. *Ibér.,* 99; Cic. *Verr.,* IV 56).

La amenaza de los cimbros sobre Italia y la guerra de los esclavos en Sicilia sabemos que impidieron el envío de tropas a Servio Sulpicio Galba (cónsul en 108), que las pedía en 111 durante su pretura en la Ulterior (Ap. *Ibér.,* 99). Servilio Cepión, hijo del que hizo matar a Viriato, venció a los lusitanos en 109 a. C. (Val. Máx., VI 9, 13; Eutrop., IV 27). Pero su victoria no fue definitiva, pues de pocos años después se nos cuenta (J. Obsequens, año 105) que un ejército romano fue destruido por la misma nación.

En 104 los cimbros penetraron en Hispania, pero después de saqueos y destrucciones que parece agitaron profundamente el país, fueron rechazados por los celtíberos, y regresaron a la Galia a reunirse con los teutones (Liv. *Per.,* 67; Plut. *Mar.,* 14; Obseq., año 104).

De los años siguientes tenemos noticias aisladas que prueban que la sumisión de celtíberos y lusitanos estaba lejos de haberse completado. De 102 sabemos que una población celtibérica fue establecida, para premiar a sus auxiliares en la lucha contra los lusitanos (Wilsdorf, 109 s.), cerca de Colenda, en el valle del Duero, por

M. Mario, hermano del famoso dictador, y que parece era pretor de la Ulterior.

Esta guerra contra los lusitanos continuó, pues las actas triunfales dan en 101 ó 100 a. C. (*CIL* I_2 1, 177) la victoria de un desconocido L. Cornelio Dolabella sobre los lusitanos, y de otras victorias romanas se nos habla en el año siguiente (Obseq., año 99).

Las monedas de C. Coelius Caldus se jactan de los triunfos de su abuelo, del mismo nombre, pretor de la Citerior en 99 a. C. y muestran trofeos celtibéricos (Wilsdorf, 110; Schulten *FHA*, IV 149). Apiano nos cuenta (*Ibér.*, 99 s.) que Tito Didio, cónsul en 98, hizo una dura y pérfida campaña contra los arévacos, y después de causarles 20.000 bajas les obligó a trasladar la ciudad de Termes desde la altura al llano; la ciudad de Colenda se le rindió al cabo de nueve meses de asedio, y todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron vendidos como esclavos. Otra ciudad vecina, que ya hemos dicho había sido fundada por M. Mario pocos años antes, conservaba los belicosos hábitos celtíberos y se dedicaba, en el seminomadismo de guerreros pastores, a lo que los romanos llamaban bandidaje. Ofrecióles Didio los campos de Colenda, y cuando los tuvo reunidos con el pretexto de hacer un censo para el reparto de las tierras, las tropas romanas los aniquilaron.

Las campañas de Didio en la región debieron de durar cuatro años, pues aparece en las Actas triunfando en Roma en 93 a. C. (*CIL* I_2 1, 177). De la dureza de estas luchas, y por consiguiente de la fuerza que aún conservaban los arévacos, nos dan idea las vicisitudes y estratagemas de Didio, que cuenta Frontino (I 8, 5, II 10, 1). Sertorio fue tribuno en el ejército de Didio, y en su biografía (Plut. *Sert.*, 3) se nos cuenta de ciertos ardides con que salvó la apurada situación de los romanos, que se desmandaron en sus cuarteles de invierno en Cástulo y provocaron a los indígenas.

Por este mismo tiempo (96-94 a. C.) consta que P. Craso, el padre del famoso triunviro, estuvo, después de su consulado, gobernando la Ulterior. Schulten (*FHA*, IV 153) ha referido razonablemente a él la noticia que

da Estrabón (III 5,11, p. 176) de que un romano de este nombre visitó las Casitérides en las costas gallegas y comprobó que el mineral aparecía en la superficie y que los indígenas eran pacíficos. Supone también Schulten que una estación Liciniana en la vía de Emérita a Toletum (Ptol. II 5, 6, *IA* 438, 5) conservaría el nombre de este general.

Muy interesante es también lo que casualmente sabemos por Plutarco (*Quaest. Rom.* 83) de que Craso extendió a los bletonenses (que deben ser los de Bletísama, en Salamanca) la prohibición de sacrificios humanos, que precisamente entonces fue dictada para Roma. El pretor llamó a los magistrados indígenas para castigarlos por tales sacrificios, pero ellos alegaron que los hacían conforme a sus leyes, y entonces el pretor se limitó a prohibírselos para lo sucesivo. El episodio es interesante muestra de la romanización como extensión cada vez más uniforme de un orden jurídico.

Craso debió de tener complicaciones militares en el territorio de su mando en Hispania, pues consta (*CIL*, I_2 1, p. 177; Ascon. p. 12, Schoell-Kiessling) que celebró el triunfo.

Para el año 93 a. C. parece (Apiano *Ibér.*, 100) que Valerio Flaco vino como cónsul a la Citerior. La rebelión de los celtíberos debe de haber sido importante, cuando nada menos que el cónsul tuvo que ocuparse de ella. Los de Belgeda (de situación desconocida) se sublevaron contra su propio senado, que debía ser filorromano, y quemaron el edificio en que éste se reunía, por lo que Flaco hubo de someter al pueblo sublevado.

Nasica parece que en el mismo año (Obseq. año 94, pero cf. Schulten *FHA*, IV 154) también tuvo que reprimir sublevaciones en la Ulterior.

Otra vez las fuentes callan sobre los años siguientes. Las Españas, sin duda cada día más romanizadas, van a entrar en el torbellino de las guerras civiles que amenazan a Roma. Los pueblos indígenas estaban ligados por vínculos de clientela a las grandes familias romanas, y podemos suponer que ya en las guerras civiles marianas sucedía lo que conocemos mejor en la de Sertorio y en

las de César. Ya hemos visto que desde el principio la familia de los Escipiones mantuvo relaciones con hispanos. Lo mismo sabemos de los Emilios, los Servilios, los Fabios, Catón. De la relación con la familia de los Pompeyos es un testimonio capital el bronce de Ascoli (*CIL* I_2 709 y VI 37045). M. Junio Bruto, que luego será muerto en Módena por orden de Pompeyo, acudió desde Hispania, con otros desterrados (Granio Liciniano, p. 16, Flemisch), junto a su jefe Mario, al volver éste a Italia en 87 a. C. Por el contrario, M. Craso escapó de las violencias de Mario y Cina, en las que sucumbieron su padre y su hermano, buscando refugio en Hispania, donde ya hemos visto que su padre había estado tres años y había «hecho amigos» (Plut. *Cras.* 4 s.). Se ocultó en una cueva de la propiedad que junto al mar tenía un personaje seguramente itálico llamado Vibius Paciaecus, y allí vivió en un retiro nada austero. El historiador Fenestella, nos cuenta el propio autor. todavía conoció ya vieja a una de las dos lindas esclavas que Vibio envió a su aristocrático amigo para endulzarle el destierro.

Nos levanta un poco la cortina del eco en Hispania de las guerras civiles el que tan pronto Craso supo de la muerte de Cina, se dedicó con 2.500 partidarios a recorrer las ciudades de la región, y se contaba que saqueó Málaga antes de pasar a Africa junto a Metelo Pío (Plut. *Cras.* 6).

Que en medio de las guerras civiles los indígenas encontraran ocasión para sublevarse parece deducirse de la aislada noticia (Gran. Licin. p. 31; Wilsdorf, 116 s.) de que en 81 Valerio Flaco celebró en Roma su triunfo sobre celtíberos y galos, episodio del que nada más sabemos.

22. *La guerra de Sertorio, sus comienzos* (82-77 a. C.)

La guerra de Sertorio es un episodio que comprueba las profundas raíces que la romanidad tenía en las Hispanias, y que a la vez sirvió para extenderlas más. Que

Sertorio quisiera hacer de Hispania otra Italia acredita que los elementos bárbaros iban quedando reducidos al margen del noroeste. Las campañas de Sertorio y las de los ejércitos que lo perseguían, al utilizar en el sentido de una bandería los sentimientos nacionales indígenas, los teñían para siempre de romanidad, mientras que la derrota de los sertorianos bortó de modo casi definitivo la conciencia indígena. La jactancia de Pompeyo de que había vencido 876 ciudades hispanas y del sur de Galia (Plin. VII 96) significaba realmente que la dinámica de la guerra civil había afectado profundamente, y en favor en definitiva de la romanización, a casi todas las comunidades de la Península. Después de ese momento, sólo calaicos, astures y cántabros se mantienen libres en sus breñales.

El sabino Q. Sertorio, que unos años antes había visto cortadas por Sila sus aspiraciones al tribunado, a fines del 83 vio desesperada la situación en Roma para las gentes de su bando, a los que solemos llamar populares o demócratas. Pensó en Hispania, donde había militado ya bajo Didio, y allá se dirigió después de haber luchado como pretor contra Sila. Durante largo tiempo injustamente alejado del mando, para el que sus cualidades le recomendaban mejor que a cualquier otro, es enviado a Hispania por los demócratas.

Hubo de comprar con dinero que le dejasen pasar los Pirineos, y sin hacer caso de los que tenían escrúpulos de que un procónsul pagara tributo a los bárbaros cerretanos, consiguió llegar a tiempo de imponer su mando y de iniciar con los hispanos una política de atracción de sus dirigentes y general rebaja de tributos. También le hizo popular el acuartelar sus fuerzas fuera de las ciudades, con lo que evitaba abusos de los soldados. Al elemento romano, es decir, a los que podríamos llamar criollos, los instruyó militarmente y les equipó con armas y naves (Plut. *Sert.* 6; Apiano *Civ.* I 86 y 108; Exuperancio, 8). Parece que es Salustio quien nos dice (Schulten *FHA,* IV 162) que supo atraerse a su llegada el amor y el respeto de todos.

Sertorio se daba cuenta de que, una vez que Sila era dueño del poder en Roma, su situación en España era precaria. El figuraba en la primera lista de proscripciones. Con la misión de cerrar los Pirineos estaba L. Salinator, con 6.000 hombres, pero el silano C. Annio, veterano de la guerra de Yugurta, nombrado, según parece, para las dos Hispanias, supo deshacer la resistencia de aquél, que fue muerto. La Península quedaba así abierta a fuerzas superiores y bien mandadas, y Sertorio hubo de refugiarse con 3.000 hombres en Cartagena y desde allí huyó a Africa.

Tras fracasar en la aventura, porque los indígenas atacaron a su gente cuando hacía aguada, consiguió con la ayuda de piratas cilicios instalarse en Ibiza. Annio acudió allí con un fuerte ejército y escuadra, y Sertorio, que había salido contra él con unas naves de fortuna, fue desbaratado por los vientos y vino a dar en unos islotes desiertos (Plut. *Sert.* 7 s.; Salust. *Hist.* I 96-99).

Consiguió seguir su navegación hasta la región de Cádiz, y allí a la desembocadura del Guadalquivir oyó de labios de marinos que habían visitado las islas Afortunadas (sean éstas las de Madera o las Canarias) las maravillas de aquel clima paradisíaco que podía parecer el bienaventurado Elíseo (Plut. *Sert.* 8; Salust. *Hist.* I 100-102). Al futuro caudillo de una trágica guerra le tentó retirarse allá, lejos de la tiranía y de las guerras inacabables, como a Horacio le inspiraría la lectura de este pasaje en el libro entonces recién publicado de Salustio, el soñado discurso a los romanos invitándoles a dejar la ciudad fratricida (*Epod.* 16). Pero la acción arrastró a Sertorio, que se encontró mezclado, con sus amigos los piratas, en las luchas dinásticas de los mauritanos. Venció a un Pacciano que Sila envió allí, instaló en su dominio al rey de Tánger y, mientras se entretenía excavando un túmulo donde yacía, creían, el gigante Anteo, respetó los derechos ajenos y no reclamó para sí en el reino sino lo que le quisieron dar.

Allí recibió la llamada de los lusitanos (Plut. *Sert.* 10), que se encontraban, como hemos visto, aún inquietos y sin doblegarse del todo. Al cabo de dos años de aven-

turas, y tras una semana de aislamiento y vacilación, al saber de la muerte de su madre, pasó Sertorio a la Península, no sin verse obligado a combatir al silano Cotta, al que venció en el paso del Estrecho, delante de Melaria (Plut. *Sert.* 12; Salust. *Hist.* I 104 s.). Traía a Hispania una tropa de 2.600, a los que, nos dice Plutarco, «llamaba romanos», más 700 arqueros libios. Organizó enseguida un ejército de 4.000 lusitanos con escudos y 700 caballos, y así hizo frente a fuerzas romanas muy superiores y comenzó a ocupar ciudades. Aunque pidió el apoyo de los romanos establecidos en Hispania contra el gobierno, que él consideraba ilegal, de Sila, su llegada produjo espanto en la romanizada Andalucía (Salust. *Hist.* I 107), que una vez más sentía el peligro de los bárbaros montañeses.

Enfrentóse primero con L. Fufidio, un incapaz aristócrata, pretor de la Ulterior, al que venció junto al Guadalquivir, y luego su lugarteniente venció al procónsul de otra provincia, M. Domicio Calvino (Plut. *Sert.* 12; Salust. *Hist.* I 108).

La situación pareció en Roma suficientemente grave como para que al año siguiente (79 a. C.) fuera enviado a la Ulterior el cónsul saliente Q. Cecilio Metelo Pío, hijo del vencedor de Yugurta. Plutarco (*Sert.* 13) se complace en señalar la oposición entre el aristócrata rodeado de lujo y el infatigable soldado popular. Sertorio, guiado por sus indígenas, dominaba el terreno y burlaba a su perseguidor, y hasta osaba desafiarle a singular combate, a lo que el aristocrático procónsul se negó alegando el dicho de un filósofo de que el general tiene que morir como tal, no como un soldado cualquiera. La ambición de Sertorio era entonces dominar la Península para tener una base que llevara a su partido al triunfo en Roma.

De aquella guerra de emboscadas y guerrillas tenemos algunos datos interesantes sobre el frente en el sur de Lusitania: Metelo quiso reducir a Lacóbriga (hoy Lagos) y emprendió una expedición pensando que la empresa sería fácil, ya que la ciudad, partidaria de Sertorio, no

tenía más agua que la de una cisterna. Pero Sertorio consiguió introducir 2.000 odres de agua portados por voluntarios, que además al regresar sacaron de la ciudad la gente inútil para la defensa. Como así el asedio se hizo más largo, Metelo tuvo que enviar una legión entera en busca de víveres, y Sertorio en una emboscada la derrotó, con lo que el jefe silano no tuvo más remedio que retirarse (Plut. *Sert.* 13).

Algunas etapas de la campaña de Metelo para entrar en Lusitania han sido reconocidas por Schulten (*Sertorius* 66 ss., *FHA,* IV 173 s.) en la toponimia: *Metellinum* (Medellín) fue sobre el Guadiana su base de operaciones, y en la campaña fundó *Castra Caecilia* (junto a Cáceres) y más al norte, según se sube del valle del Tajo al del Duero, *Vicus Caecilius.* De que buscara también el acceso a Lusitania por la costa nos habla quizá una mansión llamada *Caeciliana,* al sudeste de Lisboa.

Por otro lado Salustio (*Hist.* I 112 s., 110 s.) menciona los ataques de Metelo a las aldeas y castros de los lusitanos, e incluso a las ciudades de Dipo y Conistorgis.

En la Citerior, el cuestor sertoriano L. Hirtuleyo batió a Domicio Calvino, como ya hemos visto, y Sertorio venció a un legado que Metelo envió en su socorro, L. Thorius Balbus, que resultó muerto en la región del Guadiana. La situación se hizo tan grave en esta provincia, mandada por el inepto Q. Calidio, que L. Manlio, procónsul de la Narbonense, tuvo que venir en socorro suyo y fue vencido en Lérida.

Sertorio intentaba con energía aprovechar las circunstancias para dominar todo el país, pero tenemos noticias de que las ciudades se defendían de los sertorianos, como Consabura (hoy Consuegra) (Pseudo-Frontino IV 5,19) o como Caraca, en Carpetania, cuyos habitantes se burlaban de Sertorio porque había retrocedido ante Metelo; fueron éstos reducidos con una original estratagema: levantando polvo, que con el viento dominante, los ahogaba en las cuevas donde vivían; al tercer día de sufrir el peligro de asfixia se rindieron (Plut. *Sert.* 17).

23. *Sertorio frente a Metelo y Pompeyo* (77-75 a. C.)

Sin embargo, las dotes políticas de Sertorio iban a lograr el acuerdo de las tribus de la Península, especialmente las que formaban la frontera de la progresiva romanización. Conocidos son los medios, no ajenos por cierto a la superchería, con que Sertorio supo ganarse a los lusitanos: es famosa la historia de la cierva blanca que le seguía y que él presentaba como mensajera de la divinidad y consejera misteriosa (Plut. *Sert.* 11 y 20; Apiano *Civ.* I 110; Gelio, XV 22). Por otro lado sometía a sus indígenas al mando y disciplina romanos. En los años siguientes Sertorio no sólo hace frente a los ejércitos de Metelo y Pompeyo, sino que intenta construir una nueva nación romana, independiente de la metrópoli y con una política exterior propia.

Sertorio avanzó hacia Celtiberia y demostró su habilidad militar en el sitio de Contrebia, a la que sometió bajo benignas condiciones, sólo duras para los tránsfugas y esclavos huidos. Puso así sus líneas en el Ebro, junto a Castra Aelia, y allí no sólo desplegó gran actividad, dotando a su ejército de armas nuevas que hizo fabricar, sin duda utilizando a los expertos herreros de Celtiberia, sino que organizó un *conventus* o asamblea de justicia al modo romano (Liv. fr. del libro XCI).

La posición de Sertorio parecía tan sólida en este momento, que M. Perpenna Ventón, de la misma facción democrática, no pudiendo sostenerse más en Cerdeña, llegó a España con tropas, restos del ejército de Lépido, y abundantes recursos, con el plan de luchar por su cuenta contra Metelo. Pero el clamor de los soldados era que se uniera a Sertorio, y cuando la situación se agravó con la llegada de Pompeyo, amenazaron incluso con abandonar sus banderas y pasarse al prestigioso defensor de la causa (Plut. *Sert.* 15). Perpenna sería para Sertorio una rémora constante, y al final causa de su muerte (Schulten *FHA,* IV 182).

Acudían de todas partes gentes a Sertorio, y se ganaba a los indígenas con toda suerte de medios. Uno de ellos fue organizar una escuela en Osca, donde llevó a educar

a la romana a los hijos de la aristocracia indígena, a los que ornaba con la pretexta y la *bulla,* como a los hijos de ciudadanos de la Urbe. Por cierto que estos jóvenes terminarían mal, pues cuando Sertorio se vio en situación desesperada, a unos les dio muerte, a otros los vendió como esclavos (Plut. *Sert.* 25). Pero los indígenas correspondían a los hábiles gestos de Sertorio con su devoción hasta la muerte, al modo hispano (Plut. *Sert.* 14; Salust. *Hist.* I 125).

El ideal del gobierno de Sertorio era invariablemente el romano. Con refugiados de la guerra civil organizó un senado de 300 miembros, y también copió las magistraturas de cuestores y pretores (Apiano *Civ.* I 101 y 108; *Plut.* Sert. 22 s.).

Ante los progresos de Sertorio, que había ocupado Denia y organizó allí un arsenal, y daba acogida en el puerto a los piratas, el Senado hubo de recurrir al vencedor de Lépido, Pompeyo, que no era más que caballero, y al que nombraron general contra Sertorio, con poderes proconsulares, como otrora al gran Escipión, lo que era contra la constitución y las costumbres (Liv. *Per.* 90 s.; Plut. *Sert.* 12 y *Pomp.* 17). Le dieron un ejército de 30.000 hombres (Oros. V 23,9), y el brillante y joven general, que en la guerra civil junto a Sila había ganado el triunfo y el renombre de Magno, podía codearse con el aristócrata Metelo. Su sobriedad y afición a los ejercicios físicos contrastaban con el sibaritismo del general de la Ulterior (Salust. *Hist.* II 17-19; Plut. *Pomp.* 19).

En el otoño de 77 pasaba Pompeyo los Alpes. A la primavera siguiente envió Sertorio para enfrentarse con él a Perpenna al bajo Ebro. La consigna de Sertorio, lo mismo para el ejército del Ebro que para las tropas que en la Ulterior tenían que hacer frente a Metelo, era la de evitar batallas campales y no actuar sino mediante guerrillas. La inferioridad de sus recursos no le permitía jugárselo todo en un momento (Liv., fr. del lib. XCI). Era para él vital que no se unieran las fuerzas de Pompeyo con las de Metelo.

Personalmente emprendió Sertorio una campaña contra las tribus de berones y autrigones, que habían pedido ayuda a Pompeyo al sentirse amenazadas por su campaña en Celtiberia. Descuidando de momento el frente del bajo Ebro, por donde llegaba Pompeyo, y la amenaza que era en el sur Metelo para la Lusitania, se dirigió por Borja y Cascante contra Gracurris y llegó a la ciudad amiga de Calagurris Nasica (Calahorra). Desde allí envió mensajeros a los arévacos y pelendones, para asegurarse de su lealtad, y avanzó hacia Contrebia Léucada, en la región de Cervera del Río Alhama. Mientras él seguía por Varea al país de los autrigones, mandó a un lugarteniente suyo a reclutar caballería a Segovia y la llanura de los vacceos.

Pero Perpenna no pudo defender la línea del Ebro, si bien sabemos (Oros. V 23, 6; Front. II 5, 31; Ap. *Civ.* I 109; Plut. *Pomp.,* 18, *Sert,* 18) que Pompeyo fracasó en su intento de socorrer a la ciudad de Laurón (El Puig, al norte de Valencia), sitiada por Sertorio, el cual había acudido rápidamente allí.

Sertorio desplegó su habilidad y experiencia y deshizo con maniobras a las tropas de Pompeyo, reduciendo al general a espectador de un desastre que le costó, se dice, 10.000 bajas. La presencia de Sertorio en Levante puede explicarse precisamente por la necesidad de contener el retroceso de Perpenna (Schulten *FHA,* IV 193).

Sertorio pudo apoderarse de Laurón, que incendió a la vista de Pompeyo, y su situación se consolidó. Otro episodio de la guerra en Levante fue la toma de Cartagena por C. Memio, cuestor de Pompeyo (Cic. *Pro Balbo* 5), maniobra dirigida a aliviar el frente del Turia. Pero este efecto no se logró, pues Memio quedó sitiado en Cartagena.

En el sur, en cambio, la situación se tornaba difícil para los sertorianos, pues en el rigor del verano del 76 Metelo batía al ejército de Hirtuleyo junto a Itálica (Oros. V 23, 10; Front. II 1, 2; Salust. *Hist.* II 59). Sertorio tenía entonces que acudir a Lusitania (Salust. *Hist.* II 47, 6).

Mientras tanto Mitrídates, rey del Ponto, buscó la alianza de Sertorio. Este parece que obró como romano, negándose a reconocer la anexión de la provincia de Asia al Ponto, pero aun así, como su situación se agravaba, llegó a un acuerdo con el rey por el que recibía dinero y barcos del Ponto, y él enviaba a Mitrídates como general y procónsul de Asia a M. Mario, un senador que debió llegar con Perpenna a Hispania (Plut. *Sert.* 23 s.; Apiano *Mitr.* 68).

Pompeyo no cejaba en su actividad: se introduce en pleno invierno en Celtiberia (fines de 76 a. C.) y tomó Belgida (Salut. *Hist.* II 98, 6; Oros. V 23, 11). Por otro lado (Floro, II 10, 7), Hirtuleyo era derrotado por Metelo y muerto en Segovia (más probablemente en la bética, a orillas del Genil, que en la de Castilla). Con bárbara fiereza dio Sertorio muerte al indígena que le trajo las malas nuevas, para evitar que los suyos se desanimaran (Front. II 7, 5).

La temida conjunción de las fuerzas de Metelo y Pompeyo se convirtió en amenaza decisiva: los sertorianos Herenio y Perpenna perdieron ante Pompeyo una batalla junto a Valencia y tuvieron 10.000 muertos (Plut. *Pomp.* 18; Salust. *Hist.* II 54 y 98,6). Era cierto que Sertorio se mantenía imbatido, pero sus generales, contraviniendo sus órdenes de limitarse a una táctica de guerrillas, habían sido todos derrotados (Plut. *Sert.* 19).

Las fuerzas sertorianas se encontraban en la primavera de 75 en una verdadera tenaza, pues Metelo venía por el mar y se acercaba al Júcar. Los encuentros se precipitaron, ya que por un lado Sertorio prefería combatir antes de que los dos ejércitos se juntaran, y por otro, el carácter celoso de Pompeyo le empujaba al combate antes de que Metelo pudiera participar en la esperada victoria.

En estas condiciones se dio la batalla de Sucro (Plut. *Sert.* 19, *Pomp.* 19; Apiano *Civ.* I 110), iniciada al caer el día, y en la que Sertorio en su derecha venció a Africio, pero Pompeyo deshizo el ala izquierda que mandaba Perpenna; cambió entonces de lado Sertorio y venció a Pompeyo, pero entonces Afranio se rehizo

y deshizo el ala de Perpenna. Pompeyo quedó herido y hubiera sido apresado si los soldados líbicos no se hubieran distraído con los lujosos arreos de oro de su caballo. Cuando a la mañana siguiente los ejércitos iban a enfrentarse de nuevo, la llegada de Metelo forzó a Sertorio a la retirada, no sin que éste dijera una de sus humorísticas frases: «A este muchacho (dijo, refiriéndose a Pompeyo) le habría dado de lección una paliza, si no hubiese sido por la vieja (alusión a Metelo)».

24. *El fin de la guerra sertoriana*

Desde entonces Sertorio quedó reducido a una situación azarosa. Plutarco (*Pomp.* 19) compara la variabilidad de sus fuerzas a la del curso de un torrente: en los últimos tiempos tan pronto Sertorio andaba solo y errante, como le rodeaban, dice exagerando, 150.000 soldados.

Por de pronto los ejércitos de Pompeyo y Metelo lo dejaron encerrado en los llanos de Sagunto. Brilló allí su valor y su talento militar; se repitió que Sertorio venciera a Pompeyo y Perpenna fuera vencido, esta vez por Metelo; Memio, el mejor de los lugartenientes de Pompeyo, y cuñado suyo, cayó en la batalla, y el propio Metelo estuvo en peligro, pues fue herido por un bote de lanza; los romanos se rehicieron al ver a su general herido. Pompeyo salvó a Metelo cuando Sertorio asaltaba el campamento (Salust. *Hist.* II 67 s.; Plut. *Sert.* 21; Apiano *Civ.* I 110).

Todavía Sertorio intentó rehacerse. Es probable, según la interpretación de Schulten, que se basa en Salustio (*Sert.* 115 s., *FHA* IV 216 s.), que fuera Sagunto la plaza fuerte donde se refugió. Las fuentes son fragmentarias y contradictorias y es muy difícil en una guerra de incesantes idas y venidas precisar a qué momento o lugar corresponde un episodio; corremos peligro de desdoblar una batalla, o al contrario, refundir en uno acontecimientos distintos.

Sertorio envió desde su refugio mensajeros a los pueblos del interior pidiendo refuerzos y pudo reorganizar sus tropas, con lo cual y con naves piratas en el Mediterráneo hizo todavía difícil la posición de sus enemigos. Se retiraron entonces, Metelo a la Galia y Pompeyo al interior, probablemente a la región de los vascones [21], desde donde escribió al Senado solicitando urgentemente dinero y quejándose de que se había gastado su fortuna privada (Salust. *Hist.* II 98; Plut. *Pomp.* 20). En Roma corrían rumores de que iba a regresar a la Urbe antes Sertorio que Pompeyo (Plut. *Sert.* 21).

La situación parecía todavía favorable a Sertorio, ya que había conseguido rechazar a los dos generales. En el interior sin duda que seguía molestando con guerrillas, pero es en la región valenciana donde concentra sus fuerzas. Denia se convierte en su base de operaciones (Estr. III 4, 6, p. 159). Desde allí mantiene sus relaciones con Mitrídates y organiza expediciones piráticas (cf. Cic. *Verr.* I 87, V 146 y 154).

Pero en el resto de la Península, devastado por una guerra feroz (lo escribe así Pompeyo en su carta al Senado), su situación era cada vez más difícil. Atraído por los ataques de Pompeyo, quedó sitiado en Clunia, donde se defendió hábilmente (Liv. *Per.* 92); hallamos a Pompeyo en Navarra en persecución de Sertorio (Salust. *Hist.* II 93). Referencias fragmentarias (*ibid.* 92) hablan de los celtíberos rebelados contra los romanos y contra Pompeyo; en un caso son las mujeres las que se levantan contra ancianos dispuestos a rendirse. Es evidente que los hispanos veían en la resistencia a las fuerzas senatoriales su última esperanza de autonomía.

En el invierno de 75 a 74 Pompeyo envió a su legado Titurio a invernar en Celtiberia (Salust. *Hist.* II 94), lo que Schulten cree poder precisar localizando su campamento en el que llama V de Renieblas (*Num.* IV 146 ss., *FHA* IV 221). Sabemos también que los celtíberos de Termes fueron hostilizados por los pompeyanos (Salust. *Hist.* II 95).

El año 74 fue decisivo. Llegaron dinero y soldados, dos legiones, a Hispania, con las que Metelo y Pompeyo

pudieron fijar una línea en el Ebro (Plut. *Pomp.* 20); Apiano *Civ.* I 111; Estr. III 4,10, p. 161). Sertorio luchó con Metelo en Segóbriga y en Bílbilis (Estr. III 4, 13, p. 162). En Coca introdujo Pompeyo gente suya como si fueran enfermos necesitados de descanso y con ellos dominó la ciudad (Front. II 11, 2).

Cundió al fin el desánimo entre los sertorianos y las defecciones se multiplicaron. El propio Sertorio estaba dispuesto a deponer las armas y volver a Roma como particular si se le amnistiaba (Plut. *Sert.* 22). Pero, luego, él, que siempre se había distinguido por su moderación y generosidad, se mostró cruel y odioso. En la descomposición de sus fuerzas primaban los sentimientos nacionales de los hispanos sobre la bandería civil romana. Se fiaba por eso más de su escolta de indígenas que de ningún romano (Apiano *Civ.* I 112).

Metelo había vuelto al cabo de un año a la Ulterior, y allí fue recibido en triunfo. La historia (Plut. *Sert.* 22; Salust. *Hist.* II 70) nos habla de la adulación, los homenajes, las fiestas en que una imagen de la Victoria coronaba al general en medio de una gran tramoya, las danzas de doncellas y mancebos en su honor. Saludado por sus soldados como *imperator,* anuncia que se ha puesto precio a la cabeza de Sertorio: 100 talentos y 20.000 yugadas de tierra (Ap. *Civ.* I 111 ss.; Plut. *Sert.* 22; Salust. *Hist.* II 70; Val. Máx. IX 1,5). Cicerón recordará más tarde (*Pro Arch.* 26) los poemas de los cordobeses, en su latín provincial, en honor del vencedor.

Una expedición naval a las órdenes de M. Antonio Crético (Salust. *Hist.* III 5 s.) llegó a las costas hispanas para limpiarlas de piratas sertorianos.

El cuadro de los finales de la guerra es difícil de reconstruir. Perpenna recuperó Cale (al sur de Oporto), en el último confín del país de los lusitanos (Salust. *Hist.* III 43), pero las ciudades todas iban siendo ocupadas por los ejércitos romanos, y Sertorio, viviendo sobre el terreno, en un ambiente de recelo y terror, se abandonaba a las mujeres y el vino. Descubrió una conspiración contra él y castigó a los culpables, pero

Perpenna, que era uno de ellos, quedó libre y comprendió, en su orgullo de romano que se sentía superior al plebeyo Sertorio, que había que apresurarse (Apiano *Civ.* I 113; Plut. *Sert.* 25; Diod. XXXVII 22a).

Perpenna terminó de atar los nudos de la conspiración, y la indiscreción de uno de los conjurados obligó a proceder sin demora. En un festín en Huesca atacaron los conjurados al jefe y le dieron muerte (Plut. *Sert.* 26; Salust. *Hist.* III 81 ss.; Veleyo II 30,1).

La muerte de Sertorio volvió a los suyos contra Perpenna y purificó su recuerdo de las crueldades de su última época. Se nos cuenta de la lealtad que le guardaban aún los lusitanos. Cuando se abrió su testamento y se vio que instituía heredero a Perpenna, resaltó más la odiosidad del asesino (Ap. *Civ.* I 114).

Consiguió éste con concesiones y medidas oportunistas ser aceptado como jefe, pero enseguida sucumbió, atraído a una batalla por Pompeyo, en la que éste triunfó fácilmente. Perpenna, abandonado por sus tropas, se entregó y fue muerto. Pompeyo quemó las cartas del archivo de Sertorio, en las que numerosos personajes políticos de la capital aparecían comprometidos (Plut. *Pomp.* 20, *Sert.* 27; Ap. *Civ.* I 115).

Había que reducir los focos que en la inquieta Península habían dejado las guerras civiles: vascones rebeldes fueron instalados al norte del Pirineo, en *Convenae* (Comminges), pero la ciudad de *Pompaelo* conserva aún el nombre del general que la fundó, sin duda para sujetar a los vascones y asegurar las comunicaciones con la Galia. Huesca debió a Sertorio su reorganización. Entonces sucumbe ante Afranio Calahorra, cuyos defensores, en la última desesperación llegaron a comer carne humana (Salust. *Hist.* III 86 s.; Val. Máx. VII 6, ext. 3; Oros. V 23, 14). En el paso del Pirineo puso como final de su campaña Pompeyo un monumento conmemorativo coronado por su estatua (Plin. III 18; Salust. *Hist.* III 89). Metelo primero y luego Pompeyo celebraron su triunfo en la capital (Veleyo II 30, 2; Floro II 10; Eutrop. VI 5, 2).

Muchos hispanos, entre otros Balbo de Gades, pasaron a ser ciudadanos romanos por la ley Gellia-Cornelia, que confirmaba todas las concesiones de ciudadanía hechas por Pompeyo en su campaña.

Los últimos sertorianos escaparon por mar, y de algunos sabemos que fueron a dar en las manos de Verres, en Sicilia (Cic. *Verr.* V 72, 146, 151, 154), o se refugiaron en Africa (Plut. *Sert.*, 27). César consiguió más tarde la amnistía de los supervivientes por la ley Plautia (año 70, v. Suet. *Cés.* 5).

25. *Las Hispanias desde Sertorio hasta la guerra civil cesariana* (71-50 a. C.)

La falta de noticias sobre este período, debida a la pérdida de mucha literatura histórica, no quiere decir que fuera tranquilo. Se comprende que la profunda conmoción de la guerra de Sertorio tardara en apaciguarse.

Esto es lo que significa que M. Pupio Pisón Calpurniano celebrara el año 69 en Roma su triunfo después de haber sido pretor de la Citerior. Muy probablemente tuvo que luchar aún con los celtíberos (Asconio *In Pis.* 62; Schulten *FHA* V 3). Que dos años más tarde dos legados de Pompeyo tuvieran que encargarse de las costas de España, de las Baleares y del Estrecho en la guerra contra los piratas (Apiano *Mitr.* 95; Floro I 41, 9), prueba la importancia que este problema tenía después de terminada la guerra de Sertorio.

En 65 a. C., por recomendación de Craso, tenemos en la Citerior excepcionalmente como cuestor, con la dignidad de propretor, a Cn. Calpurnio Pisón, que se había mezclado en la primera conjuración de Catilina, por lo que pareció conveniente se alejara de Roma. Su asesinato por tropas de caballería hispanas hizo pensar que Pompeyo, que había dejado clientelas en el país en sus años de campañas contra Sertorio, no era ajeno a un crimen que desdecía de la lealtad de los indígenas, «aunque hubieran padecido antes muchos gobernadores

crueles», dice maliciosamente Salustio (*Cat.* 19, cf. Ascon. *In orat. in toga cand.* p. 82; Dion Cas. XXXVI 44, 5).

También el gobernador de la Ulterior, P. Sittius, simpatizaba por el mismo tiempo con la causa de Catilina y extendería al Africa la rebelión contra el Senado (referencias y crítica en *FHA* V 8 s.). De la mala administración de la república nos da idea una alusión de Cicerón contra Vatinio (*In Vat.* 12), acusándole de sus crímenes en España. Vatinio fue legado del procónsul de la Ulterior en 62, C. Cosconio.

César había venido a España como cuestor con el pretor C. Antistius Vetus en 68 a. C. Tuvo que recorrer los *conventus* para administrar justicia, y en Gades fue donde, en el santuario de Hércules, ante una estatua del macedonio, gimió al recordar que a su edad Alejandro había conquistado el mundo, y a la siguiente noche tuvo el sueño incestuoso en que la posesión de su madre fue interpretada por los adivinos como profética del dominio de la tierra (Suet. *Cés.* 7, Dion Cas. XXXII 52).

La relación de César con Hispania y su vinculación a gentes y problemas de la Península habían de durar hasta su muerte. En su gobierno pudo jactarse en Híspalis de que en su cuestura ya había conseguido del Senado que la provincia quedase liberada del impuesto que sobre ella había establecido Metelo (*Bell. Hisp.* 42).

En efecto, el año 61 volvió César a la Ulterior como propretor, con amplios poderes para hacer la guerra o para organizar el país, lo que, naturalmente, se explica por la descomposición de la constitución senatorial. Apiano (*Ibér.* 102, *Civ.* II 8), basándose en la obra de Asinio Polión, inspirada en la enemistad contra César (Schulten *FHA* V 10), acusa a éste de descuidar el gobierno y de dedicarse a hacer la guerra a las diferentes tribus para imponer tributo y enviar así recursos al erario. Suetonio (*Cés.* 54) llega a decir que hizo la guerra a tribus que se le rendían y le abrían las puertas de sus ciudades. Hubo una cierta precipitación, tanto en su partida de Roma, huyendo de las reclamaciones de sus acreedores, a los que pudo apaciguar con la ayuda de Craso

(Plut. *Cés.* 11), o atendiendo a las peticiones de los aliados contra incursiones enemigas, como en el retorno a Roma, para pedir el consulado.

Inmediatamente de su llegada a Hispania alistó César diez cohortes más, sobre las veinte de que disponía, con lo que logró un ejército pretoriano normal, es decir, 15.000 hombres. El agitador que hasta entonces no hacía sino maniobrar en el foro, se manifestaba como un político. No se conformó en su provincia con reprimir el bandolerismo, sino que necesitaba aparecer como general victorioso. Entró por Lusitania hasta el monte Herminio (Sierra de la Estrella) y provocó la guerra con ordenar a los montañeses que se establecieran en el llano. Iniciada la guerra, la extendió al norte del Duero, y a su regreso tuvo que combatir de nuevo con los lusitanos, que acechaban su paso. Las fuentes hablan algo confusamente de que los lusitanos buscaron al fin refugio en una isla (que Schulten supone es Peniche, junto al cabo Carvoeiro, y otros identifican con las Berlangas), que los romanos no pudieron someter, pero luego César, con navíos gaditanos, la redujo fácilmente, pues los lusitanos estaban sin víveres. Con las mismas naves llegó César a Brigancio, en Galicia, y los indígenas, que, nos dice Dión Casio (XXXVII 52 s.), nunca habían visto barcos, se rindieron. Así se inició la sumisión de Galicia septentrional (Plut. *Cés.* 12). Se nos ocurre que las «grandes riquezas» a que se refiere Apiano *(Civ.* II 8) en esta campaña de César se refieren al oro del Noroeste.

Demostró César en Hispania su capacidad como organizador y administrador, y arregló en la provincia el pago de deudas, dejando como máximo para el acreedor dos tercios de los intereses (Plut. *Cés.* 12). También sabemos (Cic. *Pro Balbo* 43) que humanizó las leyes de la púnica Gades. Su gobierno en la Ulterior dio a César prestigio y riqueza, incluso para sus soldados, que, agradecidos, le llamaron *imperator* (Plut. *Cés.* 12).

En los gobernadores de los dos años siguientes vemos la influencia de César, que coloca allí a gente de su clientela, como P. Cornelio Léntulo Spinther, propretor de la Citerior en 59 (César *Civ.* I 22).

El procónsul de la Citerior en 56, Q. Cecilio Metelo Nepote, asistió a la conferencia en Luca de los triunviros (Plut. *Cés.* 27) y tuvo que luchar con vacceos y celtíberos; los venció primero, pero cuando sitiaba a Clunia le derrotaron, y aunque pudo vengarse, no consiguió reducir a un enemigo que, se nos dice, «era muy superior en número» (Dión XXXIX 54). De la derrota de Clunia tomó ocasión el tribuno Trebonio para la ley que prorrogaba por cinco años el gobierno militar de Pompeyo en las Hispanias y de Craso en Siria.

Las campañas de César en las Galias tuvieron, naturalmente, eco en la vecina Hispania. Cuando (56 a. C.) César mandó a su legado P. Craso, el hijo del triunviro, a combatir a las tribus de la ladera norte del Pirineo occidental, se encontró con que habían pedido socorro a los hispanos y tenían tropas y jefes que no sólo sabían de guerrillas, sino también las artes de la guerra al modo romano: hacer campamentos, cortar aprovisionamientos, etcétera (Cés. *Gal.* III 23, 3-7). En la derrota que sufrieron entonces los aquitanos tenemos mención de las tropas cántabras que habían ido a engrosar su ejército *(ibidem,* 26,6; Dión XXXIX 46; Oros. VI 8,21). También César sacaba de Hispania tropas y recursos de toda clase *(Gal.* V 1, 4; 26, 3; VII 55, 3).

Las Hispanias, mientras tanto, correspondían, por el acuerdo del triunvirato, a la órbita de Pompeyo. En 55, como procónsul por plebiscito, le adjudicaron las provincias, como hemos dicho, por cinco años, y mientras César terminaba su conquista y Craso iba a encontrar la muerte en Siria, Pompeyo, con ocho legiones, de las que prestó dos a César, gobernaba la Península, preludiando el sistema del Principado, mediante sus legados Afranio y Petreyo, y el cuestor Q. Casio Longino; a éstos se sumó Varrón (Schulten *FHA* V 26 s.). Todavía en 51 Varrón esperaba en vano que Pompeyo se dirigiera a la Península (Cic. *ad Att.* V 11, 3). En las negociaciones que iban a desembocar en la guerra civil, Pompeyo ponía como condición para irse a las Hispanias que César licenciara sus tropas (César *Civ.* I 10). Años más tarde, cuando César disuelve el ejército de Afranio después de

la batalla de Lérida, echará en cara a Pompeyo que las seis legiones que envió a la Península, más una séptima que alistó allí, y las escuadras correspondientes, estaban dirigidas contra él, César, «pues nada de ello era para pacificar las Españas ni para servir a la provincia que, por causa de su ya larga paz, no echaba de menos auxilio alguno» *(Civ.* I 85, 6 s.).

26. *Hispania en la guerra civil entre César y Pompeyo (49-47 a. C.)*

César, cuando hubo ocupado Italia y se encontró con que Pompeyo había pasado al otro lado del Adriático, con el plan de ahogar Roma e Italia con los recursos inagotables de Oriente, temía que las dos provincias hispanas, de las cuales la Citerior estaba muy vinculada a Pompeyo, y el gran ejército en ellas, que podía ser aumentado con indígenas, se convirtieran en un peligro demasiado grande. Por ello decidió, cuando su rival las abandonaba imprevisoramente (Cic. *ad Att.* IX 11,4), conquistarlas (Varrón en Nonio, p. 368, Lindsay; Apiano *Civ.* II 20).

Ello condenaba a la Península a entrar de nuevo en una guerra mundial. Pompeyo había enviado con órdenes a L. Vibulio Rufo, personaje que antes había sido hecho prisionero y liberado por César en Corfinio. Afranio (que había luchado contra Sertorio y en Oriente) mandaba la Citerior con tres legiones; Petreyo (el vencedor de Catilina), con dos defendía la Ulterior, y Varrón (el famoso escritor), con otras dos ocupaba lo que luego iba a ser la tercera provincia, Lusitania, al norte del Guadiana. La futura división de la Península en tres provincias se ha creído estaba prefigurada en esta disposición de los generales pompeyanos; pero, en realidad, la imprevisión y falta de plan es lo que acusan en su conducta.

Decidieron reunir las tropas de Petreyo con las de Afranio para cerrar a César la entrada en la Península, mientras que Varrón se encargaba de la Ulterior. Petreyo

reclutaría tropas auxiliares lusitanas, y Afranio se encargaría de alistar a los celtíberos y a los cántabros y demás pueblos del norte (Cés. *Civ.* I 34 y 38). Se formó así un gran número de cohortes, armadas con escudos grandes celtibéricos o con la rodela *(caetra)* de las poblaciones del oeste, además de 5.000 jinetes [22].

César se había adelantado, contra las esperanzas que, por ejemplo, expresaba Cicerón *(ad Att.* VIII 3, 7), a tomar los pasos del Pirineo por medio del legado C. Fabio, con tres legiones que él tenía preparadas en Narbona. Una tradición maliciosa (Dión Cas. XLI 20) dice que envió por delante a éste para tantear, sin exponerse a un fracaso personal. Fabio pudo entrar en España y comenzó su labor de atraer a los del país. Llegó delante de Lérida, y por dos puentes que había hecho sobre el Segre enviaba sus tropas a forrajear a la orilla izquierda. Los pompeyanos, que se consideraban seguros y esperaban el agotamiento de su contrario, también forrajeaban por aquella parte, por lo que se produjeron choques entre la caballería; como dos legiones cesarianas llegaran a pasar, con su caballería e impedimenta, para apoyar a sus forrajeadores, la ruptura del más próximo de los puentes (que Schulten supone, *FHA* V 37, hacia Corbins, poco al norte de Lérida) por una tormenta y crecida dejaba en situación difícil a estas fuerzas. En efecto, Afranio se lanzó con cuatro legiones y toda la caballería sobre ellas, y sólo la llegada de refuerzos por el puente más alejado impidió se generalizara una batalla que para los cesarianos había comenzado mal (Cés. *Civ.* I 40; cf. Dion Cas. XLI 20) .

En este momento (primavera del 49) llega en rápida cabalgada César al campamento de los suyos y decide, una vez estudiado el terreno, avanzar sobre Lérida y desafiar a Afranio, acampado en el cerro del Gordeny, al sur de la capital; mientras duraba el alarde de uno y otro bando, construyó un campamento al oeste de Lérida, sin que las provocaciones ulteriores de los pompeyanos bastaran para llevarle a trabar batalla (Cés. *Civ.* I 41 s., Ap. *Civ.* II 42).

Desde su campamento, sólidamente establecido, César vio que podía crearle un problema al enemigo si conseguía apoderarse de una elevación que había entre Lérida y el campamento de los pompeyanos, descuidada por éstos, lo que hoy se llama Puig Bordel. Pero los cesarianos se quedaron desconcertados ante el modo de combatir de los otros, que imitaron a los lusitanos *(concursare)*, y, ante ese ataque a la carrera, retrocedieron. César acudió con una nueva legión de refresco, la IX, que con bravura obligó al enemigo a retroceder, pero se metió en lugar desfavorable, ya en la cuesta donde se levanta Lérida. En un combate de cinco horas las bajas cesarianas fueron mayores que las de los contrarios, y aunque ambas partes se consideraban vencedoras, los pompeyanos se dieron cuenta de la importancia de la altura disputada y se atrincheraron en ella (Cés. *Civ.* I 43-47).

La situación de César se volvió de repente muy difícil, pues los ríos se desbordaron, el Segre se llevó los dos puentes y él quedó encerrado sin víveres entre este río y el Cinca. En cambio, Afranio, que dominaba el puente de Lérida, no tenía dificultad para el aprovisionamiento. Un convoy que desde Galia llevaba provisiones a César fue detenido, y la situación apurada de éste, en peligro de sucumbir de hambre, con sus tropas metidas entre barrizales, fue comunicada por Afranio y Petreyo a Roma, donde provocó reacciones favorables a la causa pompeyana (Cés. *Civ.* I 48-53, Dion Cas. XLI 20).

Pero César supo salir de la desventajosa situación con la construcción de otro puente ayudándose con barcas de cuero como las había visto en Britania, y así pudo sorprender a los desprevenidos enemigos de la orilla izquierda del Segre (Cés. *Civ.* I 54 s.). Con esto los pompeyanos quedaron cohibidos en sus expediciones en busca de víveres, y César empezó a recibir la adhesión de ciudades: Huesca y Calagurris Fibularia (Loarre), Tarragona y los jacetanos, ausetanos e ilergetes le enviaron embajadas, y a todos les pidió trigo. Sin embargo, Pompeyo conservaba gran prestigio en Hispania, y los

antiguos sertorianos aún estaban atemorizados. Pero la situación, coincidiendo con buenas noticias del cerco de Marsella, cambió rápidamente, y César pensó, con su fecunda inventiva, reducir con canales artificiales el curso del Segre y hacer así un vado con el que impediría el aprovisionamiento de los pompeyanos. Por otro lado, se sentía tan fuerte en caballería como para pensar en llevar la guerra a Celtiberia.

Los pompeyanos deseaban ganar tiempo y entretener a César hasta el invierno. Decidieron establecer sobre el Ebro un punto fuerte y mandaron hacer un puente de barcas en Octogesa, que se supone estaba hacia la actual Ribarroja, en la fragosa curva del Ebro (Cés. *Civ.* I 54 s., 59-61). Retiraron los pompeyanos casi todas las fuerzas de Lérida y marcharon hacia el sur, mientras parecía que César no podría seguirlos. Pero la infantería le pidió a gritos que les permitiera vadear el río, aunque la desviación del agua no lo había rebajado bastante, y César, cediendo al entusiasmo de sus tropas, emprendió la persecución. Se trataba de sorprender a los pompeyanos en terreno desfavorable antes de que pudieran llegar al Ebro y fortificarse. El talento de César brilla en las maniobras con que primero engaña a Afranio, haciéndole creer que se vuelve a Lérida, luego hostiliza la marcha del enemigo o se le adelanta en ocupar las alturas que cierran el camino hacia el sur y, finalmente, cuando ante las vacilaciones de Afranio las tropas de ambos bandos fraternizan, e incluso los hispanos pompeyanos buscan apoyo en sus paisanos del otro campo y Petreyo hace dar muerte a los cesarianos que encuentra en su campo, sabe dejar libres a los pompeyanos del suyo y quebranta así la moral del enemigo. César no quiso combatir, a pesar de que sus soldados se lo pedían, y resolvió la situación sin batalla, ahorrando vidas de ciudadanos, como él mismo escribe, y sacando partido de la indecisión, la fatiga y la falta de agua de los enemigos en pleno verano. Cuando, al fin, Afranio intenta retroceder a Lérida y pasar el Segre, le hostiliza César con sus auxiliares germanos y la caballería, y entonces los pompeyanos, agotados por la sed, se rinden. Se con-

vino en que los que quisieran serían licenciados, inmediatamente los que tenían casa o posesiones en Hispania, y los demás en la Narbonense (Cés. *Civ.* I 62-87, Ap. *Civ.* II 43, Dión Cas. XLI 23).

Mientras Trebonio continuaba ocupado con el asedio de Marsella, César completaba su plan de reducir del todo a los pompeyanos en Hispania, pues sobre todo en la Citerior tenía leales su enemigo, y las legiones de la Península eran tropas veteranas de éste. El gran escritor Varrón estaba al frente de la Bética con dos legiones. Su actitud, nos cuenta César (*Civ.* II 17), era al principio ambigua, pero las noticias de las dificultades ante Marsella y frente a Lérida le inclinaron a disponerse para la guerra, haciendo levas de soldados, construyendo naves, reuniendo trigo para enviar a Marsella y a Afranio y Petreyo, recogiendo en Cádiz el tesoro del santuario de Hércules y obligando a los romanos de Bética a prometerle como tributo de guerra 18 millones de sestercios, 20.000 libras de plata y 120.000 modios de trigo. La provincia, sin embargo, se inclinaba a César (*Civ.* II 17 s.), que ya hemos visto la había gobernado doce años antes.

César dispuso que sólo dos de sus legiones avanzaran hacia el sur a las órdenes del tribuno de la plebe Q. Casio Longino; pero él, en rápida cabalgada, se adelantó, mientras convocaba en Córdoba una asamblea de los magistrados de las ciudades de toda la provincia. Este *conventus,* al que no faltó ningún ciudadano romano distinguido, se declaró por César y cerró la puertas de la ciudad a Varrón, mientras que Carmona, «la ciudad más fuerte de toda la provincia», expulsó a la guarnición pompeyana.

Varrón, en un ambiente que le era hostil, pensaba refugiarse en Cádiz, pero en esta misma ciudad prevaleció el partido cesariano, y una de sus dos legiones, la llamada Vernácula, es decir, reclutada de los romanos del país [23], abandonó el campo a la vista del general y se dirigió a Sevilla. Marchó entonces Varrón a Itálica, pero como esta ciudad le cerró las puertas también, decidió rendirse a César, lo que hizo, después de entregar la legión que

le quedaba y darle cuentas de la situación económica (César *Civ.* II 19 s.).

Con ello César había reducido toda la Península y había deshecho las fuerzas militares pompeyanas en ella. Después de dar las gracias por su ayuda a los romanos de Hispania, a los indígenas y a los gaditanos (a éstos les concedió la ciudadanía), así como a su propia escolta, y de arreglar las cuestiones en la provincia, librando a los ciudadanos de sus obligaciones económicas con Varrón y restituyendo sus bienes a los que habían sufrido confiscación por sus simpatías cesarianas, llegó hasta Cádiz, devolvió sus riquezas al templo de Hércules y puso al frente de la provincia a Q. Casio, con cuatro legiones. En Dión (XLI 24) tenemos una versión menos rosada de la generosidad de César, pues se nos dice que fue magnánimo excepto en lo tocante al dinero, del que se llevó gran cantidad. En las naves que los gaditanos habían construido para Varrón marchó a Tarragona, y desde allí, por tierra, a terminar el sitio de Marsella. Allí se encontró con las nuevas de la ley que el pretor Lépido había hecho votar en Roma, por la que se le nombraba dictador (Cés. *Civ.* II 21, Dión Cas. XLI 24).

Mientras César en el año 48 buscaba la decisión de la guerra persiguiendo a Pompeyo, Q. Casio Longino, al que había dejado *extra ordinem* como propretor de la Ulterior, iniciaba un régimen militarista y de adulación a los soldados que iba a costar carísimo a la provincia. Se nos cuenta que atacó a Nertóbriga, en los confines de Lusitania, y luego persiguió a los habitantes de esta ciudad que se habían refugiado en el monte Herminio; por estos triunfos sus soldados le proclamaron *imperator.*

El cuadro resultante de la conducta de este desvergonzado imitador de César es muy interesante para mostrarnos los progresos de la romanización de una provincia como Bética, y los procedimientos de que se servía la administración romana en sus malos momentos. Extorsión de dinero a ricos y a pobres, acusaciones judiciales contra todo el que tenía algo que perder, alistamiento de

soldados y recluta de indígenas a costa de la exhausta provincia (*Bell. Alex.* 48-50).

Cuando los provinciales desesperados organizan un atentado y llegan a darle a Casio dos puñaladas, su escolta de berones le salva. El venal gobernador da a precio de millones el perdón a los jefes de la conspiración, mientras entrega a otros a la muerte (*ibid.* 51-55; Dión Cas. XLII 15, 1). En la confusa situación vemos cuán fuertes eran todavía los vínculos que unían a los munícipes de Itálica que habían tramado la conspiración, o la importancia que en la legión Vernácula tenían los sentimientos locales de hostilidad a Casio. Cuando éste procede contra la legión y ordena a su cuestor, M. Marcelo Esernino, que ocupe Córdoba, los sentimientos locales arrastran a sus tropas y al propio Marcelo, y se plantea una confusa guerra civil, en la que el italicense Tito Torio, jefe de los rebeldes contra Casio, invoca el nombre de Pompeyo. Casio avanza contra Marcelo y Torio, que se han hecho fuertes en Córdoba, y pide auxilio al rey Bogud, de Mauritania, y a M. Lépido, propretor de la Citerior (*Bell. Alex.* 56-59; Dión Cas. XLII 15, 2-5). Llegaron éstos cuando la situación de Casio era muy difícil; mas Casio y Marcelo aceptaron la paz por mediación del cesariano Lépido. Casio Longino dejó entonces la provincia a su sucesor, el procónsul C. Trebonio, para el año 47, y en su viaje a Italia, cargado de riquezas robadas, murió en un naufragio en la desembocadura del Ebro (*Bell. Alex.* 60-64; Dión Cas. XLII 16, 2).

César, diplomáticamente, compensó a Lépido con el consulado y con un triunfo que no le había costado ningún combate, pero que premiaba sus gestiones de mediador entre Marcelo y Casio (*Bell. Alex.* 64, Dión XLIII 1). Para celebrar el triunfo, Lépido abandona la provincia y regresa a Roma.

Ya se comprende que con tan inmorales gobernantes la situación de las Hispanias había de seguir confusa. Cicerón, que estaba siempre bien informado, daba Hispania como perdida para los cesarianos en una carta de marzo del 47 (*ad. Att.* XI 12,3), y por eso los jefes del partido senatorial, Catón y Escipión, de acuerdo, en-

viaron desde Africa a Gn. Pompeyo hijo (Dión Cas. XLII 56, 4). Comenzó éste su labor por las Baleares, y allí se quedó por estar enfermo (*ibid.* XLIII 29, 2). Mientras tanto, los senatoriales son vencidos en Thapsus. Pero, a pesar de ello, sin esperar al hijo de Pompeyo, se sublevó la Bética entera, y Trebonio, el colega de Pedio, fue expulsado (*ibid.* 3). Gneo Pompeyo fue recibido a su llegada con gran entusiasmo, y el cansancio por los abusos de los cesarianos aumentó el número de los pompeyanos. Cuando Pompeyo estaba sitiando Cartagena se le presentaron las fuerzas de Hispania, que habían elegido jefes a Tito Quincio Escápula y Q. Aponio, y le proclamaron *imperator*.

Acudieron, huyendo después de la derrota en Africa, su hermano Sexto Pompeyo, Atio Varo y T. Labieno, con la escuadra. Los generales cesarianos, Fabio Máximo, que debió sustituir a Trebonio, en la Ulterior, y Q. Pedio, en la Citerior, tuvieron que pedir a César se presentara para remediar una situación que parecía perdida (Dión Cas. XLIII 29-31). Hispania se convirtió en el centro de los pompeyanos, y huyendo hacia la Península fue echado a pique el barco de Q. Metelo Escipión, el vencido de Thapsus, que se suicidó antes que caer en manos del enemigo (*Bell. Afr.* 96; Val. Máx. III 2, 13).

27. *Los pompeyanos en Hispania; Munda*

Parecía que después de la derrota de Afranio en Lérida las provincias de Hispania iban a quedar definitivamente en paz (así lo dice Cicerón en una carta de febrero del 45, *ad fam.* IX 13, 1). Pero ya hemos visto que los abusos y el desgobierno de Casio, y la fuerza de las clientelas pompeyanas, encendieron de nuevo la guerra civil.

Q. Fabio Máximo, legado de César en 46, debió de tener que hacer la guerra a los galaicos, como Schulten (*FHA* V 96) supone, a la vista de una inscripción de Lugo y otra de Braga (por lo demás de difícil interpretación), y teniendo en cuenta que al año siguiente Fabio

celebró su triunfo en Roma y alcanzó el honor del consulado.

El año 45 es decisivo, y precisamente en suelo hispano. Los hijos de Pompeyo reúnen un gran ejército *(Bell. Hisp.* 1), que se decía en Roma era hasta de once legiones (Cic. *ad fam.* VI 18, 2), con tropas indígenas que los cesarianos motejaban de *latrones* o bandoleros; mas el apoyo de hispano-romanos e indígenas no era unánime y, por ejemplo, un cierto Q. Curcio fue ejecutado por Sexto Pompeyo en presencia de las tropas porque había tramado ponerle en manos de los partidarios de César. Sabemos también (Casio en Cic. *ad fam.* XV 19, 4) que Sexto Pompeyo era poco inteligente y creía que la crueldad era una virtud. Se le acusa igualmente de codicia y de extorsiones en la provincia *(Bell. Hisp.* 1,4). No obstante, hay que tener en cuenta que la historiografía llegada a nosotros, salvo Apiano, es enemiga del hijo del Magno.

Estando César al final del tercer año de su dictadura (46 a. C.), y ya designado cónsul para el año siguiente, llega a la Península con el fin de terminar la guerra *(Bell. Hisp.* 2, 1). Había mandado a Didio desde Cerceña con la escuadra, pero el peligro era ya demasiado amenazador. Dejó en Roma a Lépido al frente de los asuntos. Hizo su viaje por tierra con sorprendente rapidez, en diecisiete días desde Roma a Sagunto y en diez más hasta Obulco (Porcuna), entre Jaén y Córdoba, donde se encontró con su ejército a las órdenes de los legados de las dos provincias hispanas en su nombre, Fabio y Pedio *(Bell. Hisp.* 2).

La situación en Andalucía, donde estaba Sexto Pompeyo, era poco favorable. Estaban muy lejanos los tiempos del año 49, de general entusiasmo cesariano, pues las exacciones y abusos de Casio y de los demás tenían irritada a la provincia. César había recibido mensajeros de Córdoba pidiendo los liberase con una sorpresa nocturna de los pompeyanos que la ocupaban con Sexto Pompeyo, aprovechando que Gneo atacaba a Ulia (Montemayor), que era la única ciudad de Bética que se sostenía por César. Una noticia favorable era que Didio ha-

bía batido a Varo por mar, frente a Carteya (Dión Cas. XLIII 31, 2; Floro II 13, 75).

César envió a Vibio Pacieco con refuerzos para Ulia, y estas tropas lograron, en medio de un temporal, entrar en la plaza sitiada *(Bell. Hisp.* 3), y pasó luego a atacar a Córdoba. El primer choque con la vanguardia de César asustó a Sexto Pompeyo, que se apresuró a llamar a su hermano para que abandonase el sitio de Ulia, lo que hizo *(ibid.* 4). César acampó entonces cerca de Córdoba y emprendió ataques para tomar el puente sobre el Guadalquivir. Como el tiempo pasaba sin adelantar nada y los hijos de Pompeyo no presentaban batalla, César, escaso de víveres y enfermo (Dion Cas. XLIII 32, 7), se dirigió contra Ategua, ciudad que estaba sobre el Guadajoz, en el lugar llamado Teba la Vieja. Buscaba aprovisionarse y atraer allí a los pompeyanos para una batalla *(Bell. Hisp.* 5 s; Dión XLIII 33, 1).

En efecto, Gneo acudió a liberar Ategua del asedio que se iniciaba y puso su campamento entre Ategua y Ucubi (Espejo). Tenía trece legiones, pero sólo cuatro eran buenas, pues las demás se componían de esclavos fugitivos e indígenas. Los cesarianos se consideraban superiores en caballería y en infantería ligera *(Bell. Hisp.* 7).

A pesar de la aparición del socorro y de que un jefe pompeyano consiguió meterse mediante una estratagema en Ategua (Dión XLIII 33 s.), César continuó el asedio y la ciudad ofrecía entregársele *(Bell. Hisp.* 13), sin que Gneo Pompeyo fuera capaz de ayudar a los sitiados en una salida que éstos hicieron ni pudiera impedir la destrucción con minas de parte de los muros (Dión XLIII 34). Por fin, el 19 de febrero caía la plaza en manos de César, que era de nuevo proclamado *imperator*, mientras que Gneo se retiraba a Ucubi *(Bell. Hisp.* 19 s.).

Pero la guerra en la provincia se presentaba difícil, pues las ciudades estaban en alturas, ante la amenaza que en el pasado eran las incursiones de las gentes bárbaras, y asediarlas era muy largo. César tenía que aprovechar los descuidos del enemigo o atraerlo mediante ataques que lo comprometieran a luchar *(Bell. Hisp.* 9 y 14).

Los rencores de la larga lucha la habían endurecido, y ejecución de prisioneros, venganzas políticas y personales, degüellos y corte de manos a los espías se repiten, según leemos en las profesionales páginas de la *Guerra de Hispania,* escrita por un oficial cesariano. Las desgraciadas ciudades, mezcladas con sus banderías locales en una guerra general, sufrían de mutuas aniquilaciones y venganzas, como vemos en el ejemplo de Bursaón (situación desconocida, *Bell. Hisp.* 22).

Por fin, César, a quien los problemas de aprovisionamiento empujaban a buscar una solución en batalla, se encontró, gracias a hábiles maniobras en la llanura de Munda (Montilla), frente a las tropas de Gneo Pompeyo. Este se hallaba entre la doble amenaza de verse cortado de su base, Carteya, y de su capital, Córdoba. Parece que el ejército (Schulten *FHA* V 137) era de 70.000 hombres, casi el doble de los 40.000 de César; pero éstos eran de mejor calidad como soldados.

La batalla fue muy dura, y la posición ventajosa de los pompeyanos hacía muy difícil la situación de los cesarianos en muchos puntos. La caballería africana de Bogud tuvo una actuación decisiva al deshacer el ala derecha de Gneo y tomar un campamento. Se cuenta (Floro II 13, 81; Apiano *Civ.* II 104, y otras fuentes derivadas de Livio) que el propio César, a pesar de las hazañas en el ala derecha de la excelente legión X, dejó su caballo y se lanzó a la primera línea. Al hacer un movimiento contra la caballería de Bogud, que fue interpretado como fuga (Dión Cas. XLIII 38), cayó Labieno, el que había sido legado de César en la guerra de las Galias. Los muertos del ejército pompeyano pasaron de 30.000 *(Bell. Hisp.* 27-31). Fue la última batalla de César, el día de los Liberalia, 17 de mayo del 45, y faltaban menos de diez meses para los idus de marzo.

Los pompeyanos refugiados en Munda atrajeron a los enemigos. Ponían los cesarianos para cincunvalar a Munda murallas de cadáveres, y se servían de lanzas y escudos de los enemigos como de estacas y vallas, poniendo encima y de cara a la ciudad cabezas cortadas de pompeyanos. Sexto, cuando supo el desastre, abandonó a

altas horas de la noche Córdoba, mientras que Gneo se dirigió a su base de Carteya, llevado en litera, pues estaba herido.

Mientras tanto, César, una vez cercada Munda, se dirige a Córdoba. Allí Escápula, que era el jefe de los pompeyanos, después de un banquete y de perfumarse, se hace quemar en una pira. Parte de la guarnición quería rendirse a César, pero los contrarios empezaron a quemar la ciudad. Hubo una carnicería espantosa: el *Bell. Hisp.* habla de 22.000 muertos, sin contar los de las luchas fuera de la muralla. Así se apoderó César de Córdoba (*ibid.* 33 s.).

En Sevilla se repitió la tragedia de internas divisiones y asesinatos. Cuando ya los cesarianos dominaban la ciudad, un cierto pompeyano, Filón, consigue hacerse con la ciudad gracias a una tropa que trajo de Lusitania (*Bell. Hisp.* 35). Al fin pudo César reducir Sevilla, mientras los de Carteya le enviaban mensaje de que tenía a Gneo Pompeyo a su disposición.

En Carteya surge la división y Gneo huye. Pero C. Didio, con la escuadra de Gades, sale en su persecución. Cuando Gneo baja a tierra a buscar agua, Didio destruye sus barcos. Gneo se esconde con unos pocos fieles lusitanos, y es al fin descubierto. Su cabeza fue llevada a Sevilla y expuesta allí (*Bell. Hisp.* 36, 39). Los lusitanos de Pompeyo aún combaten contra Didio, y la ciudad de Munda cae por fin, con 14.000 prisioneros, en manos de Q. Fabio Máximo, y después Osuna (*ibidem* 40 s.).

Así quedó sometida la Bética, con mucha mortandad donde hubo resistencia, y con gran codicia, que no respetó ni siquiera el famoso santuario de Hércules, en medio de confiscaciones y aumento general de tributos (Dión Cas. XLIII 39, 4).

Con un discurso de César en Sevilla, en el que ataca a la provincia, que él consideraba tan suya, por la facilidad con que se había adherido a Gneo Pompeyo y recuerda rencorosamente la expulsión de Casio Longino, termina la *Guerra de Hispania,* fuente histórica tan valiosa en su mediocridad como única, por su lenguaje

vulgar, en la literatura. César realizó en brevísimo tiempo una profunda reforma. Marcada por su genio, no careció de dureza y parcialidad: Munda quedó privada de su condición de colonia, y Urso e Híspalis (que fueron hechas colonias) perdieron parte de su territorio, pero, según vemos por los sobrenombres *Iulium, Caesariana,* etc., a César se debe la creación de una serie de colonias romanas que significan, en unos casos, como Scallabis (Santarem) o Norba (Cáceres), fijación de una nueva frontera; en otros, una red de municipios que favorecen la romanización, así Pax Julia (Beja), Lisboa, Evora y una serie más en la actual provincia de Badajoz (Baeturia); en otros, la elevación a entidades romanas de antiguas ciudades de Bética (además de las aludidas, Ucubi, Itucci y Acci). En la Citerior hace colonias de las antiguas capitales Tárraco y Carthago Nova, además de Celsa (sobre el Ebro, en Aragón) y Tortosa.

Mientras tanto, Sexto Pompeyo, que la historiografía hostil a él presenta como un joven ineducado y entregado a sus esclavos y libertos, valiente aunque desleal (Veleyo II 73), escapaba a Celtiberia (Floro II 13, 87) y comenzaba a actuar con guerrillas (Apiano *Civ.* II 105). César volvía a Roma y celebraba —esta vez sin disimular, como cuando había vencido a Pompeyo y Catón de Utica— su quinto y último triunfo sobre los hijos de Pompeyo (Liv. *Per.* 116, Suet. *Cés.* 37), lo que fue muy mal visto (Plut. *Cés.* 56). También triunfaron sus dos legados, Fabio y Pedio *(CIL* I_2 1, 179), lo cual no dejó de parecer ridículo, pues no habían luchado (Dión XLIII 41).

Sexto Pompeyo encontró apoyo entre las tribus que habían sido clientes de su padre. Sabemos (Dión Cas. XLV 101; cf. Estr. III 4, 10, p. 161) que se refugió entre los lacetanos y que en la vasta Hispania llegó a ser de nuevo un peligro que obligó a mandar tropas contra él, a las órdenes del propretor C. Carrinas (Ap. *Civ.* IV 83). Aún atacó Sexto y consiguió volver de nuevo a la maltratada Bética, y someter de grado o por fuerza ciudades, y atacar Cartagena, y tomar Vera de Almería (Cic. *ad Att.* XVI 4, 2) en el momento en que llegaba la

noticia del asesinato del dictador, y batir en batalla al propretor de la Ulterior, Asinio Polión, que huyó, abandonando su manto de general. El procónsul de la otra provincia, Lépido, invitó a Sexto a una entrevista, y llegó con él a un acuerdo, en el que estaba también interesado M. Antonio, por el cual Sexto volvía a Italia y le era asignada por el Senado la comandancia de la flota *(praefectus orae maritimae),* a la vez que le devolvían los bienes paternos (Dión XLV 10, XLVIII 17, 1; Veleyo II 73). En su último refugio de Sicilia todavía le siguen tropas hispanas fieles (E. Gabba, *Legio* VII *Gemina* 154).

Tan caras resultaron al cabo las largas guerras cesarianas en Hispania, salvo que el genio político de César supo con sus concesiones de derechos políticos a ciudades sentar la romanización sobre bases más amplias y preparar así uno de los logros mejores del Principado: la administración y gobierno de las provincias.

28. *Hispania desde el 43 a. C. hasta la guerra de cántabros y astures*

Ya hemos visto que, para el último año de vida que comenzó, nombró César a M. Emilio Lépido procónsul de la Citerior y la Narbonense, y a C. Asino Polión, de la Ulterior. Dos personajes de los que el primero estaba llamado a desempeñar un papel político importante, mientras que el segundo buscaría refugio en las letras. Polión fracasó en la empresa de vencer a Sexto Pompeyo, pero Lépido alcanzó otra vez una solución política que le valió una *supplicatio* del Senado en noviembre del 44 (Cic. *Filip.* III 23 s).

Las revueltas circunstancias de la política romana dejaron sin cambio el gobierno de las Españas, y seguimos encontrando a los dos citados gobernadores en el año siguiente, mientras en Italia arde la guerra civil. De Polión sabemos por carta de él incluida en el epistolario ciceroniano *(ad fam.* X 31,1) que la situación en los pasos de Andalucía a Castilla *(saltus Castulonensis)* era

caótica, y los bandoleros interceptaban el correo del gobernador de la provincia. Otra carta del mismo (*ibid.* 32) nos informa de la traición de Balbo el joven, su cuestor, que sin pagar a los soldados se pasó al reino de Bogud, en Mauritania, después de unos cuantos desmanes como hacer caballero a un histrión, prorrogar en su beneficio la magistratura local, quemar a un soldado pompeyano al bárbaro modo púnico, metiéndolo primero en tierra hasta medio cuerpo, y exponer a las fieras ciudadanos romanos; quizá el propretor, resentido por el abandono de su cuestor, exagera, pero no cabe duda de que la situación era difícil, indeciso además entre inclinarse a Antonio o a Octaviano.

De que el país no estaba en calma nos asegura el hecho de que Asinio tuvo que enviar a sus legiones a Lusitania a los cuarteles de invierno (en Cic. *ad fam.* X 33, 3).

En cuanto a Lépido, sabemos que este año estaba en la Narbonense, que le había sido adjudicada con la Citerior por César, y a fines del 43 celebraba su triunfo en Roma (CIL I_2 1, p. 158).

Aún es Lépido, cónsul, y como tal, en Roma, dueño de las dos Hispanias en 42, el año de Filipos. Pero los vencedores en esta batalla, Octaviano y Antonio, le quitan entonces estas provincias y le dan el Africa. Hispania forma por de pronto parte del botín del triunviro Octaviano, y en 41 a. C. vuelve a hacerse cargo de ella, como legado suyo, Carrinas. Quizá significa que la paz en la exhausta Península no era aún completa la noticia de un motín en Italia de soldados que Octaviano enviaba a Hispania (Dión Cas. XLVHI 10). Y ya entonces L. Antonio incitaba a Bogud a invadir la Península (Apiano *Civ.* 26), lo que hará pocos años después.

En 40, Octaviano, vencedor de la guerra de Perusa, concede Hispania a L. Antonio, hermano de Marco. Como legados suyos aparecen Sexto Peduceo y Balbo el Joven, al cual ya hemos encontrado como cuestor de Polión. Tenemos monedas con el nombre de L. Cornelio Balbo propretor y pontífice, de las cuales la primera es de este

momento (Schulten *FHA* V 176, E. A. Sydenham, *The Coinage of the Roman Rep.*, Londres, 1952, 206).

La Península fue a continuación atribuida a un personaje importante, Gn. Domicio Calvino, que al salir de su segundo consulado en 40 viene como procónsul. Tuvo que vencer a los ceretanos, rebeldes todavía, y para ello se vio obligado a restablecer con dureza la disciplina militar (Dión Cas. XLVIII 41; Veleyo II 78,3).

Al año siguiente, el rey de Mauritania, Bogud, a instigación de M. Antonio, según parece, atacó las costas meridionales de la Península. Cuando se dedicaba al saqueo y atacaba el mismo santuario de Hércules gaditano (Porf. *De abstin.* I 25), Boco, otro rey mauritano, con el apoyo de Octaviano, se sublevó a sus espaldas y le quitó el reino. Bogud hubo de buscar refugio junto a Antonio en Egipto (Dión XLVIII 45, 1).

Al final de su gobierno de las Españas triunfó Domicio en Roma (36 a. C.), por su victoria sobre los ceretanos; naturalmente que, como corresponde a los nuevos tiempos, por concesión de Octaviano. El oro que recibió de las ciudades para su triunfo *(aurum coronarium)* se lo gastó en las solemnidades y en la restauración de la Regia, que se había quemado y para la que pidió prestadas a Octaviano 24 estatuas que no le devolvió, sin que Octaviano se atreviara a sacarlas del templo, lo que hubiera parecido un sacrilegio (Dión XLVIII 42; *CIL* I_2 1 p. 180)

La costumbre de que los sucesivos procónsules de las Hispanias triunfaran al fin de su gobierno, permite deducir que había intranquilidad que provocaba operaciones guerreras. Así sabemos también que C. Norbano Flaco triunfa en 34; L. Marcio Filipo, en 33, y Apio Claudio, en 32 (CIL I_2 1, p. 765; Wilsdorf 137). Schulten *(FHA* V 179) supone que en estas luchas tenemos los preludios de la guerra de cántabros y astures.

Aún después de Accio hay noticia de que M. Antonio pensó en trasladarse a Hispania, como los hijos de Pompeyo (Dión Cas. LI 10); y, en efecto, una inscripción nos ha conservado el nombramiento por él de C. Bebio como jefe de las costas de la Citerior *(CIL* XI 623).

29. *La guerra de los cántabros y astures (29-19 a. C.)*

Esta guerra es el último episodio de la conquista. La necesidad de alcanzar protección contra las bárbaras tribus del oeste y del norte había ido llevando a los gobernantes romanos a la sucesiva destrucción de éstas. Ya Aníbal hubo de desarticular a ólcades, oretanos, carpetanos, vetones; vimos también sucumbir a los ilergetes ante Escipión y sus sucesores; los celtíberos, que aparecen frente a Catón, todavía se rebelan en el año 59; es Bruto el que inicia la conquista del oeste, abierto después de la ruina de Viriato, y que César completa en su pretura del 60. La rebeldía de los indígenas bajo el caudillaje de Sertorio sirvió también para la romanización de los más irreductibles lusitanos y celtíberos, mientras que las campañas de su enemigo Pompeyo llevan la cultura y el dominio romano a los pueblos de Navarra y del Pirineo aragonés. La frontera que primero estaba en la Beturia y al pie de las montañas que dividen las aguas del Mediterráneo y del Atlántico, había ido corriéndose hacia el norte, pero el problema había ido trasladándose de lugar. Las invasiones que antes amenazaban a las ciudades ibéricas y turdetanas eran un peligro ahora para los nuevos centros de cultura urbana y romana de las mesetas. Cuando ya no quedaban libres sino los territorios montañeses de cántabros y astures, eran principalmente los primeros los que hostilizaban a sus vecinos sometidos, los autrigones, turmogos y vacceos, con frecuentes ataques *(crebris incursionibus,* Floro II 33, 46 s.; Oros. VI 21, 3). Los astures parece que se contentaban con defender su libertad, sin atacar a sus vecinos (Floro *l. cit.).* Volvía a presentarse como necesaria una campaña de pacificación.

En 28 a. C. sabemos (Dión Cas. LI 20, 5) que T. Estatilio Tauro venció a los rebeldes vacceos, cántabros y astures, y al mismo año corresponde el triunfo *ex Hispania* de C. Calvisio Sabino *(CIL* I_2 1, p. 50). Sexto Apuleyo triunfa también en 26 por éxitos en la guerra de Hispania *(ibid.* 77).

No conocemos pormenores sobre el comienzo de la guerra, pero la gravedad de la situación exigió la presencia en España del mismo Augusto. El *princeps* precisamente entonces inauguraba la nueva constitución, que afirmaba sus poderes como vitalicios, con la campaña de pacificación total en la Península y con una relativamente larga permanencia en ella.

Apenas acabado el año 27, decisivo en la historia constitucional de Roma, pues en él se regula el Principado, Augusto llegó a Tarragona. En esta capital iba a inaugurar su octavo y noveno consulado (Suet. *Aug.* 26, *CIL* XIV 22, 40). Quizá la guerra de España no era tan grave como para reclamar su presencia, pero de un texto de Dión (LIII 25,2) parece deducirse que planeaba ir a la conquista de Britania; mas, para orlar el nuevo régimen con laureles, prefirió pacificar una provincia a ganar una nueva.

Pero la guerra no era tampoco fácil. Los rebeldes se refugiaron en sus breñas y no presentaban combate. Luchaban con armas arrojadizas y estorbaban los movimientos de los romanos adelantándoseles siempre y ocupando los lugares favorables. En las hondonadas y bosques acechaban a Augusto y repetían la lucha, bien conocida, de las guerrillas hispanas.

Augusto (Floro II 33, 48 s.) puso su campamento en Segísama (Schulten *Los cánt.* 140) y dividiendo su ejército en tres columnas buscaba al enemigo como si fuera al ojeo en una cacería. Si Floro y Orosio (VI 21, 4) no confunden unas campañas con otras, también la escuadra atacaba por el norte. Syme señala el progreso en el conocimiento de las costas de Galicia y Asturias que se acusa en esta época. Schulten *(FHA* V 195, *Los cántabros* 136) cree que resulta de estas noticias que la primera columna marchó hacia Aracillum (Aradillos, cerca de Reinosa); la segunda, hacia Bergidum, en el Bierzo, mientras la tercera, más al oeste, contra el monte Vindio, «montaña —dice el retórico Floro— a la que se creía podría subir antes el océano que las fuerzas romanas».

R. Syme ha sometido a crítica esta construcción tradicional de Schulten, que ha predominado en todos los

estudios posteriores, y reduce lo que se atribuye a tres columnas al itinerario de una sola: Aradillos es *Aracillum,* pero la *Bergida* de Floro es *Attica* en Orosio, y, en realidad, puede tratarse de *Vellica,* a 18 millas de Amaya y 25 de Aracillum; el monte Vindio estaría, según eso, en esta misma región. Se trata de un ataque a los cántabros, todavía desde la vertiente meridional. Y ésa fue la empresa del año 26, mientras que, por su parte, Carisio, legado de la Ulterior, se enfrentaba con los astures, organizados en tres grupos en las llanuras de León, sobre el Esla, y dispuestos al ataque. Carisio fue prevenido por los habitantes de *Brigaecium* (hacia Benavente) y pudo evitar una sorpresa. A continuación (Floro II 33, 54 ss.; cf. Schulten *Los cánt.* 150) ocupó Lancia, «la mayor ciudad de los astures» (Dión), «fortísima» (Floro), que estaba abandonada por los indígenas.

Luego (Floro II 33,50 ss.), parece que en el año 25, fue reducido el monte Medulio, que creemos son las Médulas [24], exploradas por M. Gómez-Moreno sobre el Sil, hacia el lago de Carucedo, donde se hallaba oro que iba a ser una fabulosa riqueza para los romanos. Floro *(ibid.* 60) celebra la abundancia de la región en oro y minio, y Josefo *(Guerra de los jud.* II 374) lamenta a este propósito los males que el oro atrajo sobre los hispanos.

Los romanos cercaron allí a los astures con un foso de quince millas de largo, y cuando los sitiados vieron que no tenían salida, se dieron muerte en un banquete unos a otros con el fuego y con un veneno que sacaban del tejo, árbol que aún es mágico en las supersticiones populares.

La mayor parte de estas campañas no las llevó Augusto personalmente, sino por sus legados (Floro II 33,51). Pero nuestras fuentes presentan la primera etapa de la guerra como obra del Emperador. En el primer verano que pasó en Cantabria dirigió la pacificación, mediante sumisión y entrega de rehenes, o con la venta de los indígenas como esclavos. Augusto enfermó «con la fatiga y las preocupaciones», dice Dión (LIII 25,4 ss.), y tuvo que retirarse a Tarragona. De las penalidades de la

campaña da idea lo que nos cuenta Suetonio *(Aug.* 29) de que dedicó en Roma un templo a Júpiter Tonante en recuerdo de que, viajando una noche en litera por los montes de Cantabria, un rayo le pasó rozando y mató a un esclavo que iba delante alumbrando con una antorcha.

C. Antistio, militar experto y que había sido investido del consulado, se hizo cargo como legado de la Citerior de la campaña contra los cántabros y consiguió victorias «no porque fuera mejor general que Augusto —nos dice aduladoramente Dión *(ibid.* 8)—, sino porque los bárbaros le despreciaron y salieron a batalla con los romanos».

Se registran algunos sucesos más de la presencia de Augusto en Hispania. Un epigrama *(Anthol. Palat.* apéndice 222) recuerda que un ciudadano de Trales, en Asia, tuvo que atravesar el mundo y visitar al emperador en Cantabria para suplicarle la reconstrucción de la ciudad, destruida por un terremoto. El rey de los partos, Tirídates, ante la amenaza de invasiones escitas, vino a Hispania a visitar al *princeps* (Just. XLII 5, 6), y más vagamente (Oros. VI 21, 19) se habla de legaciones de indios y escitas que llegaron a Tarragona.

En medio de las preocupaciones de la guerra, se acordaba Augusto de pedirle a Virgilio, entonces ocupado en la composición de la *Eneida,* algún borrador o fragmento de la esperada epopeya *(Vida de Virg.* por Donato, p. 7, Brummer).

También sabemos que el joven Tiberio, su entenado, inició en aquella campaña su larga carrera militar, y, por cierto, que su desmedida afición al vino le haría dar por los soldados el nombre ligeramente desfigurado de *Biberius Caldius Mero* (en vez de *Tib. Claudius Nero,* Suet. *Tib.* 9 y 42). Marcelo, sobrino de Augusto, asistió también a su campaña. Ambos jóvenes, príncipes de la nueva dinastía, presidieron en el campo imperial unos juegos (Dión LIII 26, 1). La guerra servía así a los fines dinásticos, iniciando lo que luego sería corriente en las fronteras del Rhin y de los Alpes.

Después de las victorias de sus legados, supone Schulten *(Los cánt.* 153 s.) que Augusto regresó a Cantabria,

seguramente en el verano y otoño del 25. Entonces debió de fundar la capital Astúrica Augusta (Astorga). Corocotta, cabecilla al que los historiadores llaman jefe de bandoleros (Dión Cas. LVI 43,3), cuya captura Augusto ofreció premiar con 250.000 sestercios, se le presentó, y Augusto no sólo le perdonó, sino que le obsequió con una gran suma.

El año 25 consideró el *princeps,* algo prematuramente, como solía ocurrirles a los romanos con las guerras de Hispania, que la campaña estaba terminada, y decidió regresar a Roma, donde le llamaban otras preocupaciones. No le interesó añadir un triunfo más a su carrera (Floro II 33,53), pero sí cerrar entonces (25 a. C.) solemnemente el templo de Jano.

Pero la rebelión de los cántabros y astures seguía. Los cántabros engañaron al legado de la Citerior. Elio Lamia, y le dijeron que enviara tropas para hacerse cargo del trigo y otros donativos para el ejército. Cuando los enviados llegaron, los llevaron a lugares apropiados y les dieron muerte. Pero no se hizo esperar el castigo: los romanos vinieron y talaron sus campos, quemando ciudades y cortando las manos a los prisioneros (Dión LIII 29, v. G. Alföldy *Fasti* 5 s).

De nuevo el año 22 tenemos noticia (Dión LIV 5, 1) de que los astures se rebelaron por la crueldad y afán de ganancia de Carisio, mientras que los cántabros les siguieron en la rebeldía con desprecio del gobernador de la Citerior, C. Furnio, que carecía de experiencia. Los dos legados pudieron, sin embargo, sostenerse; pero la resistencia de los cántabros fue irreductible, pues, una vez que veían perdida su libertad, no querían vivir y se daban muerte entre el incendio de sus poblados, o se envenenaban. Los astures, una vez que fueron rechazados y vencidos en una batalla, se sometieron.

El final de la guerra llegó algo después, en 19 a. C., cuando Agripa, después de pacificar las Galias, vino a Hispania (Dión Cas. LIV II, 1 s.). Los cántabros que habían sido hechos prisioneros en las campañas pasadas y vendidos a particulares dieron muerte a sus amos y sublevaron a muchos según marchaban a concentrarse en

su tierra. Se apoderaron de fortalezas y atacaron guarniciones.

Esta rebelión de esclavos con base en su bárbaro país produjo un verdadero pánico en el ejército romano, compuesto de veteranos fatigados por las largas campañas. Agripa pudo con su prestigio restablecer la disciplina, pero los cántabros sabían que su rebelía no encontraría merced y luchaban a la desesperada. Veleyo, que está bien informado de las campañas de esta época, dice que la guerra fue larga y dudosa (II 90, 1). Tuvo Agripa que castigar a los soldados, privar del nombre de Augusta a la legión I, proceder implacable con los prisioneros y trasladar a los indígenas supervivientes, mujeres, viejos y niños, a la llanura, arrancándolos de sus montañas. En este contexto hay que poner lo que Estrabón (III 4,17, p. 164) nos cuenta de que las madres cántabras preferían matar a sus hijos a que cayeran en la esclavitud, y un niño mató con la espada, por orden paterna, a sus padres y hermanos prisioneros, y una mujer, a sus compañeros de esclavitud. O lo que él mismo nos dice (*ibid.* 18, p. 165) de que los cántabros, en la cruz del último suplicio, cantaban himnos de triunfo. En esta campaña intervino como legado P. Silio (Schulten *FHA* V 193, *Los cánt.* 160, con referencia a Veleyo II 90 y *CIL* II 3414). Seguramente hubo entonces una campaña paralela en el oeste. Las aras sestianas (Mela III 13; Plin. IV 111; Ptol. II 1, 3) en la costa de Galicia le fueron dedicadas a Augusto por L. Sestio, legado de la Ulterior, hacia el año 20 a. C., que había sido cónsul sufecto en 23 [25].

Agripa se portó con admirable moderación: ni escribió al Senado para darle cuenta de su campaña, ni aceptó el triunfo que se le había concedido por orden de Augusto, ni siquiera dio sobre su hermano los informes que el cónsul le pedía.

Así terminó la guerra de los cántabros y astures. El templo de Jano se volvió a cerrar en 25 (Oros. VI 21, 11), como después de Accio, gesto pacífico que se repetiría otra vez en el reinado (probablemente 8 a. C.). Las provincias de Hispania, «tan extensas», tan pobladas y tan

«feroces», según frase de Veleyo (II 90,4), «fueron pacificadas por César Augusto de tal modo que se vieron libres no sólo de guerras, sino incluso de bandolerismo». Tres legiones quedaban para la custodia del país y sus riquezas. Como dice, exagerando, pues ya los indígenas desde la prehistoria, beneficiaban las minas, el retórico Floro (II 33, 60), los astures, «cavando en lo hondo sus riquezas, mientras trabajaban para otros, aprendieron a conocerlas». Hasta la reducción de Vespasiano, el mayor ejército del interior del Imperio era el de Hispania.

Al cabo de doscientos años, la guerra, iniciada en las playas del Mediterráneo, desde Ampurias a Cartagena, terminaba en las orillas del Cantábrico. En su testamento político y militar Augusto se jacta de haber recuperado también en Hispania los estandartes que por culpa de otros jefes habían caído en manos del enemigo (*Mon. Anc.* 5, 39). La amplia autobiografía de Augusto en XIII libros terminaba precisamente con la campaña de Agripa en Cantabria, y a este leal yerno estaba dedicada la obra.

Segunda parte
La romanización

I. Acontecimientos históricos en la Hispania pacificada. La historia externa bajo el Imperio hasta Diocleciano

Con el fin de las guerras cántabras y la reorganización administrativa de Hispania comienza una nueva era. La Península, pacificada, pierde sus rasgos culturales propios, salvo en aquellas regiones del norte y noroeste, donde la situación de atraso los mantiene más largo tiempo. La uniformadora romanización se va extendiendo por todas partes y el acontecer histórico, centrado en Roma, no se manifiesta en las provincias pacificadas sino en la actividad administrativa, desempeñada por funcionarios que enseguida empiezan a profesionalizarse, y que sólo excepcionalmente se acusa en medidas de resonante trascendencia histórica.

En general, mientras el gobierno de Roma funciona normalmente, pocos incidentes historiables podemos recoger en los anales de las provincias. Hispania, alegori-

zada como una mujer sentada a la izquierda de la coraza del Augusto de Prima Porta retratado como guerrero, representa la completa sumisión de la Península después de la derrota de los cántabros.

1. *Hispania bajo la dinastía julio-claudia*

Augusto continuó la política cesariana de fundación de colonias en la Península. Si su padre adoptivo concedió el estatuto de colonia a numerosas ciudades, y predominantemente con carácter civil, Augusto se lo concedió a fundaciones que, por de pronto, como anota C. H. V. Sutherland, fueron militares: Astigi y Tucci se entregaron a legionarios, y de modo comparable Barcino, Ilici, Libisosa y Salaria en la Tarraconense. Caesaraugusta se fundó con destacamentos militares. Y el más ilustre ejemplo es Mérida, fundada para los veteranos de la primera etapa de la guerra cántabra, y que rápidamente se desarrolló como capital administrativa de la nueva provincia de Lusitania.

Igualmente, bajo Augusto alcanza Gades la consideración de municipio, y también Bílbilis. Carthago Nova obtuvo en 27 la categoría de colonia. En el noroeste, Astúrica Augusta debió de pasar a municipio por este tiempo. Más lento hubo de ser el avance en condición jurídica de Brácara Augusta y Lucus Augusti.

Después de Augusto el proceso de romanización administrativa se detuvo bajo su dinastía, y apenas tenemos nuevas concesiones de derecho colonial.

La administración era en conjunto vigilada por el príncipe, incluso en las provincias senatoriales, y los provinciales hallan una instancia superior frente a los abusos o arbitrariedades de los gobernantes. La administración provincial se profesionaliza y queda recortada la ambición de la nobleza romana, que tantas veces había hecho o rehecho sus fortunas a costa de las provincias; también fue puesto un freno a la codicia de los caballeros y de los publicanos y arrendatarios de impuestos. Los provinciales aceptaron de buena gana el Principado,

cansados de las luchas y de la codicia de los gobernantes en nombre del pueblo y del Senado (Tác. *An.* I 2). Augusto trazó unas líneas que no fueron alteradas.

Naturalmente que hubo excepciones en la ordenada administración de las provincias, y tenemos, por ejemplo, registrado el caso (Tác. *An.* I 13) del procónsul C. Vibio Sereno, que fue relegado por Tiberio a la isla de Amorgos a causa de sus abusos de poder en la Bética.

También hay referencias a casos en que Tiberio no se cuidó mucho de una buena administración de las provincias. Su legado en la Citerior, L. Calpurnio Pisón, fue asesinado por un campesino de Termes en la Celtiberia porque saqueaba el país «con más codicia de la que los indígenas podían tolerar» (Tác. *An.* IV 45). Los recelos y desconfianzas de este emperador podían impedir a un personaje de categoría consular como L. Arruntius, a lo largo de diez años, que tomara posesión de su cargo de legado de la Citerior; el caso fue famoso (Tác. *An.* VI 27, *Hist.* II 65).

El culto imperial, que se inició con tanto celo en Hispania, avanzó en tiempo de Tiberio, y en inscripciones, por ejemplo, de Antequera y Lisboa tenemos dedicaciones a miembros de la familia imperial; en Arjona en el siglo I tenemos atestiguado un *Pontifex domus Augustae,* y *Pontifices Augusti* en Itálica.

Luz sobre el gobierno de Tiberio arroja otra noticia de Tácito (*An.* VI 19), por la que sabemos que «el hombre más rico de las Hispanias», Sexto Mario (protegido en otra ocasión por el propio emperador contra un denunciante, Tác. *An.* IV 36), fue acusado en los trágicos años finales del reinado de haber estuprado a su hija, por lo que se le condenó a ser despeñado por la roca Tarpeya. El historiador no deja de decir maliciosamente que Tiberio fue movido por la calumnia y se quedó con las minas del acusado. De la riqueza inmensa de la familia dan idea los topónimos Mons Mariorum y la misma Sierra Mariánica o Morena. Que el César se quedara con las minas es noticia que hay que con-

trastar con las contradictorias indicaciones sobre la propiedad de las grandes minas.

Como ha señalado A. García y Bellido, la romanización se volvió más lenta bajo la dinastía julio-claudia. Bajo Tiberio no tenemos noticia de otra fundación de colonia que la de Dertosa (Tortosa).

El juramento de lealtad de los lusitanos de Aritium Vetus, en el año 37 (*CIL* II 172), no ha de interpretarse como provocado por un peligro de deslealtad o de rebelión contra Calígula. Entre los acusados durante el reinado de Calígula se citan Junio Galión, por adular a los pretorianos (Tác. *An.* VI 3) y Emilio Régulo (Josefo *Antig. Jud.* XIX 17), ambos de Córdoba.

El nombre de Claudio lo llevaban Claudionerio en Galicia y acaso Baelo (Bolonia, sobre el estrecho), lo que algunos interpretan como una compensación por haberle quitado a esta ciudad la administración de zonas de Mauritania que dependían de ella (Sutherland 176). Quizá se refiere a política de este tipo lo que cuenta Séneca (*Apocol.* 3) en tono de burla, de que este emperador anhelaba ver a griegos, galos, hispanos y británicos revestidos todos con la toga. Sin embargo, ya hemos dicho que la concesión de derechos quedó detenida hasta Vespasiano.

Bajo Nerón tenemos noticia de que el relajamiento de todo el gobierno se manifiesta en abusos de los gobernadores, que provocan rebeliones en las provincias. Así sabemos con referencia a Hispania que hubo una sublevación de astures (c. más adelante, p. 317) y que un prefecto hubo de ser nombrado para las islas Baleares por haber desórdenes en ellas.

La crisis del año 68 tuvo mucha resonancia en las Hispanias. M. Salvio Otón, el marido de Popea, había sido enviado por Nerón hacía diez años como legado de la Lusitania, y el aristocrático senador Servio Sulpicio Galba llevaba ocho a cargo de la Citerior. Ambos parece que en estas provincias habían actuado con dignidad, y de Otón se decía que con generosidad, extendida a ciudades de la Bética.

Galba, que no parece haber tenido apoyo del país, sino en su legión VI, la única de guarnición en la Península, fue primero aclamado en Cartagena, y luego proclamado *imperator* en Clunia. Lo mismo que Otón, como otros gobernadores de provincias occidentales, habían visto con interés la ocasión de que se sublevara contra Nerón en las Galias C. Julio Víndex, pero desaparecido éste, Galba, que al pronto se había resistido a ser llamado *imperator* y no quería aparecer sino como legado del Senado y el pueblo romano, parecía a muchos la persona adecuada para restaurar un principado que pudiera, como acreditan monedas del efímero reinado, colocarse bajo la advocación de la *Libertas P(opuli) R(omani)* o *Libertas Publica,* o al menos, de la *Libertas Aug(usta).* En el torbellino del año de los cuatro emperadores, los dos gobernadores de las Hispanias que ocuparon el solio desaparecieron enseguida.

Del eco en la Península de tales catástrofes nos llega que Galba hizo ejecutar, según le echa en cara Otón (Tác. *Hist.* I 37), a los militares Obultronio Sabino y L. Cornelio Marcelo; y que el tercero de los aspirantes a emperador, L. Vitelio, jefe de las tropas de Germania inferior, contó por un momento, si hemos de creer a la leyenda de monedas suyas, con el *Consensus Hispaniarum.*

2. *Los Flavios*

La dinastía triunfante aporta nuevos modos. Vespasiano era de una modesta familia sabina, que ya con su abuelo había comenzado a ascender en la carrera militar y en la administración; él mismo había llegado a general en jefe en la guerra contra los judíos. Representa muy bien la nueva clase, una vez que el gobierno de las provincias no es un privilegio de la aristocracia, sino misión de una burocracia ordenada y tenaz.

El gobierno de Vespasiano (69-79), que se caracterizó por el cuidado de las provincias y el afán de hacer progresar la romanización, fue decisivo, más que en ninguna

otra parte, en la Península. El año 73-74 concedió Vespasiano a Hispania entera el derecho latino, según el cual los que habían desempeñado una magistratura ganaban la ciudadanía, y a la vez favorecía la creación de ciudades, sobre todo en el norte, donde pervivía aún la barbarie prerromana: Iria Flavia, Flaviobriga y otros municipios llamados Flavios hasta el número de once pregonaban por toda la Península los afanes del Emperador por hacer avanzar la asimilación del país que, fuera de Italia, era entonces, como dice L. Homo, «el más romanizado» de todos. Una inscripción de Oriente nos ha conservado el nombre de Q. Vibio Crispo, el legado que gobernaba la Citerior en el momento en que los *peregrini* de Hispania hubieron de ser censados como sujetos de derecho latino. La interpretación de H. Galsterer es que la concesión de este derecho no fue por de pronto general, sino que por ella se crearon meramente condiciones favorables al desarrollo de la vida municipal, la cual no se podía improvisar de golpe en el poco civilizado noroeste.

Vespasiano decide también desmilitarizar a Hispania, y a él se debe la decisión por la que la Península, pacificada, quedó guarnecida con una sola legión, la VII *Gemina,* que había sido creada por Galba, y que antes de 79 quedó acuartelada en la ciudad que conserva su nombre, León, a las órdenes del gobernador de la Citerior.

El cuidado que el autoritario Domiciano (81-96) tuvo de las provincias se acredita en el caso de Bebio Masa, gobernardor de Bética y delator famoso, que fue condenado por el Senado, con autorización del emperador, para que se indemnizase a los provinciales que habían sido sus víctimas.

Dos nuevos municipios de Bética, el *Flauium Malacitanum* y el *Flauium Salpensanum,* obtienen de Domiciano leyes que pueden considerarse en la línea de la romanización favorecida por Vespasiano. Las hermosas láminas de bronce que son gala del Museo Arqueológico de Madrid (*CIL* II 1963 s.) pregonan cómo una ciudad de origen fenicio, de larga tradición comercial y con

gobierno autónomo, se convertía en un municipio romano.

Se atribuyen a los Flavios (cf. Bosch-Aguado *HE* II 279) construcciones cuya fecha por lo demás no es conocida, así el acueducto de Segovia.

Hispania aparece en paz. La Península tiende hacia su unidad, y a sus capitales, sobre todo Tarragona, confluyen gentes de todos los pueblos y regiones. Las tropas de guarnición en la Península son en general de origen hispano. Por otra parte, soldados hispanos acuden numerosos a las unidades romanas en las fronteras lejanas. Quizá con esta principal finalidad concedió Vespasiano el derecho latino a toda la Península.

3. *La era de Trajano, Adriano y los Antoninos*

Con Nerva y su hijo adoptivo Trajano se abre un siglo que representa en el orden político y administrativo, en la eficiencia del gobierno en la capital y en las provincias, en el equilibrio social y la universalización de la cultura, el punto más alto de la civilización antigua. Sofistas y retóricos hicieron la propaganda de este ideal, así Plinio el Joven, Dión de Prusa y Elio Arístides, que fue divulgado también en las monedas imperiales con leyendas como *Libertas Publica, Roma Renascens, Optimo Princ(ipi), Providentia Augusti, Concordia, Iustitia, Pax.*

Por lo demás, ya en esta era de pública felicidad se perciben los rasgos de estancamiento y decadencia de ideales e instituciones, socavados por inquietudes sociales y nuevas ideas y sentimientos religiosos.

La carrera de Trajano, el primer provincial que asciende al trono imperial, es típica hasta entonces del funcionario que se forma bajo los príncipes, sobre todo en tiempo de los Flavios. Recientemente, en trabajo sobre otro militar contemporáneo de Trajano, e hispano igualmente, M. Cornelio Nigrino, Alföldy y Halfmann han podido señalar que por ejemplo hubiera

podido recaer sobre él, como en Trajano, la elección de Nerva y de los grupos poderosos de Roma.

El padre de Trajano fue el primero de la familia en ascender a la categoría de cónsul, y después de una carrera militar brillante desempeñó el proconsulado de su provincia natal de Bética y los gobiernos de Siria y de Asia.

M. Ulpio Trajano, que siendo gobernador de Germania Superior fue adoptado por Nerva, resultó la persona capaz de realizar el programa de la revolución que había derrocado a Domiciano: conciliar en lo posible el principado con la antigua libertad republicana. Es posible que en las familias de Itálica, fundación de los tiempos del gran Escipión, se mantuviera más viva la tradición de la antigua Roma.

Como provinciano, Trajano se interesó especialmente por la administración de las provincias. El respeto a las formas constitucionales le hizo abstenerse de intervenir demasiado en las provincias senatoriales, como la Bética. Procedió contra gobernadores rapaces o crueles, como sabemos en el caso del de Africa, Mario Prisco, que era natural de Bética. Creó colonias militares en las frontera e impulsó las obras públicas, tanto en la Urbe, como en Italia y en las provincias.

Las Hispanias, como las provincias en general, disfrutaron de paz y florecieron prósperas. Se calcula (Bosch-Aguado *HE* II 280) que la población de la Península llegó a duplicar la de un siglo atrás, en tiempos de Augusto.

A Trajano sucede Adriano, pariente suyo, nacido como él en Itálica y representante de la misma clase de gobernantes y militares que dio sus mejores días al imperio. Durante su tiempo (117-138), Adriano se dedicó a la inmensa tarea de dirigir el imperio, sin que concediera especial atención a la provincia de donde procedía. Más aún, cuando pasó un invierno en Tarragona (122-123), se negó a visitar su ciudad natal y le concedió la categoría de colonia sólo a disgusto.

En este viaje a Hispania tuvo que ocuparse de restaurar el país, que se encontraba en crisis, se supone

que a consecuencia de invasiones de mauritanos. En una asamblea de las tres provincias resolvió problemas del alistamiento de tropas hispanas. A todo esto parecen aludir monedas en las que el emperador aparece como *Restitutor Hispaniae*. Reconstruyó además el templo de Augusto en Tarragona y se libró allí del atentado de un esclavo loco. Abandonó la Península en dirección a Mauritania y luego a Oriente.

Antonino (138-161) pertenecía igualmente a la aristocracia de funcionarios y tenía excelentes cualidades personales. Su familia procedía de la Narbonense. Sabemos que en su tiempo fueron enviadas desde Hispania tropas para combatir una sublevación de los mauritanos (*CIL* VIII 2728). Otra inscripción (*AE* 1936, núm. 98) nos dice, en la ocasión de la boda del futuro emperador Marco Aurelio con la hija de Antonino, que Hispania tuvo que ser pacificada: en efecto, el legado consular de la Citerior, verosímilmente hispano de origen, Cornelio Prisciano, se había rebelado en 145 y hubo de suicidarse; el emperador se negó a que se hiciera proceso contra los conspiradores. G. Alföldy sospecha que en este movimiento hubiera un sentido local, quizá por lo cual ya nunca volvió a nombrarse un hispano como legado consular en la Península.

Marco Aurelio (161-180) cierra esta serie de grandes emperadores. Parece que una línea de los antepasados del emperador filósofo procedía de la Bética. Dedicado a los estudios, y luego iniciado por su suegro Antonino en la política del palacio imperial, carecía, a diferencia de sus antecesores, de experiencia militar y de gobierno.

En el cuadro general del reinado, absorbido por los grandes problemas de ataques de partos y germanos, las escasas noticias de las Españas encajan en el cuadro de general empeoramiento de la situación. El futuro emperador Septimio Severo era *quaestor pro praetore* en la Bética (172) y hubo de dejar la provincia al ser ésta declarada transitoriamente imperial; la causa era la situación de guerra debida a las incursiones de moros.

Bajo el desastroso reinado del último de los Antoninos, Cómodo (180-192), se registra en Galia e Hispania una rebelión de desertores encabezada por un cierto Materno; estas bandas, lanzadas a la desesperación por la difícil situación económica y militar del imperio, y probablemente (Barbero y Vigil) representativas de la rebelión de clases pobres, fueron rechazadas de Galia y avanzaron sobre Roma. Cómodo pudo vencer a estos desesperados, y sus monedas llevan las efigies de *Hilaritas* y *Salus* para conmemorar que Materno fue sorprendido en su plan de entrar disfrazado en Roma y asesinar al emperador en las fiestas Hilaria (*The Roman Imperial Coinage,* III, por H. Mattingly y E. A. Sydenham, Londres, 1930, 359).

4. *Senadores hispanos e influjo hispano*

Hispania, que dio al Imperio Romano tres emperadores, Trajano, Adriano y Teodosio, proporcionó pronto senadores hispanos, que hicieron su aparición como grupo importante en época flavia. La revolución del 96 llevó al poder a los emperadores de origen provincial; Hispania y Africa se beneficiaron de este nuevo orden de cosas, ya que los representantes de estas regiones coparon los puestos más importantes en el senado y en la administración ecuestre.

En el siglo I desapareció completamente la antigua aristocracia patricia y plebeya, y aparecieron nuevas familias de origen itálico y provincial. Itálica ofrece un total de nueve senadores oriundos de la ciudad, lo cual no tiene nada de particular, ya que fue la patria de los emperadores Trajano y Adriano; Gades cuatro; Ilíberris tres; uno Córdoba, Ucubi y Salpensa, respectivamente. En la provincia Tarraconense, la capital ha dado tres senadores, Barcelona cuatro y uno Valencia y Sagunto. De treinta senadores cuya patria es conocida, veintiuno, o sea el 70 por 100, proceden de la Bética, y nueve, es decir, el 30 por 100, de la Tarraconense. Este origen indica bien el grado de civilización y riqueza alcanzado

por la Bética y la costa tarraconense, lo que coincide con otros datos indicados ya. Entre estos senadores se encuentran los cuñados de Antonino Pío, el padre de Marco Aurelio y el abuelo de Cómodo. La dinastía antonina era, pues, en gran parte, de origen hispano, ya que, en la tabla genealógica, de un total de veinte personas masculinas, se hallan diez senadores hispanos.

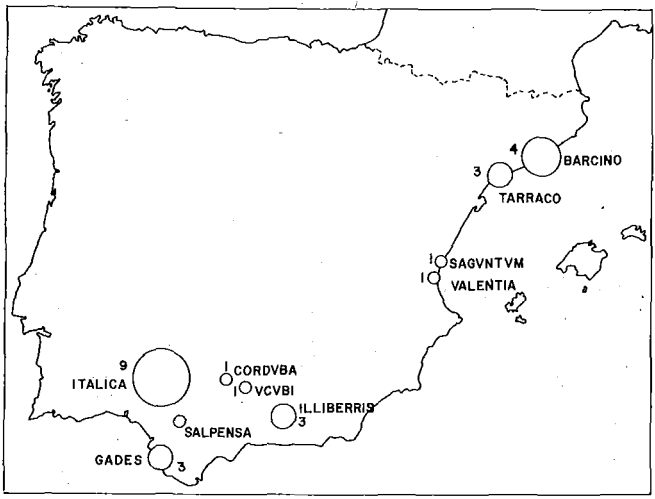


FIG. 1.—Lugares de origen de los senadores españoles. (Según Etienne.)

Los *fasti consulares* confirman también este influjo hispano entre los años del reinado de Nerva y la muerte de Adriano. De siete senadores que han sido cónsules tres veces, exceptuando los emperadores, se encuentran tres hispanos. La influencia hispana en el gobierno comienza con Domiciano, en el año 90, junto al que aparecen, al lado del futuro emperador Nerva, varios hispanos. Cargos importantes desempeñaron en estos años los hispanos, como L. Iulius Ursus Servianus, que después de la adopción de Trajano por Nerva, mandó las

tropas de Germania Superior, heredando este cargo de Trajano, y en el mismo año, el 98, L. Licinus Sura, que fue nombrado gobernador de Germania Inferior, dirigió la campaña contra los dacios y mereció ser condecorado; está representado junto al emperador en la Columna Trajana. El negoció la paz con Decébalo. En esta guerra intervino también un grupo numeroso de hispanos. En la guerra contra los partos, el jefe del Estado Mayor fue Adriano; junto a él aparecen otros senadores hispanos. En tiempos del gobierno de Adriano siguieron hispanos desempeñando cargos importantes.

Al fin del reinado de Adriano el grupo hispano perdió su influencia.

En tiempos de la dinastía severiana se conocen veinsiete nombres de senadores hispanos. La importancia en el orden económico de estos grupos radica en que teniendo posiblemente tierras en Hispania, se veían obligados a tener también grandes posesiones en Italia, y a invertir allí gran parte de las ganancias obtenidas en su lugar de origen. Dada la legislación vigente, se debió dirigir hacia Italia una contínua fuga de capitales y de inversiones. Sin embargo, los nombres de las familias béticas que hacen carrera en Roma, los Annios, los Ulpios, los Aelios, los Dasumios, no aparecen ni en las inscripciones de la Bética ni en las ánforas, salvo en la reciente inscripción del teatro de Itálica, lo que parece indicar que estas familias no tenían sus capitales en el sur de Hispania [1].

5. *Los Severos; la decadencia*

También en esta época son escasas las noticias de Hispania y sólo las rebeliones militares o las invasiones de bárbaros se citan en una evolución general en la que la Península se mantuvo relativamente tranquila y segura, más a resguardo de peligros exteriores y con una vida económica que tiende a contraerse y a reducirse a un creciente aislamiento según la situación general empeoraba.

Ya durante el reinado de Septimio Severo, que además de cuestor en Bética, como vimos, fue legado jurídico en la Citerior, un usurpador, Clodio Albino, es proclamado en 196 en Britania y aspira a organizar un Imperio occidental, con la Galia e Hispania. El legado de la Tarraconense L. Novio Rufo se pronunció por él y fue vencido y ejecutado después de la derrota de Albino por el nuevo legado Tiberio Claudio Cándido, investido con poderes especiales *terra marique aduersus rebelles et hostes publicos*. Que el legado de la Citerior, Q. Hedio Rufo, realizara un censo de la provincia en 202-205 está sin duda en relación con este episodio de guerra civil y sus subsiguientes confiscaciones.

De nuevo Bética fue atacada por los mauritanos, que entre otras ciudades sitiaron Singílis (*CIL* II 1120 y 2015); hasta que fueron vencidos por el procurador C. Vallius Maximianus. (Véase más adelante p. 164.)

Sabemos de algunos hispanos importantes bajo Septimio Severo: el militar P. Cornelius Anullinus, cónsul en 199; en 204 fueron cónsules el lusitano L. Fabio Cilón, a la vez prefecto de Roma, y M. Antonio Flavo Libón, sobrino de Marco Aurelio.

Del reinado de Caracalla (211-217) hay que señalar la *Constitutio Antoniana,* por la cual la ciudadanía romana era extendida a los habitantes libres del Imperio.

En el período de luchas y grave crisis que se llama «anarquía militar» (235-268), las Hispanias no quedan exentas de los generales desórdenes, pues el ir y venir de usurpadores y tiranos militares las afecta. Es posible que Balbino, una de las figuras consulares que el Senado de Roma quería en vano oponer a los militares y que sucumbe en 238 ante Gordiano III y los pretorianos, estuviera vinculado con la tradicional Itálica [2].

De los emperadores de esta época, Decio había sido legado de la Citerior bajo Maximino el Tracio hacia 238.

Con motivo de la persecución de Decio (249-251) sabemos que los obispos cristianos Marcial de Mérida y Basílides de León cedieron ante las amenazas de los perseguidores y se procuraron certificados de haber sacrificado a los ídolos. Tales documentos eran extendi-

dos de buena gana por las autoridades, que se conformaban con la adhesión al menos aparente de estos cristianos, llamados con desprecio *libellatici* por los rigoristas; aunque el papa Esteban había confirmado a Marcial y Basílides en sus sedes, fueron luego depuestos por un concilio africano (p. 185).

En la persecución de Valeriano tuvo la iglesia de Hispania sus primeros mártires: San Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos (v. p. 186).

Bajo el mismo reinado, las sublevaciones de varios generales en el Danubio obligaron a Galieno, que se cita como un no identificado hijo del futuro emperador del mismo nombre, a desguarnecer el Rhin. Los francos penetraron en Galia y en devastadora incursión entraron por Hispania e incluso la Tingitana; también los alamanes invadieron Galia e Italia. La invasión franca dejó la Península cubierta de ruinas, como veremos en el apartado siguiente.

Una verdadera secesión llega a crear lo que se ha llamado un imperio galo bajo un general romano, M. Cassianus Latinius Postumus (258-268). Póstumo se conformó con las Galias, a las que se sumaron Hispania y Britania, sin intentar, como solían los usurpadores, la conquista de Roma. Pero el ideal de la unidad del Imperio seguía subsistiendo. En Tarragona se acuñaron monedas con la efigie de Póstumo y con su nombre se fecha una inscripción de Asturias (Vives *Inscr.* n.º 5843).

Absorbido éste ante todo por la defensa del Rhin, fue derribado al cabo por sus propios soldados, y dos nuevos usurpadores, Victorino y Leliano, este último quizá de origen hispano, intentaron en vano consolidar el imperio occidental, al cual fueron enviados senadores hispanos.

Sin embargo, cuando Claudio el Gótico (268-270) reanuda los esfuerzos para reconstruir la unidad, las Hispanias se suman, como nos lo muestran algunas inscripciones [4]. Quizá se debe a Claudio la terminación con el azote de los francos invasores (Bosch-Aguado *HE* II 281).

Bajo el enérgico cetro de los emperadores ilirios, que restablecen la unidad y consolidan las fronteras (entre 268 y 285), las provincias occidentales viven una época de paz. Solamente a la muerte de Tácito (276) las Hispanias, como las demás provincias de Occidente, intentaron apoyar a su hermano uterino M. Anio Floriano, pero éste sucumbió ante Probo. Durante el reinado de Probo, un hispano, Bonoso, se sublevó por miedo a ser castigado por haber dejado a los germanos destruir una flotilla en el Rhin. Posiblemente, como en el caso de otro Próculo, que poco antes se había levantado en Lugdunum, el ejemplo de Póstumo y Tétrico, que levantaron un imperio de Occidente por separado, influía sobre estos usurpadores.

Por fin la unidad del gigantesco Imperio quedó definitivamente sacudida. En vano se rendía culto en el siglo III a *Roma Aeterna:* las urgencias de cada momento llevan a los emperadores a las fronteras amenazadas y la antigua capital decae. Los usurpadores militares representan, aunque de modo confuso, sentimientos particulares de ciertas provincias o de ejércitos que cada vez están más ligados a ellas.

6. *Las invasiones de francos y alamanes en el siglo III y sus consecuencias*

Las invasiones germanas, causa principal de la crisis del siglo III en Hispania y Mauritania Tingitana, han sido bien estudiadas en los últimos años gracias principalmente a los datos suministrados por la arqueología. Baste reunir unos pocos testimonios que se ponen en relación con estas invasiones [5].

Hace ya más de treinta años que diversos investigadores señalaron la interrupción de la vida en la Neápolis de Ampurias, que aparece arruinada y convertida en cementerio en el siglo IV.

En Baetulo, las excavaciones recientes han demostrado que la ciudad, o al menos un barrio de ella, sufrió una destrucción o abandono, y que en el terreno que un

tiempo fue vivienda se excavaron sepulturas, que son pobres enterramientos, unos en forma de fosa, otros construidos con tejas.

Barcelona fue afectada profundamente, al igual que Gerona, y los datos arqueológicos hablan con seguridad de la destrucción de la ciudad, demostrada en la primera ciudad por los hallazgos de monedas realizados en las excavaciones bajo la Plaza del Rey y Casa Padellás. Las murallas fueron hechas, después, con material reutilizado.

Las villas rústicas de la costa catalana fueron arrasadas hacia mediados del siglo III. Así la villa romana de Can Sans, en San Andrés de Llavaneras (Barcelona), fue destruida a mediados del siglo III. También la villa de Tossa del Mar fue rehecha, y se relaciona este hecho con la invasión franco-alamana del siglo III. Una villa romana de Sabadell parece señalar una destrucción por incendio a mediados del siglo III. Las recientes excavaciones en la villa romana de Adarró (Villanueva y Geltrú) indican que la vida no se prolongó más allá del siglo III.

De la destrucción de Tarragona hablan las fuentes que se refieren, en general, a la invasión franco-alamana. Todavía en el siglo V eran bien visibles los efectos de la destrucción según Orosio (VII, 22,7-8).

Al interior, en los Pirineos, también hay confirmación arqueológica de las destrucciones. En la correspondencia de Paulino a Ausonio (*Epist.* 29, 57-59), el célebre poeta de Burdeos, que vivió entre los años 310-395, se mencionan como ciudades desiertas Ilerda, Bílbilis y Calagurris. Las tres ciudades parece ser que debieron ser arrasadas con el ataque franco-alamano, y siguiendo la suerte de otras muchas de la Provincia Tarraconense, no volvieron a levantarse, sino a lo sumo como villorrio sin importancia.

Los excavadores de las villas de la provincia de Lérida suponen que todas éstas, como la de El Romeral, en Albora, fueron arrasadas en la invasión de francos y alamanes. A juzgar por el material reutilizado en las murallas, también debieron ser arrasadas y rehechas las ciudades de Caesaraugusta, Iruña, Conimbriga y Palen-

cia, cuyas murallas recientemente descubiertas están llenas de inscripciones, así como las de Iruña, y estas últimas también de tambores de columnas.

La costa levantina al sur del Ebro, igualmente fue saqueada en esta invasión. En Sagunto, una casa muy importante con buenos mosaicos fue abandonada antes del siglo IV; las inscripciones señalan una interrupción en la vida de la ciudad por este tiempo. De Valencia no se dispone de datos de momento; pero el cementerio de la Bortella indica que la ciudad había entrado hacia esta época en un período de decadencia económica.

La población del Tosal de Manises, en las proximidades de Alicante, sufrió un fuerte colapso por esta fecha. Algunas villas ricamente decoradas fueron incendiadas, como la de la Torre La Cruz, junto a Villajoyosa. En Elche se ha señalado la existencia de un poblado, de buena construcción y con grandes edificios señoriales, que fue destruido de forma violenta y más concretamente por acción guerrera, como lo demuestra el hallazgo de balas de catapulta y glandes de plomo junto a los muros de una de las casas. La fecha de destrucción, a juzgar por las cerámicas encontradas y algunas monedas, podría fijarse a mediados del siglo III.

Con este saqueo de villas y ciudades hay que relacionar el hecho de que no aparezcan mosaicos datados entre los años 260 y 280.

La invasión, como ya hemos dicho, penetró en el interior. Las recientes excavaciones de Pamplona han puesto al descubierto huellas de un gran incendio que debió de destruir gran parte de la ciudad y se data en los años de la invasión. La villa de Liédena dejó de ser habitada en el siglo III, siéndolo en el siguiente. Un tesorillo aparecido en una dependencia fecha el momento de abandono hacia el año 270. En la villa de El Quintanar, en Soria, se documenta un gran nivel de incendio en el siglo III. En el interior de la meseta castellana aparecen algunas destrucciones relacionadas probablemente con la invasión franco-alamana. La villa del Prado (Valladolid) fue destruida en los finales del siglo III,

como denota una moneda de Claudio II el Gótico hallada en el *hypocaustum*.

De estas mismas fechas data la destrucción de la villa de Santervás del Burgo (Soria).

En el siglo III Lancia (León) fue incendiada y arrasada, según se desprende de las excavaciones.

En el sur quizá fuera saqueada Itálica, pues las monedas encontradas en la Casa del Gimnasio no pasan de la primera mitad del siglo III.

Más probable es la destrucción de Baelo, donde las excavaciones efectuadas descubrieron una destrucción muy intensa antes del siglo IV. Las casas y las fábricas de salazón reutilizaron los capiteles del capitolio. Aunque la destrucción de la ciudad podía datar de la primera invasión de moros, hace ya años se relacionó estas destrucciones con el ataque franco-alamano. Es probable que poco a poco se tengan más datos arqueológicos de la importancia en profundidad y extensión del asalto, que incluso parece que alcanzó hasta la propia capital de la Lusitania. Emérita Augusta fue afectada, pues la destrucción de una casa de atrio y peristilo con mosaicos y pinturas hacia la segunda mitad del siglo III y los enterramientos de tejas en diversos puntos parecen indicarlo. En el circo, restaurado entre los años 337 y 340, se reutilizaron diversos materiales de derribo, que parecen indicar que la ciudad había sido arruinada con anterioridad a esa fecha.

La invasión del siglo III debió destruir, como en Mauritania Tingitana, también las fábricas de salazón. La de Jávea (Alicante) parece que aminoró su producción a partir del siglo III, y el taller del Cerro del Trigo (Huelva) no estaba ya en explotación en el siglo IV.

Por miedo a la invasión se ocultaron en la segunda mitad del siglo III una serie de tesorillos de monedas, como las halladas en Altafulla, Liédena, Santo Thyrso, Almodóvar, etc.

Se ha supuesto la existencia de dos invasiones: la primera sería de tiempos de Galieno (257-258), la segunda dataría del año 276 aproximadamente, fechas bastante seguras para la Galia. Las fuentes sólo mencio-

narían la primera. La fecha de la destrucción de Tárraco oscila, según los autores, entre los años 255 y 264, en época de Galieno. Debió ser después del año 259, pues la ciudad, tal como aparece reflejada en las actas de san Fructuoso, escritas por entonces, no parece que había sufrido ninguna calamidad.

La oleada de la época de Galieno afectaría principalmente a la costa mediterránea, y la segunda entraría por el Pirineo occidental y tendría sus efectos en el alto Ebro, la meseta norte y Portugal. Esta visión enlazaría bien con lo que se desprende de la distribución de los hallazgos de monedas trazada por H. Koethe.

La segunda gran invasión germana azotó mucho más duramente a la Galia, por lo que es muy posible que penetrara por Navarra y llegara hasta Lusitania; podría haber sido la causa de la ocultación de los tesorillos hispanos posteriores a la muerte de Aureliano. Esta segunda invasión no parece que atravesó el estrecho de Gibraltar.

Pruebas de esta segunda invasión podían ser los tesorillos de Fragas de Piago, Liédena, Santo Thyrso y Almodóvar, y de las revueltas locales que debieron coincidir con la invasión, a las que alude la *Historia Augusta (Vita Probi* 18,4), son los de Peal del Becerro, Santa Elena (Jaén) y el procedente de la provincia de Granada, de localidad incierta y probablemente el de Vilarinho.

Parece que la primera invasión siguió la antigua Vía Hercúlea, que bordeaba el Mediterráneo. El número de invasores y la extensión de las destrucciones por ahora es imposible fijar con seguridad. También es aceptable la fecha que se propone, hacia el año 262, o incluso más tarde. La duración de esta invasión vendría dada por la fecha de la ocultación del tesorillo de Ronda, hacia el 266-267, hipótesis que se juzga igualmente aceptable.

Hay que tener presentes las vicisitudes por las que pasó Hispania en estos años de la segunda mitad del siglo III para la recta interpretación de los hallazgos monetales y arqueológicos, como son el dominio de Pós-

tumo en Hispania, la usurpación de Próculo y Bonoso (SHA, *Vit. Prob.* 18,5) y la extensión del movimiento bagáudico a Hispania, del que se hablará más adelante, que muy posiblemente ya comenzó en la segunda mitad del siglo III. A esta última revuelta más bien que a bandas de las anteriores invasiones se debe muy probablemente la destrucción e incendio de Clunia, en la última década del siglo III.

A estos acontecimientos podía atribuirse la ocultación de alguno de estos tesorillos, principalmente todos los posteriores a Aureliano, ya mencionados. Las destrucciones posteriores al primer asalto pueden deberse a cualquiera de estas causas. La crisis del siglo III debió de afectar poco a Galicia, pues no hay en ella tesorillos; casi todos los conocidos pertenecen al siglo IV.

Estas invasiones, al igual que los restantes hechos de armas del siglo III en su segunda mitad, desarticularon la organización del trabajo. Provocaron igualmente la fortificación de las ciudades; el número elevado de ellas que amurallaron su recinto (Barcelona, Iruña, Caesaraugusta, Palencia, Coria, Astúrica, etc.) señala que el pánico fue grande y que abarcó toda la Península. La erección de murallas y su conservación repercutió en la economía de los habitantes, pues como mano de obra se utilizaron los *collegia* (Malal. 12). Los ciudadanos estaban obligados a participar en los trabajos (*Cod. Theod.* XVI 10), y las autoridades de las provincias vigilaban su cumplimiento (*Cod. Theod.* XV 1).

El impacto en lo económico de las invasiones y de los restantes hechos de armas de la segunda mitad del siglo III fue enorme. Por primera vez regiones económicas tan ricas como la Bética y el Levante fueron arrasadas, sus villas y ciudades destruidas y mermada la población. Algunas no volvieron a levantar cabeza, como las tres mencionadas por Ausonio. Otras vieron reducido considerablemente el casco urbano.

A los efectos de la invasión se atribuye generalmente el corte que se observa a partir del año 258 del envío del aceite bético a Roma, que ya no recuperó el primitivo nivel de exportación; probablemente también el

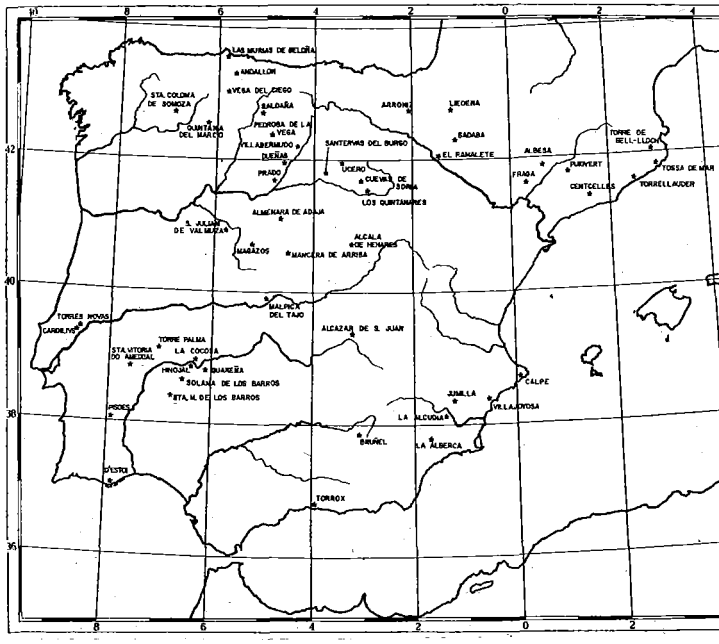


FIG. 2.—Villas romanas hispanas, siglos III-IV.

cese de algunas explotaciones mineras, pues en las minas de Riotinto, a juzgar por las monedas halladas, estos años se redujo considerablemente la explotación, y la destrucción de algunas fábricas de salazón. En la región levantina, de 18 yacimientos estudiados, 17 se abandonaron después de la crisis del siglo III y entonces comenzó la ruralización de la Península. En el arte el impacto fue grande, como lo indican la falta de mosaicos fechados en el tercer cuarto del siglo III y la ausencia de inscripciones coetáneas de las invasiones. Hay indicios muy significativos de la total ruina, como la pobreza de los cementerios de Valencia, Ampurias y Tarragona, etcétera. La misma disposición de Probo de permitir a los hispano-romanos volver a plantar viñas (SHA, *Vit. Prob.* 18, 8), contra lo legislado por Domiciano, en el

año 92, se ha interpretado como una permisión encaminada a contrarrestar los deplorables efectos económicos de los desastres de la segunda mitad del siglo III, lo cual es muy probable. La prosopografía indica bien la crisis de las familias béticas, que faltan en estos años.

II. Los siglos IV y V

1. *Diocleciano. Constantino y sus hijos*

Con Diocleciano comienza una nueva época, en que el poder imperial se hace una institución absoluta y sacra y se borran los últimos restos de la tradición política romana. El emperador es divinizado en vida.

Militar enérgico y prudente, a Diocleciano se debe la última reorganización del Imperio: para prevenir el peligro de la proclamación por las tropas de otro rival resuelve compartir la pesada carga del poder con otro u otros colegas, mientras se considera el Imperio *patrimonium indiuisum*.

El primer socio de Diocleciano en el poder fue el rudo Maximiano. Primero le fue a éste asignada en Occidente la tarea de combatir a los *bagaudas*, bandas inquietas de rebeldes y de campesinos exasperados, que saqueaban los campos y que se mantienen como una plaga inextinguible. Como señala Stroheker, Hispania queda más protegida que Britania, que las fronteras del Rhin y del Danubio, que Africa y el Oriente, y prospera al parecer en paz, durante el siglo IV. Las fuentes literarias, como Amiano Marcelino o el panegírico de Pacato Drepanio a Teodosio, no tienen nada que recordar en cuanto a sucesos bélicos en la Península.

La aparición de un usurpador, Carausio, en el norte de Galia y en Britania, impuso la necesidad de nuevos asociados, y así surge en 293 la Tetrarquía, con dos Augustos, Diocleciano y Maximiano, y dos Césares, por

ellos adoptados respectivamente: un rudo dacio llamado Galerio y C. Flavio Constancio, llamado *Chloros* «el Pálido». La división de poderes no era en principio geográfica, pero la presencia de los emperadores al frente de sus tropas significaba una cierta adscripción territorial. Las Hispanias, lejos en la retaguardia, figuran en unas fuentes como de Maximiano, dueño de Africa e Italia, pero en otras, de Constancio, señor de Galia y Britania. Ambos tenían la responsabilidad del Occidente.

De nuevo hallamos poco clara la suerte de las Españas en el momento de la abdicación de Diocleciano y Maximiano (305), con la elevación de Severo y Maximino Daia a la dignidad de Césares. Parece que la Península quedó en manos de Severo.

La persecución de Diocleciano y Maximiano contra los cristianos fue violenta en España. Sabemos, principalmente por el poeta Prudencio, del martirio de Engracia y los demás santos de Zaragoza, de santa Eulalia de Mérida, y quizá de otros de cronología más difícil de establecer.

En la crisis que siguió a la citada abdicación, Constantino sucede a su padre Constancio al morir éste, y destruye los acuerdos de la Tetrarquía al hacerse proclamar Augusto; mientras tanto Maxencio, el hijo de Maximiano, no sólo se hace proclamar *princeps,* sino que le apoya su padre, que abandona el retiro y vuelve a ejercer como Augusto. Severo es muerto por orden de Maxencio, y como Italia, Hispania fue durante tres años propiedad de éste, si bien Stroheker cree que no fue Severo, sino Constancio, el dueño de la Península.

En todo caso, las Españas corresponden al lote occidental de Constantino, con lo cual Maxencio se encuentra privado de los recursos de la Península para abastecer Italia; esto le obligó a eliminar al señor de Africa, el usurpador Domicio Alejandro.

Constantino, con su tolerancia de los cristianos en Occidente, eliminó una de las causas de división. Sabemos que un hispano, Acilio Severo, elevado desde el rango ecuestre a prefecto del pretorio, cónsul ordinario

más tarde, en 323, y luego prefecto de la ciudad de Roma, era cristiano, y en calidad de tal tuvo correspondencia epistolar con Lactancio; después de haber sido *praeses* de la Tarraconense, Acilio Severo fue uno de los más leales y seguros colaboradores del emperador, que lo utilizó contra la paganizante aristocracia de la antigua capital. Un aristócrata hispano de esta época es el poeta cristiano Juvenco, de la familia de los Vettii.

En la polémica con los arrianos, que Constantino, al vencer a Licinio (324), encontró encendida en Oriente, un obispo occidental, Osio de Córdoba, aceptó ser mensajero del emperador ante el propio Arrio y el obispo de Alejandría, Alejandro, pero el problema no podía resolverse con una simple intervención del emperador, desconocedor de los problemas dogmáticos, y se acudió a convocar un concilio en Nicea, el primero ecuménico (325). De él salió un *credo,* es decir, una fórmula con los principales puntos de la fe, con aportación decisiva de Osio en el delicado punto de la «consustancialidad» del Hijo con el Padre, siguiendo la tradición romana.

En el proyecto de división del Imperio que Constantino hizo en 335, su hijo Constantino el Joven había de recibir el Occidente, es decir, Britania, Galia e Hispania. Aunque este plan no llegó a realizarse, quizá puede interpretarse como un precedente de la división en cuatro prefecturas cual la hallamos en la *Notitia dignitatum* del siglo v. Dueño de Occidente era Constantino el Joven a la muerte de su padre (337), pero enseguida cae en Aquilea en lucha con su hermano Constante, que queda a su vez dueño del Occidente, mientras Constancio desempeña muy activamente el primer papel en el Imperio.

Constante fue víctima de una conspiración que levantó a Magnencio, un oficial semibárbaro, que llegó a dominar en Roma, como también en Africa. La guerra entre él y Constancio fue muy dura. Una escuadra fue enviada por Constancio para cortar a Magnencio de Hispania, y por fin fue éste vencido, y se suicidó para que sus tropas no lo entregaran. Constancio buscó para

derrotarlo incluso la ayuda de los germanos de allende el Rhin, que devastaron una vez más Galia.

Era la política de Constancio favorable a los arrianos, y llegó a perseguir al papa Liberio. Osio de Córdoba tuvo que comparecer en Milán ante el emperador, y como no cedió a los requerimientos de éste, fue desterrado a Córdoba; como escribió al emperador prohibiéndole interviniera en los asuntos de la Iglesia, fue de nuevo desterrado a Sirmio, en Iliria.

Poco hay que señalar en la Península durante los emperadores siguientes: Juliano el Apóstata, Valentiniano y Valente. En medio de catástrofes de dimensiones universales que se producen en Oriente, donde aparecen los hunos y donde los godos aniquilan a Valente y su ejército, podemos suponer que las Españas se mantenían tranquilas. Posiblemente era hispano Flavio Salustio, uno de los colaboradores paganos de Juliano, cónsul en 363 y antes vicario de las Hispanias.

2. *La época de Teodosio*

Uno de los grandes generales de Valentiniano, Teodosio, había nacido en la provincia de Galecia. El padre del futuro emperador del mismo nombre era sin duda cristiano, como indica su nombre, combatió en Britania y después en las fronteras del Rhin y del Danubio y en Africa, donde la política fiscal había producido una sublevación. Finalmente Graciano, el joven hijo y heredero de Valentiniano, lo hizo decapitar en Cartago (376), sin duda por rivalidades entre militares de la corte.

Cuando Valente sucumbe en Adrianópolis frente a los godos (378), Graciano tuvo que acudir a Teodosio, el hijo del general decapitado dos años antes, desde entonces retirado en sus tierras de España.

Teodosio había nacido en Coca y tenía treinta y dos años cuando fue llamado (379) a ocupar junto a Graciano el puesto de Augusto: se le confiaba la mitad oriental del Imperio. Tuvo allí que hacer frente a los germanos, que amenazaban Constantinopla. Llamado a ser el emperador

que de modo decidido hizo del Cristianismo la religión del Estado, apoyó a los ortodoxos contra los arrianos. Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Basilio, Gregorio de Nacianzo y de Nisa, son los grandes nombres de una época en que el Cristianismo atrae y se impone a la mayoría de los súbditos del mundo romano.

Graciano fue muerto tras la sublevación del *comes* Magno Máximo, un militar hispano, jefe del ejército de Britania, que intentó hacer de tutor de Valentiniano II, el hermano menor de Graciano y último vástago (con Gala, la futura segunda mujer de Teodosio) de la dinastía. Este usurpador se mantuvo de 383 a 388.

A la vez que se señala un predominio de hispanos en el ejército, la corte imperial y el Senado, la sede romana es ocupada (366-384) por san Dámaso, igualmente de Hispania. Se deshizo de su rival el diácono Ursino, elegido frente a él, y vio la necesidad de que la Iglesia contara para la ejecución de sus juicios con el poder civil. Era hombre de cultura superior a la de su tiempo, que escribía versos y se ocupaba de deslindar los campos del dogma frente al arrianismo. Fue uno de los obispos de Roma que más contribuyeron a afirmar la supremacía de la sede. Sin duda fue el instigador de las persecuciones de Graciano y Teodosio contra los paganos. De esta época es el primer caso de un hereje ejecutado por el poder secular: Prisciliano, aristocrático personaje que había extendido sus predicaciones en Galicia y otras regiones de la Península, decapitado por orden de Máximo, que sin duda quería marcar bien su papel de campeón de la ortodoxia.

Máximo fue al fin tratado como usurpador por Teodosio. Entonces Máximo, desguarneciendo la frontera del Rhin, avanzó sobre Italia y estuvo a punto de apoderarse de Valentiniano II y de su madre, Justina, la viuda de Valentiniano. Se llegó a un acuerdo por el que Máximo era conocido como señor de Occidente, mientras Valentiniano II tiene el Ilírico. Teodosio se reserva el Oriente, con derecho a intervenir en todo el Imperio. Valentiniano y su madre huirán al fin ante las pretensiones de Máximo.

K. F. Stroheker ha reunido noticias de hispanos en la corte de Teodosio: aparte los que citaremos al final de este apartado, otro pariente, el militar Timasio, luchó contra Máximo y luego contra Eugenio. Los Nebridio, padre e hijo, eran parientes de la emperatriz Elia Flaccila, primera esposa de Teodosio, y obtuvieron cargos en la corte. Un barcelonés, Nummius Aemilianus Dexter, tuvo altos cargos en Hispania y en Asia y fue por fin prefecto del pretorio en Italia. Otro hispano fue el pagano Basilio, que a la muerte de Teodosio era prefecto de Roma y en 408 figuró en la embajada romana que se presentó a Alarico. Hay que recordar también al poeta Prudencio, que gobernó dos veces provincias y ocupó un cargo en la corte de Teodosio, y al obispo Paciano de Barcelona, padre del Dexter citado.

Entre los consejeros de Teodosio figura en primer lugar otro hispano, Maternus Cynegius, que estaba dominado por su mujer, fanática cristiana, y por los monjes, y que llegó a cónsul en 388. Curiosamente, fue sucesor de Cynegius un pagano, pues Teodosio a veces actuaba guardando un equilibrio entre las dos religiones, aunque no cejaba en su plan general de reducir el paganismo y unir el brazo secular a los poderes religiosos cristianos.

La Academia de la Historia de Madrid guarda una hermosa placa de plata, el *missorium,* que fue labrado en 388, con motivo de los *decennalia* del emperador: Teodosio aparece entre Valentiniano II y su propio hijo mayor, Arcadio. En la literatura podemos recordar que en el *Consulado de Estilicón,* del poeta Claudiano (II 228 ss.), aparece Hispania como una matrona coronada de olivo y vestida con ropas bordadas con oro del Tajo. (V. más adelante p. 329.)

Teodosio es al fin ganado por Valentiniano y su madre para que se convierta contra Máximo en el vengador de Graciano. Justina le concede, viudo de Elia, que se case con su hermosa hija Gala. Máximo fue vencido por Teodosio, y al final muerto por sus propios soldados.

Teodosio establece su poder en Italia, donde amnistía al senador pagano Símaco, que había pronunciado el panegírico de Máximo, envía a Valentiniano II a Galia y se encuentra ante crecientes exigencias del clero cristiano. Sufre nuevas humillaciones ante san Ambrosio, obispo de Milán, especialmente cuando las tropas castigaron duramente al pueblo de Salónica por haber matado en un motín al jefe germano de la guarnición.

En los últimos años del reinado de Teodosio muere, parece que por suicidio, Valentiniano, y el retor Eugenio es proclamado en Galia por las tropas emperador (392), pero no hay ruptura con Teodosio, y cuando al año siguiente Honorio, de nueve años de edad, es proclamado Augusto, Eugenio acuña monedas a nombre del joven príncipe. Eugenio avanza sobre Italia, y las Españas se adhieren al nuevo señor de Occidente, que en contraste con la creciente identificación de Teodosio con la Iglesia, se apoya hasta cierto punto en la aristocracia pagana de Roma y nombra a Nicómaco Flaviano, representante de ella, cónsul y prefecto del pretorio. De nuevo Teodosio tuvo que volver en son de guerra al Occidente. Eugenio, Flaviano y el conde Arbogasto, militar de origen franco, perecieron en la lucha (394).

Presentó Teodosio entonces en Roma al Senado su hijo Honorio y poco después moría en Milán. Dejaba abierta una nueva era: el Imperio es ya definitivamente cristiano, en Oriente comienza la era de Bizancio, en Occidente ha sonado la hora del destino y con el abandono de Britania y el derrumbamiento de la línea del Rhin, los bárbaros van a llegar a nuestra Península.

En el proceso general de ruralización de todo el imperio parece que la región más vital de la Península en estos últimos tiempos es la meseta del Duero. Con el empobrecimiento general y la ruina de la cultura, las regiones más rudas y montañosas de la Península resurgen con su barbarie, y así se habla de rebeldes vascones, cántabros y astures, y aun de pueblos que no parece representen supervivencias indígenas, como los orospedanos, que darán quehacer a los reyes visigodos.

El siglo IV fue una época de influjo en la política y en el gobierno de los hispanos, al contrario del siglo III; baste recordar, además del emperador Teodosio, a su esposa Aelia Flaccilla Augusta, a su sobrina Serena, a Honorio el Mayor, hermano del emperador Teodosio I, y a su esposa María; ya antes, Acilius Severus fue *praefectus praetorio Galliarum,* 322-324, cónsul en 323 y *praefectus urbis Romae,* 325-326. Antes había desempeñado otros cargos, como el de *praeses* de la Tarraconensis en 316 y el de *uicarius Italiae* en 318. El padre de Teodosio fue encargado por Valentiano I en 368 de reconquistar Britania. Desde el año 370 era *magister equitum praesentalis* y luchó contra alamanes y sármatas, y desde el 373 hasta 375 contra el usurpador Firmo en Africa. Maternus Cynefius fue el más importante entre los hispanos que Teodosio llevó consigo a Constantinopla.

Durante el gobierno de Graciano y Valentiniano II, entre los años 379 y 395, cinco senadores hispanos, además de Marinianus, desempeñaron cargos importantes.

Hispania fue la cuna del usurpador Magno Máximo, que acompañó a Teodosio en 369 a Britania, y que intervino en las campañas de Africa contra Firmo en 373-375. Graciano lo nombró *comes Britanniarum,* y fue proclamado Augusto por sus tropas. En Oriente sólo aparecen con cargos importantes cuatro hispanos.

Hay que concluir con Chastagnol[6] y Stroheker[7] que Teodosio permitió la ascensión de algunos miembros de su familia y de la de su esposa, que ocuparon altos cargos civiles y militares en Occidente y en Oriente, como Flauius Eucherius y Flauius Syagrius, cuñado de Teodosio el segundo, y tío el primero.

3. *Revueltas sociales. Las invasiones*

La crisis económica y social por la que atravesaron algunas regiones de Hispania quedó bien reflejada en los movimientos bagáudicos, que estallaron a mediados del siglo V, pero posiblemente hubo ya movimientos

similares con anterioridad a esta fecha, como parece desprenderse de una ley de Constantino, del año 332 (*Cod. Iust.* VI 1,6), que se refiere a esclavos y fugitivos [8].

En época de Diocleciano habían prendido ya probablemente los movimientos bagáudicos, pues aquí estuvo Maximiano hacia el año 296 y no se sabe contra quién luchó, quizá contra los bagaudas, como en la Galia (*Paneg.* VIII 17-18).

En el siglo IV se debió vivir con temor, como se deduce del hecho de fortificarse algunas villas, como la de Liédena, y del canon 141 del Concilio de Elvira, que alude a la violencia de los esclavos contra sus dueños.

En Gallaecia la crisis se disfrazó bajo un movimiento rigorista opuesto al alto clero, estrechamente vinculado al Estado. El priscilianismo se originó en Gallaecia, se extendió por Lusitania y se propagó, sobre todo, entre los ríos Duero y Tajo, por la región situada al este de la vía Emérita a Astúrica, muy ruralizada o de débil romanización. Ambos movimientos, bagaudas y priscilianismo, defienden los intereses de la población campesina, libre o esclava, contra la posición tributaria del Imperio romano. El priscilianismo, al principio, se propagó entre los grandes latifundistas y las clases altas ciudadanas, pero arraigó y pervivió en las zonas rurales poco romanizadas.

Rota la línea del Rhin en 406, los suevos, vándalos y alanos atraviesan la Galia y amenazan Hispania. Dídimo y Veriniano, de la familia española de Honorio, salieron al paso de los bárbaros en los Pirineos y se sostuvieron durante algún tiempo, pero un usurpador que dominaba en las Galias, Constantino III, envió a Hispania a su hijo y a su general Geroncio, que consiguieron vencer a los hermanos hispanos y los hicieron prisioneros en Lusitania; los llevaron a Galia y allí los ejecutaron. Los hermanos supervivientes de Dídimo y Veriniano, Lagodio y Teodosiolo, hallaron refugio en las cortes imperiales de Honorio y Teodosio II. En este episodio vemos cómo las discrepancias entre miembros de la familia imperial y el usurpador de Galia fueron fa-

tales a las fuerzas romanas y facilitaron la entrada de los bárbaros. Geroncio aún proclama otro antiemperador en la persona de un tal Máximo, que se instaló en Tarragona, y vio impotente cómo entraban los bárbaros y se apoderaban del sur y el oeste de la Península. Aunque Geroncio y su protegido llegaron a un acuerdo con la corte imperial, desaparecieron pronto de la escena.

El establecimiento de los bárbaros en la mayor parte de Hispania, que ocuparon como federados reconocidos por Honorio, no fue considerado por de pronto como la ruina de la dominación imperial. Todavía hacia 412 se conoce una carta del emperador Honorio a las tropas romanas de Pamplona, que han acudido con el patricio Saviniano a combatir a los bárbaros. La mayor parte de la provincia Tarraconense se mantiene de hecho y de derecho bajo la jurisdicción imperial, y la ficción de la unidad del Imperio se mantiene en la *Notitia Dignitatum,* que Balil supone en la parte referente a Hispania fechada hacia 425.

Es una larga agonía la del régimen romano en la Península, que no debe entenderse terminado por una catástrofe. Stroheker señala fundadamente que las familias senatoriales de Hispania, de modo comparable a las de Galia meridional, siguieron desempeñando un papel social y político de importancia en los reinos bárbaros. La evolución, ya iniciada en el Imperio tardío, hacia el abandono del orden público y social en manos de los *potentiores,* los dueños de los grandes latifundios, y la subsiguiente formación de verdaderos ejércitos señoriales, juega un papel en la larga crisis. En el mismo proceso de disolución hay que señalar que las ciudades en los últimos siglos del Imperio levantan murallas y cuidan de su propia defensa.

Con la invasión bárbara es evidente la ruina de instituciones y fuerzas sociales. Podríamos recordar como último protagonista de la romanidad a Flavio Merobaudes, senador de la Bética, *magister utriusque militiae,* y uno de los colaboradores de Aecio, al que cantó en sus poemas. Todavía luchó contra los *bagaudas* en His-

pania, pero el emperador cedió a las intrigas y lo llamó a Roma.

Gracias al historiador Hidacio principalmente se conocen los movimientos bagáudicos en Hispania, en el siglo v, revueltas que se relacionan con los movimientos campesinos de Galia, donde en la primera mitad del siglo v estallaron estos movimientos entre los ríos Loira y Sena. En el año 407 estalló una sublevación que no fue sofocada hasta diez años después (Zósimo V 2, 3). Por estos años los bagaudas dominaban los pasos de los Alpes (Zósimo VI 2,5). Se conoce los nombres de algunos de los jefes de los revoltosos, como Tibattón, que estuvo al frente entre los años 435 y 437 (*Chron. min.* I, pág. 660). La revuelta de los bagaudas en la Tarraconense coincide con la de la Galia. En época de Valentiniano III había alcanzado tal importancia que el emperador envió a dos generales a Hispania, donde en el año 441 figura Asturio, dirigiendo la lucha contra los bagaudas (Hydat. 125). Hidacio, contemporáneo de los hechos, afirma que Asturio mató a muchos bagaudas, pero ello no debe ser cierto, ya que en el año 443 fue sustituido por el poeta hispano Merobaudes, quien los derrotó en Araceli (Hydat, 128).

La zona de operación de los bagaudas, a juzgar por el lugar de la batalla, en las proximidades de Pamplona, parece ser la vía que unió Astúrica Augusta y Burdeos, en territorio de los vascones. En el año 449, a las órdenes de Basilio, saquearon una amplia región del Ebro. En Tarazona asesinaron a unos federados y al obispo de la ciudad, de nombre León. Poco después los bagaudas se unieron con los suevos, mandados éstos por su jefe Requiario, y todos juntos saquearon la región de Zaragoza y de Lérida (Hydat. 141). En el año 456 la revuelta fue de tal envergadura que se envió contra ellos al hermano del rey visigodo Teodorico (Hydat. 158). En el año 456 los bagaudas se corrieron al otro extremo de la Península, donde los movimientos bagáudicos estallaron en la región de Brácara (Hydat. 179). Las regiones hispanas donde operaron los bagaudas fueron las zonas atrasadas y poco romanizadas de Gallaecia

y del territorio vascón, región esta última que fue descrita con tintas muy oscuras por Ausonio en su correspondencia con su discípulo Paulino (*Epist.* 29, 50-52, 56-61), y en zonas de latifundios, como era la región del Ebro y de Navarra, donde han sido localizadas lujosas villas como las de Liédana y Ramalete, y la villa de Fortunatus, en Huesca. El carácter de las revueltas bagáudicas, tanto en la Galia como en Hispania, queda bien patente por los epítetos que los autores contemporáneos dan a los revoltosos. Todas las fuentes están de acuerdo en calificarlos de campesinos pobres libres, de colonos y de esclavos agrícolas. En el panegírico de Maximiano (X(II) 4, 3) se les llama campesinos ignorantes y se indica que los labradores formaban la infantería y los pastores la caballería, al frente de la cual se pusieron Heliano y Amando. Aurelio Víctor (*Caes.* XXXIX 17), Eutropio (IX 20) y Orosio (VII 25, 2) aluden a los bagaudas como a hombres agrestes y rústicos. Los esclavos de la Galia apoyaron a los bagaudas, lo que da a este movimiento una base social muy amplia (*Chron. Min.* I p. 660). Rutilio Namaciano (I 215-216) captó muy bien el carácter de este movimiento al escribir celebrando a Exuperancio, que triunfó sobre los revoltosos de Armórica, en el año 417: «restituyó las leyes, restauró la libertad y no permitió que los propietarios fueran esclavos de sus propios esclavos», lo cual indica bien claramente que iban dirigidas las revueltas bagáudicas contra los grandes propietarios agrícolas, y también contra el alto clero, según lo prueba el asesinato del obispo León.

Las funestas consecuencias de los movimientos bagáudicos en la Península se agravaron con la invasión de los suevos, los vándalos y los alanos, que ocasionaron, hasta el definitivo asentamiento de los visigodos, unos sesenta años de continuas destrucciones, saqueos y muertes por toda Hispania [9]. Dos autores contemporáneos de los sucesos que narraron los han descrito escuetamente: Orosio e Hidacio; también san Isidoro de Sevilla, que en su *Historia de los vándalos* extracta la crónica de Hidacio. Otros autores, igualmente contem-

poráneos, que vivieron fuera de la Península, aluden en sus Historias a los sucesos de estos años, acaecidos en Hispania, como Jordanes, Olimpiodoro y Gregorio de Tours. Hidacio (48), Isidoro (*H. W.* 295) y Olimpiodoro (fragm. 30) mencionan hambres, pestes, destrucciones de ciudades enteras, muertes de hombres y de ganados, que acompañaron a la penetración de los bárbaros en la Península. Durante dos años toda la Península fue arrasada, hasta que se asentaron al parecer como federados del Imperio; los vándalos asdingios y los suevos ocuparon Galicia; los alanos Lusitania y la Cartaginense, y los vándalos silingos la Bética (Hydat. 49). Se desconoce el procedimiento de distribución de tierras entre los nuevos asentados, pero se tuvo que hacer necesariamente arrojando a los antiguos dueños de sus tierras. En los años que van desde la invasión hasta el asentamiento de los visigodos se encuentran en los autores continuas alusiones a roces entre los bárbaros y los hispanorromanos, y a saqueos y continuas incursiones de bárbaros en territorio de los vecinos. Por un momento todavía pareció que la causa del Imperio podría salvarse. Así, Valia, el segundo sucesor de Ataúlfo, que había penetrado en la península a petición de Flavio Constancio, que residía en Arles (Oros. VII 43,1), entre los años 416 y 418, exterminó casi totalmente a los vándalos silingios (Hydat. 62, 64, 67-68); Gunderico, rey de los vándalos, atacó, a su vez, en el año 419, a los suevos y los bloqueó en las montañas Nerbasias, cerca de la ciudad de Orense. El rey vándalo fue rechazado, cerca de Brácara, hacia la Bética, apoderándose de toda la Hispania meridional y saqueando hasta las islas Baleares. Asterio, *comes Hispaniarum,* ganó una victoria sobre los vándalos, pero otro *comes,* Castino, fue vencido por ellos y el prestigio romano en la Península se hundió. En vano mandó Honorio al patricio Sabiniano para gobernar Hispania. En el año 429 pasaron los vándalos a Africa (Isid. *H. W.* 73, Hydat. 71, 86, 89-90), granero de Roma. Heumerico, rey de los suevos desde el año 430, intentó someter a los romanos que habitaban Galicia (Isid. *Hist. Suev.* 85), robando sus tierras y llegando en sus incursiones hasta la

propia ciudad de Mérida en el año 439, siendo derrotado por Andevoto en el río Singilis, hoy Genil, en la Bética (Hydat. 96), lo que indica que descendía en sus correrías de robo hasta el sur de la Península. Otras veces, las tropas visigodas enviadas a la Península para socorrer a los romanos, en virtud del convenio con el Imperio, los traicionaron, como sucedió en el año 422 (Próspero I 277), lo que dio el triunfo a los vándalos.

En vano el cronista Hidacio, en su calidad de obispo de Aquae Flaviae (Chaves), acudió a Galia a pedir auxilio al general romano Aecio. Este no le pudo conceder sino la compañía de un mediador en nombre del Imperio, el *comes* Censorio, para concertar un arreglo entre los invasores y la población hispano-romana. Ya no existía ejército romano en la Península.

La impotencia del Imperio era más evidente en Tarraconense. Ya hemos visto la difícil situación que causaban las bandas de *bagaudas*. También hemos señalado que Federico, hermano del rey de los visigodos, Teodorico II, entró en 453-454 en esta provincia *ex auctoritate Romana*.

En los últimos decenios de existencia del Imperio los visigodos se apoyan en la autoridad de éste contra los suevos, que aún con Requiario (448-456), casado con una hija del gran Teodorico, saquean la Tarraconense. Pero Mansueto, el último *comes Hispaniarum* que se cita, con otro *comes* Frontón, obliga en 453 a los suevos a retirarse de la Cartaginense.

Teodorico II (453-466) renueva el *foedus* de los visigodos contra los romanos y se asegura así el dominio de la Península. La crisis que significó para este encargo imperial la muerte de Valentiniano III (455) fue conjurada por la mediación del futuro emperador Avito, que acudió a la corte visigoda de Tolosa. Así hizo Teodorico II una campaña en Hispania en la que aniquiló a los suevos e hizo prisionero a Requiario.

El subsiguiente destronamiento de Avito y las últimas convulsiones del Imperio de Occidente tuvieron repercusiones en Hispania. El emperador Mayoriano se alió con el rey visigodo y sin duda planeaba desde His-

pania vencer a los vándalos. En esta campaña vino como último emperador a Hispania. Pero en Cartagena vio la escuadra destruida por los vándalos y tuvo que abandonarles el dominio de las Baleares.

Los godos siguieron aprovechando la alianza romana, y así consiguieron ocupar en 462 Narbona. Por otro lado, a medida que Roma se hundía, buscaban ahora la alianza de los suevos (464). Aún la Tarraconense era una provincia romana, y un *dux* Vicencio nos es conocido por la carta de los obispos de la provincia al Papa Hilario.

Con la entrada en Hispania del rey Eurico (468) termina su crónica Hidacio. Después se recrudece la enemistad de visigodos y suevos, y éstos pierden Mérida y se ven reducidos al noroeste de la Península. Entonces (472) atacan los visigodos la Tarraconense, y ocupan la capital y el *dux* romano Vicencio se pasa a ellos. Se puede suponer aún resistencia en algunos puntos de grandes propietarios con sus tropas privadas, pero eran movimientos sin coordinación, que no impidieron que Eurico viera ya reconocido su dominio, probablemente también en Hispania, por el penúltimo emperador romano, Julio Nepote, en 475. Al año siguiente se extinguía con la deposición de Rómulo Augústulo el Imperio de Roma.

Todas estas luchas continuadas interrumpieron la administración, destruyeron la vida económica, cortaron el comercio y la industria y empeoraron considerablemente la mala situación económica de los estratos más bajos de la población. Las villas del bajo Imperio fueron arrasadas en su casi totalidad en estos años, como se deduce del hecho de que, salvo alguna, como la de la Cocosa (Badajoz), no hay prueba ninguna de que fueran habitadas después de los primeros años del siglo v, y en muchas hay huellas de destrucciones violentas por fuego. En la Península tan sólo se conocen dos o tres mosaicos que se puedan datar con seguridad en el siglo v, todo lo cual indica bien el hundimiento de la economía del siglo anterior. Hacia el año 445 Salviano de Marsella *(De gub. Dei* V 5, 23) habla de la total barbarización de His-

pania; incluso cesaron los juegos del circo y las representaciones teatrales (Salv. *De gub. Dei* VI 7, 38; 8, 39). Aunque puede haber mucho de exageración en el predicador, sus afirmaciones responden sin duda a un fondo de verdad.

Dos mosaicos que se pueden fechar por estos años, el de Santisteban del Puerto (Jaén), con el tema de Aquiles en Esciros en un lado y la competición sobre quién tocaba mejor la flauta entre Marsias y Apolo, o el de Estada (Huesca), con dos personas delante de un frontón, indican bien la barbarización de las formas del arte.

Agravaron la situación los saqueos de los piratas. En el año 456 cuatrocientos hombres desembarcaron en la costa de Galicia, junto a Lugo, y devastaron la costa de Cantabria (Hydat. 171). No había poder civil o militar que se opusiera a los invasores, lo que indica bien la total desorganización de la sociedad hispánica, como se deduce del hecho de que en el año 459 los piratas volvieron a desembarcar en las proximidades de Lugo y sin encontrar resistencia descendieron saqueando hasta el sur de Hispania (Hydat. 193-196).

La vida no era tranquila, ni siquiera en las ciudades, que fueron saqueadas continuamente, como lo fueron Astúrica y Palantia en el año 457 (Hydat. 186), por los aliados de los visigodos; Brácara un año antes (Hydat. 179), por las tropas de Teodorico, que como federado del emperador había penetrado en la Península para luchar contra los suevos (Hydat. 173-175), a los que venció en la llanura del Páramo (*Chron. Caesar.* 222), y Lugo, Orense y sus alrededores, en el año 460, por el caudillo suevo Remismundo (Hydat. 199, 202).

Incluso la misma Iglesia tuvo que sufrir en sus personas y bienes, como lo indica el hecho de que cuando las tropas de Teodorico entraron en Brácara, no respetaron ni a las iglesias ni a los eclesiásticos.

La reorganización de la Península vino con el asentamiento de los visigodos, mandados por Eurico, que al parecer ya en el año 468 ocuparon Lusitania (Hydat. 246, 250).

III. La romanización

El proceso por el cual Hispania, a lo largo de los siglos, fue convirtiéndose en una provincia romana, y asimilándose plenamente, como los otros países del Occidente, es muy complejo y en gran parte escapa a nuestro estudio. Por la romanización entra Hispania en la corriente universal y recibe a través de Roma la cultura griega, el cristianismo más tarde, y demás corrientes de civilización. Hay que distinguir en el proceso de la romanización distintas épocas y también distintas zonas en la Península.

La Hispania bética y mediterránea, que desde la prehistoria estuvo abierta a las corrientes colonizadoras de Oriente, y que había recibido comerciantes griegos y púnicos, fue la más rápidamente asimilada por Roma. La Hispania interior y del noroeste, donde poblaciones de estirpe indoeuropea se habían impuesto, o donde se conservaban situaciones culturales muy primitivas, mantenía formas de ganadería y agricultura poco desarrolladas y un fiero espíritu guerrero.

Hay que tener en cuenta también que la conquista romana en su primer siglo y medio, casi hasta la guerra de Sertorio, no es exclusivamente romana, ni aun latina, sino que los itálicos y otros elementos de la no unificada Italia de entonces tienen un papel muy importante.

En el ejército hubo hasta el siglo II a. C., junto a las legiones romanas, legiones itálicas. La fundación de Itálica después de la batalla de Ilipa parece significar que los veteranos que allá se establecieron eran más itálicos que romanos. Que colonias como *Romula (Hispalis)* o *Urso* llevaran el sobrenombre de *urbanorum* parece indicar por el contrario que allí eran romanos de la capital los que dieron carácter a la colonia. Sabemos que en el primer siglo de la conquista buena parte de los legionarios, en proporción de la mitad y más, eran itálicos. Elementos etruscos, oscos y de otras regiones aparecen, como ha señalado Syme, en las que luego son grandes familias senatoriales de Hispania: los Ulpios,

que procedían de Tuder (Umbría), los Elios, que venían de la colonia latina de Hadria, los Dasumios, que eran mesapios.

También en la expansión romana toman parte los itálicos. En Delos, por ejemplo, vemos en la época anterior a la guerra mitridática nombres itálicos bien característicos entre los comerciantes allí establecidos. Es posible que el texto de Diodoro (V 36, 3), que habla de la llegada en masa de italiotas a Hispania, atraídos en el primer momento por la explotación de las minas, haya de ser interpretado en sentido estricto, como referido a italianos no precisamente romanos. Alguno de los negociantes establecidos en Cartagena que nos son conocidos por los sellos en los lingotes de plomo llevan precisamente nombres itálicos. Y C. Domergue (*AEA* 42, 159 ss.) ha documentado con hallazgos en Cartagena de cerámica de Cales esta afluencia de itálicos en los siglos III y II.

El carácter mixto de los colonos, comerciantes y soldados, que se establecieron en los primeros tiempos en Hispania, sobre todo en las regiones del sur y del este, parece que se podría reflejar en ciertos rasgos, sobre todo léxicos, que se señalan en el latín peninsular tal como se continúa en los romances.

La romanización fue rapidísima en la Bética, como vemos en el conocido texto de Estrabón. En aquella región, como en algunas partes del este, estaban desarrolladas de muy antiguo la vida urbana y la agricultura de cereales, vid y olivo, así como la ganadería, la minería y la pesca y salazón de pescado. Las relaciones con los púnicos, y la colonización y explotación del país, incluso en ciertas zonas del interior, por los cartagineses, habían preparado a los indígenas para admitir contactos con extraños. Los romanos sustituyeron a los cartagineses en toda Andalucía, incluido el sur de Portugal, y en la región de Cartagena, y ya no sólo como dominadores, sino como gestores de la vida económica y cultural en sus diferentes aspectos.

Las monedas se siguieron acuñando en algunas cecas andaluzas, como Obulco, en letras ibéricas, pero aún

resistió más tiempo la escritura fenicia en las antiguas colonias de Cádiz, Málaga, Sexi, Abdera y Ebusus.

En el este, a pesar del largo contacto de los iberos con los griegos, la romanización progresó más lentamente. La lengua ibérica está atestiguada en inscripciones hasta el comienzo de la época imperial. La asimilación en la costa oriental no estaba facilitada por la larga dominación cartaginesa.

Los progresos de la romanización, que siguen a la conquista, son consecuencia del papel que le tocó a Roma, de defender a los pueblos pacificados de los que quedaban libres más al norte o más al oeste. En este sentido, los romanos fueron los defensores de la Hispania urbana, y como tales fueron aceptados con simpatía por las aristocracias locales. En más de una ocasión, en las largas guerras de lusitanos y celtíberos, podemos ver que el pueblo es más irreductible que los ricos en la lucha contra los romanos.

Para la romanización tuvo que inventar el pueblo dominador procedimientos políticos nuevos, y sin duda que la adquisición de experiencia fue a costa de los indígenas. Los levantamientos que, lo mismo en el sur que en el este, siguen inmediatamente a la instalación del poder romano, son la respuesta de los indígenas a una dureza y a una ineficacia que en lo sucesivo, y poco a poco, se irán corrigiendo, a medida que Roma aprende su papel de señora del mundo. Pero la responsabilidad y las obligaciones que llevaba consigo esta soberanía sólo las aprendió Roma al cabo de los siglos, cuando las provincias, bajo el Principado, dejaron de ser patrimonio de políticos ambiciosos, sobre todo de los vástagos de grandes familias de la oligarquía senatorial.

Los ensayos primeros los hizo Roma sobre todo en Hispania. El primer *municipium ciuium Romanorum* fuera de Italia fue Gades (Plin. V 36, Str. III 5,3), como antes Itálica había sido la primera fundación para veteranos en el remoto occidente (Apiano *Ibér.* 38) y Carteya el primer caso de reconocimiento jurídico del mestizaje de romanos con indígenas (Liv. XLIII 3).

La fundación de colonias nos permite seguir las etapas de la romanización. Claro que el concepto jurídico de colonia es posterior a la fundación de verdaderas colonias. Itálica, por ejemplo, parece que no alcanzó el estatuto de municipio sino bajo César, y el emperador Adriano, a pesar de ser nativo de allí, le concedió de mala gana la condición de colonia.

También pasan tardíamente a ser colonias antiguos *conventus ciuium Romanorum:* así ocurre con Tárraco Carthago Nova e Híspalis, ciudades que, sin duda, merecieron desde el principio la mayor atención de los romanos, pero que no ordenaron sino hasta mucho más tarde su condición legal de colonias.

IV. La administración romana en Hispania

Ya hemos tratado (pág. 37) de la organización de Hispania en dos provincias encomendadas a pretores. Fuera de Italia del norte y de sus islas, Hispania fue la provincia romana más antigua. Es evidente que, aparte de continuar la explotación de la Península conforme al sistema que encontraron funcionando en manos de cartagineses, traían los romanos los modelos de contribuciones que ya habían aplicado en Sicilia y Cerdeña. Ello explica las grandes colectas de los primeros gobernadores romanos, un Manlio Acidino y un Léntulo, un Minucio Termo y un Catón. En 197 ya dijimos cómo se establecieron las provincias de Citerior y Ulterior.

Salvo momentáneas reducciones de las provincias a una (v. más arriba, pp. 48, 98 y 113), tal fue la organización romana de las Hispanias.

En los amplios planes de reorganización de Augusto se hizo evidente que la provincia Ulterior, de límites aún no precisos en las regiones del oeste y norte, resultaba muy heterogénea: la romanizada Bética contrastaba

con la más atrasada e insumisa Lusitania y con los territorios apenas sometidos del noroeste y norte de la Península.

La Bética, pues, fue considerada provincia senatorial, en cuanto pacífica y desmilitarizada, y así se constituyó seguramente, separada de Lusitania, hacia el año 13 u 8 antes de Cristo.

De ella se desglosó la zona de Linares y toda la costa entre Almería y Cartagena, que se atribuyó a la Citerior. Quedó así al frente de la Bética un procónsul de categoría pretoria, designado por de pronto a la suerte, al modo tradicional. Tenía como funcionarios auxiliares un *legatus* proconsular y un cuestor. La provincia era considerada de gran importancia, pues su profunda romanización, sus numerosos senadores y la riqueza del país exigían de sus gobernadores gran capacidad y un tacto político no vulgar.

Durante la época del Principado ya se sabe que los cargos principales de las provincias se encomiendan a miembros del Senado, con lo que se crea un escalafón de funcionarios experimentados sobre los cuales reposaba una excelente administración.

La Lusitania fue separada de la Bética y encomendada, como la Citerior o Tarraconense, a un legado nombrado por el emperador. La fecha de la institución de Lusitania es muy discutida; muchos autores habían aceptado la fecha de 27 a. C. que en una enumeración general da Dión Casio (LIII 12, 5), pero sin duda que la Ulterior siguió siendo gobernada entera por un legado imperial mientras duró la guerra cántabra. Quizá fue en 13 a. C., cuando el número de legiones en las Hispanias fue reducido a cuatro, el momento en que Bética fue constituida en provincia senatorial. Pudo ser entonces cuando el noroeste de la Península fue atribuido definitivamente a la Citerior, que incluyó así Asturia y Gallaecia. Ello parece asegurado por inscripciones (*CIL* II 2581, *EE* VIII, p. 504, núm. 280) referentes a Paulo Fabio Máximo, legado del príncipe en la Citerior en los años 3-2 antes de Cristo.

Estaba al frente de Lusitania un legado imperial de rango pretorio, y en los primeros tiempos del Imperio no tenía otro subordinado que un *iuridicus*. Como provincia sin guarnición, era de menor importancia, y sus gobernadores no solían hacer carrera importante. Otón, que fue relegado por Nerón a esta provincia para alejarlo de su esposa, Popea, con la que el emperador se casó, fue un gobernador excepcional, como ya señalamos (página 125).

Las tres provincias hispanas que nos presenta Estrabón III (4, 20, p. 166) en los comienzos de su reorganización por Augusto, se mantuvieron igual durante todo el principado.

La más importante era la Citerior, como la más extensa de todo el Imperio, ya sin *peregrini*, o casi, desde la época de Vespasiano, y con una elevada cultura romana y complejos problemas administrativos. Se sucedieron en la Citerior personajes muy importantes en el Senado. Por regla general, los legados de esta provincia eran mantenidos tres años al frente de ella; Galba estuvo hasta ocho. Siempre eran personajes de rango consular, a los que estaban subordinados un *legatus iuridicus* de categoría pretoria y los legados (luego uno solo) de las legiones. El legado jurídico era un funcionario de rango senatorial que entendía en los asuntos judiciales de toda la Citerior, sin limitarse a un territorio especial. En el siglo II, sin embargo, este funcionario toma el título especial de *legatus Augusti iuridicus Asturiae et Callaeciae*, lo que supone una administración separada de estos territorios. De acuerdo con ello se observa desde entonces que son funcionarios de más elevada categoría y con carrera más larga e importante.

El gobierno de las Hispanias se mantuvo sin cambio hasta las grandes crisis del siglo III. Sólo transitoriamente fue, a causa de la invasión de mauritanos en 171-172, la Bética considerada provincia imperial y sujeta a administración militar.

Bajo Caracalla, mejor dicho, bajo el gobierno de su madre, Julia Domna, mientras él se ocupa de las fronteras orientales, se crea (216) una nueva provincia, la

Hispania noua Citerior Antoniniana per diuisionem, que comprende Asturias y Galicia. Hay que señalar que la política de Septimio Severo se mantiene con los grandes juristas que colaboran en la administración y conservan las tradiciones anteriores. La nueva provincia hispana puede compararse a divisiones semejantes de Septimio Severo en Britania y en Siria, que procuraban disminuir el poder de los gobernadores.

Por lo demás, esta división de la Citerior no se mantuvo mucho tiempo, quizá sólo un año, hasta la muerte de Caracalla; en todo caso, consta epigráficamente para el año 238 su reunificación con la Citerior. Pero la división de esta provincia del noroeste reaparecerá en los tiempos de Diocleciano.

En la época de Severo Alejandro desaparecen cargos de orden senatorial, al acentuarse la decadencia de este cuerpo: así el tribunado militar de la *Legio VII,* la cuestura y la legación proconsular de Bética. Bajo Galieno dejó de ser senatorial el cargo de jefe de la *legio VII,* como otros más. Lo mismo ocurrió con el legado de Lusitania, y hasta con el procónsul de Bética, del que no hay testimonios posteriores a Caracalla. Sin embargo, hasta Diocleciano siguen siendo senatoriales el legado y el jurídico de la Citerior.

En el siglo III la escala administrativa que había servido de columna vertebral a la administración de los grandes tiempos del Imperio se disuelve, y un estudioso como G. Alföldy cree poder señalar que las provincias de Hispania, incluso la Citerior, pierden la alta consideración en que antes se tenían en la jerarquía administrativa.

Una *Noua Hispania Vlterior Tingitana* existió haciendo de Marruecos una dependencia de la diócesis de Hispania. En efecto, se cree que Diocleciano reorganizó el Imperio y lo dividió en aproximadamente cien provincias, las cuales se agrupaban en doce diócesis. Desaparece entonces todo rastro de distinción entre provincias senatoriales e imperiales, y todas las preeminencias de Italia. Hispania formó entonces una diócesis, con Híspalis, según parece, como capital, y comprende seis provincias:

las antiguas Lusitania y Bética; la Tarraconense, reducida a los territorios de Tárraco, Caesaraugusta y Clunia, y las nuevas provincias de *Callaecia* (con Asturias y territorios más al oeste) y *Karthaginiensis*. La sexta provincia era la Tingitana, como se ha indicado.

Las Baleares aparecen como provincia separada hacia el año 400 (Aguado-Bosch 281).

Los conventos de Hispania. Un rasgo antiguo de la administración romana en la Península son los *conuentus iuridici*. Se tiende a considerar los conventos como algo territorial, y así figuran en los mapas; pero las provincias romanas no se dividían regularmente en conventos y sólo se hallan en algunas provincias: Dalmacia, Egipto, Asia, probablemente con características distintas en cada caso.

En Hispania lo que hallamos son agrupaciones o *conuentus* de ciudadanos romanos establecidos en la Península. Se citan ya en tiempo de Sertorio (v. p. 87). César (p. 103) habla de los *conuentus* de Córdoba y de Híspalis. Quizá tengamos una indicación interesante en este sentido en la inscripción hallada no hace mucho en Córdoba (Ana María Vicent, XII CNA, Jaén, 1971, publ. 1973, p. 677), en que aparece una parte de los habitantes como *uicani uici forensis,* frente a los *uicani uici Hispani*. Los ciudadanos romanos se agruparon alrededor de un foro, aunque se instalaron junto a los indígenas de un *uicus* ya existente.

La agrupación que por Plinio podemos reconstruir se ve a veces que no es territorial: por ejemplo, el *conuentus Gaditanus* agrupa desde Huelva a Sexi municipios marítimos cuyo rasgo común quizá es la tradición fenicia.

En su descripción del noroeste, Estrabón no cita los conventos, mientras que en Plinio los hallamos para todas las provincias, incluso en el noroeste: Clunia, Astúrica, Lucus y Brácara. Se ha pensado (Sutherland 177 s.) que fuera en la época de Claudio cuando la administración militar de estas regiones pudiera haberse convertido en civil.

I. Las religiones paganas

1. *La religión indígena en Hispania*

Se conocen los nombres de unos 300 dioses indígenas [1].

La casi totalidad de ellos ha aparecido en inscripciones, que se han hallado en la región lusitana, al norte del Tajo y en el noroeste, y en mucho menor número, en la meseta y en el norte de la Península. Este hecho indica una romanización baja de toda esta región. Imágenes de dioses son muy escasas; entre ellas se pueden citar una representación de Cernunnos, dios celta con cuernos de toro, sobre un relieve de Lourizán (Pontevedra); una cabeza de Endovellicus; el Jano de Candelario; un Marte hallado en los Pirineos, del tipo del Marte Capitolino, con toro sobre la coraza y casco de cuernos; la Tyche-Fortuna de la antigua colección Calzadilla, que representa a una diosa con el radical *Band-*, y algunas otras, como una de Tameobrigus, en el Duero, dios acuático,

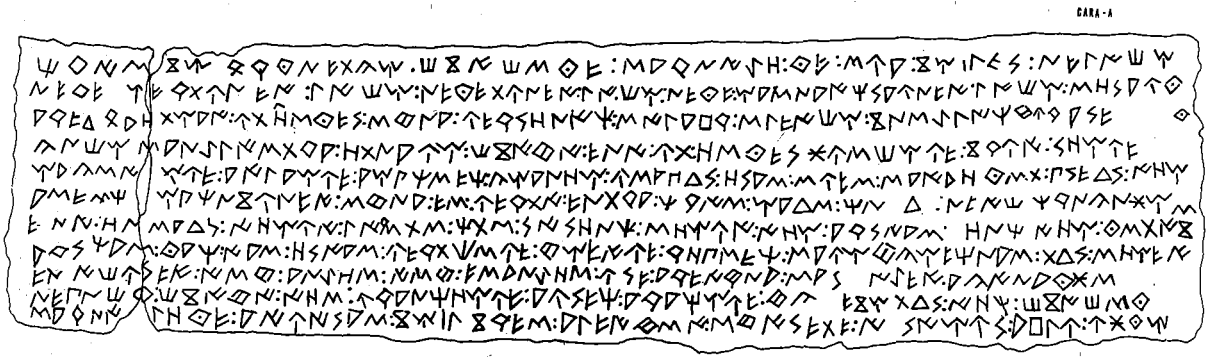


Fig. 3.—Bronce de Botorrita. Escrito en lengua celtibérica, posible ley sagrada. (Según A. Beltrán.)

representado según la tradición romana de los ríos. Tres bronces hallados en Hispania representan a Sucelus, dios galo. No se conoce la existencia de grandes santuarios, salvo el consagrado a Endovellicus, el de Ataecina Turibrigensis Proserpina —ambos localizados en Lusitania— y el de Panoias, del que se habla más adelante. La mayoría de los nombres de los dioses han aparecido sólo una vez. Dioses con un área relativamente grande de culto o con muchos devotos fueron sólo los citados Endovellicus y Ataecina. Tampoco mencionan las fuentes antiguas sacerdotes, salvo una alusión al que hacía la adivinación entre los lusitanos (Str. III 154).

El culto a los árboles (Marc. I 49, 5-6, IV 55, 1-2, 23) y deidades relacionadas con ellos (*Aernus,* en el Castro de Avellás; *Caepus,* en Benespera; *Caepol,* en Tuy, etc.) se encontraba muy extendido. Las fuentes antiguas aluden a la existencia de sacrificios colectivos entre los segobricenses y entre los pueblos del norte de la Península (Frontin. III 2, 4; Str. III 155). Se ignora el rito de ellos. Se conoce la existencia de danzas rituales en honor de la luna entre los pueblos del norte (Str. III 164). Las fuentes literarias mencionan también diversos animales sagrados, como el ciervo, entre los lusitanos (Gel. XV 22; Plut. *Sert.* 11, 20, 22); el buitre, entre los numantinos (Elian. *de nat. anim.* 22), y el toro, entre las poblaciones pastoriles (Diod. IV 18, 3). La Península Ibérica tenía un gran politeísmo y un gran animismo. El nombre de muchos dioses alude simplemente a la situación geográfica de su culto (*Aegiamunniaegus,* en Viana del Bollo; *Albocelus,* en Vilar de Maçada; *Arentius* y *Arentia,* en Lusitania; *Reuveanabaraecus,* en Ruanes, etcétera), o lleva adjetivos que especifican entre qué pueblos, tribus o gentes eran venerados, como *Bandua Araugelensis,* en Cáceres; *Tutela Bolgensis,* en Cacabelos, y *Tiriensis,* en Santa María de Ribeira; *Matres Callaicae,* en Coruña del Conde, etc.

El panteón hispano es bastante parecido al de la Galia. El carácter de los dioses es el mismo, aunque varíen los nombres. La triada de deidades celtas señalada por Lucano (*Fars.* I 444, 446) también se veneraba en His-

pania, donde recibía culto un dios indígena inventor de las artes, asimilado a Mercurio y a Hermes, al que los irlandeses llaman *Lug,* cuyo nombre se encuentra escrito por dos veces en la inscripción de Peñalba de Villastar y que probablemente es el mismo que aparece bajo distintos nombres y lugares; *Lougestericus,* en Muro de Agreda; *Lucoubus,* en Sinoga, y *Lugoves,* en Uxama. Era protector de las artes y del comercio. Seguía en importancia un dios celeste asimilado a Júpiter, que moraba en los montes (*Jupiter Candamius,* en Asturias, y *Jupiter Candiedo,* en Galicia) y que disponía del rayo y de la tormenta. No menor importancia entre ellos tenía

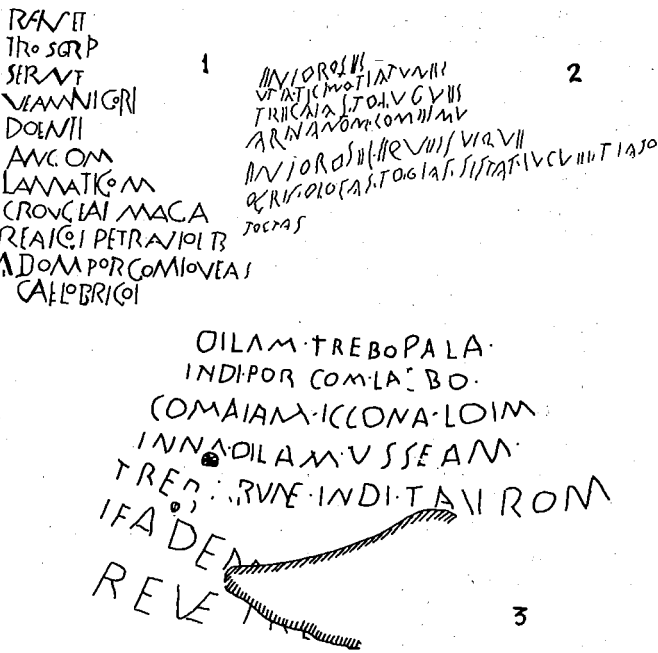


FIG. 4.—Inscripción lusitana de Lamas de Moledo. (Según H. Balmori.) 2: Inscripción celtibérica de Peñalba de Villastar. (Según A. Tovar.) 3: Inscripción lusitana de Cabeço das Fraguas. (Según Untermann.)

un dios asimilado a *Marte,* que, a juzgar por el gran número de inscripciones encontradas *(Mars Cariociecus,* en Tuy; *Coronus,* en Castro, etc.), era muy venerado entre los pueblos del norte. Era, como en la Galia, una divinidad de carácter astral, a la que se ofrecían sacrificios de caballos, machos cabríos y prisioneros. Junto a estos dioses, como en la Galia y Germania, recibía culto un dios infernal y nocturno, *Endovellicus,* y una deidad protectora de los herreros, cuya existencia se conoce, pero se ignora su nombre (Cic. *De nat. deorum* I 84).

Muy extendido estaba el culto a deidades de carácter acuático *(Nymphae Caparenses,* en Baños de Montemayor; *Genius Fontis Agineesis,* en Boñar; *Nymphae Fontis Ameucni,* en León, etc.). El culto a las aguas termales gozó de gran aceptación entre las poblaciones asentadas entre los ríos Duero y Miño. Especial importancia tuvieron, a juzgar por el gran número de lápidas a ellos consagradas, ciertos dioses como los *Lares* y las *Tutelae (Banderaeicus,* en Santa Marinha de Ribeira; *Bandiarbariaicus,* en Capinha; *Bandoga,* en Castelo-do-Mau-Vizinho). Se conserva un ritual lusitano de la segunda mitad del siglo II, la inscripción de Cabeço das Fraguas, que dice: «Una oveja para *Trebopola,* un puerco para *Laebo,* una oveja de un año para *Trebaruna* y un toro semental para *Reva.*» Se trata de un sacrificio de un cerdo, de una oveja y de un toro, sacrificio que parece semejante al bien documentado entre los pueblos indoeuropeos, representado en los puñales votivos del Museo de Valencia de Don Juan, en Madrid, y de Castelo de Moreira.

El proceso de romanización de la Península queda bien patente en la interpretación romana de los dioses indígenas mediante un fenómeno de sincretismo, como en *Genius Laquiniesis,* en San Miguel de Vizella; en *Jupiter Candamius,* en Asturias; en *Lares Tarmucenbaci Ceceaici,* en Graninha; en *Mars Tilenus,* en Quintana del Marco; en *Salus Umeritana,* en Santander, etc. Esta interpretación es más bien indígena que romana; los nativos sentían la necesidad de acompañar el nombre de su dios del equivalente romano, para de esta manera expresar

mejor su carácter. Los dioses indígenas, al menos alguno de los más importantes, como *Endovellicus,* recibieron culto de gente de muy diversa procedencia y origen social variado. Entre sus devotos figuran indígenas, ciudadanos romanos de origen oriental; algún devoto parece descender de Etruria. También dedicaron aras esclavos. Esta extensión del culto entre gentes de muy diversas procedencias quizá tenga fácil explicación por el hecho de ser *Endovellicus* una especie de dios de la medicina lusitano.

Daba oráculos a los enfermos, y éstos pasaban una noche en el templo y les indicaba las prácticas a seguir. Se le ofrecían sacrificios de cerdos; al mismo tiempo era un dios infernal. La inscripción más reciente con nombres de dioses indígenas, fechada con seguridad, es del año 399; está dedicada a *Erudinus* y se ha hallado en Ongayo (Santander).

2. *Deidades mistéricas y semitas*

En la época imperial florecieron mucho en Hispania, como en el resto del mundo romano, las religiones mistéricas [2]. Una de las principales religiones mistéricas, que se caracterizan todas por la salvación individual y por el hecho de que en todas ellas, como en la religión cristiana, hay un dios que nace, muere y resucita, y que promete la vida ultraterrena a sus seguidores, fue la de Mitra, con devotos en Hispania, que fue el principal rival de Cristo en el mundo antiguo; su culto se extendió principalmente entre los soldados. A mediados del siglo II, un santuario de Mitra funcionaba en Emérita. Este Mitreo ha proporcionado buenas imágenes de culto. También se veneró a Mitra en lugares poco romanizados de Galicia, Asturias y Lusitania, donde había tropas de guarnición en distritos mineros. Sus adeptos eran fundamentalmente gente muy pobre. En Ipagrum, donde se excava en la actualidad un Mitreo, ha aparecido un Mitra sacrificando al toro, acompañado del escorpión, el perro y la serpiente, como es costumbre en los relieves y

esculturas que dedicaban los devotos a su dios. Seguía en importancia Cibeles, diosa frigia del Asia Menor, de la que se conocen dieciocho inscripciones, todas aparecidas en la mitad occidental de la Península. Las regiones menos romanizadas de Lusitania y del noroeste de la Tarraconense son las que han dado mayor número de inscripciones.

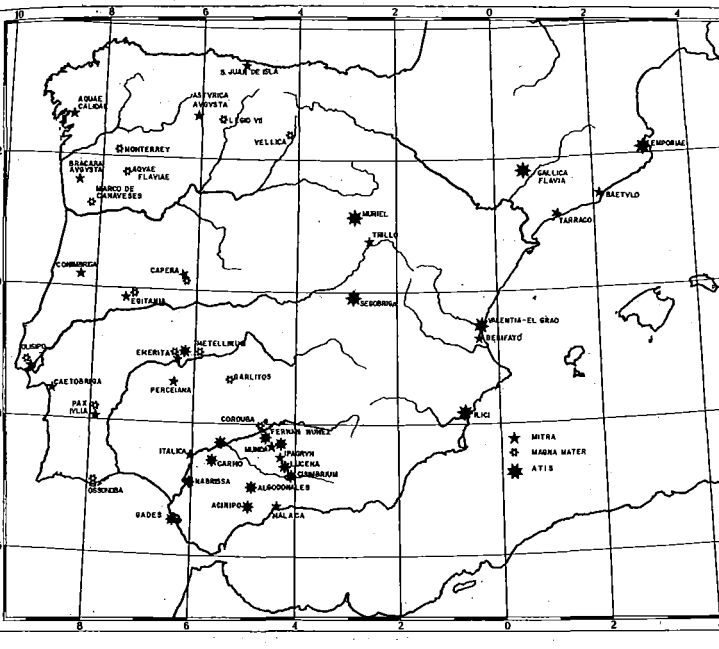


FIG. 5.—Religiones orientales en la península Ibérica (s. II a. C.).

Esta concentración se puede explicar por la abundancia de esclavos orientales en la Lusitania meridional o por el comercio entre Olisipo y Emérita con el Oriente. Las inscripciones mencionan las ceremonias del culto, ya que se aluden a cinco *taurobolia*, o sacrificios de un toro, en Córdoba, en Emérita y en Metellinum.

En Córdoba va unido el *taurobolium* al *criobolium,* o sacrificio de un cordero; en ambos casos los devotos solían recibir encima la sangre de las víctimas. El *taurobolium* y *criobolium,* juntos en Córdoba, se hicieron por la salud del emperador el 24 de marzo del 238, y otra vez el *taurobolium* solo, por la salud del emperador Alejandro Severo, en el año 234. En Metellinum, el *taurobolium* conmemoró la salud y vuelta de una persona. El culto a Cibeles tenía un carácter oracular en Córdoba y Garlitos. Se conocen igualmente cuatro exvotos ofrecidos a la diosa en Olisipo, Garlitos, Marco de Canaveses y Monte Cildá. El culto floreció entre ciudadanos libres principalmente, aunque también se encuentran algún devoto indígena y esclavos. Las inscripciones citan diez nombres femeninos. La fecha de propagación del culto se extiende entre los años 108 y 238. Se conocen en Hispania varias dignidades sacerdotales de este culto, como la de *Archigallus,* citada en Emérita; cinco *patres* en Córdoba, Emérita, Pax Iulia, Ossonoba y Olisipo.

Una interpretación local de la gran diosa oriental Cibeles es la Afrodita de Afrodisias, localidad de Asia Menor, famosa por sus talleres de escultura. De esta diosa de la fecundidad se conoce una escultura, encontrada en Baixo Alentejo (Lusitania). En la parte inferior de la imagen de mármol se representan las Tres Gracias, Afrodita cabalgando en un carnero marino y tres Erotes.

Alrededor de veinticinco representaciones ha dado la Península Ibérica de Attis, dios secundario estrechamente ligado a Cibeles, y sólo dos inscripciones (Segóbriga y Mahón). Algunas de las imágenes, como la de la llamada tumba de los Escipiones, en Tarragona, y la de las necrópolis de Carmona, se datan en el I. En Lusitania sólo ha aparecido un testimonio del culto de este dios; en Emérita y en el noroeste, ninguno; casi todos los conocidos provienen de la Bética, y varios, de la Tarraconense.

El culto a Ma-Bellona, diosa asiática conocida por nueve inscripciones, se propagó por los alrededores de Turgalium. Sus devotos eran indígenas o esclavos, y en un caso, una mujer. Posiblemente fue traído a la Península por soldados que lucharon a las órdenes de Sila con-

tra Mitrídates, que después debieron combatir a las órdenes de Metelo contra Sertorio.

El dios tracofrigio llamado Sabacio está representado en dos placas de bronce que formaban un tríptico hallado en Ampurias. El dios se representa de pie, barbudo y con gorro frigio; viste pantalón y *chitón;* la mano izquierda sostiene un cetro clavado en tierra, mientras levanta la derecha en actitud de bendecir. El dios está rodeado de una serie de atributos y símbolos, como el carnero, las crateras, el pino, la serpiente, el busto del dios Baco, árboles, el sol y la luna, etc. Estas placas se fechan en el siglo II o III. En Elche se encontró una pequeña cabeza del dios. Una decena de testimonios han dejado sus devotos de la diosa Némesis en Hispania. Su culto florecía en un nivel plebeyo. La mayoría de los

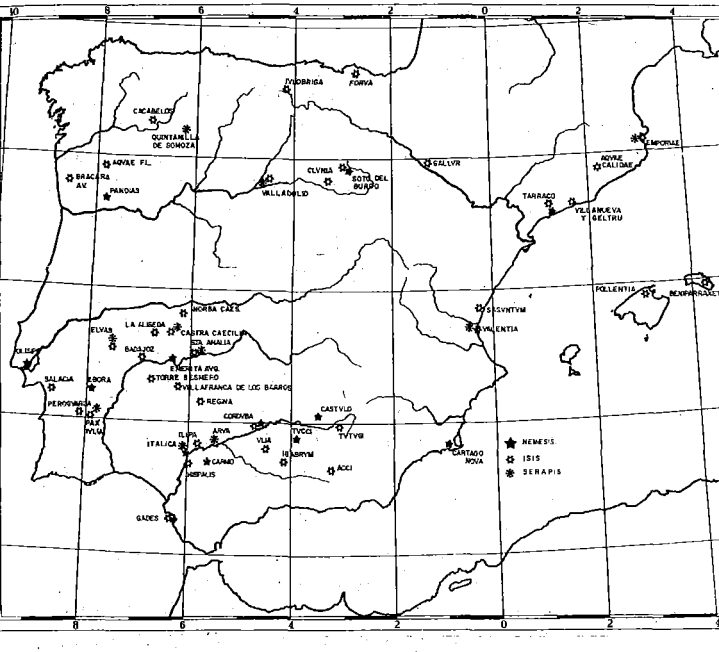


FIG. 6.—Religiones orientales en la península Ibérica. (s. I a. C.).

testimonios proceden de la Bética, y algunos, de la Tarraconense. Varios se vinculan directamente con el circo, pues seis documentos proceden de capillas situadas en los circos de Emérita, Itálica y Tárraco. Entre sus devotos abundan los esclavos o libertos con nombres griegos. Su culto se extendió por los tres primeros siglos del Imperio. En las placas votivas de Itálica se representan pares de pies, que se refieren a que el oferente implora dejar el anfiteatro por su pie. Un altar con la imagen de la diosa apareció en Carthago Nova, y en el anfiteatro de Tárraco se ha descubierto una pintura que representa a Némesis.

Los dioses sirios cuentan con un altar en Córdoba, de época de Heliogábalo, donde se cita la tríada de Emesa y otros dioses: Elagabal, Allath, Phiren, Kypris, Yari y Nazaia. Se conocen otros dioses sirios aparecidos en la Península, como la Tyche de Antioquía, representada en un bronce encontrado en Hoyo de Alimanes; Zeus Kasios y Afrodita Sozousa, cuyos nombres se leen sobre dos anclas de plomo halladas en el puerto de Carthago Nova y que pertenecían a navíos que comerciaban con la Península; Adonis y Salambo, conocidos por las actas de Justa y Rufina de Híspalis, que son el documento más importante en todo el Imperio romano del culto de estos dioses. Las devotas plantaban en tiestos los llamados «jardines de Adonis», que simbolizaban la renovación de la naturaleza por el ardiente sol estival. En una procesión que se hacía, las mujeres danzaban alrededor de la imagen de piedra y recogían dinero para el mantenimiento del culto. Los devotos y devotas caminaban con los pies descalzos. La procesión, presidida por el gobernador, recorría el campo hasta el *Mons Marianus*. El culto de Adonis se celebraba en una gruta, y muñecos, que representaban al dios muerto, se arrojaban a los pozos.

El 12 de febrero del año 224 se levantó en Villadecanos, en las proximidades de Legio VII Gemina, una inscripción en honor de Júpiter Dolichenus.

El culto oriental más extendido en toda la Península fue el de Isis; de él se conservan varias inscripciones, estatuas, bronces —seis de ellos representan a *Isis Kou-*

rotrophos con flores sobre sus rodillas, y terracotas. La imagen de la diosa adornaba frecuentemente las lucernas, la *terra sigillata* y los mosaicos. Los dedicantes de las inscripciones son mujeres y proceden de las capas más altas de la sociedad. La inscripción de Valencia menciona una asociación de esclavas. El culto de Serapis, creación artificial de los Lágidas, entró pronto en Hispania, merced al contacto comercial de sus puertos con los de Italia, Sicilia y Africa, y principalmente con la misma Alejandría. Ampurias, en el siglo I a. C., tuvo un gran santuario, y su culto coexistió con el de Mitra en Emérita y con dioses indígenas en Panoias (Bracarense). Una cabeza del dios, fechada a comienzos del siglo III, se encontró en la provincia de Valladolid, y un altar, en Castra Caecilia, 80-79 a. C. Pero el santuario más importante fue el citado de Panoias, sobre rocas. Las rocas tienen en la parte superior una explanada, con tres depósitos, dos rectangulares y uno circular. Otras rocas de las proximidades tenían también inscripciones y depósitos. La roca central era un altar al aire libre. Los depósitos se mencionan en las inscripciones, y dan idea del ritual, que consistía en el sacrificio de víctimas. Las vísceras y la sangre se arrojaban a los diferentes depósitos, y en algunos casos se hacían ciertas mezclas. Con la sangre se rociaban las fosas. Finalmente, se quemaban las entrañas y las víctimas. Málaga y Panoias han dado pies votivos consagrados a Serapis, y también se representa al dios sobre lucernas en Emérita, Metellinum, Badajoz e Híspalis. Nombres teóforos han aparecido en Itálica y Tárraco.

Hispania fue devota igualmente de la gran diosa africana *Dea Caelestis,* versión de la púnica Tanit. Sus devotos pertenecían a las clases bajas, esclavos, libertos y plebeyos. Las inscripciones dedicadas a *Dea Caelestis* han aparecido principalmente en el sur y Levante —las dos regiones que mantenían unas relaciones comerciales muy intensas con Africa—, y en Ilici; aquí tenía la diosa un gran templo tetrástilo, consagrado entre los años 13-12 antes de Cristo. En Tajo Montero, junto a Astapa, se encuentra una imagen de la diosa dentro de un nicho, desnuda, junto a una palmera, y con el arco, atributo de

Diana. Era una diosa de carácter lunar. La paloma del frontón es otro atributo suyo.

El santuario más famoso de Hispania, y uno de los más importantes de toda la Antigüedad, era el que en Cádiz estaba consagrado al Hércules Gaditano, rival del Melkart de Tiro. Su culto fue traído por los primeros colonos fenicios a finales del segundo milenio a. C. Hércules o Melkart originariamente era un dios fenicio, pero pronto tuvo un carácter marino, y aun solar, por contacto con el Heracles griego. Se conoce bastante bien el templo de Cádiz y el ritual, gracias a las descripciones de los autores antiguos que de él se han ocupado. Las monedas de Cádiz representan un gran templo tetrástilo con frontón triangular, que sería el Herakleion. La gran puerta de entrada tenía representados los diez trabajos de Hércules (Sil. It. III 32 ss.). Tenía el templo una gran torre, frente al altar, que estaba al aire libre. Había también otros altares, uno de ellos consagrado a Heracles en su versión griega. Igualmente, se hallaba un exvoto de Pigmalión y un olivo, cuyos frutos eran, según se decía, esmeraldas. Tenía el templo también capillas. El santuario no guardaba imagen alguna del dios (Sil. It. III 30-31; Philostr. *Vita Apoll.* 5, 5), según costumbre semita, y se creía que el cadáver de Hércules se encontraba depositado en el santuario (Porph. *De abstin.* I 25). Una particularidad de este templo eran las dos columnas, que debían ser dos betilos semejantes a los de otros templos fenicios (Str. III 170), colocadas a la entrada, como en los templos de Tiro, Paphos, o en las estelas de Cagliari o de Tiro. Según Posidonio, las dos columnas eran de bronce y medían ocho codos de altura, pero Filóstrato (*Vita Apoll.* 5, 5) escribe que eran de una aleación de oro y plata, y que no pasaba su longitud de un codo. Las dos columnas tenían una inscripción posiblemente muy antigua, y en época romana ya indescifrable. Filóstrato menciona dos altares en bronce sin imágenes, consagrados al Heracles egipcio, es decir, al de Tiro, y otro en piedra con relieves que representaban los doce trabajos de Hércules y los caballos de Diomedes, dedicado al Heracles en su versión griega. En estos altares

había siempre fuego (Sil. It. III 29) y cada día se rociaban con la sangre de una víctima, que podía ser una paloma (Porph. *De Abst.* I 25). No podían entrar en el templo mujeres ni sacrificarse cerdos (Sil. It. III 22 ss.). Los otros altares estaban dedicados a la Vejez, a la Pobreza, a la Muerte, al Arte, al Año y al Mes (Phil. *Vita Apoll.* 5, 4). El Herakleion guardaba el cinturón de Teucro y el olivo milagroso de Pigmalión (Phil. *Vita Apoll.* V 5). El santuario podía heredar (Ulp. *Dig.* XXII 6). Era inmensamente rico y fue expoliado varias veces por el general cartaginés Magón en el 206 a. C. (Liv. XVIII 36, 2), por Varrón en el 49 a. C., pero el tesoro fue devuelto por César *(Bell. Gall.* II 21, 4). El rey de Mauritania, Bogud, intentó también expoliar el templo en el año 38 a. C. (Porph. *De abst.* I 25). En el santuario funcionaba un oráculo onírico, que profetizó a César en el 68 a. C. su futuro poder (p. 95). Aníbal antes de preparar la marcha a Italia, en el año 218 a. C., consultó el oráculo (Sil. It. III 1 ss.), y en el año 215 Caracalla hizo matar a Caecilius Aemilianus, procónsul de la Bética, por consultar el oráculo sobre el futuro emperador (Dión Casio LXXVII 20, 4). Arriano *(Anab.* II 16, 4), Diodoro (20, 2) y Apiano *(Bér.* I 2) expresamente afirman que el ritual del Herakleion gaditano era el mismo que el del templo de Tiro, pero se conoce poco de él en Fenicia. Los sacerdotes eran célibes (Sil. It. III 28). Oficiaban delante del altar con los pies descalzos y vestían una túnica de lino blanco, adornada con una larga banda. Llevaban la cabeza rapada y rodeada con una cinta (Sil. It. III 23 ss.). Se hacían sacrificios todos los días (Porph. *De abst.* I 25) y había una fiesta a la que los extranjeros no podían asistir, y posiblemente en este día se quemaba una imagen del dios (Paus. X 4, 6). El Herakleion podía recibir peticiones de plegarias y sacrificios de personas ausentes (Phil. *Vita Apoll.* 5, 8). Debió de existir en él una jerarquía sacerdotal (Porph. *De abst.* II 25). Posiblemente, el Hércules gaditano se representa en el arco de Benevento en tiempos de Trajano. Su sucesor, Adriano, acuñó monedas con el rótulo *Hercules Gaditanus,* que aparece también en el

siglo III en monedas de Póstumo, lo que indica que fue muy popular en el Imperio romano. El Herakleion celebró sus fiestas hasta el año 400, en que lo visitó el poeta Avieno (*Ora Mar.* 273-4). Muchos personajes famosos de la Antigüedad lo visitaron; además de los ya mencionados se puede recordar al historiador Silenos, a final del siglo III a. C. (Apiano *Ibér.* 65), a Fabio Máximo en 145 a. C. (Apiano *Ibér.* 65); a Polibio, hacia el año 133 a. C. (Plin. IV 19, V 9; Polib. XXXIV 9, 5; Str. III 172); a Artemidoro, hacia el año 100 a. C. (Str. III 172; Dión Casio XXXVII 52, 3; Plut. Caer. 2, 3, 32), y a Apollonio de Tiana, en tiempos de Nerón (Phil. *Vita Apoll.* IV 47).

En la misma Cádiz hubo un segundo templo dedicado a Baal Hammon, al que los griegos llamaban Kronos y los latinos Saturno, famoso por celebrarse aún en él sacrificios humanos durante el siglo I a. C. (Cic. *Pro Balbo* 43; *Ad fam.* X 32, 3).

Posiblemente había otro templo dedicado a Saturno en Carthago Nova (Pol. X 10, 11), y le estaban consagrados los cabos de Palos (Plin. III 69) y de San Vicente (Avien. *Ora Mar.* 215-216). En la figura barbuda de Tajo Montero se puede reconocer a Baal-Hammon, junto a su pareja, la *Dea Caelestis*. Un tercer templo de Cádiz estaba consagrado a Astarte (*CIL* II, 1724). Polibio (X 10, 8) también cita en Carthago Nova un templo de Eshmun, al que los griegos y latinos llamaban Asclepios o Esculapio, y según este historiador (X 10, 11) en la ciudad era venerado igual que Chusor, identificado con Hefesto, que es el dios barbudo, con bonete y con tenazas, representado en monedas de Málaga. El dios fenicio Aresh, asimilado a Mercurio, tenía una colina dedicada a él en Carthago Nova, donde posiblemente había un templo (Liv. XXXVI 44, 6).

En las religiones mistéricas se dio con otros cultos un sincretismo de fecha tardía. En primer lugar, con el culto al emperador, bien patente en el hecho de que sabemos que a dioses mistéricos, como Isis, Dea Caelestis y Némesis, se les calificó de Augustas. También se documenta este sincretismo con otras divinidades, pues el mitreo

de Emérita tenía estatuas de Kronos con cabeza de león y una segunda con cabeza humana, de Neptuno, de Mercurio, de Serapis y de Venus.

En el mencionado santuario de Panoias el culto a Serapis va unido al de los dioses y diosas, a todos los genios, a los de los Lapitas, a los dioses infernales y a los dioses a los que se les ofrece un sacrificio cruento.

Un tercer santuario sincretista se conoce en Quintanilla de Somoza, en las proximidades de Astúrica Augusta, consagrado a Zeus Serapis; junto al nombre de este Dios se lee el de Iao, epíteto de Baco, que designa al Jahvé judío.

3. *Culto imperial. Religión romana*

Importante fue el culto imperial[3], que sirvió para unificar los pueblos de Hispania, bien preparada para recibir este culto, ya que un culto a los jefes está documentado a finales de la República, en las dos cabezas halladas en el templo de Azaila, fechadas por Nony en la primera mitad del s. I a. C. La Península es el único país de Occidente que puede asociar al primer emperador en persona los orígenes del culto imperial. La primera manifestación cronológica data del año 25 a. C. La iniciativa de los provinciales precedió a la intervención gubernamental. La tradición ibérica de la *devotio* se invoca en Roma, el mismo día que recibió el título de augusto Octaviano, año 27 a. C. En vida de Augusto los tarraconenses le dedicaron un altar, sobre el que creció una palmera, año 26 a. C. Hacia el año 15 a. C. tenía Augusto altares en Emérita y en el norte, en las *Arae Sestianae,* en Brácara, en Gijón y en *Aquae Flaviae.* El culto imperial en Hispania nació, pues, alrededor de los altares; una excepción fue el templo municipal de Carthago Nova. Este culto, en sus orígenes fue municipal en Tárraco. En cambio, el culto a Roma con que se asocia el de Augusto en Oriente estuvo en Occidente poco extendido; esculturas de Roma hay pocas en Hispania; una muy buena se halló en Segóbriga. Este culto honraba

a Augusto como hijo del divino César, su persona, más bien que su *genius* o su *numen*. En Hispania gozó también, como lo confirman las basas de estatuas, las inscripciones y las monedas, de gran aceptación el culto dinástico a Agripa, Tiberio, Cayo, Lucio y Livia. El gobierno de Tiberio marcó la etapa decisiva del establecimiento del culto imperial, como lo demuestran las monedas. La muerte de Augusto trajo consigo la aparición de un culto provincial organizado, como lo indican los templos de Tarragona, del año 15, y de Emérita, donde no aparecen asociados el culto de Roma y el de Augusto. Tiberio, el año 25, prohibió que se levantase en la Bética, a ejemplo de Asia, un templo a él en vida y a su madre. La razón de tal prohibición estriba en el hecho de que era provincia senatorial y escapaba al control directo del emperador; sin embargo, los hispanos, bajo Tiberio, honraron particularmente a los césares vivos, como a Germánico, a Druso, a Druso el Menor, a Nerón, a Calígula y a Livia. En estos años aparecen ya *pontifices* y *flamines*, dedicados al culto imperial, *augustales*, así como *magistri larum Augustalium*. Todas las clases sociales se unieron en una veneración espontánea, como lo demuestran las inscripciones. Son novedad en Hispania la difusión del culto de las virtudes imperiales, *Aeternitas, Pietas, Salus y Providentia*, y la constitución de una suerte de teología del culto imperial. A estos años de gran florecimiento del culto imperial siguió un decaimiento bien manifiesto entre los años 37 y 68. Claudio fue el único emperador que gozó de general veneración, quizá porque intentó otorgar el derecho de ciudadanía a todos los provinciales. Este decaimiento es tanto más chocante por cuanto que, a los dos meses de subir al trono, los habitantes de *Aritium*, en Lusitania, juraron fidelidad a Calígula; posiblemente se deba este hecho al desarrollo de la burocracia imperial. Durante la crisis del 68-69, el culto imperial entró en una vía nueva y logró cierta unidad. El pueblo romano y el Senado cobraron importancia sin que hubiera plenamente una mística imperial personal. Vespasiano, al confiar el culto a los *sacerdotes Romae et Au-*

gusti, instauró una nueva religiosidad en armonía con el marco geográfico y humano de los pueblos del noroeste hispano e introdujo en la Bética el culto imperial, del que queda un magnífico exponente en el templo de Córdoba; en esta provincia el culto se dirigió sólo a los *divi,* y no era atendido más que por *flamines.* La originalidad del culto imperial en Hispania deriva en gran parte del culto del *conventus,* que las otras provincias occidentales desconocieron, salvo Dalmacia. La vitalidad del culto bajo los Flavios quedó bien patente en la variedad de los dedicantes y en los numerosos sacerdotes provinciales. En la Península, las excentricidades de Domiciano, que se hacía pasar por un dios vivo, no tuvieron eco.

Con los Antoninos, el culto imperial conoció un gran florecimiento, debido a la vinculación de la dinastía con la Península, principalmente en la Bética, donde han aparecido cuarenta y tres testimonios de noventa y nueve en total, con *Italica* a la cabeza, seguida de *Iliturgicola. Tarraco* continuó siendo el centro religioso más importante. Significativa bajo el aspecto del culto imperial es la capilla de Alcántara, fechada en el 103-104, dedicada al emperador vivo y a los emperadores muertos, culto doble que marcó la práctica hispana; fue obra de un particular y es un ejemplo elocuente de la vitalidad del culto imperial, y puede considerarse un hecho excepcional en el mundo romano de Occidente. Adriano restauró en Tarragona (121) el templo de Augusto, según hemos dicho, e introdujo el culto de Roma en el culto provincial de la Tarraconense. De un culto que se dirigió a Augusto bajo los Flavios se pasó a un culto de los emperadores vivos, culto colectivo más amplio que el del emperador. El culto de las virtudes imperiales no jugó un papel importante bajo los Antoninos; en cambio, una importancia creciente desempeñaron las emperatrices, y la iniciativa privada cedió lugar a la iniciativa colectiva, oficial, que poco a poco se hizo automática. El florecimiento del culto imperial no sobrepasó los años del reinado de M. Aurelio, pues no hay dedicatorias a él posteriores a 170, con lo que comenzó su ocaso; los docu-

mentos del siglo III son poco numerosos, las dedicaciones son oficiales y los testimonios están diseminados, pero permiten medir la marcha hacia la divinización del soberano. El culto imperial, como escribe Etienne, interesó a las minorías sociales, que representan los cuadros romanizados de las comunidades políticas. En cambio, el culto de las divinidades augústeas contó con devotos principalmente entre las gentes de bajo origen, esclavos y libertos. Estos dioses tenían un carácter doméstico y familiar, protegían al individuo y a la comunidad política y social, y con ella la religión privada entró en la esfera del culto público.

FIG. 7.—Lugares del culto imperial municipal. (Según R. Etienne.)

La religión romana, salvo en el norte de la península, gozó de general aceptación. Todos los dioses del panteón romano recibieron culto en Hispania. El dios más venerado fue Júpiter, seguido de Diana. Los documentos arqueológicos de todo tipo, inscripciones, templos e imágenes son muchos y variados. Algunos templos fueron espléndidos. En Tarragona, debajo de la actual catedral

estuvo el templo de Júpiter, del que quedan bellos fragmentos del friso y los maravillosos clípeos con la cabeza de Júpiter Ammón; después del año 286 estuvo rodeado de un pórtico erigido por Diocleciano y Maximino. Otros templos de la ciudad estaban dedicados a Minerva Augusta, a la Tutela y a Marte. En Emérita se conservan restos de un templo consagrado a Marte. Baelo tuvo un capitolio, con el templo de Minerva a la derecha; el de Júpiter, en el centro, y a la izquierda, el de Juno. Un capitolio rodeado de un pórtico se conocen en Augustóbriga. El templo de Júpiter en Cáparra es de época de los Antoninos. Una *aedicula* muy bien conservada hay en las proximidades de Plasencia (Cáceres). Por las inscripciones se conoce la existencia de otros templos, como el de Apolo en Aroche (Huelva), Minerva en Gadir, etc.

Hispania ha dado muy buenas imágenes de los dioses romanos. La mayoría han aparecido en la Bética y en la costa de la Tarraconense, como el Mercurio y la Venus de Itálica, el Poseidón de Denia, etc.

II. Origen del cristianismo en Hispania

Los dos testimonios más antiguos de la existencia de cristianos en la Península[4] son de finales del siglo II y se deben a la pluma de Tertuliano *(Adv. Iud.* 7) y de Ireneo *(Adv. haer.* I 11), pero estos documentos, que datan de los años 200 y 180, respectivamente, tienen poco valor por su carácter retórico y ampuloso. Hay que descender hasta el año 254 para encontrar un tercer dato de una importancia excepcional: la carta 65 de la correspondencia de san Cipriano, obispo de Cartago. Las circunstancias que motivaron esta respuesta son bien conocidas. Durante la persecución de Decio apostataron en el año 250, Basílides y Marcial, obispos de León-Astorga y de Emérita, respectivamente. Las comunidades cris-

tianas los destituyeron, sustituyéndolos por Sabino y Félix. Basílides acudió a Roma y consiguió por favor del Papa Esteban I (254-257) ser repuesto en la sede, mientras los fieles se dirigían a san Cipriano, que reunió un sínodo en el que participaron 36 obispos. La carta de san Cipriano es interesante bajo varios aspectos; en primer lugar, indica la existencia de comunidades cristianas en Astorga-León, Mérida y, probablemente, en Caesaraugusta; en segundo lugar, había otros obispos a los que el sínodo conmina para que no se comuniquen con los obispos libeláticos. Las iglesias que entraban en contacto solían estar vinculadas por especiales razones, como haber sido fundadas por un mismo apóstol, considerarse una de ellas iglesia madre o conservar relaciones personales con algún obispo o personaje prominente. Posiblemente los fieles hispanos se dirigieron a las iglesias africanas, y a su máximo exponente, san Cipriano, porque estas iglesias habían jugado un papel definitivo en la expansión del cristianismo hispano; en cambio, los obispos libeláticos se marcharon a Roma, no porque esta sede tuviera ninguna autoridad sobre ellas, sino porque Roma era tradicionalmente de máyor tolerancia, como lo indican las acusaciones de san Hipólito contra el Papa san Calixto. Es bien sabido que san Cipriano repetidas veces insiste en que el obispo de Roma no tiene ninguna autoridad fuera de su diócesis.

Basílides y Marcial buscaban en el obispo de Roma apoyo ante los fieles. Cinco años después de este conflicto, en enero del año 250, fueron martirizados en Tarragona, Fructuoso, obispo, y los diáconos Augurio y Eulogio, con motivo de la persecución decretada en el año 257 por Valeriano contra la jerarquía cristiana.

Las Actas del martirio no son proconsulares, pero son contemporáneas y de una importancia excepcional. Conservan una serie de términos típicamente africanos y muy arcaicos. El final del diálogo entre el obispo y Emiliano ofrece una afinidad sorprendente con el proceso de san Cipriano. Las expresiones prueban que el autor de las Actas y uno de los protagonistas eran soldados. Precisamente hace ya muchos años que A. Harnack, con oca-

sión de describir la propagación del cristianismo en Africa, señaló la importancia del elemento militar en la iglesia africana, tal como aparece en Tertuliano. Entre los primeros mártires hispanos abunda también el elemento militar, como Emeterio y Celedonio, soldados de la *Legio VII Gemina,* en Calahorra, y san Vicente, según una versión.

Junto a este elemento militar, que desempeña un papel importante en la propagación del cristianismo en Hispania, desde Africa, al igual que lo había desempeñado en la romanización, se documenta un segundo, los mercaderes cristianos, ya que Africa mantenía unas intensas relaciones comerciales con la Península desde siempre. El Breviario de la Diócesis de Barcelona, recogiendo tradiciones antiguas, describe a san Cucufate o Cugat como africano, nacido en Scillis, de padres nobles y cristianos, y vino desde Africa a Barcelona.

De Africa llegó igualmente san Félix, disfrazado de mercader, que predicó en Barcelona, Ampurias y Gerona. Todos estos santos son de la época de Diocleciano. Por las ciudades de donde proceden los mártires de esta persecución, cantados años después por Prudencio: Barcelona, Gerona, Zaragoza, Valencia, Calahorra, León, Mérida, Sevilla, Alcalá de Henares, Córdoba y Toledo, se deduce que el cristianismo había hecho progresos en ciudades de la costa o situadas en las grandes vías de comunicación.

En el concilio de Elvira, celebrado en el primer decenio del siglo IV, hay claras influencias africanas, como son la existencia de unas comunidades regidas por presbíteros, uso conocido en ciertas zonas de Africa y que parece muy poco frecuente en el resto de Occidente, y la costumbre de que el ministro de la penitencia canónica sea el obispo, el cual, en caso de necesidad, puede ser sustituido por el presbítero y aun por el diácono. Los orígenes de la disciplina de los padres reunidos en Elvira son desconocidos, pero todo indica que se inspiran en el rigorismo africano y que no deben nada a Roma. La distribución de los obispos que asistieron a este concilio señala claramente su concentración en la Bética; el resto

de la Península se halla poco representado, lo cual no tiene nada de particular, dadas las relaciones del sur con Africa. El material paleocristiano más antiguo suministrado por la arqueología es de finales del s. III. Pruebas

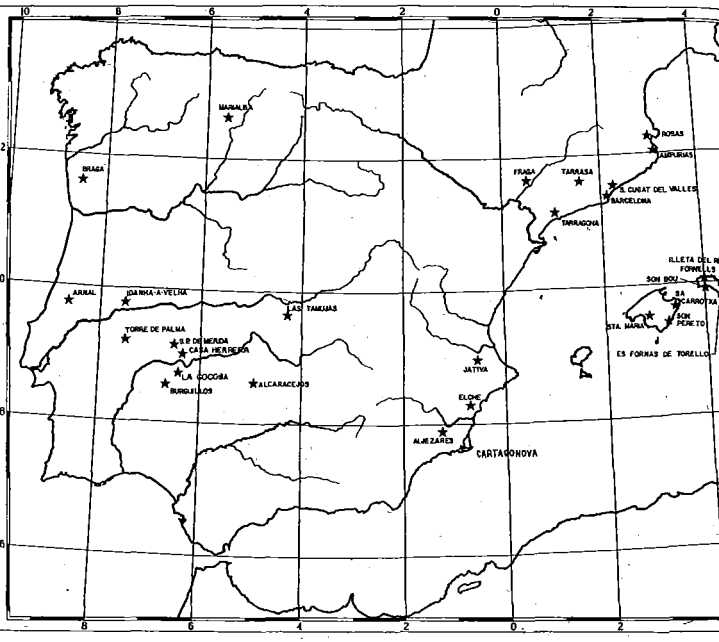


FIG. 8.—Distribución de los templos paleocristianos y de transición, siglo IV-VI. (Según Palol.)

arqueológicas del influjo africano sobre el cristianismo hispano son las plantas de las basílicas, que obedecen a prototipos sirios llegados a través del norte de Africa, Tripolitania y Cirenaica. Los mosaicos de las basílicas de Manacor y San Peretó tienen paralelos en la región de Cartago. El de Valeria ofrece un parentesco impresionante con ejemplares de Tabarca, etc. El africanismo es bien patente en otros mosaicos, como la supuesta sinagoga de Illeta del Rey (Mallorca) y en los mosaicos sepul-

crales de Ampurias, Denia y Tarragona, etc., que presentan muchos paralelos con los de Africa Proconsular. La distribución de todo este material arqueológico confirma lo expuesto hasta ahora: su concentración en la costa o cerca de las grandes arterias fluviales, y casi exclusivamente en las Islas Baleares, norte de la Tarraconense y en la Bética. La abundancia de material arqueológico con prototipos en el norte de Africa es tan grande que parece confirmar que las fuentes del cristianismo hispano son africanas. Algún otro material paleocristiano de influjo africano es posible añadir al ya enumerado, como son los ladrillos (Tarragona, Baleares, Mérida, etc.), usados primeramente en el norte de Africa, al parecer en la región tunecina, y que después se emplearon en gran número en la Bética.

El origen africano del cristianismo hispano queda confirmado por la liturgia. Ya hace muchos años que quedó demostrado el origen africano del texto de los salmos hispanos, que prueba también el origen africano de las capas más profundas de la liturgia hispana. El origen africano de dos cánticos bíblicos (Is. VI 17, XXVI 1-8), que el brevario mozárabe conserva en diversos oficios y fiestas, es seguro. El breviario mozárabe contiene restos, emparentados con las liturgias africanas, de una liturgia hispano-romana, ciertamente previsigoda.

San Pablo posiblemente predicó el Evangelio en la Península. El mismo indica en su carta a los romanos (15, 24 y 28) su deseo de predicar el Evangelio en Occidente. Su venida la afirma Clemente Romano a finales del siglo I, y después de este autor, el Fragmento de Muratori, las Actas de Pedro con Simón y las Actas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; todos estos testimonios desembocan en las afirmaciones de diversos escritores eclesiásticos del siglo IV, que sostienen su venida, como san Atanasio (*Epist. ad Drac.* 4 cf. *PG* 25, 528), san Epifanio (*Adv. Haer.* I, 27 cf. *PG* 41, 373), san Crisóstomo (*In I Carm.* XIII, 3 cf. *PG* 61 111; 62 622; *In II Tim.* X, 3 659; *In Hebr. arg.* cf. *PG* 63, 11), san Jerónimo (*In Is.* II 10 cf. *PL* 25, 1043) y Teodoreto de Ciro (*In II Tim. IV,* 15-17 cf. *PG* 82, 856).

De su predicación no quedan huellas. Ninguna iglesia hispana se sintió vinculada al Apóstol. La venida de los siete varones apostólicos parece una piadosa invención hecha por un mozárabe del s. VIII para vincular la Iglesia hispana a Roma, cuando ya se había perdido la tradición del origen africano del cristianismo hispano. Durante la época visigoda no hay el menor rastro de la creencia en esta venida. Tampoco tiene base científica alguna la creencia en la predicación de Santiago, que no se remonta más allá del año 612. En las excavaciones de la catedral de Santiago de Compostela no ha aparecido ningún material paleocristiano.

La iglesia hispana dio pruebas en el siglo IV de actividad en la asistencia de obispos hispanos al Sínodo de Arles (314) contra los donatistas y especialmente en la celebración del citado Concilio de Elvira y los de Zaragoza y primero de Toledo; este último tuvo lugar hacia el año 400, y el de Zaragoza, hacia el año 380. El Concilio de Elvira indica claramente que el cristianismo se propagaba principalmente entre las clases pudientes de las ciudades con posesiones en el campo. Hay en sus disposiciones rasgos de gran arcaísmo, como es la prohibición de pinturas en las iglesias, y pruebas de la influencia judía sobre el cristianismo; cuatro cánones regulan las relaciones con los judíos, que en el sur y en las islas Baleares debían ser muchos y ricos. Junto a una veintena de cánones de un rigorismo propio de Novaciano, otros denotan una gran apertura, como los que regulan que los cristianos desempeñen magistraturas civiles o de la religión pagana, y las relaciones de los dueños con sus esclavos en materia religiosa. El Sínodo de Elvira obligó al clero al celibato, pero esta legislación no se cumplió. El historiador de la Iglesia primitiva Harnack creía ver en los cánones de Elvira una prueba de la gran mundanidad y riqueza de la Iglesia en Hispania, confirmada por algunas poesías de Prudencio, que se refieren a la riqueza fastuosa de algunas iglesias hispanas. El Concilio celebrado en Zaragoza se dirige contra Prisciliano y sus seguidores, y es una prueba de que para los obispos

allí reunidos el supuesto primer heresiarca hispano sólo era censurable por disciplina.

El Concilio de Toledo legisla sobre disciplina eclesiástica. Es importante el canon que acepta plenamente el concubinato, al permitir a los varones o tener una concubina o casarse.

En la Iglesia del Bajo Imperio hubo cierta influencia hispana con Osio, consejero de Constantino; con el obispo de Roma, Dámaso; con el poeta Prudencio, y con los historiadores Orosio e Hidacio.

Importantes relaciones con Roma se acusan en una decretal del Papa Siricio en 385. Más tarde, en el momento del derrumbamiento de la dominación imperial en España, el Papa Hilario (461-468) nombra su vicario en Hispania a Zenón, obispo de Sevilla.

Cuarta parte:
Economía y sociedad

I. Epoca republicana

Antes de referirnos a los diversos productos de Hispania, es conveniente espigar algunos datos de las fuentes griegas y romanas sobre la riqueza y pobreza de la Península Ibérica y su clima. Estrabón (III 137) comienza el libro tercero de su Geografía, dedicado a Hispania, con la siguiente descripción: «Iberia, en su mayor extensión, es poco habitable, pues casi toda se halla cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado. La región septentrional es muy fría, por ser accidentada en extremo y por estar al lado del océano, y, además, se halla privada de relaciones y comunicaciones con las demás tierras, de manera que es muy poco hospitalaria (lo mismo afirma un poco más adelante, en III 156 y 164). ... La meridional, casi toda ella es fértil, principalmente la de fuera de las Columnas de Hércules.» «El país de los carpetanos, oretanos y vetones es medianamente fértil» (III 139). «Las

comarcas donde abundan los metales son por naturaleza ásperas y estériles; así son también las contiguas a Carpetania y aún más las que limitan con los celtíberos... Turdetania es maravillosamente fértil» (III 142; cf. Mela III 7). Otras fuentes literarias confirman y completan los datos del geógrafo Estrabón sobre el clima y la riqueza de Hispania. Así, según el autor de *Bellum Hispaniense* (cap. 8), autor que conocía bien la Península, pues luchó en ella durante la guerra de Munda a las órdenes de César, toda la provincia Ulterior era fértil. La comarca de Sagunto era muy productiva (Polib. III 67). Celtiberia era una región muy poco fértil (Str. III 162). Entre las ciudades de Coca e Intercatia, situada esta última ciudad a 50 km. de Zamora, había una gran región desierta (Apiano *Ibér.* 53). Algunas tribus del norte habitaban un suelo pobre (Str. III 154). Las tierras del interior de los alrededores de Ampurias eran fértiles; otras sólo producían esparto (Str. III 160-161). Las islas Baleares eran fértiles (Str. III 162, 167-8). El occidente de Iberia era de clima templado y de gran abundancia de agua (Str. XVIII 830). Mela, que por ser hispano de nacimiento estaba bien informado de las cosas de acá, cree que Hispania era muy fértil, aunque reconoce que había regiones pobres por falta de agua (III 86); lo mismo afirma Plinio (XXXVII 203). Justino (XLIV 4-5), escritor del s. III, que extracta a Trogo Pompeyo, historiador de la época de Augusto, sostiene que Hispania es más fértil que Africa y que Galia, tiene buen clima y lluvia abundante y oportuna.

1. *Minería*

En la Antigüedad, la Península Ibérica fue famosa principalmente por sus riquezas minerales [1]. Las luchas de los primeros momentos de la conquista entre cartagineses y romanos proporcionaron a estos últimos buenos ingresos; así, un enorme botín de metales y de productos de todo género recogió Escipión en la toma de Cartagena en el año 209 a. C., según se apuntó ya. La arqueo

logía ha proporcionado, sin citar ahora los de oro prehistóricos, una serie de tesoros de objetos de plata y oro, como los de Perotitos (Córdoba), Abengibre (Albacete), Tivisa (Tarragona), etc., que prueban esa abundancia de la Península Ibérica en metales de que hablan los escritores antiguos.

La rápida marcha de Escipión para conquistar Cartagena obedeció quizá no tanto a la necesidad de privar a los cartagineses del mejor puerto de que disponían en la costa levantina en sus relaciones con Africa e Italia (Polib. X 7, Str. III 148), cuanto a la necesidad de apoderarse de las ricas minas de plata de los alrededores, minas que probablemente financiaron la segunda guerra púnica; perdidas estas minas, Aníbal se mantuvo prácticamente a la defensiva en Italia. A la misma necesidad responde posiblemente la repentina marcha romana hacia Cástulo, en cuyas proximidades se encontraba, entre otras (Polib. X 38, 7), la célebre mina Baebelo, que rentaba a Aníbal 300 libras diarias de plata y que todavía en la época de Plinio se encontraba en explotación (XXX 96). Este mismo escritor latino se refiere a los pozos mineros abiertos por Aníbal, que aún seguían en explotación en su tiempo, y que conservaban los nombres de sus descubridores. Livio (XXVIII 3) cita otras minas de plata junto a Auringis. Los ejércitos romanos buscaron desde los primeros momentos de la conquista, como botín codiciado, las vajillas preciosas, como lo demuestra el hecho de que los astapenses, al ser asaltada su ciudad en el año 206 a. C. por las tropas de Escipión, inutilizaron con plomo sus vajillas preciosas; «pero el oro y la plata, que entre el cúmulo de objetos brillaban, excitaron la codicia natural al común de los hombres, e intentando sacarlos del fuego, unos se abrasaron y otros medio se quemaron por el vapor...», escribe Livio (XXVIII 23, 3) sobre el asedio de esta ciudad, que favoreció la causa de Cartago.

La explotación en metales en la Península Ibérica durante los años que Escipión Africano estuvo en ella al frente del ejército, se deduce bien de la cantidad que el general romano ingresó en el erario cuando dejó el mando de ella. Estaba cifrada en 14.342 libras de plata sin acu-

ñar, junto con gran cantidad de plata acuñada (Liv. XXVIII 38). Apiano *(Ibér.* 37), a su vez, confirma los datos de Livio, al narrar que llevó gran número de cautivos, dinero, armas y despojos. Esta riqueza minera es lo que explica que, a pesar de la gran sangría de hombres que la guerra les ocasionaba, de la que hay cifras bien elocuentes en las fuentes literarias, los romanos no pensaron en abandonar la Península Ibérica.

A partir de la fecha de la marcha de Escipión a Roma, continuamente llegaron al erario romano nuevas cantidades. Las cifras fueron recogidas por Livio de archivos oficiales, y son las siguientes:

Liv.	*Año*	*Oro (libras)*	*Plata (libras)*	*Bigati*	*Oscenses*
XXVIII 38,5	206	2	14.342	magnum numerum	
XXX 20,7	200	2.450	43.000		
XXXII 7,4	199	30	1.200		
XXXIII 27,2	196	1.515	20.000	34.500	
XXXIV 10,2	195		14.732	17.023	119.439
XXXIV 10,7	195		34.800	73.000	278.000
XXXIV 46,2	194	1.400	25.000	123.000	5.040
XXXVI 21,11	191	127	12.000	130.000	
XXXIX 29,6-7	185	264	26.300		
XXXIX 42,3-4	184	83	12.000		
		83	12.000		
XL 16,11	182	149	9.320		
XL 43,6	180	155	20.000?	173.200	
			40.000		
XLI 7,2	178		20.000		
XLI 28,6	174	50	10.000		
XLV 4,1	168	10		250.000	

De todos estos datos se desprende que antes de la división en provincias, hacia el año 197 a. C., la Península ingresó en el erario romano 2.480 libras de oro y 58.542 libras de plata. En la primera década del siglo II antes de Cristo, el valor total de los ingresos en metales preciosos fue de 3.042 libras de oro, 156.532 de plata y 775.502 denarios. Entre los años 190 al 180 a. C., los romanos sacaron de la Península 734 libras de oro, 59.620 de plata y 173.200 denarios. Entre los años 180

y 168 a. C., las cifras transmitidas por Livio suman 60 libras de oro, 70.000 de plata y 250.000 denarios. Los escritores antiguos han conservado las noticias de otros ingresos, generalmente sin proporcionar cifras concretas. Así, Livio (XXI 61, 11) alude a otras contribuciones en metales, como la impuesta a la ciudad de Atanagro en el año 218 a.C. Escipión, en la misma campaña, obtuvo unos 20 talentos de la capital de los ausetanos (Polib. XXI 61). En el año 206 a. C., Marcio ordenó a los celtíberos transportar el dinero fijado a un lugar de la llanura (Apiano *Ibér.* 31); en este mismo año Escipión impuso un tributo en dinero a Indíbil (Apiano *Ibér.* 34, Liv. XXVIII 34, 12). En el año 205 a. C. se multó con tributos a los pueblos que se habían unido a los revoltosos (Apiano *Ibér.* 38). L. Emilio Paulo sacó de Hispania cantidades fabulosas (Diod. XXXI 26,1, Liv. *Per.* 46). Otras veces se entregó oro por el rescate (Val. Máx. IV 3). El tributo impuesto en el año 179 a. C. por Tiberio Sempronio Graco a los celtíberos al final de la paz ascendía a 2.400.000 sestercios (Liv. XL 17), pero parece ser que el gobernador romano renunció a él después (Apiano *Ibér.* 44). El tributo que en el año 206 a. C. pagaron los ilergetes se destinó al estipendio de los soldados (Liv. XXVIII 34). Estas cifras son relativamente bajas si se las compara con otros impuestos de guerra de los romanos, como el de Cartago, que, después de la primera guerra púnica, año 261 a. C., se comprometió a pagar como indemnización de guerra 2.200 talentos euboicos en veinte años (Polib. I 62,8).

Las contribuciones en metales preciosos de Hispania cubrían todos los gastos de la guerra, según indica Plutarco (*Cat.* 10; Frontino IV 7, 35), con ocasión de narrar las campañas de Catón en el año 195 a. C. El cónsul prometió 200 talentos robados al enemigo a los celtíberos que quisieran sentar plaza de mercenarios romanos en el ejército romano. Estas cifras fabulosas que engrosan el erario romano procedían no sólo de la explotación de las minas de oro y plata, sino también de los tributos y del botín cogido a los indígenas, al que hay tantas alusiones en las fuentes. Baste recordar unos cuantos

datos de las fuentes. En el botín tomado por los Escipiones al ejército púnico entre los años 214-212 a. C. figuran despojos galos, collares de oro y brazaletes en gran número (Liv. XXIV 4). En el año 217 a. C. las naves romanas llegaron cargadas de botín a Longinqua (Liv. XXII 20). Catón (Plut. *Cat.* 10) distribuyó una libra de plata a cada uno de sus soldados, que ya habían reunido un gran botín durante la campaña (Liv. XXXIV 16, 3). En el año 194 a. C., P. Escipión venció a los lusitanos, que regresaban después de devastar la provincia Ulterior cargados de inmenso botín y se apoderó de éste (Liv. XXXV 1). En el año 179 a. C., T. Sempronio Graco obtuvo un gran botín de la toma de Alce (Liv. XL 49). Los ingresos que obtuvieron los romanos del saqueo de los campamentos, principalmente en metales preciosos, fueron enormes (Liv. XXI 60; XXXI 16, 3; XXXIV 43; XL 16, 49-50; Polib. III 76, 10 y 12). Este botín comprendía no sólo una gran cantidad de dinero, sino también objetos de oro y plata; anillos y fíbulas de oro menciona Livio (XXVII 19, 2), que regaló Escipión a un muchacho hispano en el año 206 a. C.

Se pueden espigar algunos datos de los autores que describieron las guerras lusitanas y celtibéricas, que prueban que los romanos obtuvieron ingresos elevados de los pueblos de la costa atlántica y de los de la meseta en el siglo II a. C. En el año 151 a. C., Lúculo pidió a los habitantes de Cauca, que solicitaron la paz, cien talentos (Apiano *Ibér.* 50, 52). Sin embargo, Apiano (*Ibér.* 54), al relatar las negociaciones de paz de Lúculo con Intercatia, expresamente afirma que, como pidiese oro y plata, pues fue la creencia de que Hispania era rica en ambas cosas la que impulsó a Lúculo a hacer la guerra, no pudo conseguirlo, pues no los tenían ni son estimados entre los celtíberos. Este texto, que coincide con otra afirmación del mismo escritor (*Ibér.* 50), es de una importancia excepcional para conocer las verdaderas causas de la penetración romana en la meseta. Las campañas de Galba contra los lusitanos (Apiano *Ibér.* 60) también obedecen muy posiblemente a la avaricia del general. La afirmación de Apiano de que los

celtíberos no tienen oro ni plata la contradicen las fuentes y los hallazgos arqueológicos, como el tesoro de los Filipenses (Palencia), datado en el siglo II a. C., los dos pendientes de oro de Paredes de Nava (Palencia), el broche de cinturón de oro de Saldaña (Palencia), etcétera.

Los romanos impusieron a los pueblos de la meseta algunas contribuciones importantes, como la que pidió Marcelo a los celtíberos, cifrada en 600 talentos (Str. III 162). Las fuentes literarias recuerdan otras. En el año 140-139 a. C. Pompeyo pidió a los celtíberos, que negociaban la paz, 30 talentos de plata (Apiano *Ibér.* 79), que entregaron al general. Referente a la riqueza en metales de Lusitania, baste recordar la mención de los vasos de oro y plata expuestos en las bodas de Viriato. Es bien conocido que el río Tajo (Marcial I 5,15, V 9,12, VII 88,7; Plin. XXXIII 66), al igual que el Limia y el Duero, tenía oro nativo en sus orillas. Lavaderos de arenas auríferas de época romana se conocen en las orillas del Tajo en Portugal. Como se indicó ya, otra campaña que quizá tenga por finalidad conocer las explotaciones auríferas de la región galaica, es la de Bruto Galaico, ya que el comercio de estaño era por vía marítima y hasta comienzo del siglo I a. C. fue monopolio de los fenicios de Cádiz (Str. III 176).

Todavía a finales de la República romana los gobernadores obtenían pingües ganancias de la Península Ibérica. Así, la campaña de César a las tierras del noroeste no tuvo probablemente otra finalidad que obtener oro para pagar sus enormes deudas en Roma, como lo hizo, y para ingresar dinero en el erario público (Apiano *Civ.* II 8; Dión Cas. XXXVII 52-53; Plut. *Caes.* 12). Zonaras (X 6), al igual que Apiano, expresamente afirma que obtuvo de estas campañas mucho dinero; posiblemente se trata de oro. La plata labrada que figura en el triunfo de César, sin duda procedía de Hispania (Veleyo II 56, 2). Cicerón *(Ad fam.* X 32,1), al referir sucesos del año 43 a. C., alude a la gran cantidad de oro, y mayor todavía de plata, sacada de los fondos públicos, que el cuestor Balbo llevó de Cádiz. En el triunfo

de Calvino, celebrado en el año 39 a. C., el oro que se repartió procedía de Hispania, según afirma Dión Casio (XLVIII 41).

Antes de referirnos a la explotación de las minas por los romanos durante la conquista, es conveniente recoger algunas fuentes sobre la riqueza minera de Hispania, pues dan una idea de la opinión que sobre esta riqueza tuvieron los griegos y latinos. Estrabón (III 146) afirma que toda la tierra de los iberos está llena de metales, particularmente la Bética, de la que puntualiza que en cuanto a la riqueza de los metales no es posible exagerar el elogio de Turdetania y de la región limítrofe. Porque «en ninguna parte del mundo se ha encontrado hasta hoy ni oro, ni plata, ni cobre, ni hierro en tal cantidad y calidad». En las comarcas de Ilipa y Sisapo existía gran cantidad de plata, y cerca de Kotinai, de localización dudosa, había cobre y también oro. Montes metalíferos se extendían desde el río Guadiana al Tajo (Str. III 142). Sobre la riqueza de las minas hispanas corrían leyendas, como la recogida por Posidonio, que vivió treinta días en Cádiz (Str. III 138), de que al incendiarse unos montes, que sitúa en los Pirineos, subían a la superficie chorros de oro y de plata, o la transmitida por Estrabón (III 151) de que en Turdetania, en época de la conquista de los Bárcidas, sus habitantes usaban toneles de plata. Según el mismo autor, el suelo del norte de Hispania guardaba plata, estaño y oro blanco mezclado con plata (Str. III 147, 154; Plin. IV 112), afirmación en la que coincide con Floro (II 33) y con Justino (XLIV 3, 4). Este último autor escribió que la región del noroeste es rica en oro, minio y abundante en cobre, plomo y otros productos. Los ríos de la vertiente atlántica tenían gran cantidad de placeres de oro (Str. III 153, IV 208, XV 718, Iust. XLIV 1,7). En Bastetania y en el país de los oretanos había muchos lugares con oro y otros metales (Str. III 157). Al decir de Mela (II 86) y de Plinio (III 30), Hispania abundaba, entre otros productos, en hierro, plomo, cobre, plata y oro. La importancia excepcional de las explotaciones mineras hispanas para los romanos queda bien patente en el interés que a ellas

prestaron Polibio, que a finales de las guerras celtibéricas visitó Hispania, Posidonio y Diodoro, y antes que ellos, Timeo. Diodoro (V 36-38) ha dejado una descripción de las explotaciones mineras de Hispania, que aunque larga, es conveniente traducir, pues da una idea de la riqueza de la Península Ibérica en metales: «Mucho más tarde— escribe el historiador de la época de Augusto—, los iberos conocieron las características de la plata y explotaron minas de importancia. De ellas obtuvieron plata de gran calidad y en grandes cantidades, que les reportó ganancias fabulosas. La manera de la explotación de las minas y la técnica de trabajarlas es la siguiente: siendo como son admirables sus minas en reservas de cobre, oro y plata, los que trabajan las de cobre extraen, excavando la tierra, una cuarta parte de este metal sin ganga; hay obreros que trabajan las minas de plata que, sin ser profesionales, extraen en tres días un talento de Eubea, pues toda la mina está llena de polvo de plata reunido, que emite destellos. Por este motivo, es de admirar la naturaleza de la región y la laboriosidad de los hombres que allí trabajan. Al principio, cualquier particular, aunque no fuese experto, se dedicaba a la explotación de las minas y obtenía cuantiosas riquezas debido a la excelente disposición y abundancia de la tierra argentífera. Luego ya, cuando los romanos se adueñaron de Iberia, itálicos en gran número llenaron las minas y obtenían inmensas riquezas por su afán de lucro, pues compraban gran cantidad de esclavos y los ponían en manos de los capataces de los trabajos en la mina. Y estos esclavos abrían bocaminas en muchos puntos y excavaban la tierra en profundidad, investigando las venas ricas en plata y oro, y excavando no sólo en exterior, sino en profundidad, con pozos de muchos estadios; y trabajaban en galerías trazadas al sesgo y formaban recodos de forma muy variada; desde las entrañas de la tierra hacían aflorar a la superficie las vetas del mineral, que les proporcionaba ganancia.

»Una gran diferencia hay entre estas minas y las del Atica, pues los que trabajan las del Atica gastan grandes

cantidades en su explotación y, de vez en cuando, no obtienen lo que esperaban obtener y lo que tenían lo pierden, de modo que parece como un enigma. Por el contrario, los que explotan las de la Hispania obtienen de sus trabajos riquezas fabulosas a la medida de sus esperanzas. Porque los primeros trabajos resultan productivos por la excelencia de la tierra para este tipo de explotación y, luego, se van encontrando vetas cada vez más brillantes, llenas de plata y oro. Toda la tierra de los alrededores es un trenzado de vetas dispuestas en circunvalaciones de diferentes formas. Algunas veces, los mineros se encuentran en lo profundo con ríos que corren bajo tierra, cuyo ímpetu dominan quebrantando las embestidas de sus corrientes, para lo que se valen de galerías transversales. Aguijoneados por sus bien fundadas esperanzas de lucro, llevan a fin sus empresas. Lo que más llama la atención es que hacen los drenajes valiéndose de los llamados caracoles egipcios, que inventó Arquímedes de Siracusa cuando estuvo en Egipto. A través de éstos hacen pasar el agua de uno en otro sucesivamente, hasta la boca de la mina, y así desecan el emplazamiento de ésta y lo condicionan debidamente para el desempeño de las actividades de explotación. Como este artefacto es enormemente ingenioso, mediante un trabajo normal se saca fuera de la mina gran cantidad de agua, cosa que llama mucho la atención, y toda la corriente del río subterráneo aflora a la superficie con facilidad. Con razón sería de admirar el ingenio del inventor, no sólo en este punto, sino también por otros muchos y más importantes inventos, que se celebran por el mundo entero, de los cuales hablaremos en particular y con precisión cuando lleguemos a la época de Arquímedes.

»Los trabajadores de las minas hacen ricos a sus dueños, porque los rendimientos rebasan el límite de lo creíble. Los mineros, bajo tierra, en las galerías día y noche, van consumiéndose y muchos mueren por la excesiva dureza del trabajo. No tienen casi ni respiro ni descanso en sus trabajos, sino que los capataces, a fuerza de golpes, les obligan a aguantar sus males, y así no vale

nada su vida, que pierden en condiciones tan miserables. Algunos, por vigor corporal y fortaleza de ánimo, soportan sus padecimientos largo tiempo, pues es preferible la muerte a vivir, dada tan miserable situación. Habiendo más de un aspecto notable en el trabajo de las minas que acabamos de describir, uno no puede pasarse por alto sin gran admiración, cual es el hecho de que ninguna de las minas es de explotación reciente; por el contrario, todas fueron abiertas por la codicia de los cartagineses en la época en que eran dueños de Iberia. Gracias a ellas aumentaron su poder, pagando a los más fuertes mercenarios, y gracias a éstos llevaron a cabo muchas guerras importantes. Por regla general, siempre que los cartagineses hacían guerras, no confiaban en sus propios ciudadanos como soldados ni en las tropas reclutadas entre sus aliados, sino que a los romanos, a los siceliotas y a los habitantes de Libia los pusieron en los mayores aprietos, venciéndolos en riqueza gracias a los recursos que las minas les proporcionaban.»

Estos párrafos son muy importantes por varios aspectos. Señalan, en primer lugar, la extraordinaria riqueza de toda Hispania en metales. Para valorar la importancia de las minas hispanas hay que tener presente que de todo el Mediterráneo la Península Ibérica era la región más importante en minas, por su variedad y cantidad. Las minas de plata del Laurion, en el Atica, se encontraban ya en decadencia. Tracia era rica en minas, pero por su número no podía competir con el Occidente. La Península Ibérica estuvo sometida a una gigantesca colonización itálica de gentes que se desplazaban acá a explotar las minas. La presencia de estos itálicos fue un factor importantísimo en la romanización y civilización de los pueblos de la Hispania antigua. Las explotaciones mineras contribuían poderosísimamente a la creación y desarrollo del capitalismo romano. Esta fabulosa riqueza estaba basada en la explotación del hombre, de grandes masas de esclavos que, debido al intenso trabajo, perdían su vida en seguida. Las condiciones de trabajo eran durísimas, ya que no había horas de trabajo fijas, y la vida del minero era insana.

Desde los primeros momentos de la conquista, los romanos explotaron las minas. Ya se indicó que la conquista de Carthago Nova, como la de Cástulo, en cuyas proximidades se encontraba la Sierra de la Plata (Str. III 148), obedece muy posiblemente a la necesidad en que se encontraban los romanos de explotar las minas descubiertas por los cartagineses. El cónsul Catón, en fecha tan temprana como es el año 195 a. C., impuso un gran tributo sobre las minas de hierro y plata del nordeste (Liv. XXXIX 21). El cónsul tenía a estas minas y a una tercera de sal pura por muy productivas (Gel. III 22, 28). Estrabón (III 159) alude, por su parte, a unas minas de hierro en las proximidades de Hemeroskopeion, muy buenas, que se ignora si se explotaban ya tres siglos antes, como es muy posible. En la Bética se explotaba la sal gema, que se empleaba para las salazones (Str. III 144).

Las minas más famosas eran las de Carthago Nova y Cástulo. Las primeras son bien conocidas por la descripción de Polibio, conservada por Estrabón en el libro tercero de su Geografía, y por los numerosos hallazgos arqueológicos. Los romanos se ocuparon casi exclusivamente de obtener plata y plomo, extrayendo la primera a costa de grandes pérdidas del segundo. Su descubridor, el ibero Aletes, fue divinizado por el hallazgo (Polib. III 10, 11). La creación de la ciudad de Carthago Nova por Asdrúbal (Polib. II 15,1) obedece seguramente a la necesidad de controlar y explotar las ricas minas de plata de los alrededores. El puerto de la ciudad exportaba el mineral. Diodoro (V 35, 37) afirma que cuando las naves estaban cargadas, cortaban los plomos atados a las anclas, sustituyéndolos por lingotes de plata, para que prestasen el mismo servicio. Quizás la confirmación de este texto sea el gran número de anclotes de plomo hallados en el litoral del cabo de Palos. Algunos con inscripción griega, otros anepígrafos. El gran número de anclas extraídas y el todavía mayor de las que yacen en el fondo del mar indican que la afirmación de Diodoro es cierta. La extensión de estas minas era de 400 estadios, es decir, unos 74 kilómetros (Polib. III 57) y distaban cuatro

estadios de la ciudad. Las monedas antiguas recogidas en las minas señalan que se explotaron durante toda la conquista hasta finales del siglo II. Los restos de las fundiciones son los extensos escoriales [2] de la sierra de Cartagena. Uno sólo de ellos, el llamado de Las Herrerías, se calcula que tiene 276.000 toneladas de escorias. La decadencia de estas minas comenzó en tiempos de la dinastía flavia. Sobre la técnica de explotación de las minas son de interés excepcional los datos que proporciona la arqueología de la región. Excepcionalmente los filones se explotaban «a tajo abierto» mediante obras superficiales que profundizaban a medida que se agotaba la veta del metal; normalmente se perforaban pozos de extracción, que llegaban hasta los filones. Las galerías eran generalmente poco espaciosas. Estos pozos en algunas minas alcanzaron hasta seis metros de diámetro, trabajándose hasta 300 metros de profundidad. La técnica de la construcción de pozos y galerías era muy simple: se perforaban las rocas blandas, y maderas de pino entibaban las paredes. Las rocas duras se golpeaban con martillos, auxiliados por cuñas y por pequeñas piquetas. Algunas de las maderas halladas en las galerías no proceden del país, pues han sido halladas marcas de comerciantes extranjeros, hoy perdidas. Mediante teas, antorchas y candiles se iluminaban las galerías. El agua se sacaba en recipientes o con cubas, en las que se transportaba a galerías especiales de desagüe. Esta tarea se facilitaba a veces mediante canales suspendidos en lo alto por medio de aros de madera de una sola pieza. En una mina se conserva una de estas galerías de 1.800 metros de longitud, con pozos escalonados cada 80 metros, teniendo cada uno aproximadamente la misma profundidad; los cubos eran izados por medio de poleas, que asían unos ganchos dobles sujetos a una argolla, todo ello fabricado de hierro, que permitía la elevación simultánea de dos cubas pequeñas o de una grande. Las poleas eran irregulares. A los cubos pequeños se les ataban trozos de plomo como peso para que se hundieran fácilmente en el agua. Las cubas eran de esparto embetunadas para darles consistencia; estaban protegidas por costillas de madera y tenían

en la parte superior un travesaño de suspensión. Extraído el mineral, se sacaba al exterior en grandes espuertas de esparto, semejantes a las descritas, pero de menos fondo, de mayor diámetro de boca y sin refuerzos de madera; en cambio tenían una gruesa soga alrededor que servía de protección, y un tirante, que el obrero se pasaba por el hombro, completaba este utensilio. No muy lejos de la boca de la mina el mineral era sometido a una primera monda y trituración a mano o en molinos de piedra, y luego lavado mediante una corriente de agua que arrastraba las tierras más ligeras. Una de las minas de Carthago Nova tuvo un lavadero con nueve balsas sucesivas. No muy lejos de las minas, a juzgar por los restos de escorias, se fundía el metal en lingotes. Su peso oscila alrededor de los 35 kilogramos. El Museo de Cartagena conserva gran número de instrumentos mineros, como martillos, piquetas, espuertas, campanas, posiblemente para llamar al trabajo, escaleras, prendas de vestir magníficamente conservadas, como alpargatas de esparto, gorros, rodilleras, etc. Los datos que sobre la explotación de estas minas proporciona la arqueología confirman la descripción de Polibio (Str. III 147), extractada por Estrabón, quien escribe que «Polibio, al mencionar las minas de plata de Carthago Nova, dice que son muy grandes, que distan de la ciudad unos veinte estadios, que ocupan un área de cuatrocientos estadios, que en ellas trabajaban cuarenta mil obreros y que en su tiempo reportaban al pueblo romano veinticinco mil dracmas diarias. Y omito todo lo que cuenta del proceso del laboreo, porque es largo de contar; pero no lo que se refiere a la ganga argentífera arrastrada, de la que dice que se machaca y por medio de cribas se la separa del agua; los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados y, separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces, este quinto sedimento se funde, y, separado el plomo, queda la plata pura. Actualmente, estas minas de plata están todavía en explotación; pero tanto aquí como en otros lugares, han dejado de ser públicas, para pasar a ser propiedad particular; las de oro, sin embargo, son en su mayoría públicas. En Cástulo y otros luga-

res hay una mina particular, de plomo, el cual, aunque contiene plata, es en tan pequeña cantidad que su purificación no merece la pena». Este párrafo de Estrabón es muy importante no sólo por señalar el número de esclavos que trabajaban las minas de Carthago Nova, su producción y algunos aspectos de su explotación, sino también porque es una de las pocas alusiones en las fuentes literarias a la propiedad de las minas.

El material arqueológico hallado en los últimos años en el litoral de Cartagena permite conocer algunos aspectos fundamentales de la explotación de las minas y los nombres de los negociantes. Catorce lingotes de plomo han aparecido delante del puerto y otros quince en el cabo de Palos. Estos lingotes llevan las marcas de los *negotiatores* [3]. Se pueden clasificar en tres grupos. Al primer grupo pertenecen los nombres de *M. Aquinii C. F.; M. ... I. M. F.; C. Messi L. F.; C. Fidui C. F.; S. Lucreti S. F.; C. Aquini M. F.* Todos se fechan en época

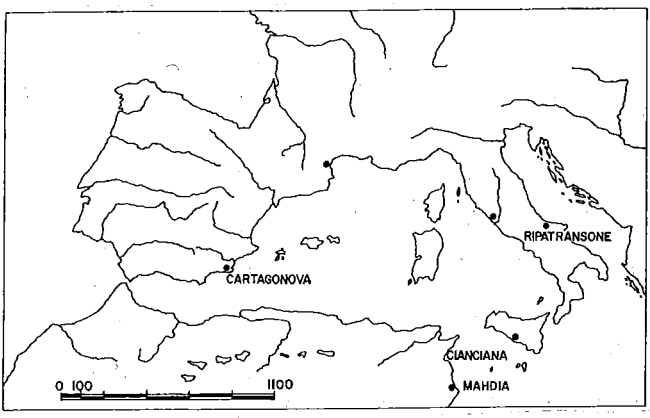


FIG. 9.—El comercio plumbífero de los Planii. (Según Domergue.)

republicana. El segundo grupo está formado por los nombres de *P. Nonae P. F. Nuc.* y de *L. Plani L. F. Russini* que vivieron en época republicana posiblemente, o a co-

mienzos del Imperio; el tercero está compuesto por los nombres de *M. Rai. Rufi. Fer.,* de poco después de Augusto. Los 30 lingotes se fechan, pues, en los siglos II a. C.-I d. C. Se conocen los nombres de otros *negotiatores* de plomo, que explotaban las minas de Carthago Nova.

De las minas de El Centenillo (Jaén) se conservan 60 galápagos, cuyo peso oscila entre 30 y 35 kilógramos. La mayoría llevan el nombre del *negotiator* Publius Turullius Labeo. De las minas de Orihuela (Alicante) se conocen 30 galápagos, cuyo peso oscila entre 32 y 35 kilogramos. Son de forma semicilíndrica, su anchura es de 43-45 centímetros y su altura de 8 centímetros. El *negotiator* de la *societas argentariarum fodinarum montis Ilucronensis* era P. Turullius Arco, el único hispano que aparece con tal cargo en las explotaciones mineras. Los restantes nombres son de itálicos. En Canjáyar (Granada) se han encontrado varias barras de plomo con la marca *L. S. Rex (CIL* II 4964, 6247), y en Cástulo la marca *T. Iuventi-M. Lu. (CIL* II 3280a, 6247, 2); en Alcaracejos se halló una barra de 175 libras romanas de peso con la marca *C. P. T. T. (BRAH* 63, 276). Dos barras de Madrid de procedencia desconocida, pero hispana con seguridad, llevan la inscripción *Aurunc(ulei) L. (CIL* II 6247, 1) y una segunda, la de *P. Turulli Arcen.* Al final de la República el mineral de Almadén había pasado a manos de una compañía romana, encargada de su explotación (Cic. *Phil.* II 19), formada por publicanos. En cuanto a la procedencia de los *negotiatores* es posible dar algunas orientaciones, así los nombres de Gaius Fiduius, Gaius Messius, Publius Nona, Lucius Planius provienen seguramente de Campania, y quizás también el de Marcus Raius; Gaius Uticus parece venir de Italia meridional. Para los Aquinii y para S. Lucretius faltan datos. Todos estos nombres indican quiénes eran y de dónde procedían los grandes hombres de negocios que explotaban las minas hispanas al final de la República. Ha sido Rostovtzeff, y más recientemente Menéndez Pidal [4] y Gabba [5], los que han llamado la atención, siguiendo a Diodoro, sobre la gigantesca colonización por elementos

itálicos a que fue sometida Hispania. Esta colonización, relacionada con la explotación de la Península, es una de las causas fundamentales de la temprana y profunda romanización de Hispania. En gran parte el dinero obtenido debió revertir sobre Italia e invertirse en la agricultura e industria itálicas.

Algunos de estos *negotiatores* alcanzaron las magistraturas locales, como Gaius y Aquinus Mela. Este último fue duumviro quinquenal de Carthago Nova en el año 42 a. C. Los gentilicios de tres personajes que aparecen en los lingotes, Laetilius, P. Turullius Labeo y Q. Varius Hiberus, reaparecen como duumviros quinquenales en las monedas. Se ha pensado por algunos investigadores que Carthago Nova poseía las minas que producían este plomo, señalado con los nombres de los duumviros quinquenales, pero ello no es probable. Los galápagos que producían las minas de la ciudad llevan la inscripción: Carthago Nova. Los de los duumviros quinquenales eran los nombres de simples particulares. Tampoco es totalmente seguro que sean los mismos personajes los citados en los lingotes y en las monedas, pero al menos pertenecían a la misma familia. Se conocen cinco familias que explotaban las minas de Carthago Nova, cuyos miembros habían alcanzado altos cargos municipales. Todo lo cual indica que las minas desempeñaron un papel importante en la vida política, social y económica de la ciudad a finales de la República romana.

La procedencia de *negotiatores* coincide con las afirmaciones de Polibio (Diod. V 36, 3) y de Posidonio (Diod. V 38,9) de que los itálicos explotaban las minas hispánicas a finales del siglo II y a comienzos del siguiente. Según T. Frank, al que sigue Gabba, al principio de la conquista los gobernadores de las provincias dirigían la explotación de las minas y los ingresos eran depositados en el erario de Roma, al finalizar su gobierno. Cuando las sumas ingresadas disminuyeron, hacia el año 179 a. C., la explotación pasó de los censores a compañías de publicanos, lo que motivó una fuerte corriente migratoria de itálicos. En Carthago Nova han aparecido las más antiguas inscripciones de Hispania con nombres de

ciudadanos, posiblemente relacionados con las minas; éstos son L. Baebius, L. Taurius y Seruilius Aefolanus (*CIL* II 3408).

Desde finales del siglo II a. C. el Estado romano había transferido al dominio público las posesiones de los Bárcidas, y especialmente las salinas y las minas, y entregó la explotación de las salinas de Carthago Nova a una compañía, que pagaba por ello su contribución al Estado, y de las pesquerías. Esta compañía era del mismo tipo que la compañía minera que explotaba las minas de Sisapo o la compañía del *mons Ilucronensis* (Mazarrón).

En los dos primeros siglos las minas fueron estatales y explotadas por publicanos, como se deduce además de la afirmación explícita de Estrabón. En época del geógrafo griego las compañías de publicanos habían cesado en la explotación. El Estado romano seguía siempre siendo el dueño de la mina. En la segunda mitad del siglo II a. C., más exactamente entre el año 140 a. C. y Augusto, se debió efectuar, como en otras partes de Italia, el cambio en la explotación de las minas de Carthago Nova. Los que tenían las explotaciones mineras no eran verdaderos propietarios, sino poseedores más o menos estables, concesionarios perpetuos, sometidos a la legislación vigente. Los nombres estampados sobre los lingotes de mineral se refieren a simples concesionarios, y pueden ser también los nombres de los fundidores, que eran distintos de los poseedores de las minas. Los minerales pertenecían al propietario del suelo. Para extraer el mineral en las provincias se necesitaba el permiso del dueño, que era el pueblo romano, y en época imperial el emperador. Prácticamente era el fisco el que disponía de la casi totalidad de las minas. Hispania, y más concretamente las minas del sureste, abastecían de plomo a todo el occidente mediterráneo, como se deduce de que marcas hispanas han aparecido en Galia, Italia y norte de Africa.

Los *negotiatores* eran ciudadanos romanos, originarios de Italia, y podían formar una compañía privada, como la que formaron C. Fiduius con S. Lucretius y los Planii. Una compañía privada fue la citada sociedad del *mons Ilucronensis*. No se trata de una *societas* de publicanos,

como la que explotaba el cinabrio de Sisapo en Sierra Morena, sino de una compañía privada, que usufructuaba sus minas, ya que las minas de plata en Hispania, según Estrabón, estaban en manos de particulares.

Seguían en importancia a las minas de plata de Carthago Nova, las de Cástulo, de las que quedan gran cantidad de instrumentos de trabajo en el Museo Arqueológico de Linares. Gracias a investigaciones recientes se conoce bien la explotación de El Centenillo [6], a unos 40 kilómetros de Cástulo. La mina de El Centenillo, a juzgar por las monedas, estuvo en explotación durante el siglo I a. C., y los trabajos continuaron durante los dos o quizás tres siglos siguientes. Se reconocen los antiguos tajos a lo largo de una distancia de 870 metros sin interrupción ninguna en algún filón, y en otros se extienden unos 1.150 metros. En los primeros filones las explotaciones mineras penetran en la tierra hasta 225 metros. La explotación de estos filones fue racional y sistemática. El sistema de desagüe es de los más notables. Varias bombas del tipo de las descritas por Diodoro, que, según este autor, se empleaban en las minas andaluzas, se han hallado en Andalucía, sobre todo en Cerro Muriano (Córdoba), pero el ejemplar más completo procede de El Centenillo; de aquí se conocen cinco ejemplares. El tornillo de Arquímedes consiste en un árbol central de madera de roble, sobre el que se fija una cinta espiral de cobre, de modo que forma un tornillo sin fin. En el eje del tornillo hay una punta metálica, que hace oficio de pivote. La bomba se colocaba en plano inclinado. Uno o dos esclavos accionaban la bomba que aspiraba el agua de un depósito inferior y la elevaba hasta un segundo superior, desde donde era nuevamente elevada por bombas sucesivas. Mediante este sistema, en algún filón el agua fue elevada unos 30 metros. Para la ventilación posiblemente se establecieron unos circuitos, entre los pozos y los socavones, o entre las trincheras y los socavones. Se desconoce el sistema de extracción del mineral; parece ser que era mediante un pico y un buril. Se sacaba el mineral a la superficie por los pozos y socavones orientales. La existencia de un crisol de plomo indica que el

metal era fundido en las proximidades de las minas. De la explotación minera de El Centenillo se conocen más de 100 sellos de plomo, con cabeza humana, y con las inscripciones *C.S. XXX, S.C. XL, S.C.* en el anverso y *C.* en el reverso. Las siglas se interpretan *Societas Castulonensis;* algunas marcas van acompañadas de un valor numérico. También se conoce algún *pondus* con las mismas iniciales. La función de estos sellos era, probablemente, cerrar los sacos de esparto que contenían el mineral. Estas minas las explotaba una compañía privada, a finales de la República. El lugar de destino del mineral era, sin duda, Roma. Esta compañía debió controlar las minas de plata de toda la región.

Cástulo era el gran centro minero de la región. Baste recordar en el norte de Sierra Morena, a 70 kilómetros de Cástulo, la mina de Diógenes [7], en la actual provincia de Ciudad Real. Los filones fueron explotados en esta mina en dos períodos sucesivos, a juzgar por el material arqueológico, a finales del siglo II a. C. y en la primera mitad del siglo I a. C. Hacia la mitad del siglo se abandonó el trabajo, que se reemprendió en los siglos I-II. De esta mina se conoce multitud de materiales; también se conservan los filones vacíos y los pozos de prospección; algunos tajos tienen una longitud de 200 metros y penetran en el suelo una profundidad de una decena de metros. En esta mina conservó Roma la técnica prerromana de extraer el mineral, como los martillos de tipo neolítico. Se ha encontrado un fragmento de tornillo de Arquímedes con hélice de madera, semejante al hallado en las minas próximas de Alcaracejos, pero el sistema de explotación no alcanzó aquí la perfección lograda en las minas del sudoeste, Tharsis, Riotinto, Sotiel Coronada, o el de las más cercanas de El Centenillo, Posadas o Cerro Muriano. La salida del material sería a través de Sierra Morena al río Betis por Andújar, por donde pasaba la Vía Augusta. Sierra Morena tenía docenas de estas minas, explotadas ya a finales del siglo II a. C. y en la primera mitad del siguiente, siendo después abandonadas. Posiblemente a partir del comienzo del Imperio, la administración prestó más interés a la región del sudoeste, que

se convirtió en el gran centro minero para la obtención de cobre y plata. Las pequeñas minas, tipo Diógenes, perdieron su importancia.

Famosísimas eran las explotaciones de Almadén. Las explotaban los publicanos. Al final de la República, Almadén había pasado a manos de una sociedad romana, encargada de su explotación según se dijo. Plinio, Trogo Pompeyo y Vitruvio han dado una serie de datos muy interesantes sobre ellas. Plinio (XXXIII 118) escribe sobre el particular: «El minio más conocido es el de la región sisaponense en la Bética, mina que es propiedad del pueblo romano. Nada se vigila con más cuidado; no está permitido refinarlo en el lugar, sino que se envía a Roma en bruto y bajo precinto en cantidades de unas 2.000 libras de peso al año (otros códices dan la cifra de 10.000). En Roma se lava. Con el fin de que no alcance precios muy altos, una ley ha fijado su valor en venta, que no ha de pasar 70 sestercios la libra. Pero se adultera de muchos modos, lo que proporciona grandes beneficios a las compañías.» En otro lugar de su obra (XXXIII 121) añade que en las minas de Sisapo «las vetas están sólo compuestas de minio, sin plata». Trogo Pompeyo (Iust. XLIV 1, 8) afirma que Hispania es la región que produce mayor cantidad de minio. El minio bético era de mejor calidad que el procedente de Sínope (Str. III 144). Vitruvio (VII 9, 4), que redactó su obra en tiempo de Augusto, indica que las minas se habían descubierto hacía poco tiempo; confirma las noticias de Plinio de la exportación del mineral a Roma, y su preparación allí, que los talleres se encontraban entre el templo de Flora y el de Quirino, y de su adulteración con cal.

La explotación de las minas de Sierra Morena debió sufrir un colapso con la guerra civil, entre los años 49 y 45 a. C., como se deduce del hecho de que en la mina de El Centenillo no se volvió a trabajar hasta la segunda mitad del siglo I. Se ha pensado recientemente que los *negotiatores,* durante este abandono de los trabajos de explotación en las minas, invirtieron sus ganancias en las explotaciones agrícolas. Este aflujo de capitales a la economía bética explicaría la súbita irrupción del aceite

español en la primera mitad del siglo I a. C. en el mercado romano. Los *negotiatores,* la mayoría de origen itálico, se enriquecían en Hispania con la explotación de las minas, e invertían parte de sus ganancias en Italia, y posiblemente otra parte en las explotaciones agrícolas béticas.

De todos estos datos arqueológicos y literarios se desprende que Hispania era el distrito más rico del Imperio en formación, y el primero que fue explotado, como escribe Rostovtzeff. La explotación minera requería grandes masas de esclavos, que sin duda proporcionaban las mismas guerras de la Península, abundancia de madera en las proximidades para apuntalar las paredes de los filones, una industria accesoria de instrumentos de minero, de cuerdas, de sacos de esparto, transportes bien organizados y la distribución de los productos. El centro receptor más importante era, sin duda, Roma. El siglo I a. C. fue el siglo de oro de la explotación y colonización de Hispania, ya que el Oriente se encontraba arruinado material y moralmente, como resultado de las guerras de Mitrídates, de las confiscaciones efectuadas por Sila y los demócratas, de la endémica piratería de Cilicia y Creta, con la que acabó Pompeyo en el año 67 a. C., y de la explotación de los banqueros romanos. La explotación de Hispania databa de más antiguo. Hacia el año 100 a. C., fecha en que se redactó el libro de los Macabeos (I 83), los pueblos del Oriente sabían bien que las minas hispanas de oro y plata se explotaban a gran ritmo.

2. *Agricultura. Vid. Olivo. Arboles frutales. Miel*

Al lado de la explotación minera figuraba en importancia la explotación agrícola, como se deduce de las fuentes [8]. El gran historiador de la economía del mundo antiguo, Rostovtzeff, cree que la política de Roma con respecto a Hispania siguió los mismos pasos que la de Cartago con respecto a Sicilia, Cerdeña e Hispania, que consistía en impedir el cultivo del olivo y la vid. Pero

esta tesis no la creemos probable o por lo menos probada.

Sobre las posibilidades de Hispania en general para una explotación agrícola de gran producción, salvo el Sur y Levante, hay que recordar el párrafo ya mencionado de Estrabón (III 137). Ya se señaló también la enorme cantidad de trigo y cebada que recogió Escipión en Carthago Nova, lo que indica un estado floreciente de la agricultura. Los cartagineses debieron de traer las técnicas de cultivo avanzadas del norte de Africa, que tomaron de los Ptolomeos, y que continuaron bajo Roma. Una máquina agrícola introducida por los cartagineses fue, como su nombre indica, el *plostellum Punicum,* citado por Varrón, que vivió muchos años en la Península y conocía bien sus cosas (*Rer. Rust.* I 52, 1). Era una máquina con ruedas y con hierros muy parecida a algún tipo de trillo moderno. Se usaba en la Citerior, aunque también se empleaba aquí el primitivo *tribulum.* Las tierras de la Bética en gran parte eran de regadío mediante los célebres canales tartésicos (Str. III 144, 169), lo que elevaba enormemente el rendimiento cerealista. De algunas ciudades, las fuentes expresamente afirman que su campiña era fértil, como de Oringis (Liv. XXVIII 37). La riqueza cerealista queda bien patente en el hecho de que ya en el año 203 a. C., Hispania tuvo que proporcionar para la guerra en Africa trigo y capas (Liv. XXX 3, 2). Este mismo año exportó trigo a Roma en tal cantidad que motivó una enorme rebaja de los precios (Liv. XXX 26, 5). En el año 124 a. C., el propretor Fabio Máximo Allobrógico envió trigo, que debía haber obtenido por exacciones ilegales; vendido el trigo, fue enviado el dinero a las ciudades que lo habían entregado (Plut. *C. Grac.* 6). Toda la provincia Citerior cosechaba mucho trigo, que guardaban en silos, durante la guerra civil (Ces. *Bell. Civ.* II 48-49). A César le llevaron trigo los oscenses, los calagurritanos, los jacetanos, los tarraconenses, los ausetanos y los ilergavonenses. Las regiones habitadas por los vacceos, los turmódigos y los autrigones eran zonas trigueras (Floro II 33, 46). Silos para guardar cereales, datados en la época helenística, se conocen bastantes en Cataluña, que confirman la veracidad

de las fuentes; baste recordar los dos de las proximidades de Villafranca del Penadés, fechados en los siglos II-I a. C., el grupo numeroso de Cabrera de Mataró, etc., todo lo cual indica unas poblaciones en las que la agricultura desempeñaba un papel importante como factor económico; lo mismo se desprende de la pareja de bueyes, en bronce, de finales del siglo III a. C., de Tivisa, posiblemente se trata de una yunta de arar. Silos menciona también Varrón (*Rer. Rust.* I 57, 2) en las regiones de Cartagena y Osca. En la Citerior, como en Apulia, había también graneros, documentados en los campamentos alrededor de Numancia, con ventilación subterránea (Varr. *Rer. Rust.* II 57, 9).

La región más rica desde el punto de vista de las explotaciones agrícolas era la Bética o Provincia Ulterior. Los testimonios de las fuentes antiguas no dejan lugar a duda. La introducción de la agricultura en la Bética data de muy antiguo, como se deduce del único mito ibérico conservado por las fuentes (Iust. XLIV 44-16), el de Habis. A Habis le atribuye Trogo Pompeyo las leyes de Tartessos, que según Estrabón (III 139) databan de 6.000 años, la invención de las faenas del campo por bueyes, del pan de trigo y la organización política de su pueblo, dividido en una aristocracia, que tenía prohibido todo trabajo corporal, y una plebe dedicada a él y subdividida en siete ciudades. Este mito data de finales de la Edad del Bronce. Estrabón (III 139) insiste en la fertilidad de la Bética. Según este autor, no cedía a ninguno de los más ricos territorios del mundo conocido por la excelencia de sus bienes, tanto terrestres como marítimos. Otras afirmaciones del geógrafo de Amaseia coinciden con estas primeras indicaciones: «Turdetania es maravillosamente fértil, tiene toda clase de frutos y muy abundantes» (III 142). César (*Bell. Civ.* 3, 2) alude en general a las riquísimas regiones de Galia e Hispania; sin duda se refiere a la Bética, que él conocía bien. Las tierras estaban cultivadas con gran esmero. Además, para recreo de la vista, la región presentaba arboledas y plantaciones de toda clase, admirablemente cultivadas (Str. III 142); un poco más adelante (144) indica el geógrafo alguno de los

productos agrícolas en que sobresale: «de Turdetania se exportaba trigo, mucho vino y aceite, éste, además, no sólo en cantidad sino de calidad insuperable. Exportábase también cera, miel, pez y mucha cochinilla». Durante la guerra sertoriana, los gaditanos, posiblemente por la intervención de Balbo, ayudaron a Pompeyo con víveres y dinero (Cic. *Balb.* 40). Estos testimonios de Estrabón coinciden con los de otros autores. En el *Bellum Civile* II 18, cuenta César que Varrón almacenó gran cantidad de trigo para enviárselo a los marselleses y a los generales pompeyanos Afranio y Petreyo. Varrón había impuesto a los habitantes de la provincia Ulterior un tributo de 20.000 modios de trigo. En la Bética se sembraban los cereales entre los olivares (Plin. XVIII 95), con lo que se obtenían dos cosechas diferentes. Junto al trigo se cultivaban otros cereales, como la cebada. En cuanto a la producción de vino, Cicerón (*De re publica* III 15) da un dato extraordinariamente interesante, cual es que para proteger la producción vinícola y olivarera contra el comercio exterior los romanos prohibieron la plantación de vides y de olivares al norte de los Alpes, al final de la República. Rostovtzeff se inclina a creer que esta primera prohibición no se cumplió en Hispania.

En la obra de Varrón se conservan algunos datos interesantes sobre el cultivo de la vid en Hispania, como son que al vino se le llamaba *bacca (Sat. Menipp.* VII 87), que las cepas no se apoyaban en palos, sino que estaban sueltas *(Rer. Rust.* I 8, 1) y que los toneles a veces estallaban por la fermentación del mosto *(Rer. Rust.* I 14, 4).

Los olivares béticos los menciona dos veces el autor del *Bellum Hispaniense* 27, con ocasión de describir las campañas de la Guerra Civil. Según Estrabón (III 144) era el aceite bético de calidad insuperable. El aceite africano era de inferior calidad que el hispano, se utilizaba en la iluminación, y el itálico para la fabricación de perfumes.

Los olivares no sólo ocupaban gran parte de la Bética, sino también otras zonas de la Península. Plantaciones de olivos figuran también en el centro de la meseta, en las

que acampó Viriato en el año 146 a. C. (Apiano *Ibér.* 64).

La arboricultura floreció mucho. Los higos de Sagunto eran famosos ya en tiempos de Catón *(De agr. cult.* VIII). Plantas tintóreas abundaban en Hispania, y el olivo, vid, higuera y otros árboles semejantes en toda la costa mediterránea y atlántica, al decir de Estrabón (III 164-165).

Favoreció la agricultura bética la pacificación de Hispania después de la Guerra Civil y la extirpación del bandolerismo con sus funestas repercusiones para la economía; había desaparecido este último a principios del siglo I de la Era, según afirma P. Veleyo Patérculo (II 90,4), quien escribió su *Historia romana* hacia el año 30. Varrón (*Rer. Rust.* I 16,2) habla todavía del bandolerismo lusitano que había sido un problema muy grave en los siglos anteriores, y César durante su propretura en el año 61-60 se dedicó a limpiar de bandidos Lusitania (Dión Casio XXXVII 52). Casos como el acaecido en el año 35 a. C. (Apiano, *Civ.* V 143), de que Sexto Pompeyo, perdida la Guerra Civil, se dedicara al bandidaje en la Península, eran ya raros. En el año 43 a. C. todavía existían bandidos en Sierra Morena, que cortaban las comunicaciones con Roma (Cic. *Ad fam.* X 31, 1).

Las fincas béticas debían ser mixtas, con cultivo del olivo y de la vid, con ganadería y con cereales, como hoy.

Con la conquista pasaron a ser propiedad del Estado romano grandes extensiones de terreno, dedicadas a pastos, bosques y labor, las minas y las pesquerías.

En el año 63 a. C. una ley agraria intentó vender casi todos los dominios públicos, entre los que había terrenos de las proximidades de Carthago Nova, muy posiblemente para dedicarlos a la agricultura (Cic. *Leg. agr.* II 51).

De los estudios sobre la colonización y asentamiento romanos en Turdetania se deduce que la población se encontraba dispersa en el campo, que la propiedad debía estar ya a principio del Imperio más repartida que en otras regiones del Imperio, a juzgar por la concentración de colonias en territorios reducidos, que en los municipios debían existir propietarios, que había latifundios,

pero nunca de la extensión de los de Africa, donde seis propietarios se repartían el Africa proconsular (Plinio XVIII 35). Contraria es la opinión de Rostovtzeff, que cree que en la Bética la propiedad territorial estaba concentrada en pocas manos.

Gran parte de Hispania durante la conquista estaba cubierta de espesos bosques, donde habitaba la mayor parte de la población (Str. III 163); sin ellos no se explica la abundancia de caballos salvajes, corzos y caza, lo cual indica un clima más húmedo que el actual. Ya se ha mencionado la afirmación estraboniana de que toda la Península estaba cubierta de montes y bosques. Livio (XXVIII 1), refiriendo sucesos de la lucha entre cartagineses y romanos del año 207 a. C., escribe que entorpecían la marcha del ejército los bosques espesísimos, generales en Hispania. Aníbal en su alocución a las tropas celtíberas y lusitanas menciona los extensos bosques de sus respectivas regiones (Liv. XXI 43, 8), a los que aluden otras fuentes. Montes rodeaban a Contrebia, en Celtiberia (Val. Máx. VII 4,5). Montes menciona César (*Bell. Civ.* I 65, 70; Frontino II 5, 38) en la campaña de Ilerda durante la Guera Civil. Toda la vertiente ibérica de los Pirineos estaba cubierta de árboles de todas las especies, principalmente de hoja perenne (Str. III 162). Los montañeses se alimentaban las tres cuartas partes del año de bellotas, de donde se deduce la existencia de grandes encinares (Str. III 155). Una cordillera de densos bosques y corpulentos árboles cruzaba Bastetania y Oretania (Str. III 156, 161).

3. *Ganadería y caza*

La carne constituía la base de la alimentación en gran parte de la Península. Las alusiones en las fuentes literarias al ganado son muchas.

De las mencionadas palabras que Livio pone en boca de Aníbal dirigidas a los lusitanos y celtíberos de su ejército al pasar el Ródano, en el año 218 a. C., se desprende que estos pueblos eran fundamentalmente pastores.

Lo que confirman otras fuentes. En el año 194 a. C., P. Escipión atacó a los lusitanos, embarazados en sus movimientos por gran cantidad de ganados (Liv. XXXV 1). Ganados que las tropas romanas enviaban como cebo por delante, se citan en el año 206 a. C. en la región ribereña del norte del río Ebro (Liv. XXVIII 33). El ganado era abundante entre los pueblos del norte (Str. III 154), que sacrificaban a una divinidad similar al Ares griego machos cabríos y caballos. Consumían estos pueblos del norte mucho ganado porcino, como se deduce del hecho de que usaran manteca en vez de aceite (Str. III 155) y de la fama de los jamones cántabros y cerretanos (Str. III 162). El ganado porcino y bovino constituía la base de la alimentación en amplias zonas, como se desprende de las esculturas de cerdos y toros, llamados «verracos», aparecidos en las provincias de Avila, Cáceres, Orense, Pontevedra, Salamanca, Segovia, Zamora y en la región de Tras-os-Montes en Portugal.

Alusiones a la abundancia de caballos en Hispania se conocen muchas en las fuentes, desde el primer día de la conquista, que desempeñaron un papel importante en las guerras.

Así tenemos datos suministrados por la arqueología, como la diadema de Ribadeo (Asturias) con una procesión de jinetes, las estelas vadinienses, la estela de Zurita (Santander) o las de Clunia, de Lara de los Infantes (Burgos), de Calaceite (Teruel) y de Iruña (Vitoria), todas con representaciones de jinetes. Entre los pueblos iberos de la costa, la caballería desempeñaba igualmente un papel importante; es suficiente recordar las paradas de jinetes representadas en un vaso de Liria, Valencia, datado en el siglo II a. C.; la existencia de un dios ibérico, vinculado a los caballos, y del santuario ibérico de El Cigarralejo, Murcia, con multitud de exvotos equinos que presuponen una importancia grande entre estos pueblos del ganado caballar. Sobre los caballos hispanos corrieron en la antigüedad algunas leyendas, como la recogida por Varrón (*Rer. Rust.* II 1, 19) de que en la región de Olisipo se criaban yeguas que quedaban preñadas por el viento Céfiro, lo que explicaría la gran velo-

cidad de los caballos. La misma noticia recogen otros autores, como Columela (VI 27, 7) refiriéndose al Monte sagrado, Cabo Roca, y Trogo Pompeyo (Iust. XLIV 3, 1). Tanto los indígenas como los romanos consideraban a los caballos como botín muy estimado, y jinetes hispanos participaron en los ejércitos romanos dentro y fuera de Hispania. En los años 181 y 180 a. C. figuran ya los caballos como botín codiciado (Liv. XL 11, 33). En el año 153 a. C., al comienzo de las Guerras Celtibéricas, Nobilior pidió caballería a una tribu aliada (Apiano *Ibér.* 47). En el ejército que en el año 36 a. C. condujo Marco Antonio a Armenia figuran 10.000 jinetes iberos y celtas (Plut. *M. Ant.* 32).

La abundancia de ganados de toda especie era en la Bética enorme, así como la caza, escribe Estrabón (III 144). El geógrafo griego en otro párrafo (III 170) alude a las vacadas que pastaban en las marismas andaluzas (Str. III 143). La localización en el sur del mito de los toros de Gerión presupone la existencia de una gran riqueza bovina en la región (Ovid. *Metam.* IX 184, Apol. *Bibl.* I 6, 1, etc.). Diodoro (IV 12, 2) recoge la noticia de que la descendencia de una punta de vacas regaladas por Hércules a un reyezuelo ibero era utilizada para seleccionar las víctimas que se sacrificaban al propio Hércules, por lo cual, concluye Diodoro, desde entonces hasta el día de hoy las vacas son sagradas en Iberia. La arqueología ha proporcionado, en la pintura de un vaso de Verdolay, la prueba de que Murcia contaba ya con una buena raza de ganado caprino.

La riqueza agrícola, ganadera y vinícola de la Bética quedó magníficamente reflejada en las monedas; así, espiga y toros se representa en ases y semises, toro en semises, y prótomos de caballos en cuadrantes de Obulco; ramos de vid en ases de Ulía; espiga en ases y cuadrantes de Carmo; espigas en ases de Onuba e Ilipa; espigas y racimos de uva en Acinipo; toros en ases de Oippo; caballo en ases de Sacili; toros en ases y semises de Serpo; caballo en semises de Nabrissa, y espiga y racimos de vid en semises de Iulia Traducta.

Toda Hispania era un gigantesco coto de caza. Estrabón (III 163) escribe, en general, de Hispania: «Iberia produce gran número de rebecos y de caballos salvajes, en sus lagunas abundan también las aves, como cisnes y otras especies análogas o como avutardas, que son muy numerosas. Los ríos crían castores.» Otros testimonios confirman esta abundancia de ciervos, como la noticia de que en el año 151 a. C. el ejército de Lúculo se vio obligado a alimentarse con carne de ciervos y de conejos (Apiano, *Ibér.* 54).

La arqueología ha suministrado pruebas de esta abundancia; baste recordar el vaso de Mérida con cabezas de ciervos, la cierva en bronce del Museo Británico, las del Museo Arqueológico de Jaén, de la antigua colección Calzadilla, de la Codosera (Badajoz) y de Coruche (Portugal).

Una verdadera plaga para la agricultura y los montes fue la abundancia de conejos, animal nativo de la Península, de donde procede incluso su nombre. Fue descrito en sus características por Polibio (XII 3, 10) y por Estrabón (III 144), y se los descastaba con hurones. En época de Estrabón (III 168, Plin. VIII 144) en las islas Baleares su propagación no constituía peligro alguno, aunque años antes habían socavado una ciudad entera. El epíteto que C. Valerio Catulo (37, 18) da a Celtiberia es *cuniculosa,* lo que indica bien la abundancia de este roedor en la región.

La pasión de los indígenas por la caza queda bien patente en una serie de estelas de la provincia de Burgos con representaciones de cacerías de jabalíes o ciervos, temas que también aparecen en las cerámicas de Liria y de Archena.

4. *Pesca y salazones*

En las fuentes literarias hay algunas alusiones a pescadores; la gente pobre de Cádiz usaba unas pequeñas embarcaciones llamadas «caballos» por el mascarón de sus proas, y pescaban con ellas a lo largo de toda la costa

occidental africana hasta el río Lixus, actual Draa, al sur de Agadir (Str. III 99). La captura de pescado estaba, sin duda, en función de las salazones, que salían de las fábricas localizadas en el sur de Hispania.

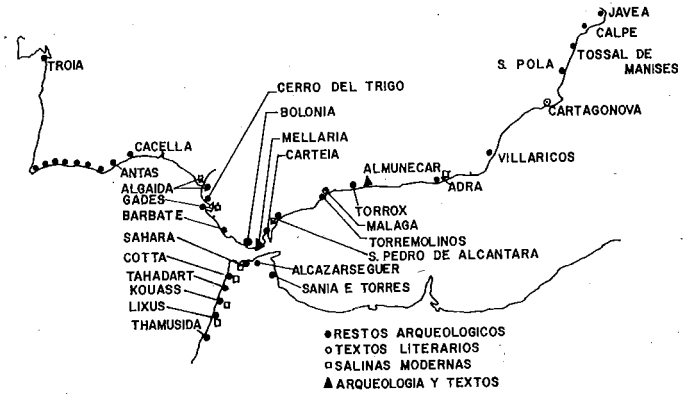


FIG. 10.—Industrias de salazón. (Según Ponsich-Tarradell.)

Estrabón (III 145), que es la principal fuente para el conocimiento de Hispania al final de la República y comienzos del Imperio, no se cansa de alabar la riqueza piscícola de las costas de Turdetania, y cita en concreto ostras, conchas, cetáceos, orcas, ballenas, marsopas, congrios, morenas, pulpos y atunes. Menciona el geógrafo griego (III 140) en particular las fábricas de salazón [9] de Melaria, de Baelo, en la zona del estrecho de Gibraltar, y en general de la costa meridional (III 144), las de Málaga, de Sexi (III 157) y de Carthago Nova (III 158-9), que producía la mejor salazón. Las salazones hispanas fueron uno de los productos de exportación que gozaron de mayor aceptación en el mundo antiguo. Esta industria databa de siglos anteriores a la llegada de los romanos, pues la salazón de Gades, que posiblemente era la ciudad exportadora, la cita ya el autor ático de comedias Eupolis (446-411 a. C. en Est. Byz. v. Gadeira) junto a la procedente de Frigia. Unos años más tarde, otro autor cómico, Antífanes (*FHA* II 46), hacia el año 390 a. C., menciona

las salazones de Gades junto con las de Bizancio. Nicóstrato hacia el año 380 a. C. cita también las salazones gaditanas al lado de las de Bizancio (*FHA* II 43). Hacia el año 100 a. C. el médico Hicesio (Athen. VII 315 d) recomendaba a sus enfermos estas salazones por sus propiedades curativas. El Pseudo Aristóteles (*De mirab. ausc.* 136) recogió algunas noticias sobre la captura de los atunes, como eran que la pesca estaba en manos de los fenicios de Gades, posiblemente por ser un monopolio de la ciudad, que los bancos de atunes se encontraban en el Atlántico, a cuatro días de distancia de la ciudad, que en conserva se exportaban a Cartago, que parte se consumía en la ciudad y que la parte restante se dedicaba a la exportación.

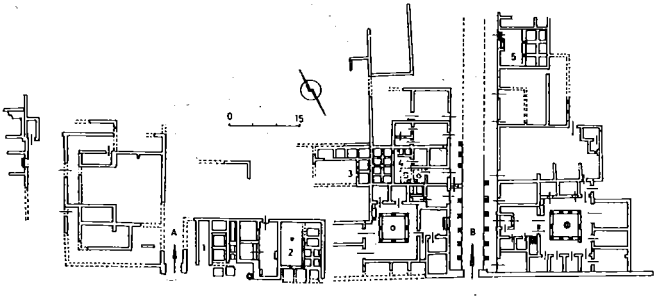


FIG. 11.—Fábricas de salazón de Bolonia (Baelo). (Según la Casa de Velázquez.)

Varias fábricas de salazón situadas entre Gades y Carthago Nova comenzaron a trabajar, a juzgar por los datos suministrados por la arqueología, entre mediados del siglo I a. C. y la mitad del siglo siguiente, e incluso el primer asentamiento romano de Baelo parece estar en relación con esta industria, que llevaba consigo otras accesorias, cuales son la explotación y comercio de la sal, abundante en las salinas béticas, la de construcción naval y de redes, y la distribución de productos, todo lo cual requiere mucha mano de obra y una buena organización. En las ciudades con industria de salazón, gran parte de la po-

blación, de una manera o de otra, se dedicaría a esta industria, que fue una de las mayores fuentes de riqueza de la Bética y Mauritania. El hecho de representarse en monedas béticas, como en las de Gades, Abdera y Sexi, y también en ciudades que no se hallan situadas en la costa, como Ituci, Asido, Ilipa y Caura, los atunes o delfines indica que la industria de salazón era considerada como la principal fuente de riqueza, y que de su explotación vivían las ciudades.

5. *Comercio. Industrias. Talleres de orfebrería y de escultura*

Al final de la República y comienzo del Imperio se desarrolló un libre intercambio de mercancías [10]. El comercio más importante era el intercambio de artículos de primera necesidad, no el de objetos de lujo. Las gentes dedicadas al comercio fueron muy numerosas desde el primer momento de la conquista. La pronta presencia de *negotiatores* de Italia está testimoniada por hallazgos de monedas romanas republicanas. El tesoro de Torre de Juan Abad (Ciudad Real) tiene monedas de los años 268-90 a. C. El de Tivisa, un as y un triente anterior al 217 a. C., y de los siglos III-II a. C. el de Drieves (Guadalajara). Menciones de mercaderes en la primera etapa de la conquista romana sólo se conocen dos; una de ellas se refiere a que los habitantes de Astapa apresaron a los cantineros y mercaderes del ejército romano desperdigados por el campo (Liv. XXVIII 22) en el año 206 a. C. En el año 195 a. C. Catón expulsó del ejército a los abastecedores o revendedores, que querían proporcionarle trigo, que el cónsul pensaba quitar a las poblaciones indígenas (Liv. XXXIV 9, 12), alegando que las guerras se alimentaban a sí mismas. Ya se ha indicado que Escipión Emiliano echó del ejército romano que sitiaba a Numancia a los mercaderes. En el siglo II a. C. el comercio con Italia era floreciente, como se deduce de la creación por Q. Servilio Cepión de la Turris Caepionis (Mela III 4, Str. III 1, 9) a fin de que los buques evitasen el

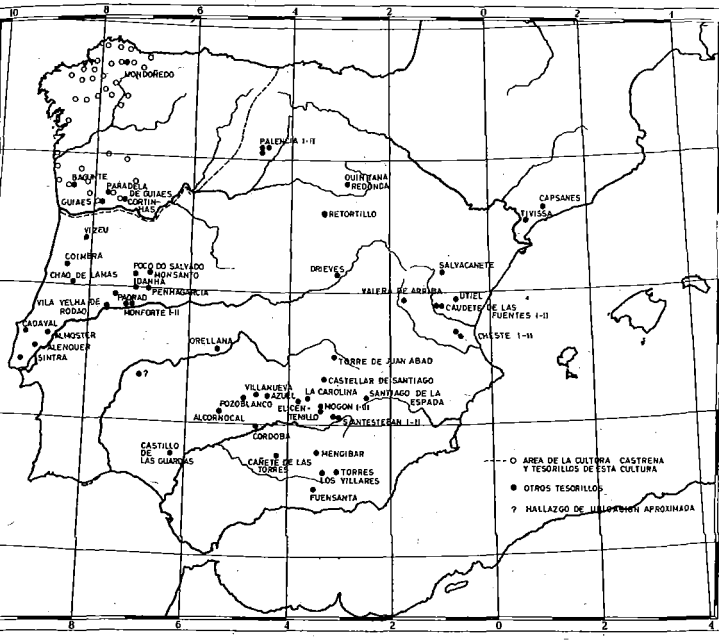


FIG. 12.—Distribución de los tesorillos de orfebrería, siglo III-II antes de Cristo. (Según Raddatz.)

banco de Salmedina en la desembocadura del Guadalquivir [11].

Los mercaderes de Cádiz comerciaban con los habitantes de las Casitérides (Str. III 176), y cambiaban metales, estaño, plomo y pieles por cerámica, sal y utensilios de bronce; también lo hacían con el norte de Africa (Str. III 157).

En tiempos de paz, los mercaderes se dedicaban a prestar dinero a usura, y al arriendo de los servicios. Ellos eran los que compraban el botín (Apiano *Ibér.* 20), del que se conocen tantas alusiones en las fuentes, y los esclavos. Un corredor de subastas se menciona en Cádiz (Cic. *Ad fam.* X 32, 3), al que el cuestor Balbo arrojó a las fieras por ser muy feo.

De las fuentes ya mencionadas se deduce que al final de la República en gran parte la producción, tanto agrícola, como minera e industrial (lanas y salazones), estaba montada para la exportación a Roma de sus productos y concebida como grandes empresas de producción, transporte y distribución. El comercio explica la fabulosa riqueza, prosperidad y concentración de personal en la Bética, de la que hay noticias.

La distribución de la cerámica ibérica, de época helenística en su mayoría, fuera de la Península indica un comercio de exportación, posiblemente de miel. Se la localiza bien en el norte de Africa, Italia y sur de la Galia. Anforas béticas han aparecido también en el sur de Galia. Las ánforas púnicas indican que después de desaparecer el dominio cartaginés en Hispania, las formas de comercio púnico todavía pervivieron. Las ánforas de tipo púnico posiblemente contenían salazones, a juzgar por el tipo de boca.

Es de nuevo Estrabón el que ofrece la lista más completa de los mercados hispanos al final de la República. Estos eran: Carteia (Str. III 140), antigua estación naval de los iberos; en tiempos en que escribía el geógrafo griego, eran aún visibles su gran recinto y sus arsenales; era una ciudad habitada por fenicios trasladados del Africa (Mela II 76); Baelo (Str. III 1, 8) era el puerto de embarque para pasar a Tingis, con mercado propio; Puerto de Menesteo, cuya fundación dataría, según la hipótesis de Tovar, del siglo v a. C.; su existencia probaría unas relaciones comerciales del sur de la Península Ibérica con Atenas. Las ciudades más importantes por su tráfico comercial se alzaban junto a los ríos, los esteros o el mar (Str. III 141). De ellas el geógrafo griego (III 140) menciona a Asta y Nabrisa. Los dos centros comerciales más importantes eran Córdoba, fundación de Marcelo sobre una población indígena, famosa por la fecundidad y amplitud de su territorio, y Gades, «isla que, gracias a la intrepidez de sus habitantes en las cosas de la navegación y a su adhesión a los romanos, ha experimentado un tal incremento en su fortuna de todo orden, que a pesar de alzarse en el extremo de las tierras es la más

famosa de todas» (Str. III 140-2). Los gaditanos eran los que navegaban en mayor número y mayores naves, tanto por el Mediterráneo como por el Atlántico. La mayoría vivían en la mar o estaban en Roma, dedicados a los negocios (Str. III 169). La flota oceánica de Gades se encontraba ya dividida en el 206 a. C. entre Africa e Hispania (Liv. XXVIII 23, 6); uno de sus puertos era Portus Hannibalis (Mela III 7), hoy Portimão, en el Algarve. Estrabón (II 99) y Plinio (II 169) han conservado algunas noticias de viajes de marineros gaditanos a las costas de Africa. En época de Plinio (II 167-168) se partía de Gades para recorrer el Atlántico en ambas direcciones. Cádiz mantenía relaciones comerciales con el norte de Marruecos, donde han aparecido unas 100 monedas de la ciudad y otras 50 procedentes del resto de Hispania.

Además de estas ciudades, destacaban por su comercio, según Estrabón (III 141), Ilipa sobre el Betis; Astigi, Carmona, Obulco y Munda, metrópoli de este territorio la última; Ategua (Teba la Vieja); Urso (Osuna); Tukkis (Martos), y Ulia (Monte Mayor). En los esteros, la ciudad más famosa era Hasta, en la que se solían reunir los gaditanos. Otra ciudad costera de gran importancia comercial fue Málaga, mercado para los nómadas del norte de Africa; tenía planta fenicia, es decir, no tenía trazado hipodámico en sus calles (Str. III 141); la ciudad debía ser un centro metalúrgico o de exportación de metal procedente de la serranía de Córdoba, como se deduce del hecho de que en sus monedas se representan los instrumentos de forja de un Baal metalúrgico. Seguía en importancia Sexi (Str. III 141).

En general, se puede afirmar, siguiendo a Estrabón (III 142-3), que todos los productos sobrantes de la Bética se exportaban mediante los numerosos barcos de comercio. Esta exportación alcanzaba cifras extraordinariamente elevadas (Str. III 144), como se deducía del número y tamaño de las naves, que eran las mayores de carga que llegaban a Putéoli y a Ostia, puertos itálicos, y del hecho de que su número fuera casi igual al que procedía de Africa.

Algunas ciudades vivían exclusivamente del comercio y empresas marineras, como Cádiz, lo que explica que en un censo efectuado el número de caballeros fuera muy elevado, el segundo después de Padua (Str. III 169). El comercio turdetano debía encontrarse prácticamente todo él controlado por los fenicios (Str. XVII 832), quienes, según Estrabón (III 149, Plin. III 8, Ptol. II 4, 6), habitaban la mayoría de las ciudades de Turdetania y de las regiones limítrofes. Se conocen los nombres de otros puertos de Hispania en la costa mediterránea. Las islas Baleares tenían algunos buenos (Str. III 167), al igual que Carthago Nova (Str. III 159), principal mercado de las mercancías que llegando del interior de la Península habían de ser cambiadas por las que llegaban del mar, y éstas por las que procedían de tierra adentro. Por esta ciudad se debía exportar a Roma los metales de las minas del sudeste. En cambio Tarragona no tenía puerto (Str. III 159). Toda la costa mediterránea, pues, desde el Estrecho hasta el Ebro, escaseaba en puertos; la costa catalana, por el contrario, los tenía buenos (Str. III 160). A comienzos del siglo II a. C. Ampurias era un mercado de intercambio de productos (Liv. XXXIV 9), como lo fue siempre hasta la conquista romana. En el noroeste de Hispania, Estrabón (III 154) menciona el llamado por los marineros «Puerto de los ártabros» (La Coruña).

Hispania durante la conquista está sometida a un comercio de importación de productos de todo género; baste mencionar algunos de los más importantes, como la llamada cerámica megárica, que ha aparecido en las islas Baleares, Ampurias, Elche, Murcia, Jerez de la Frontera, etc., etc.; los bronces y joyas de Alejandría (crátera del Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid). De Mauritania se importaban aves y fieras raras para los juegos (Sal. *Hist.* II 70). Anforas de Rodas, que indican un comercio de importación de vinos del Egeo, han aparecido en Cádiz, Córdoba, Ampurias, Tarragona y Villaricos. Tapices importados de Asia figuran en las fiestas organizadas en Córdoba, en el invierno del 75-74 a. C. en honor de Cecilio Metelo, después de su triunfo sobre Sertorio a orillas del río Turia (Val. Máx. IX 13). El

comercio con Italia era muy fuerte. De él dan testimonio las ánforas ampuritanas con la marca *Sextius,* fechadas en la primera mitad del siglo I a. C., otras piezas conservadas en Almería y el gran número de ellas halladas en Azaila (Teruel).

También se documenta un importante comercio importador de vinos de Campania. A partir de principios del siglo I a. C. la costa ibérica se vio inundada de ánforas que contenían vinos itálicos. El volumen de este comercio fue tan elevado, que casi el 50 por 100 de pecios antiguos contienen ánforas vinarias que pertenecen a los dos siglos anteriores al cambio de Era. Muchas ánforas llevan inscripciones que indican el vino que contenían, a menudo falerno, u otros vinos itálicos, y las fechas consulares. Estas ánforas se han hallado en la costa catalana y en parte de la de Valencia. La intensa colonización de gentes que procedieron de Italia y que aquí se quedaron y se dedicaron a las explotaciones mineras y agrícolas o a la administración y sirvieron en los ejércitos explica esta importación. En cambio, las llamadas ánforas greco-itálicas son las más frecuentes en zonas situadas más al sur. Se supone que proceden de Sicilia. En Ampurias y en los yacimientos submarinos de las proximidades abundan las ánforas greco-itálicas, lo que se ha interpretado como un indicio de continuidad de las relaciones comerciales de la ciudad griega con sus hermanas sicilianas. La costa catalana (Ametller de Mar, Tarragona) e Ibiza importaban también las ánforas de salazones. El producto con el que se intercambiaban estas ánforas, pues los barcos no retornaban vacíos, por el momento se desconoce. En las islas Medas, Bagur (Gerona), en un posible pecio se halló un ánfora, datada hacia el año 100 antes de Cristo, que contenía resina de pino, posiblemente exportada de los Pirineos, envasada en un ánfora itálica y, por lo tanto, reutilizada. En época republicana hay importación de lucernas itálicas. También se conocen otras lucernas que llegaron de Grecia y han aparecido en Ampurias.

El comercio estaba muy favorecido por una industria de construcción naval muy próspera. Esta industria da-

taba de muy antiguo, pues Polibio (X 7, 8), con ocasión de describir la toma de Carthago Nova por Escipión, alude a los artesanos, menestrales y gente de mar. Mucho favorecía la industria de construcción naval la existencia de campos de esparto, necesario para confeccionar velas y cuerdas. Las dos regiones productoras de esparto eran las proximidades de Ampurias (Str. III 160) y de Carthago Nova *(ibid.,* Plin. XIX 26-30, XXXI 94). Los navíos los construían los habitantes de la Bética con maderas del país. Arsenales había en Cádiz y Carteia. Casio, en el año 48 a. C. *(Bell. Alex.* 48, 51), mandó preparar un centenar de barcos para pasar a Africa. Otras fuentes confirman estos datos; así, César, en el año 61-60 a. C., hizo venir naves gaditanas para su expedición al noroeste (Dión Casio XXXVII 53). Años después, durante la campaña de la Galia, mandó el dictador le trajesen de Hispania lo necesario para equipar las naves (Cés. *Bell Civ.* V 1); aunque no se dice expresamente que de Cádiz o de Turdetania, es muy posible que del sur, pues Varron, durante la Guerra Civil, encargó a los habitantes de Cádiz la construcción de diez navíos de combate y dispuso además que se hiciesen otros muchos en Híspalis (Cés. *Bell. Civ.* 2, 18-20), lo que indica que también en esta última ciudad existían astilleros. Los barcos pequeños para navegar el río Betis se construían en época de Estrabón (III 142) de piezas ensambladas; antes eran un tronco excavado.

Las fuentes literarias dan algunos pocos datos sobre la industria textil, que era de carácter familiar. De Turdetania importaba Italia, antes de final de la República Romana, gran cantidad de tejidos; en época de Estrabón (III 144) eran muy solicitadas las lanas béticas, de gran belleza. De gran calidad eran también los tejidos ligeros que fabricaban los saltietas, de localización dudosa. Los ampuritanos eran diestros en tejer el lino (Str. III 160). Saetabis (Játiva), en la actual provincia de Valencia, confeccionaba pañuelos, que los viajeros llevaban a Roma como recuerdo, como uno que regalaron Veranio y Fabullo a C. Valerio Catulo (12, 14-17). La industria textil contó de antiguo con una gran tradición entre las pobla-

ciones indígenas, como se deduce del hecho de que Sertorio regalase a los iberos mantas de color (Plut. *Sert.* 14) y de que en el norte las mujeres llevaban vestidos adornados con flores.

En la Península Ibérica desde siempre había buenas fundiciones de armas y bronces. Sertorio, en el año 76 antes de Cristo, ordenó a las ciudades que fabricasen armas según sus posibilidades (Liv. fr. del lib. 91). Alude, sin duda, el historiador latino a las famosas espadas celtibéricas, decoradas con incrustaciones de oro y plata, que Sertorio (Plut. *Sert.* 14) regaló a los indígenas. De ellas se conocen buenos ejemplares, como los procedentes de Almedinilla (Córdoba). Estas espadas fueron famosísimas en el mundo antiguo, y su procedimiento de fundición fue descrito por Filón de Bizancio, y después por Polibio y por Diodoro (V 33, 3-4). Roma imitó estas armas hacia el año 200 a. C. (Liv. XXXI 34, 4). Los macedonios quedaron aterrados ante ellas. Famosas fueron también las fundiciones de Carthago Nova (Liv. XXVI 47, 2; Polib. X 8, 5, XVII 9-10; Sil. It. XV 197), de las que salían excelentes armas. Como ejemplo de la alta calidad lograda en la fundición de escultura se pueden citar las dos cabezas de Azaila, que hoy se fechan en la primera mitad del siglo I a. C., y la excelente cabeza femenina, posiblemente una Nike, de gusto helenístico, de Fuentes de Ebro (Zaragoza), datada a finales de la República. Las joyas de época helenística a las que se ha aludido en páginas anteriores indican la existencia de muchos y buenos talleres de orfebrería, tradicionales ya en la Península. En el año 112 a. C. se mencionan orfebres en Córdoba (Cic. *Verr.* IV 56).

En la época republicana hay ya talleres locales dedicados a la escultura. Del siglo I a. C. se conservan docena y media, aproximadamente, de esculturas. En Carmona, Itálica, Medina Sidonia, Cartagena, Tarragona y Barcelona existieron pronto talleres provinciales de esculturas hechas por artistas indígenas o por romanos de poca categoría, que trabajaban para clientes no muy exigentes. En la segunda mitad del siglo I a. C., el arte romano en la Bética se había perfeccionado notablemente. Sus obras

podían ya competir artísticamente con las de Roma. Un buen ejemplo de la calidad lograda en la segunda mitad del siglo I a. C. es el togado con cabeza de novillo a sus pies, procedente de Ilipa, a pocos kilómetros al norte de Sevilla, que probablemente representa a un sacerdote de la religión oficial romana; otra buena muestra es el retrato del Museo Municipal de Jerez. Sin embargo, el material arqueológico que ha proporcionado la Bética, fechable en los últimos decenios republicanos, es escasísimo, incluso en las ciudades romanas. Tarragona y Barcelona son las únicas ciudades que han dado las esculturas romanas más antiguas de la región y algunas de las más arcaicas de Hispania.

6. *Tributos*

Ya en las páginas anteriores se han mencionado varios tributos. La Península pagaba contribuciones en especie, principalmente en trigo. En este punto los romanos, en las provincias de Cerdeña y Sicilia, continuaron el sistema cartaginés y siracusano de cobrar la décima parte de los cereales. El modo de administrar la Península por Roma fue diferente del establecido en Cerdeña y Sicilia. El tributo ascendía habitualmente al 5 por 100 de la cosecha de grano, además de otras contribuciones; en lugar de trigo se podía cobrar su valor en dinero, pero según la tasación fijada por los pretores (Cic. *Verr.* III 12; Liv. XLIII 2,1). En el año 56-55 antes de Cristo a Hispania, como a Africa y a Cerdeña, se le impuso un tributo fijo (Cic. *Pro Balb.* 41). El gasto público mayor durante la conquista fue el sostenimiento del ejército; como éste era en algunos momentos muy importante en número, según T. Frank, su mantenimiento superaba a los ingresos. Había también contribuciones en especie, como pieles, capas, caballos, etc. La explotación de Hispania fue total, continua y despiadada, como se deduce del hecho de que provocó la introducción del tribunal en el año 71 a. C. para juzgar los excesos en las provincias (Liv. XLIII 2), según se ha visto. Además

de las contribuciones fijas, con ocasión de las guerras se gravó a las poblaciones con impuestos; así, durante la guerra sertoriana, Metelo impuso a los ciudadanos una contribución, perdonada por César en el año 60 a. C. (*Bell. Hisp.* 42). Durante la Guerra Civil se impusieron algunas contribuciones fuertes en la Bética, como se indicó más arriba. El mismo César, después de la batalla de Munda, aumentó las contribuciones de la gente que se había opuesto a su causa (Dion Cas. XLIII 39); en cambio, a sus partidarios se las rebajó.

7. *Moneda*

La política monetal seguida por Roma fue clara durante la conquista; acabó con las acuñaciones de base pú-

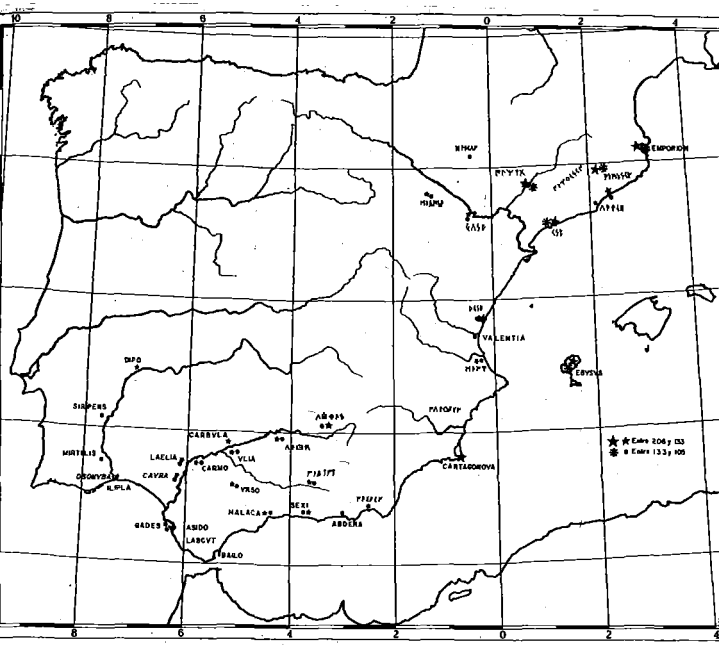


FIG. 13.—Principales cecas hispanas.

nica y griega [12]. Roma empezó a acuñar pronto monedas de plata y bronce con caracteres ibéricos, bajo su autoridad y según la metrología romana. Esta acuñación, según el patrón romano, es la primera fuera de Italia.

Las monedas de plata más antiguas conocidas en Hispania son dracmas de tipo ampuritano, que alcanzaron el año 250 a. C. Desapareció este numerario, desmonetizado por los romanos en el primer cuarto del siglo II antes de Cristo; a él aluden los textos que hablan del *argentum Oscense*. Entre los años 218-150 a. C., Ampurias acuñó plata; la más reciente acusa también el impacto de la metrología romana. Hacia el año 210 a C. comienza otra serie de dracmas, que circulan por lo menos hasta el año 101 a. C. En fecha incierta, ciudades indígenas como Barcino, Iltirta o Iltirtasalir, Olosortin, Etogisa, Arsaban, etc., imitaron las piezas de Ampurias. Todas fueron acuñadas bajo control romano, y quizá servirían para pagar las contribuciones y los tributos de la guerra. Estas dracmas circularon desde un poco antes del año 200 a. C. hasta los años 100-90 a. C.

Los bronces romanos más antiguos pertenecen al patrón uncial y son posteriores al 132 a. C. En esta época, en el ángulo noreste acuñaron monedas una gran cantidad de tribus, divididas en *civitates*, para el pago de las contribuciones. En la Hispania Citerior, en Undica, junto a Ampurias, se acuñaron as, triens, quadrans, sextans y uncia con todos los nombres en ibérico. A imitación de Roma, se labraron divisores. A veces los nombres de los magistrados se leen en alfabeto ibérico, y unas veces son indígenas, como Icorbeles y Atabels; otras latinos, como Tiberio. La serie del jinete ibérico es la más numerosa del numerario hispanorromano y la que comprende mayor extensión territorial. La mayor parte de este numerario se acuñó en un número reducido de talleres, o quizá en uno solo al principio, posiblemente en Ampurias. Los epígrafes toponímicos sólo expresan el área de curso legal, y existe en toda esta serie una gran uniformidad, ya que fue labrada bajo la autoridad de Roma. Se conocen un centenar de epígrafes ibéricos de esta serie; a la fase uncial pertenecen los de Arcedurgi

(Urgel), Ausescen, Celse, Cese, Eustibaicula, Ilduro, Iltircescen, Iltirta, Laiescen, Lauro, Saiti y Secaisa. La localización de las tribus y localidades indígenas permite conocer la región que los romanos dotaron de moneda uniforme en la Hispania Citerior, con posterioridad al año 132 a. C.; esta región comprende Cataluña, Valencia y una penetración por la cuenca del Ebro. En la Hispania Ulterior todas las monedas son de bronce. La ceca más importante es la de Obulco. Otras monedas llevan epígrafes en escritura ibérica meridional. En Obulco se acuñaron unas 20 o 25 emisiones, lo que indica la importancia excepcional de la ciudad, con fuerte economía ganadera (toros de las monedas) y agrícola (espiga y arado). Debió comenzar su acuñación hacia 120 ó 125 antes de Cristo; la presencia de magistrados indígenas en las acuñaciones, como en Ampurias y Sagunto, indica la profunda romanización de la ciudad.

La serie del jinete ibérico alcanza su gran auge en la fase semiuncial. Se acuñaron, controladas por la autoridad de Roma, monedas de bronce, ases y divisores, y en plata, denarios y quinarios, en la Provincia Citerior; comenzó esta acuñación en el paso de los siglos II-I a. C., e indica la importancia económica y comercial de la provincia y el interés por ella de Roma. Con la introducción de un sistema de plata propio Roma arrinconó las dracmas. Se ha propuesto que Ampurias debió de ser la ceca emisora de las piezas, y posteriormente Tarragona. La existencia de series degeneradas (durante la guerra sertoriana) prueba que había talleres que servían las necesidades de diversas localidades a un mismo tiempo, y podían estar controladas por las autoridades legales o por falsarios. La acuñación del jinete ibérico en la provincia Citerior hizo que ninguna ciudad o tribu de esta provincia, hasta la segunda mitad del siglo I a. C., tuviese numerario semiuncial propio, que se labró con carácter general para las comarcas romanizadas. Su aparición puede situarse en la década 100-90 a. C. La acuñación de las series principales debió ser coetánea, y este numerario circuló después de la guerra sertoriana. De la Hispania Citerior se conocen 102 epígrafes diferentes en alfabeto

ibérico. En la primera mitad del siglo I a. C. se fecha una serie de denarios consulares acuñados en Hispania, principalmente durante la guerra sertoriana. Servían para conmemorar acontecimientos importantes o para pagar a los legionarios. Durante la Guerra Civil, en Hispania, y más concretamente en un taller de Carthago Nova, los pompeyanos labraron varias piezas de bronce y plata. En la Hispania Ulterior acuñaron moneda varios talleres. Las piezas que circularon, de Obulco, de Cástulo y las imitaciones de Abra, Ulia, Arva, Carbula, Ilderaca y de Castele, como las llamadas libio-fenicias, fueron totalmente insuficientes para las necesidades comerciales y económicas de la región más rica de Hispania, que carecía prácticamente de numerario propio en plata. La ausencia de monedas con valor superior al as quedó compensada con el uso de denarios consulares o ibéricos de la Citerior. Los letreros ibéricos de las monedas desaparecen en el año 45 a. C. La moneda hispánica indica bien la progresiva romanización de la Península, en su metrología, en sus letreros y en sus prototipos; al mismo tiempo señala una economía sana, ya que la acuñación de plata fue abundantísima. La abundancia de plata en las acuñaciones indígenas de la época republicana es bien patente: de 17.359 monedas estudiadas, 13.904 son de plata, 3.327 de bronce y 128 sin clasificar, lo que indica una gran riqueza de plata en Hispania.

La moneda favoreció la compra y venta de productos. En las regiones sin moneda, como el norte, se daba sólo el intercambio de productos o la utilización de pequeñas láminas de plata (Str. III 155). En la primera mitad del siglo I a. C. el atesoramiento de monedas prueba una gran concentración de riqueza. Algunos tesoros tienen un número de denarios elevado; así, Pozalmuro, 3.000; Palenzuela, 2.663; Quintana Redonda, 2.500; Barens, 1.750, etc.

8. *Coste de la vida*

No se conservan datos en las fuentes sobre el coste de la vida en la Península; tan sólo se conoce un texto

de Ateneo, que copió en su libro *Deipnosophistai* VIII 330 un precioso documento sobre el coste de la vida y la abundancia de productos en Lusitania en la segunda mitad del s. II a. C., sacado del libro 34 de Polibio, hoy perdido; dice así: «En Lusitania..., debido al buen clima, son muy fecundos tanto los animales como los hombres; tampoco se malogran los frutos del campo. Las rosas, los alhelíes, los espárragos y otras plantas semejantes sólo dejan de producirse tres meses al año. El pescado, tanto por su abundancia como por su calidad, se diferencia del que se pesca en nuestro mar. Un medimno siciliano (53 litros) de cebada cuesta una dracma; el de trigo, nueve óbolos alejandrinos; el metretés (40 litros) de vino, una dracma, y un cabrito de peso mediano y una liebre, un óbolo; el precio de los corderos oscila entre tres y cuatro óbolos; un cerdo cebado de un peso de cien minas cuesta cinco dracmas, y una oveja, dos. El talento (26 litros) de higos vale tres óbolos; una ternera, cinco dracmas, y un buey de arar, diez dracmas. La caza casi no se aprecia en nada, se da gratis a los que compran alguna de estas cosas.»

9. *Vías terrestres y marítimas*

Los romanos se entregaron pronto en la Península Ibérica a construir calzadas, como en Etruria y en el resto del Imperio; algunas de ellas, como las del norte, tuvieron fines militares en principio, pero se convirtieron inmediatamente en arterias de romanización y comercio. No se le escapó a Estrabón (III 155) la importancia de las vías terrestres y marítimas como factor importante de la civilización; así, al referirse a los pueblos del norte, escribe: «Su rudeza y salvajismo no se debe sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos terrestres y marítimos que conducen a estas tierras son largos, y esta dificultad de comunicación les ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad.» Costeaba gran parte del Mediterráneo, desde hacía tiempo, la famosa Vía Hercúlea, citada ya por

Polibio (III 39, 5) con anterioridad al año 218 a. C., y en el siglo III a. C. por una obra atribuida a Aristóteles (*De mirab. ausc.* 85). La vía Hercúlea fue recorrida en veintisiete días por César, cuando vino desde Roma a Obulco (Str. III 160). Esta vía estaba en función del comercio, de las explotaciones de las minas de Carthago Nova y de las andaluzas. En los Pirineos se han encontrado, con uno hallado en la Narbonense, los miliarios más antiguos del Occidente; ambos han aparecido en la provincia de Lérida y son el de M. Sergio (CIL II 4956), procónsul desconocido de la provincia Citerior, que debió gobernar antes del 120 a. C., y el de Q. Fabio Labeón, también de la Citerior (*CIL* II 4924-25), que, al parecer, fue procónsul entre los años 124 y 114 a. C. Seguramente pertenecen a la vía que, partiendo de Tarragona, llevaba a Pamplona y a Oyarzun, ciudad asentada sobre el océano Cántabro en el límite de Aquitania e Iberia, y medía la calzada 2.400 estadios (Str. III 161).

El dictador reformó el trazado de la Vía Hercúlea para acortarlo, y ahora, desde Saetabi, se dirigió directamente a Cástulo, rico centro minero en la raya de la Bética, y desde allí, por Córdoba, Astigi e Híspalis, descendió hasta Gades, todos importantes centros comerciales. Este camino se encontraba ya terminado antes del año 1. Al final de la Guerra Civil existía una vía que unía Córdoba y Carteya, por la que huyó Pompeyo el Joven después del desastre de Munda, como se deduce de una frase del autor del *Bellum Hispaniense,* 32, que menciona el octavo miliario y la distancia exacta de 170 millas. A pesar de la existencia de la Vía Hercúlea, el viaje de Cádiz a Tárraco se efectuaba frecuentemente por mar, como lo hizo César en naves gaditanas mandadas construir por Varrón en pocos días (Cés. *Bell. Civ.* II 21, Dión Cas. XLI 24); desde allí, por tierra se dirigió a Narbona y Marsella. Casio (*Bell. Allex.* 64) se embarcó en Málaga durante el invierno, y naufragó en la desembocadura del Ebro. El naufragio del joven Octavio en la costa de Hispania, cuando vino a luchar con los hijos de Pompeyo (Suet. *Aug.* 8), debió tener lugar

en el trayecto Tárraco-Gades, y prueba que el viaje se hacía frecuentemente por mar.

Sin embargo, lo que favoreció extraordinariamente el comercio y todo tipo de relaciones en el interior era la navegación fluvial. El Betis era navegable en una distancia aproximada de 1.200 estadios, desde la desembocadura hasta algo más arriba de Córdoba. Hasta Híspalis, que distaba casi 100 km. de la desembocadura, ascendían navíos de gran tamaño; hasta Ilipa, que dista 16 km. de Sevilla río arriba, sólo los pequeños. Para llegar a Córdoba era preciso usar barcas pequeñas (Str. III 141). Las marismas eran navegables también. Estrabón (III 140) explicó en el libro tercero de su Geografía lo que entiende por esteros, que eran las escotaduras litorales que el agua del mar llenaba en la pleamar hasta el interior de las tierras y de las ciudades situadas a sus orillas, como Hasta y Nabrissa. Estos esteros favorecían extraordinariamente el comercio, pues la región era navegable en todas las direcciones (Str. III 142-143). Los barcos navegaban de los ríos a los esteros, y viceversa, mediante los famosos canales tartésicos. Las ciudades comerciales estaban todas situadas en las orillas de los esteros o de los ríos. Todos los grandes ríos hispanos eran navegables. El Guadiana lo era no tan lejos ni en naves tan grandes como lo era el Betis (Str. III 142). Era navegable hasta Mérida, donde se conoce uno de los pocos puertos fluviales, con el de Cástulo, de la Península. El Tajo era navegable por grandes navíos de transporte hasta Morón, y más trecho aún por barcos pequeños (Str. III 151-152). El río Duero lo era en unos ochocientos estadios, algo menos de 150 km., para grandes navíos (Str. III 153); más arriba lo era para barcas movidas a remo, ayudadas por velas (Apiano *Ibér.* 91).

La proximidad de la Península Ibérica a Italia, y las cómodas y baratas comunicaciones por mar, como escribe Mommsen, abrieron en esta época, sobre todo a los centros hispanos del litoral mediterráneo y levantino, una ruta magnífica para poder colocar sus ricos productos en el primer mercado del Universo, y es muy probable

que Roma no llegase a mantener con ningún país del mundo un comercio al por mayor tan voluminoso y tan sostenido como con Hispania.

10. *Población. Desplazamientos*

Datos concretos sobre la densidad de la población de Hispania durante la República Romana no se conservan en las fuentes. Se ha calculado en unos cinco o seis millones los habitantes de la Península durante la conquista. En tiempos de Estrabón (III 154), la región situada entre el Tajo y el país de los ártabros estaba habitada por treinta tribus. Los ártabros tenían sus ciudades aglomeradas en la bahía (La Coruña), lo que parece indicar una gran concentración de población. La comarca de Celsa, sobre el Ebro, estaba también habitada por muchos pueblos (Str. III 161). El mismo autor (III 139) escribe que en las partes altas de la meseta habitaban los carpetanos, oretanos y vetones en gran número. Los datos recogidos por otras fuentes sobre el particular confirman la misma impresión de que Hispania estaba relativamente poblada. Según Polibio (Str. III 163), C. Tiberio Sempronio Graco destruyó 300 ciudades; Posidonio, que es quien ha transmitido el dato a través de Estrabón, añade, por su parte, como comentario, que se da el nombre de ciudades a simples torres, y, según Orosio (IV 20,32), tomó 200 plazas. En el año 179 a. C., el mismo general recibió en Celtiberia la sumisión de 130 ciudades (Liv. XL 49, Flor. I 33,9). Años antes Catón se jactaba de haber tomado más ciudades que días pasó en la Península. Plutarco *(Cat.* 10) comenta que ello no es jactancia; sí es verdad que sometió a 400, y poco antes escribe que las ciudades eran numerosísimas.

En Hispania algunos llegaron a contar hasta mil ciudades (Str. III 163). No hay que supervalorar, sin embargo, la densidad de la población indígena. Estrabón (III 137, 142) insiste en que algunas regiones de la Península son poco habitables. Las enfermedades eran frecuentes (Str. III 165), lo que mermaba considerable-

mente la población. Los investigadores han hecho cálculos aproximados sobre la población de algunas ciudades. La población de Carthago Nova se ha calculado en unas 40.000 personas al comienzo de la conquista; la de Tarragona era inferior (Str. III 159).

En las fuentes quedan noticias de algunos desplazamientos de poblaciones. Como el de los celtas que, en compañía de algunos túrdulos, habían llegado hasta el río Limia (Str. III 153), en el ángulo noroeste de la Península; eran parientes de otros asentados en el río Guadiana, en el conventus Hispalensis. Los celtas del Guadiana, según el testimonio de Plinio (III 13), eran gentes oriundas de Celtiberia. Los romanos, para pacificar las tribus hispanas, emplearon mucho en la Península el sistema de deportarlas, principalmente bajándolas de la montaña y asentándolas en el llano, como hicieron con las tribus del norte (Str. III 154). César, en el año 61-60 a. C., a los habitantes del Mons Herminius los asentó en el llano (Dión Cas. XXXVII 52).

11. *Urbanismo*

Algunos datos se pueden espigar de las fuentes sobre el número de ciudades y su distribución. En la Bética estaba muy desarrollado el urbanismo. Estrabón (III 141) habla de 200 ciudades, y Plinio (III 7), de 175.

La llegada de los romanos trajo consigo una gran actividad urbanística. Suetonio (*Cés.* 28) ha conservado una noticia interesante sobre la política seguida por César, según la cual el dictador hermoseó las ciudades de Hispania con edificios públicos, en lo que se adelantó al programa de la última etapa de su vida. Las principales ciudades béticas contaban antes de la guerra civil con buenas construcciones civiles y militares. Híspalis tenía foro y pórtico (*Bell. Hisp.* 20-21); Córdoba poseía una basílica (*Bell. Afric.* 52), murallas y un puente romano (*Bell. Hisp.* 33); Ategua, murallas (*Bell. Hisp.* 15, 19, 23), al igual que Carmona (Cés. *Bell. Civ.* 2, 10, 5). Antes del año 43 a. C. hubo un teatro en Gades (Cic. *Ad fam.* X 32).

La arqueología ha proporcionado prueba de la existencia de magníficos edificios en el sur de la Península, a los que no aluden las fuentes literarias. Cástulo ha dado un capitel de una gran construcción pública datado a comienzos del siglo I a. C. Málaga contaba con un teatro, y en Córdoba se han excavado unas termas y otros edificios contiguos, fechables, tal vez, en los últimos años de la República. Algunas ciudades de la Tarraconense, como las de la Bética, disponían de buenas fortificaciones y edificios públicos de tipo romano. Ampurias tiene una magnífica muralla de época cesariana; también parte de las de Gerona se data en estos años, a juzgar por los nombres tradicionales de algunas de sus partes, aunque las actuales sean ya de época posterior. Buenas murallas de época republicana defendían a Baetulo. Ilerda también contaba con murallas (Cés. *Bell. Civ.* I 45). Esta ciudad, y también Vareia (Str. III 162), tenían un puente durante la Guerra Civil (Cés. *Bell. Civ.* I 48). Estrabón (III 161) menciona también el puente de Celsa. De comienzo del siglo II a. C. son las murallas de Tarragona, creación romana, según Plinio (III 4,4). No faltan algunos monumentos simplemente conmemorativos de época republicana, como el trofeo levantado por Pompeyo en los Pirineos (Plin. III 18, VII 6) para recordar su victoria sobre Sertorio. Quizá se halle representado en una moneda de Carthago Nova, acuñada por los pompeyanos en el año 47 a. C. Años más tarde, durante la Guerra Civil, César erigió un altar junto a él.

El urbanismo, desde el punto de vista económico, presupone la existencia de una clase de terratenientes, de comerciantes y de artesanos que vivían en las ciudades y desarrollaban una gran actividad; también lleva consigo la tendencia a reemplazar el cultivo de cereales por otros de mayor rendimiento, como son olivo y vid. A los ricos que vivían en las ciudades hay frecuentes alusiones en las fuentes con ocasión de la Guerra Civil; a ellos pertenecían el gran número de ciudadanos romanos y caballeros mencionados con ocasión de la contienda. M. Terencio Varrón exigió de los ciudadanos de la Bética 18.000.000 de sestercios, 20.000 libras de plata y

120.000 modios de trigo (Cés. *Bell. Civ.* II 181), todo lo cual indica que los ciudadanos y colonos romanos eran ricos y muy numerosos; añade César que en su mayoría eran terratenientes. En la segunda mitad del siglo I antes de Cristo eran numerosos los caballeros romanos en la Bética; entre ellos Q. Casio Longino reclutó una *cohors*. A los que correspondía cumplir el servicio en tierras de ultramar les incitaba Q. Casio a redimirse mediante el pago de dinero (*Bell. Afr.* 56), de donde se deduce que eran muy ricos, como corresponde a la fuerte explotación agrícola, minera, artesanal y comercial de la región, a que se dedicaban. Como ejemplo de los capitalistas béticos se puede citar a la familia de los Balbos [13]. Su dinero lo debieron de hacer con el comercio marítimo, como gaditanos, y quizá con explotaciones agrícolas y mineras. Su permanencia en Roma debió de estar en función de sus negocios. Balbo el Mayor fue una especie de ministro o consejero de finanzas de César (Cic. *Ad Att.* XIII 37, 4; 45, 3; 46, 2 y 3; 52, 1), lo que indica sus grandes cualidades para los negocios. Balbo el Menor tomó parte en la campaña que culminó con las grandes batallas de Dirraquio y Farsalia, y con su intervención se abrió camino a los más altos honores (Vel. Pat. II 51). Cornelio Balbo fue el verdadero gobernador de Roma durante la ausencia del dictador (Cic. *Ad fam.* VI 8, 1; VII 6,1; *Tac. Ann.* XII 60). Colaboró en la redacción de la Lex Julia Municipalis (Cic. *Ad fam.* VI, 18, 1; IX 17, 1). Después de la muerte de César, Balbo el Mayor se puso de parte de Octavio, alcanzando el consulado el año 40 a. C. Fue el primer extranjero en lograr tal honor. Balbo el Menor fue propretor de las provincias de Hispania posiblemente en el 40 a. C.; en el año 32 a. C., cónsul, y en el año 20 a. C. fue nombrado gobernador de Africa, donde venció a los garamantas. Esta victoria le dio el triunfo, siendo el primer extranjero que triunfó en Roma (Str. III 169, Vel. Pat. II 51, Plin. V 36). Su munificencia y riqueza quedó bien patente en el hecho de edificar un teatro de piedra en el campo de Marte (Plin. XXXVI 60). También fue *Pontifex Maximus*.

12. *Problemas sociales*

Esta prosperidad en las explotaciones agrícola y minera, y el fabuloso desarrollo del comercio y del artesanado no indican que no hubiera problemas económicos graves. Ya se indicó que las poblaciones de lusitanos y celtíberos tenían una desastrosa situación económica y social, debido a la falta de tierras, concentradas, así como el ganado, en pocos dueños, que favorecían la causa romana, como el suegro de Viriato, lo que impulsaba a los pobres al bandidaje, a los robos en los territorios vecinos y a alistarse en los ejércitos cartagineses y romanos, como válvula de escape a su situación. Esta no era sólo típica de lusitanos y celtíberos. También se documenta en el ángulo noroeste de Hispania. César, cuando su expedición a Galicia, arregló los problemas de deudores y acreedores, lo que indica serios problemas económicos y sociales (Plut. *Caes.* 12). Estos problemas se daban también en la misma Bética. El futuro dictador, durante su primera estancia en la Península, favoreció a los pobres, impidió a los acreedores incautarse de todo el capital, pudiendo hacerlo sólo de las tres cuartas partes de la deuda, al igual que Lucio Lúculo lo había hecho antes en Asia (Plut. *Caes.* 12, 2-3). Esta noticia indica que, a pesar de ser el sur una zona extraordinariamente rica, existía, en mucho menor grado, el desnivel económico y social que se documenta en Galicia y Lusitania. El autor del *Bellum Alexandrinum* (49) habla también de pobres en la Bética, a los que Q. Casio Longino impuso un tributo considerable.

II. Economía de Hispania desde Augusto a los Severos

La paz establecida por Augusto, después de las guerras civiles, contribuyó a crear un gran desarrollo, que duró

aproximadamente dos siglos, del comercio, de la industria y de la agricultura. El capital acumulado en las ciudades durante estos decenios favoreció el florecimiento de la vida urbana. La estructura económica de los años del principado de Augusto es diversa de la época julio-claudia y de los años de la dinastía flavia, pero en el estado actual de nuestros conocimientos es casi imposible marcar su evolución, al menos en la Península Ibérica. La base de la prosperidad hispana era la explotación de las fuentes naturales de riqueza. La riqueza posiblemente creció, como quiere Rostovtzeff, hasta alcanzar su apogeo en el siglo II, y más concretamente en la época de los Antoninos.

Sobre la riqueza, en general, de Hispania hay testimonios significativos que constituyen la fuente de las *laudes Hispaniae* posteriores que recogen la opinión de algunos escritores del siglo I; estos documentos son los de Trogo Pompeyo, resumido por Justino (XLIV 1-2) y Plinio (XXXVII 203), que estuvo en la Península de procurador en época flavia. Dice así el primer autor: «Ya que Hispania está en el límite de Europa, ha de estar al final de esta obra. Llamáronla los antiguos primeramente Hiberia, del río *Hiberus,* y luego Hispania, de *Hispalus*. Hállase situada entre Africa y Galia, y está limitada por el estrecho del océano y por los montes Pirineos. Es menor que estas dos tierras, pero, en cambio, es más fértil que ambas, pues ni la abrasa el sol violento, como a Africa, ni vientos continuos la azotan como a Galia; por el contrario, situada entre las dos, goza, por una parte, de una temperatura buena y, por otra, de lluvias abundantes y oportunas; por ello es rica en toda clase de frutos, de tal modo que abastece bien con toda clase de productos no sólo a sus propios habitantes, sino también a Italia y a la ciudad de Roma. En ella hay abundancia de trigo, de vino, miel y aceite; y no sólo sobresale por sus minas de hierro, sino que, también, por sus yeguadas de ligeros caballos. Mas no han de alabarse solamente los bienes que ofrece la superficie de la tierra, sino también las abundantes riquezas en metales que ella esconde. Produce mucho lino y es-

parto, y no hay tierra alguna que ofrezca en mayor abundancia el minio. Sus corrientes fluviales no son tan impetuosas y rápidas que perjudiquen, sino tranquilas, sirviendo para regar las viñas y los llanos, abundando en pesca, que le entra del océano. Son también, en su mayoría, ricos en oro, pues arrastran *baluces*...» Y por su parte Plinio: «Inmediatamente después (de Italia), y exceptuando las fabulosas regiones de la India, debo colocar a Hispania en todo su borde costero; es (Hispania), en verdad, pobre en parte, pero allí donde es fértil, da en abundancia cereales, aceite, vino, caballos y metales de todo género, en lo cual la Galia va a la par; pero Hispania la vence por el esparto de sus regiones desérticas, por la piedra especular, por la belleza de sus colorantes, por su ánimo para el trabajo, por sus fornidos esclavos, por la resistencia de sus hombres y por su vehemente corazón.»

1. *Minerales*

Sobre la riqueza en minerales, de toda Hispania en general, escribe Plinio (III 3): «Casi toda Hispania abunda en yacimientos de plomo, hierro, cobre, plata y oro. La Citerior produce también espejuelo, así como la Bética minio. Hay también canteras de mármol.» Frases como ésta se leen en otros párrafos de su *Historia natural* (XXXVII 203). Con Augusto empieza la explotación de las minas del norte de Hispania.

Las minas del noroeste han sido estudiadas recientemente por Domergue [14] y por Lewis y Jones [15]. Estas minas se extendían entre el río Duero y el Cantábrico, cubriendo la parte occidental de las provincias de Oviedo, León, Zamora y la mitad oriental de las provincias de Lugo, Orense y Tras-os-Montes, en Portugal. En estos terrenos suelen aflorar a la superficie filones de cuarzo aurífero, en los que el oro aparece más o menos concentrado, frecuentemente unido a sulfuros.

Los yacimientos auríferos del noroeste pertenecen a cuatro tipos diferentes: placeres de los ríos, terrazas de

depósitos aluviales, filones de cuarzo aurífero y rocas (esquistos, cuarcitas, etc.). Lavaderos de arenas auríferas han aparecido en los ríos Tajo, Duero, Miño y Sil. Plinio (XXXIII 66), que ha recogido multitud de datos sobre las minas hispanas, afirma del obtenido por este procedimiento que «no hay oro más puro, apareciendo pulido por el curso y frote del agua».

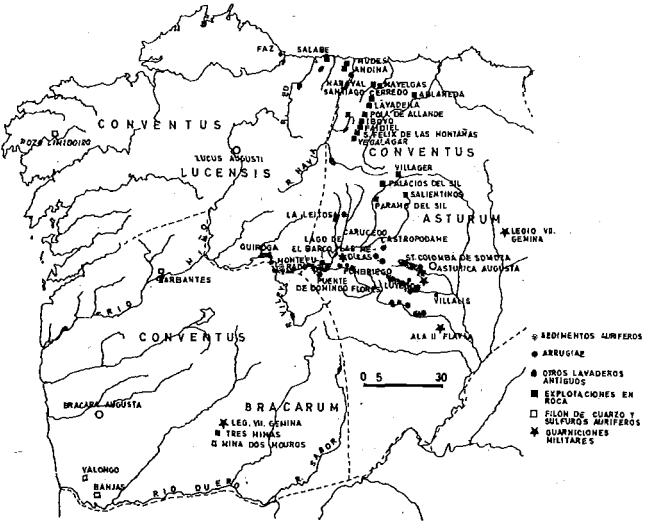


FIG. 14.—Explotaciones auríferas del NO de la península. (Según C. Domergue.)

El naturalista latino (XXXIII 68-69) pasa a describir el segundo procedimiento de obtener oro de venas ricas en mineral; de aquí el nombre que recibía el oro, llamado *aurum canaliense* o *canalicium*. El procedimiento metalúrgico consistía en una operación de calentamiento y de fusión, ya que la mayor cantidad de este oro provenía de tratamiento de sulfuros, como en la Mina dos Mouros (Portugal), donde se han recogido morteros y molinos fabricados en pórfido, hornos y escorias que contenían aún hasta nueve gramos de oro por tonelada.

En las minas de Serras de Bajas y de Valongo (Portugal), los trabajos son más uniformes, y había pozos y escaleras. En las proximidades han aparecido morteros, lo que indica que el mineral se trataba en el mismo lugar. Todas estas minas se explotaban durante los siglos I y II. En la mina de Barbantes (Orense) se construyó una plataforma para triturar y lavar el mineral aurífero junto a las casas de los mineros. En esta mina se ha hallado también gran número de martillos, pero no escorias ni restos de metalurgia. Este tipo de explotación aurífera no fue la corriente en el noroeste, ya que necesitaba una riqueza y concentración grande de oro.

Un tercer procedimiento de obtener oro era mucho más fácil y rentable. En las terrazas de aluviones, que son numerosas en el Bierzo y en las proximidades del Teleno, el oro se presentaba bajo forma de pepitas, repartidas irregularmente entre la arcilla roja. La extensión de estas formaciones varía; en el valle del Duerna y del Teleno oscila entre 15 y 50 metros, y era de más de 150 metros en Las Médulas (León), que fue la explotación más importante de los romanos en la región. Al noroeste de los montes Aquilianos, junto al valle del río Sil, se encuentra un depósito de aluviones de 300 millones de toneladas explotadas. La altura de esta gigantesca masa oscila de 100 a 170 metros. La riqueza en oro iba de 1 a 7 gramos por tonelada.

La explotación minera mediante este sistema requería grandes cantidades de agua, que se traía mediante acueductos. Dos se encuentran en el lado norte de los Montes Aquilianos y llevaban el agua de los ríos Cavo y Cabrera, con un recorrido de 40 km. Un canal hay también en Montefurado, que es una de las minas más ricas del valle del Sil, con un gigantesco túnel, en función de dos acueductos que Lewis y Jones consideran una de las obras cumbres de la ingeniería romana. Tienen una anchura de 1,40 metros y están tallados en la roca. Estos acueductos alimentaban gigantescos depósitos de agua, que han desaparecido. Las inscripciones, grabadas en las rocas, en las inmediaciones de los acueductos indican bien claramente que son obra romana y que se

utilizaron durante los siglos I y II. Se ha calculado que cerca de 34 millones de litros de agua al día llevaban tres de estos acueductos.

El número de yacimientos auríferos explotados por este procedimiento fue grande, y confirma lo escrito por Plinio (XXXIII 76), que menciona el empleo de una corriente de agua para facilitar la extracción del mineral, y añade: «La tierra conducida así se desliza hasta el mar, rota la montaña se disuelve y mediante este procedimiento Hispania ha hecho retroceder al mar lejos de la costa.» Este sistema de extraer oro lo llama Plinio *arrugia,* o «la ruina de los montes», y exigía, según este autor, excavar una serie de galerías destinadas a provocar el desplome, que era lo que se llamaba la «ruina de los montes»; una serie de depósitos de agua situados en las zonas más altas, alimentados por acueductos, llamados *corrugi,* y la caída de grandes masas de agua sobre los escombros, que eran dirigidos hacia los canales de decantación, llamados *agogae,* donde se recogían las pepitas de oro.

Plinio termina su descripción con la afirmación de que el oro obtenido por la arrugia no se fundía; era ya oro, y que se encontraban masas, como en los pozos, que pesaban más de diez libras. Llamaban a estas masas *palagae,* otros *palacurnae,* y cuando era pequeña, *balux,* palabras todas que proceden probablemente de las lenguas hispanas, y que prueban que estos procedimientos de extraer el oro eran utilizados por los indígenas antes de la llegada de los romanos. El uso de la expresión latina «ruina de los montes» parece indicar que se trata de un sistema introducido por los romanos. *Arrugia* significa arroyo, probablemente.

Los romanos, por el procedimiento de la *arrugia,* y cuando era posible mediante la «ruina de los montes», han lavado en el Bierzo 500 millones de metros cúbicos, y 35 millones de metros cúbicos en Asturias, de aluvión de roca triturada, lo que indica que en esta última el trabajo era mucho más duro y lento mediante este sistema.

En Asturias, la explotación minera más importante es la de la Puerta del Palo, rival de Las Médulas, al decir de Lewis y Jones, que tenía también dos acueductos y tanques.

Plinio (XXXIII 78) calculaba la producción del noroeste en 20.000 libras de oro al año, y comenta: «pero la producción de Asturias es la más abundante».

El oro contenía plata en proporción variable, unas veces una décima parte; otras, una octava. En la mina Albucrarense, en Galicia, la plata se presentaba en una treinta y seisava parte, siendo en este aspecto la mina más importante. Cuando la proporción de plata era una quinta parte, el oro se llamaba *electro* (Plin. XXXIII 80). Estas explotaciones requerían una masa fabulosa de esclavos, como la que hubo después de las Guerras Cántabras. Lucano, que escribió su poema sobre la Guerra Civil, la *Farsalia* (XIV 27 ss.), entre los años 60 y 65, y Silio Itálico, que cantó la Segunda Guerra Púnica entre los años 88-89, aproximadamente (I 231-232), coinciden con Plinio en asignar a Asturias el primer lugar en la explotación del oro. Una alusión al oro de lusitanos y cántabros se lee en el historiador judío Flavio Josefo, que escribió, en el último cuarto del siglo I en Roma su *Guerra Judaica* (II 374), lo que indica que la fama de las minas hispanas se extendió por todo el Mediterráneo.

El centro minero de todo el noroeste era Astúrica Augusta, de la que Plinio (III 28) afirma que era una gran ciudad. Dada la fabulosa explotación de oro de principio del Principado, no son de extrañar algunas noticias transmitidas por las fuentes, que prueban esta abundancia, como que la Bética regaló al emperador Augusto una estatua de cien libras de oro, agradecida por la pacificación de unos disturbios, cuya naturaleza e importancia se desconoce (*CIL* VI 31267). En el triunfo sobre Britania, celebrado por Claudio, en el año 44, figuraba una corona procedente de la Hispania Citerior de 7.000 libras de peso (Plin. XXXIII 54). Coronas de oro debían ser numerosas en los templos de la Península, pues los habitantes de la provincia Tarraconense ofrecieron a Galba una corona de oro procedente de un templo antiguo de

Júpiter, que el emperador ordenó fundir inmediatamente y exigió la restitución del peso perdido por la fundición (Suet. *Galb.* 12, 1). Otras regiones hispanas tenían también minas de oro. Marcial, en época flavia, menciona el oro de Bílbilis (XII 18, 9), sin duda procedente de pepitas recogidas en las orillas de los ríos Jalón y Ribota, que se unían más abajo de la ciudad (X 13, 1). Se ha supuesto por algunos investigadores, como Rostovtzeff, que las minas de oro de Hispania debían encontrarse agotadas a comienzo del siglo II, lo que explicaría en parte la conquista de Dacia por Trajano; pero esta tesis difícilmente es aceptable, pues en León, Astorga y Villalís (León) ha aparecido una serie de lápidas, fechadas en época de los Antoninos y de los Severos, que citan personal imperial administrativo, cuya presencia en el noroeste no tiene explicación posible si no es aceptando que se encontraban allí en función de las explotaciones mineras.

Sobre la plata hispana, Plinio (XXXIII 96-97) ha recogido unos datos muy interesantes, como son: que la plata hispana era la más bella; que las minas se localizaban en terrenos estériles y en las montañas; que en algunas explotaciones mineras se empleaban aquitanos, famosos mineros del sur de la Galia; que achicaban noche y día el agua, no relevándose sino a medida de la duración de las lámparas. La espuma de plata más apreciada, después de la ática, era la procedente de Hispania (XXX 106). La plata en el interior de Hispania se oxidaba fácilmente (XXXIII 158). Se conoce el nombre de un hispano, muy rico, poseedor de minas de oro, plata y cobre, Sexto Mario. El nombre de Mario lo lleva hoy la Sierra Morena, que en Ptolomeo (II 4, 15) se llama *Mons Marianus*. En el *Itinerarium Antonini* 206 se menciona un *Mons Mariorum,* en la región de Híspalis, lo que parece indicar que las minas de S. Mario abarcaban una gran extensión. En el año 33 se le acusó de incesto con su hija; en castigo, fue despeñado de la Roca Tarpeya. Tiberio, según Tácito (*Ann.* VI 19, 1), que es el que ha transmitido esta noticia, se incautó de las minas, aunque debía haberlas transferido al Senado romano,

que era el administrador de la Bética. El proceso no fue más que un pretexto para confiscarle los bienes. Las inscripciones han conservado los nombres de algunos procuradores imperiales de estas minas. En la época flavia se conoce un liberto imperial, que es *procurator montis Mariani* (*CIL* II 1179), y un segundo en Ostia, *procurator massae Marianae* (*CIL* XIV 52), lo que prueba que el mineral se exportaba. En época de Plinio (III 4, 4), el cobre mariano era el preferido; se explotaba en los alrededores de Córdoba, y en esta ciudad ha aparecido una inscripción que menciona a *Corinthius Sexti Marii servus* (*CIL* II 2269), inscripción que debe datarse a comienzos del Principado, cuando S. Mario aún vivía, y que indica que Córdoba era el centro de la explotación de sus minas, que continuaron con el nombre del primer propietario.

Un dato verdaderamente significativo de la riqueza de plata es que, en el reinado de Claudio, un esclavo imperial, intendente de la Hispania Citerior, tenía un plato argénteo de 500 libras de peso (Plin. XXXIII 145). Seguían en explotación en todo el siglo I, a juzgar por el material suministrado por la arqueología, las minas mencionadas de Diógenes y las de Carthago Nova, a las que alude al final del siglo I Silio Itálico (XV 195). Las monedas recogidas en estas últimas minas prueban que fueron explotadas en el siglo I a. C. y en los dos o tres siglos siguientes. También han aparecido hornos de fundición, prueba de que el plomo se copelaba en la boca de las minas. En las minas de El Centenillo, las monedas recogidas van desde el año 45 a. C. hasta el 383, y en Coto Fortuna, desde los cartagineses hasta los tiempos de Honorio. Las minas de plomo hispanas, de las que se obtenía plata, debieron de entrar en decadencia en época flavia, con la competencia intensa de la producción de Britania; a su decadencia alude Plinio (XXXIV 164). En las minas béticas y del sureste el trabajo debía de haber descendido mucho, sin cesar del todo su explotación. Contribuyó a ello la falta de mano de obra esclava, que tuvo que ser sustituida por libre en época antoniniana y después. Una inscripción hallada en Aljustrel, fechada en

el año 173 o en el 235, erigida por los *coloni* de la explotación minera, en honor de un *procurator metallorum,* que además era *vicarius rationalium,* indica que las minas dejaron de explotarse algún tiempo, ya que se le llama *restitutor metallorum.* Las minas del suroeste tuvieron su momento de máxima actividad a partir del último cuarto del siglo I. Las fuentes sobre Hispania posteriores a Plinio, que murió con ocasión de la erupción del Vesubio, en el año 79, dejaron de interesarse por la Península, por lo que los datos sobre las explotaciones mineras del siglo II son escasas. Varios documentos hablan de una explotación intensa de las minas del suroeste a partir del auge de la vida municipal y del impulso que a la economía de las provincias dieron los emperadores flavios y Trajano. Las tablas de bronce de Aljustrel, en Lusitania, de época de Adriano, son el código minero más importante de todo el Imperio Romano. En estas minas se comenzó a trabajar a partir de los años del gobierno de Augusto [16]. Las lucernas, que tanto abundan en las minas de Riotinto, pertenecen en su casi totalidad al siglo II; el análisis de radiocarbono da una fecha, para estas minas, de 1.810 años, con una oscilación de 95 años, lo que remonta el comienzo de su explotación a finales del siglo I. La curva estadística de las monedas indica, como las lucernas, el momento de máximo esplendor en la época de los Antoninos. Los datos sobre las minas del suroeste arrojan información muy significativa sobre la intensidad de su explotación; Riotinto ha proporcionado de 18 a 20 millones de toneladas de escorias antiguas; Tarsis, de 6 a 7 millones; Lusitania, de 1 a 1,5 millones de toneladas. La gran mayoría de las escorias del suroeste son de metalurgia de plata, y aproximadamente un cuarto de escorias son de metalurgia del cobre. Gracias a las aportaciones de la arqueología y de la epigrafía es posible conocer bastante bien el trato dado a los trabajadores, la directiva, las sociedades y asociaciones de los mineros y su procedencia [17]. Las tumbas de los mineros en Riotinto, con sus vasos de cerámica *sigillata* y vidrios, suelen ser mejores que las de otras comunidades de trabajadores. Hay también cierta abundancia de lá-

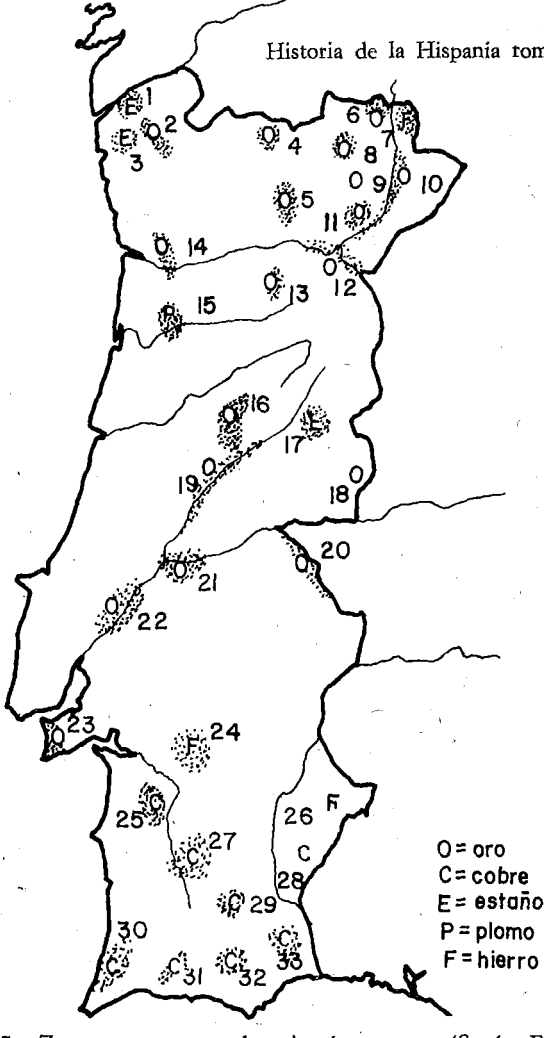


FIG. 15.—Zonas portuguesas de minería romana. (Según F. de Almeida.)

1. Folgadoura.—2. S.ª de Arga.—3. Val-Mou.—4. Chaves.—5. Tresminas-Jales.—6. França.—7. Guadramil.—8. Mirandela.—9. Macedinho.—10. Aluv. do Sabor.—11. Urrós.—12. Aluv. do Douro.—13. Penedono.—14. S.ª das Banjas.—15. Braçal.—16. Lousaa.—17. Gaia.—18. Penamacor-Rosmaninhal.—19. Aluv. do Zezere.—20. Aluv. do Sever.—21. Aluv. do Tejo.—22. Aluv. do Tejo.—23. Adiça.—24. Alvito.—25. Caveira.—26. R. Gomes.—27. Aljustrel.—28. S. Domingos.—29. Ourique.—30. Alguezur.—31. Monchique.—32. Loulé.—33. Castro Marim.

pidas funerarias. La condición de los esclavos mejoró sensiblemente en las minas del suroeste en el siglo II. Los documentos epigráficos sugieren unas buenas relaciones entre los siervos y amos, bien probadas por inscripciones como la de Theodorus Diogenes, de finales del siglo II, a su ama, Firmia Epiphania, o de otros señores a sus esclavos. Las lápidas de la región del suroeste tienen la importancia de señalar casi siempre la procedencia de los mineros. En las minas de Cástulo se ha hallado últimamente una inscripción dedicada a un joven de veinte años, llamado Paternus, que pertenecía a la *gentilitas* de los cántabros orgenomescos. Los compañeros de la tribu encargaron la lápida, lo que indica que eran varios, libres, y que del norte emigraron a Cástulo en busca de trabajo. En la zona minera de Riotinto aparecen mujeres celtíberas, la citada Licina Materna, una familia de Emérita Augusta, un Camalus —que por su nombre ha de ser lusitano o gallego—, un Reburrinus de *Castellum Berense* (¿Verín?), en territorio de los límicos, que trabajaba con su hermano, y varios talabrigenses, ciudad lusitana entre Coímbra y Brácara. Esta emigración de trabajadores no sólo era de varones, sino también de mujeres; así aparece cerca de Aroche una Vibia Crispa, arabrigensis (*CIL* II 967). Relieves de mineros se conocen varios. El más conocido es el de Palazuelos (Linares), que representa una cuadrilla de mineros con sus instrumentos de trabajo, en doble fila. El capataz cierra la marcha y está representado a tamaño mayor. Lleva en su mano derecha unas tenazas de doble lazo y en la izquierda posiblemente una campana. El minero que le precede lleva el hombro un pico-martillo, y el tercero lleva una lucerna. La cuadrilla camina dentro de una galería de pared irregular y estriada. Visten calzón corto cubierto con un mandil de tiras de cuero. Este relieve parece ser de la época de los Antoninos. De la misma es la estela sepulcral del niño Quintus Artulus, muerto a los cuatro años de edad, procedente de Baños de la Encina, en las proximidades de la localidad anterior. Representa al hijo de un minero con martillo y cesta de juguete. Viste *sagum* corto. En Despeñaperros se encon-

tró un bronce ibérico de un metalúrgico con sus utensilios de trabajo, grandes tenazas y martillo; viste *sagum* hasta los pies, que están descalzos. Una probable representación de minero se halla sobre una tésera de plomo del Archivo Municipal de Sevilla. En una de sus caras lleva una inscripción, *Celti,* Peñaflor; debajo hay un objeto con mango, que parece ser una presa de plomo, como las encontradas en Riotinto. En el reverso de la tésera un hombre en pantalón camina hacia la derecha llevando al hombro una ancha pala. Delante de él se ve un aro con estrigilos, un ungüentario y algún otro útil de aseo personal. Posiblemente es una tésera para entrar libremente a los baños de la localidad. La vida de los mineros era corta. Los datos que aportan las inscripciones del suroeste son bien significativos. Germanus, esclavo de Marinus, murió a los quince años; Fuscus, a los veintidós; Sutrius, a los treinta, y Paternus, a los veinte.

La primera autoridad del distrito minero era el *procurator metallorum.* Las personas documentadas en estos cargos son libertos del emperador, como Pudens, Augusti libertus, en el año 97, durante el gobierno de Nerva; L. Flavius Augusti libertus Polychrysus, administraba el *Mons Marianus* a principios del siglo II y residía en Híspalis, y M. Ulpius Augusti libertus Eutyches, posiblemente liberto de Trajano, estaba al mando del distrito minero de los *metalla Albocolensia,* en territorio vacceo. Los *cognomina* griegos de los dos últimos libertos indican su procedencia oriental. A estos nombres hay que añadir los *procuratores Augusti* de las lápidas de Villalís, que posiblemente eran administradores de las explotaciones auríferas de Las Médulas. Eran libertos del emperador, tres de ellos de origen griego. Dos lingotes de cobre de Planier, Marsella, de época de los Antoninos, dan los nombres de dos nuevos explotadores de las minas, Primulus Silo y Cossinus Crasus, este último liberto, y hacen referencia a un procurador que controlaba la explotación. A partir del comienzo del Imperio estos cargos burocráticos los desempeñaban generalmente libertos de confianza del emperador.

Entre los años 1959 y 1961 se han extraído del mar en la región de la Colonia de Sant Jordi (Mallorca) unos cincuenta lingotes de plomo [18]. Este descubrimiento marca el camino marítimo que los cargamentos de plomo seguían desde las costas del sureste español a Italia, quién era el dueño de la mina y el sistema de explotación. Varios lingotes llevan las marcas P. AEMILI GALLICI, N. MEVI: APRI, L. MANLI y Q. CORNUTI. Son de época imperial y sobre los laterales llevan la marca IMP CAES, y en algunos casos se añade AVG, a veces acompañado de VESP. Conservan los pesos y la longitud de los lingotes hispanos de época republicana, pero su forma es troncopiramidal y, por tanto, diferente. Un lingote de la primera marca apareció en Pompeya *(CIL* X 9339). Ocho lingotes de plomo de época augústea hallados en un pecio de la isla de Cabrera (Baleares), además de confirmar el camino marítimo hacia Italia del mineral hispano, dan los nombres de dos poseedores: M. Licinius y Ausua, que formaban una sociedad; el último muy probablemente es un liberto de Cabra *(CIL* II 1619). Los galápagos de Mallorca proporcionan algunos datos curiosos sobre su fundición, como que están hechos con moldes, que se suponen eran de arcilla refractaria cocida a altas temperaturas, los cuales llevan en el fondo una matriz en relieve, en forma de cartela apaisada, sobre la cual iba grabado en hueco el nombre. La fundición tenía lugar en varios tiempos, a juzgar por las distintas capas que se aprecian en la masa de los lingotes.

Estos lingotes confirman —lo que ya se sabe por otras fuentes— que en el siglo I la casi totalidad de las minas las poseía el emperador, como en Britania; pero en Hispania el régimen de explotación era diferente, como lo indican los lingotes de Mallorca. Las minas eran explotadas por particulares, *possessores,* que se habían convertido en arrendatarios. Huellas de esta transformación se documentan en los galápagos de Mallorca. Los explotadores ponen su nombre sobre los lingotes, porque ellos producían el metal, pero este metal, como lo indican las marcas laterales, pertenece al emperador. Una lápida de Capua *(CIL* X 3964) menciona a un *villicus*

sociorum Sisaponensium ex Provincia Ulteriore, inscripción que prueba que, aunque de propiedad estatal, las minas de Almadén estaban arrendadas a una sociedad. Se conocen las cifras de arrendamiento de algunas minas hispanas; así, la mina Samariense, en la Bética, se arrendó en 200.000 denarios anuales; se interrumpió su explotación y después lo fue en 255.000. La renta de la mina Antoniniana se cifró en 400.000 libras (Plin. XXXIV 165). El tesoro imperial percibía de las minas hispanas la partida más grande de ingresos.

Los puertos de embarque del mineral de Sierra Morena central eran Híspalis y Gades; en esta última localidad han aparecido galápagos de plomo con la marca CATO.

A los arrendatarios de las contribuciones públicas de minas de oro y salinas se les autorizaba a formar corporaciones *(Dig.* III 4, 1). El ocupante de un pozo estaba autorizado a formar, según la ley de Vipasca (2, 6-7), una asociación con cuantas personas lo solicitansen, y se regulan las relaciones de la corporación y los socios. Estos *coloni, socii* y *occupatores* formaban el sector que contribuía con su dinero a las explotaciones mineras. A una mujer de esta clase pertenece la lápida hallada en Riotinto de Licinia Materna Novaugustana. Los obreros metalúrgicos y peones de las minas poseían también *collegia,* asociaciones, cuyas actividades eran muy variadas: organizar fiestas en honor de los dioses patronos; banquetes en común ciertas fechas del año, y administrar los fondos allegados al funeral, entierro dentro del cementerio común y cuidado de las tumbas. Este carácter, similar al de las modernas funerarias, parece ser el fin primordial de la institución. Procedente de Riotinto se conserva una inscripción dedicada por el *Collegium Salutare* a *Iovi Optimo Maximo.* Estos *collegia* eran entidades de derecho público.

La arqueología y las tablas de Vipasca [19] suministran algunos datos importantes sobre los sistemas de explotación. Los sistemas de desagüe de las minas romanas de la provincia de Huelva han sido bien estudiados recientemente. El método más sencillo de desagüe, cuando era

posible, consistía en un canal que, con una suave inclinación, vertía el agua al exterior. Este procedimiento se utilizó en las minas de El Centenillo, La Fortuna (Murcia) y en El Filón Dehesa en Riotinto. A este canal de desagüe alude la segunda tabla de Aljustrel, según la reciente interpretación que se ha propuesto, y no a un acueducto, que abastecería de agua a la región minera de Vipasca, o a una instalación para lavar minerales. Esta galería subterránea se encontraba a una profundidad considerable. Los que trabajaban pozos de cobre debían realizar las labores a una distancia mínima de quince pies unos de otros para evitar los desplomes. El *procurator* podía permitir hacer calicatas a partir de la galería de desagüe. Diodoro de Sicilia (V 37) alude a este sistema de desagüe en las minas hispanas cuando escribe: «Encuentran a veces ríos subterráneos, cuyo rápido curso reducen encauzándoles en galerías inclinadas.» Cuando era imposible sacar el agua con este procedimiento se empleaban mecanismos de elevación, descritos por Vitruvio (X 4), de los que en las minas hispanas se utilizaron tres. El primer ingenio es la noria (Vitr. X 5), muy usada en las minas del suroeste: Tharsis, Riotinto (Huelva) y Santo Domingo (Portugal). Sólo en la primera mina se han encontrado cuarenta. El Museo de Riotinto guarda una en excelente estado de conservación. En las minas de Tharsis, en el criadero del Filón Norte, en el siglo pasado se descubrió un conjunto de catorce ruedas, dispuestas por parejas. Estaban construidas de madera de pino y de encina. El eje de la rueda es el único elemento metálico. La disposición de estas máquinas está bien documentada por los hallazgos de Tharsis, Santo Domingo y Riotinto; en esta última región se encontró un conjunto de ocho parejas de ruedas, colocadas de manera sucesiva, que elevaban el agua a 29 metros de altura. La pareja de norias vertían el agua en el canal siempre en la misma dirección, y caía en la fosa del piso superior para ser recogida por el par siguiente. Si la cantidad de agua que había que extraer era poca, se colocaba una única rueda. La segunda máquina empleada era la polea con cangilones, también descrita

por Vitruvio (X 5). Era una variante de la máquina anterior; a la misma rueda anterior se acoplaba una doble cadena de hierro, de la que colgaban cangilones de cobre, con una capacidad de 3,5 litros, que vertían el agua en la parte más alta sobre un canal o depósito a ese nivel. La ventaja de este ingenio era que extraía el agua de lugares más profundos. Esta máquina, a juzgar por los hallazgos, fue menos usada que la noria, pero también se documenta, incluso con variantes no descritas por Vitruvio. En la mina Sotiel Coronada (Huelva) los cubos de cobre iban atados por una cuerda a una polea. Otras veces han aparecido sólo los cubos, y en Riotinto, la rueda, en vez de ser una polea, era una noria completa con travesaños horizontales de madera

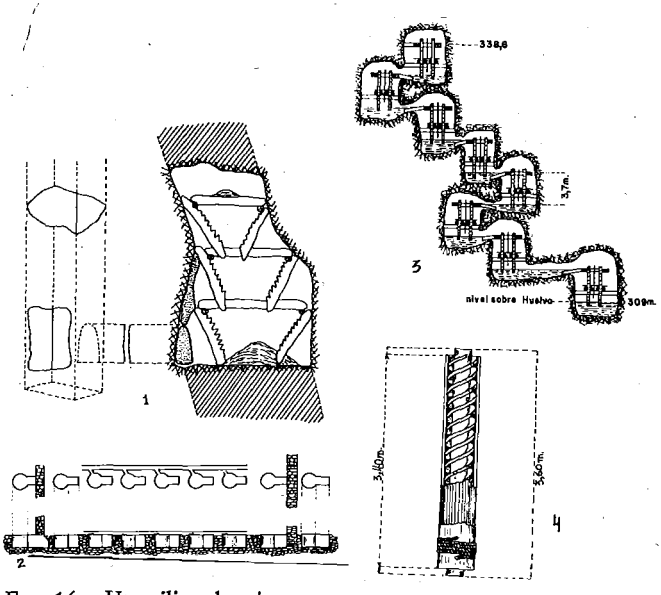


FIG. 16.—Utensilios de mina.

1. Sistema de escaleras en una contramina de Ajustrel (según Abel Viana).—2. Lavadero romano de Mazarrón (Murcia) (según Villasante).—3. Esquema de la colocación de norias romanas en Riotinto (según Palmer).—4. Tornillo de Arquímedes de la mina Sotiel-Coronada (según Gonzalo y Tarín).

para la sujeción de los cubos. La tercera máquina para extraer el agua es un tornillo hidráulico, cuya invención atribuyó la antigüedad a Arquímedes, y al que ya se ha aludido.

La bomba de Ctesibio fue descrita en la antigüedad por Plinio (VII 37) y por Vitruvio (X 7). Este ingenio elevaba el agua a gran altura. Un ejemplar, procedente de la mina Sotiel Coronada, se conserva en el Museo

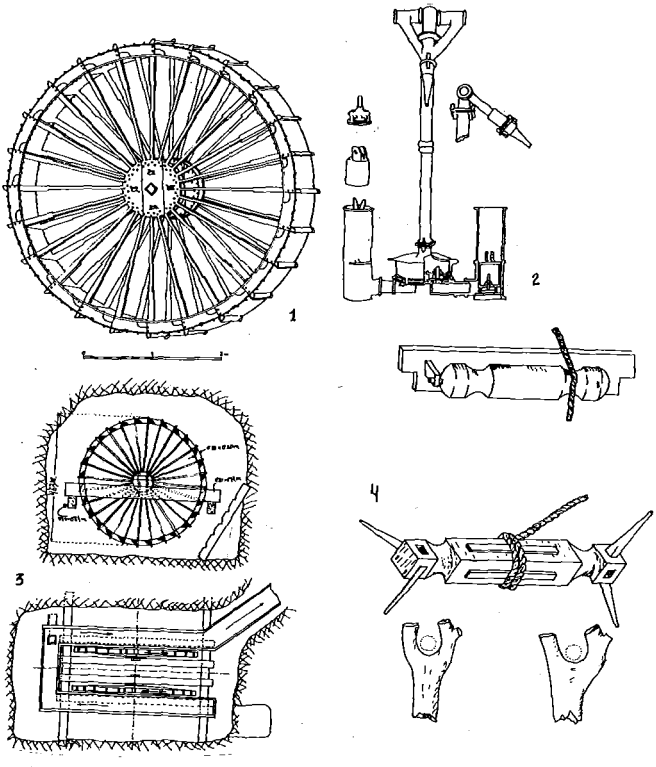


FIG. 17.—Utensilios de mina.

1. Noria romana para desagüar la mina (según Luzón).—2. Bomba de Ctesibio hallada en la mina Sotiel-Coronada (según Gossé).—3. Ruedas hidráulicas de Riotinto (según Palmer).—4. Torno de madera encontrado en una bocamina de Ajustrel (según Abel Viana).

Arqueológico Nacional de Madrid. Estaba sujeto al suelo por una obra de mampostería. Consta de dos recipientes gemelos de bronce unidos por un tubo en forma de horquilla, al que se ajusta un conducto vertical, la bomba. Los recipientes y los tubos llevan un juego de válvulas que abren o cierran el paso del agua. En los recipientes cilíndricos hay sendos pistones, que se accionan por medio de barras y palancas, que impelen el agua a través del tubo central. Derrumbamientos de galerías de minas mal apuntaladas eran frecuentes, como lo indican los cadáveres hallados en algunas minas de Huelva; a este hecho alude el poeta de la segunda mitad del siglo I P. Papinio Estacio (*Theb.* VI 880-885).

Las citadas tablas de Aljustrel, la antigua Vipasca, contienen la reglamentación, como hemos dicho, de un distrito minero y se da una información única sobre reglamentación fiscal y administración de las minas de cobre y plata. De las dos tablas que se conservan, la primera fija los derechos de los diversos arrendatarios de los servicios de la localidad, el arriendo del impuesto en las subastas, el pregón, los baños públicos, la zapatería, la barbería, la tintorería y el impuesto sobre el mineral extraído, la inmunidad de los maestros de Vipasca y el impuesto sobre la ocupación de los pozos mineros. La tabla segunda determina el régimen de explotación, desde el punto de vista jurídico y técnico, y las medidas de policía. Examinemos un poco más detenidamente cada una de las tablas. Un impuesto gravaba la compra de mineral y de piedra para su elaboración. Las operaciones de elaboración se clasifican en depuración, trituración, fundición al fuego, preparación y segmentación de lingotes, criba y lavado. La ley gravaba a los que importaban de otra zona mineral para preparar en Vipasca, con un denario cada 100 libras, unos 35 Kg. aproximadamente. El fisco daba un permiso de explotación y percibía la mitad del mineral extraído. Existía la posibilidad de comprar la concesión definitiva del pozo a un precio fijado por el fisco. La tabla segunda legisla, al comienzo, sobre los precios de los pozos de cobre en disfrute temporal, y persigue las explotaciones clandes-

tinas. El ocupante no podía fundir el mineral antes de haber pagado al fisco. El fisco tomaba una serie de medidas encaminadas a que las explotaciones no se interrumpieran. La interrupción era considerada abandono, y el fisco concedía el derecho de explotar el pozo al que lo encontrase abandonado. Si se trata de un pozo comprado, se concedía un plazo de inactividad de seis meses. Para buscar la cantidad necesaria para comprar el pozo, el ocupante tenía varias posibilidades, que enumera la tabla.

Posiblemente, los ocupantes de los pozos constituían sociedades mineras. La ley admitía estas sociedades y no limitaba el número de socios. También legisla la tabla segunda la venta de un pozo comprado y la parte que correspondía al socio. No se podía vender un pozo a una persona de fuera de Vipasca. Se prohibía fuera de las horas de sol el transporte del mineral extraído, bajo multa de mil sestercios, y se sancionaba el robo. Si el ladrón era un esclavo, el *procurator* le mandaría azotar y vender bajo condición de estar siempre atado y de no vivir nunca en un distrito minero. El precio obtenido por la venta se entregaba al amo del esclavo. Si el ladrón era una persona libre, el *procurator* confiscaba su patrimonio y le desterraba. Termina la segunda tabla con una serie de previsiones técnicas para el buen mantenimiento de los pozos. Los pozos debían estar bien apuntalados y sujetos. Cada concesión estaba señalada mediante estacas y maderos. Se sancionaba a los que arruinaban los pozos. El castigo era, si era esclavo, azotes a juicio del *procurator* y venta con la condición de no vivir más en una mina; si era libre, la confiscación de bienes y la prohibición perpetua de volver a Vipasca. También da una serie de prescripciones técnicas la ley, referentes al servicio del canal de las minas, sobre la traída de agua a la localidad o al canal para el lavado del mineral. También estaba prohibido amontonar el mineral a los lados del canal. La mano de obra era de esclavos, condenados a trabajos forzados, y también de obreros libres.

Plinio da una lista muy completa de los principales minerales explotados en Hispania. Entre ellos cabe recor-

dar las minas de sal, en Egelasta, posiblemente en la provincia de Murcia (XXI 80); esta sal era la preferida en medicina; la sal bética se utilizaba para las enfermedades de los ojos en caballerías y en bueyes (XXXI 86, 100). Hispania era el país que producía más bórax, utilizado por los tintoreros (XXXIII 89). El plomo argentífero se exportaba para mezclarlo con el famoso cobre de Campania, en la proporción de 10 a 100, y de este modo hacerlo más dúctil y de mejor color (XXXIV 95). El vitriolo se obtenía de pozos o de charcas (XXXIV 123). Cantabria producía piedra imán, que aparecía en los núcleos dispersos llamados *bulbationes* (XXXIV 148, XXXIV 127); hierro: junto al mar había un monte altísimo (Somorrostro, en las proximidades de Bilbao), todo él de este metal (IV 112,149), y plomo negro (XXXIV 58), del que se obtenía plata. Se empleaba para la fabricación de tubos y láminas (XXXIV 164). El estaño que había en Lusitania y Galicia estaba a flor de tierra, en forma de arenas negras reconocibles por su peso, mezclado con guijarros pequeños. El método de obtención consistía en lavar la arena, de la que se extraía por decantación el mineral, que luego se transportaba a los hornos, para tostarlo. También se encontraba en los yacimientos de oro llamados *alutiae;* por medio de una corriente de agua se dejaban posar los cálculos negros, que se volvían ligeramente blanquecinos, y tenían el mismo peso que el oro. El horno separaba el oro del estaño (XXXIV 156-158). Las islas Baleares producían bermellón (XXXV 31). La aparición de arenas de lapislázuli en Hispania, de un color más suave que el de Armenia, empleado en medicina para el crecimiento del pelo y de las pestañas, hizo que este último, de 30 sestercios la libra, descendiese a seis denarios (XXXV 47). El espejuelo se obtenía en la región de Segóbriga, Cabeza del Griego, Cuenca; el procedente de Hispania, que se obtenía en pozos muy profundos, era preferido al hallado en Chipre, Capadocia, Sicilia y Africa (XXXVI 160-161). La piedra de afilar instrumentos de hierro empleada en las barberías procedía de la Hispania Citerior, de la ciudad de Laminium, Alhambra (Ciudad Real)

(XXXVI 165). Fábricas de vidrio, en el que entraba como parte principal una arena muy blanca y blanda, había en Hispania (XXXVI 194). La costa atlántica producía obsidiana (XXXV 197). También menciona Plinio (XXXVII 150) algunas piedras raras, como la esmeralda veteada de blanco, de Galicia (XXXVI 163).

Hispania y Britania produjeron grandes cantidades de minerales, pero no se desarrolló en estas provincias una industria de fabricación de bronces, como en Campania, Tarento e incluso en Galia.

2. *Agricultura. Montes. Apicultura. Plantas textiles*

La costa mediterránea ofrecía una agricultura de tipo itálico, con predominio de la vid, olivo y árboles frutales; el trigo complementa esta economía[20]. Roma vivía de los pueblos que dominaba y necesitaba grandes cantidades de excedentes de cereales. De algunas regiones señalan las fuentes su fertilidad, así de los alrededores de Carthago Nova (Sil. It. XV 196-7), de Jerez (Marc. VI 73) y de Córdoba (Marc. IX 61, 2). Los datos mencionados ya de Estrabón sobre la agricultura de Hispania en gran parte pueden aplicarse a los años del principado de Augusto también y a épocas posteriores. Las orillas del Betis producían grandes cantidades de cereales y de aceite (Sil. It. III 402-5). P. Annio Floro (186, 5) afirma, por su parte, que la región de Tarragona tenía campos de trigo tan ricos como los de Italia. Del trigo no sólo se hacía pan, más ligero que en otras partes, sino una bebida usada para suavizar el cutis de las mujeres, en la que se empleaba como fermento una levadura decantada (Plin. XVIII 68). Las fuentes citan varias clases de trigo y de cebada. Trigo tremesino menciona Columela (II 9, 7). La cebada más productiva era la tremesina sembrada en Carthago Nova, en el mes de abril; en el mismo mes se sembraba en Celtiberia y daba dos cosechas al año (Plin. XVIII 80). Los granos se conservaban en silos, al igual que en Capadocia, Africa y Tracia. Plinio (XVIII 306) da algunas particularidades sobre es-

tos silos; que se excavaban en terreno seco y se echaba un lecho de paja; otras veces el grano se guardaba en espigas. El trigo guardado de esta forma duraba cincuenta años, y el mijo cien, según Varrón. El naturalista latino (XXII 120) menciona también el hórreo. La confirmación de esta riqueza cerealista hispana son las monedas de Antonino Pío, con la efigie de la Península, de pie, coronada de torres y cogiendo unas espigas. Magníficamente han representado algunos relieves funerarios la labra de la tierra, como el de Cn. Atellius, hallado en Carthago Nova, en el que un labrador ara un campo, y un segundo procedente de Cástulo.

Más que en la riqueza cerealista insisten los escritores imperiales en la riqueza aceitera y vinícola de Hispania, ya que en época de Augusto y de sus sucesores se desarrolló enormemente la viticultura y la oleicultura. Plinio (XV 1) conserva un dato interesante sobre la introducción del olivo en Hispania, cuando escribe que, según Fenestella, historiador latino de la época de Augusto, se introdujo en Hispania, Italia y Africa en el siglo VII antes de Cristo, y en su época se estaban plantando olivos por vez primera en el interior de Hispania y de la Galia. En la Bética los olivares se plantaban en cerros medianos (Colum. V 8, 5) y en suelos cascajosos (Plin. XVII 31). La producción aceitera de las orillas del Guadalquivir era más importante que la cerealista, como se desprende de que en la poesía de Marcial (XII 98, 1) el río Betis lleva corona de olivo, y de la afirmación de Plinio (XVII 93) de que la Bética recoge las más ricas cosechas de sus olivos. La Bética no sólo producía grandes cantidades de aceite, sino también de calidad. El aceite de Córdoba, según Marcial (XII 63, 1), era mejor que el de Venafro, en Italia, y que el de Istria, lo cual es una evidente exageración por parte del poeta hispano.

En la región de Mérida las aceitunas eran muy dulces, llegando a veces a aventajar a las uvas pasas (Plin. XV 17), afirmación que es un tanto chocante. El aceite hispano se obtenía de aceitunas blancas y no maduras, según el gran médico del siglo II Galeno, por lo que no lo recomienda para darse masajes *(de sanit. tuend.* III 6, 5).

Entre los aceites finos, del Atica, Sición y el de Istria, cita Pausanias (X 32, 19) en el siglo II el hispano. Algún dato sobre la obtención del aceite se puede espigar en los autores clásicos, como la mención de prensas en la Bética, hecha por Marcial (VII 28, 3). Se conocen algunos buenos ejemplos de ellas, como la aparecida en los Castellones de Ceal (Jaén); es de forma discoidal, con una concavidad regular en el centro y una meseta plana rodeada de un ancho surco con desagüe lateral. Está fabricada de arenisca; sus dimensiones son: 52 cm. de longitud, 36 cm. de ancho y 16 cm. de altura. Los cestos de esparto, llenos de aceitunas, eran sometidos a la presión de una viga, como en las almazaras actuales.

La importancia de la explotación aceitera para la economía romana queda bien patente en el interés de los emperadores por la recogida del aceite. En Cástulo ha aparecido últimamente el título de un rescripto imperial sobre la hacienda olivarera, *rescriptum sacrum de re olearia,* posiblemente de época hadrianea. Se trataría de una serie de aclaraciones emitidas por el emperador para la recogida del aceite por los funcionarios de la *annona* romana. Tales disposiciones, complementarias de la legislación vigente sobre el particular, seguirían en otras lápidas, hoy perdidas. Otros datos confirman esta importancia del aceite para la economía, como las monedas de Adriano, en las que el ramo del olivo, como símbolo, acompaña a la imagen de Hispania. En un mosaico de Ostia, de mediados del siglo I, junto a las personificaciones de las provincias agrícolas por antonomasia (Sicilia, Africa y Egipto), figura Hispania, con corona de olivo, lo que indica bien claramente el producto hispano más codiciado por Roma. Un relieve hallado en Córdoba representa la recolección de la aceituna. Es una obra popular y labrada con seguridad en la ciudad. El personaje de la derecha viste túnica vulgar corta, propia de los menestrales y esclavos, y distribuye la aceituna en un recipiente de madera, cilíndrico, ceñido por tres aros, según las va vaciando de un saco un compañero.

Sobre la riqueza vinícola es posible recoger algunos datos significativos en las fuentes literarias. En páginas

anteriores ya se han adelantado algunos. De nuevo es el escritor latino Plinio el Viejo el que ha transmitido los datos más completos y significativos sobre los vinos hispanos y las diversas clases de vides. La vid llamada *coccolobis* tenía la ventaja de ser muy resistente a los calores y a los vientos; su vino era muy fuerte. Se cultivaban dos clases de vides; una, de uva oblonga, y una segunda, de redonda. Se vendimiaban sólo las últimas. El vino de la de gusto acerbo se endulzaba al envejecer, y el de la dulce se volvía seco con el tiempo. El vino de esta última era tan bueno como el de los montes Albanos, y se empleaba en las enfermedades de la vejiga (XIV 29-30). También se cultivaban cepas de inferior calidad (XIV 41).

Los vinos más famosos eran los lacetanos, de la región de Barcelona, que producía cantidades elevadas de vino; los tarraconenses, que son los actuales del Priorato, y los de la comarca de Lauro (Valencia) eran famosos por su finura; los caldos de las islas Baleares eran comparables con los mejores de Italia (XIV 71). El vino de Tárraco lo menciona Marcial (VII 53, 6); un amigo le regaló una botella de él; con exageración patriótica escribe el poeta (XIII 118) que sólo es inferior al vino de Campania, y que competía con los vinos etruscos. Lo mismo afirman Silio Itálico (III 369-370, XV 177) y Floro (186, 5). La Bética también producía mucho vino (Marc. XII 98, 3). El vino de Jerez es elogiado por Marcial (XII 129) y alude a él indirectamente Columela (III 3, 3; 9, 6). El vino hispano, en general, lo menciona Ovidio (*Ars am.* III 645-6), al aconsejar a los enamorados emborrachar al guardián de la amante con mucho vino, aunque sea de Hispania. El vino de Sagunto estaba considerado como de mala calidad (Juv. V 29). M. Cornelio Frontón (115, 1-4) lo cita entre los vinos extranjeros, lo que indica que se exportaba a Italia. La ley del año 92 promulgada por el emperador Domiciano (Philostr. *Vita Apoll.* VI 42; Suet. *Domit.* 7, 2) prohibió que se plantasen viñas en lugar de trigo, y aun dispuso arrancar la mitad de los viñedos existentes en las provincias. Esta ley no se debió cumplir ya que M. Cornelio

Frontón, que cita el vino de Sagunto, vivió después de la promulgación de la ley, entre los años 100 y 175. Una bodega de época hadrianea, a juzgar por las monedas del año 119-122 en ella aparecidas, se ha descubierto en Funes (Navarra). Es una fábrica de gran capacidad, con lagares y trujales. La superficie excavada es de unos 700 metros cuadrados; es un conjunto de cuatro habitaciones mayores de pisa y prensa de uva. Hay otras habitaciones vecinas y grandes tinajas. Los escritores del siglo I de la Era han dado algunos datos sobre el cultivo de la vid en la Península Ibérica. Columela escribe que los viticultores ibéricos tenían la costumbre de retirar la tierra antes del invierno de las raíces de las cepas, con el objeto de que las lluvias invernales se filtrasen más fácilmente (IV 14, 2) y añade que se puede prescindir de este trabajo, porque en otoño la tierra se remueve al ararla. Otros datos sobre la viticultura hispana los recoge Plinio (XVII 170), como son que la vid plantada con raíz no medraba en terreno árido, que en lugares regados crecía incluso una vid con pámpanos hasta en verano, que se regaban las vides (XVII 249), y que los viñedos y arbustos, como en Asia, Grecia, Campania y Apulia, debían mirar al viento norte (XVIII 336). Algunos relieves funerarios se conservan relacionados con la explotación del vino. En Mérida ha aparecido uno que representa un bodeguero escanciando el vino de una cuba en una jarra. Se fecha en el siglo I.

Una larga lista de árboles frutales se menciona en los escritos de época imperial, que denota un cultivo muy intenso de la arboricultura, con técnicas muy avanzadas. De nuevo es Plinio el que ofrece los datos más numerosos y completos. El ricino alcanzaba la altura de un olivo (XV 25); en época del naturalista, en la Bética se injertó un ciruelo en manzano, dando un producto llamado *malina*. También se injertó en almendro, obteniéndose la amigdalina (XV 42). Toda la costa de la Bética era un hermoso plantel de árboles frutales, posiblemente desde época de los cartagineses. Las peras más famosas eran las procedentes de Numancia (XV 55). Ebusus producía los higos más grandes y mejores. Se

guardaban en cajas (XV 82). Columela (VIII 17, 15) completa esta información sobre los higos al afirmar que se empleaban en la Bética para cebar a los peces en los viveros, y que se secaban al sol, se les daba forma de estrellas o de flores y se les amasaba en forma de pan. Bien secos, se metían en vasos (Colum. XIII 15, 5). En tiempos de Tiberio se introdujo el cultivo del alfóncigo o pistacho (XV 91). En Bélgica y en el Rhin la cereza lusitana era la más estimada (XV 103). También había bosques de castaño (XV 94). En tiempos de escasez de cereales se obtenía harina del pan de las bellotas. Tostada, se comía como postre (XVI 15). Un paraje delicado y abundante en fuentes era Boterdo, que debe ser la campiña del Campiel, al norte de Bílbilis (Marc. I 49, 7, XII 18,11). La palmera datilera se daba bien en la Hispania romana (XIII 26), es de suponer que en la costa levantina y meridional. Las mejores ciruelas eran las procedentes de Hispania, después de las de Damasco; se utilizaban como purgante (Gal. *de sanit. tuend.* VI 9, 4; *de alim. fac.* II 31, 2-3; *de bon. malisque suc.* V 15).

Las explotaciones mineras mencionadas presuponen unos extensos bosques en los alrededores, ya que el revestimiento de las galerías y la fundición necesitan grandes cantidades de madera. Se conoce la localización de algunos de estos montes. En la cercanía de Tugia, Peal de Becerro, donde nace el Guadalquivir, estaba el *Saltus Tugiensis* (Plin. III 9). Los pinos abundaban en las islas Baleares (Plin. III 76). Un bosque famoso de bojes había en los Pirineos (Plin. XVI 71) y enebros muy altos, sobre todo, entre los vacceos (Plin. XVI 198). Bosques cubrían gran parte de Lusitania a juzgar por algunas expresiones de Silio Itálico (III 354-5). Encinares rodeaban la ciudad de Bílbilis (Marc. IV 55, 23; XII 18, 13). Bosques y prados públicos existían en las proximidades de Mérida (Front. *de controv.* 48, 16). Hispania producía exquisita miel: se empleaba, por ejemplo, para rociar tortas de queso (Petr. *Sat.* 66, 3). Ya se ha indicado que los habitantes de las Baleares la utilizaban también en pastelería. En las regiones ricas en esparto la miel sabía a él. Entre los olivares había siempre muchos enjambres

(Plin. XI 18). Una noticia interesante es la trashumancia de las colmenas a hombros de mulos, de la que habla Plinio (XXI 74).

Se conocen algunas plantas raras hispanas, citadas por los autores clásicos. Se cultivaban en las riberas marítimas plantas que daban ungüentos perfumados (Plin. XIII 26). La horticultura debió de ser muy floreciente, aunque se han conservado pocos datos concretos. El comino más buscado era el de Carpetania (Plin. XIX 161). El opio se obtenía de la adormidera (Plin. XX 199). Entre las hierbas procedentes de la Península Ibérica más conocidas estaba la vetónica, bien descrita por Plinio (XXV 84). Sus hojas secas y pulverizadas servían para muchas cosas. Se fabricaba con ella un vino y un vinagre que tonificaban el estómago y aclaraban la vista. Plinio (XXV 85) menciona igualmente la cantábrica, y añade: «Tampoco ha faltado nunca en Hispania la recolección de hierbas, hasta tal punto que actualmente en los convites alegres, que suele ser costumbre celebrar, se sirve una bebida de cien hierbas, a lo que se añade vino melado, bebida que se tiene por muy sana y agradable. Se ignora qué ingredientes tiene y su proporción. Sólo se conoce su número.» Se tiene noticia del cultivo o recolección de una serie de plantas, muchas utilizadas en farmacopea, citadas todas por Dioscúrides (*De mat. med.* I 3, 55, 140, 155, 166, etc.).

Como ungüento entre los perfumistas se empleaba el espalato, que era una mata espinosa (Plin. XIX 3).

Había ya entonces algunas variedades de lechuga, una muy blanca se cultivaba en las proximidades de Cádiz, de ahí su nombre de *lactuca Tartessis;* convenía plantarla en marzo (Colum. X 185-192, XI 3, 26). Las cebollas se plantaban en las islas Baleares y en otras regiones (Plin. XIX 94). Campos de alcachofas rodeaban Carthago Nova y Córdoba; en esta última ciudad rentaba 6.000 sestercios la cosecha de ellas (Plin. XIX 152).

Las alusiones a la floricultura son escasas en las fuentes; Plinio (XXI 19) menciona las rosas de Carthago Nova, que florecían a principio de invierno, lo que parece indicar que se cultivaban en invernaderos. En Lacetania

(Plin. 17) había malvas silvestres que se empleaban contra la rabia.

Se seguían cultivando las plantas textiles. El lino de Saetabis, Játiva, era el más codiciado en Hispania (Catul. XII 14-16, XXV 7-8, Gratt. *Cyn.* 41; Plin. XIX 9). También se explotaba en los alrededores de Tarragona, donde era de extraordinaria blancura y se establecieron los primeros talleres de carbaso. Famosa fue la tribu de los zoelas, en Galia (Plin. IX 10), por sus cosechas de lino.

En las explotaciones agrícolas debieron tener mucha importancia los repartos de tierra llevados a efecto durante las guerras civiles y después. Los repartos, según Rostovtzeff, fueron el factor más poderoso de la historia de la romanización y latinización de Italia, y lo mismo debió suceder en Hispania. Estos repartos de tierras a veteranos tendieron cada vez más a crear nuevas fincas rústicas para gente que vivía en las ciudades. Los veteranos no engrosaban el número de campesinos generalmente, sino el de los habitantes de las ciudades.

Marcial (XII 31) ha descrito maravillosamente una finca de Celtiberia en su Bílbilis natal: «Este bosque, estas fuentes, esta sombra que nos brindan, como un tejido, los pámpanos suspendidos en la altura; este venero encauzado de agua para el riego; esos prados y plantíos de rosales no inferiores a los de Paestum, que dan dos cosechas al año; esa verdura que madura en el mes de enero y que no sufre las heladas; esas anguilas criadas en casa, que nadan en los acuarios, y esa torre blanca que alberga aves del mismo color (palomas), son los regalos de mi dueña. Vuelto al hogar después de siete lustros, Marcela me ofreció esta morada, este pequeño reino. Si Nausícaa me diese como presente los jardines de su padre, podría decirle a Alcínoo: 'prefiero los míos'.» Las fincas, como indica otra composición poética del mismo Marcial, eran trabajadas por esclavos, al frente de los cuales se encontraba el *uilicus,* también esclavo. A partir de M. Aurelio, los colonos se asentaron en las tierras de labor. Se ha propuesto una extensión media de 1.500 a 2.500 Ha. para las fincas béticas dedicadas a olivar y cereales, e

incluso se piensa que debió de existir una cierta oposición entre la pequeña y media propiedad alrededor de las ciudades, o en las proximidades de la costa, y la gran propiedad, donde el olivar dominaría, como indica Columela (XII 52-12). Un mismo propietario poseía muchas fincas, como se deduce de varias marcas de ánforas vinarias publicadas por Callender. En algunas colonias, como en Emérita y en la Colonia Genetiva Iulia (Urso), hubo prados o bosques comunales.

3. *Ganadería. Pesca. Caza*

Una explotación agrícola intensiva, como la de la Bética, Levante y la Meseta, necesitaba un desarrollo grande del ganado mayor, bien atestiguada su existencia por las representaciones de las monedas. Bueyes para las faenas agrícolas en la Bética menciona Columela (II 10, 35); este autor, que era un excelente agricultor, prohíbe que se les aguijonee (II 2, 26). Costumbre hispánica, que ha pervivido hasta hoy, es atar el yugo a los cuernos de los bueyes (Colum. II 2, 22). La abundancia de ganado bovino queda bien patente en algunas estelas; así, en una procedente de Hontoria de la Cantera (Burgos) se representa a un pastor que sigue a dos bueyes. Estelas con figuras de toro no son raras en el norte de la provincia de Soria. Celtiberia tenía una raza de asnos muy buena; alguna cría llegó a valer hasta 400.000 sestercios (Plin. VIII 170). Hispania criaba muy buenas razas de caballos, como los asturcones; a ellas alude Grattio, poeta de la época de Augusto, en su poema *Cynegetica* (513-517). Se criaban estos caballos, según este poeta, en Galicia. En época de Nerón el nombre de asturcón se había extendido ya a cualquier caballo que tuviera las mismas características (Petr. *Sat.* 86, 4). El asturcón era el caballo favorito de Nerón (Suet. *Nero* 46, 1). Eran más pequeños que los tieldones, que también se criaban en estado salvaje en Asturias y Galicia.

Hispania tenía muy buenas razas de ganado ovino, a las que aluden frecuentemente los escritores imperiales.

Famosas eran por la calidad de su lana, de color rojizo, las ovejas de la campiña de Córdoba, de que habla Plinio (VII 2, 4). Marcial (I 96, 5, V 37, 7, IX 61, 3, etc.), por su parte, alaba repetidas veces el color y calidad de su lana, a la que compara con el color del oro; creía el poeta hispano que era producto de las aguas del Betis, y Juvenal (XII 40), que se debía, además de al agua del Guadalquivir, a la hierba y al aire de la comarca; pero, en realidad, era el resultado de una cuidadosa selección y cruzamientos, como el que hizo un tío de Columela (VII 2, 4), buen labrador y ganadero, que cruzó carneros africanos con ovejas béticas, obteniendo excelentes resultados. La raza de ovejas más frecuente en Hispania tenía la lana negra (Plin. VIII 191; Marc. I 96, 8) o blanca (Marc. VIII 28, 5). Esta última raza también se criaba en la Bética y de ella se confeccionaban togas.

El pescado era muy abundante en calidad y en cantidad, según se dijo ya. Las fuentes literarias mencionan los peces más importantes, como el *faber*, que es el gallo, uno de los peces más apreciados en Cádiz, y la murena tartesia (Colum. VIII 16, 9-10), citada esta última por el gramático del siglo II Aulo Gelio en sus *Noctes Atticae* (VI 16, 5) y por el profesor de filosofía en Atenas, Pollux (VI 63). En Ebusus el pez preferido era la salpa, que para guisar había que apalearla (Plin. IX 68). El escombro se pescaba en el sureste y se le utilizaba en Carthago Nova para la fabricación del *garum*. También se pescaban en la Bética y en Carteia al entrar en el Mediterráneo (Plin. XXXI 94). Las ostras de Hispania eran de color rojizo (Plin. XXXII 60). Criaderos de ellas había en la costa de Elche (Plin. XXII 63). El pez *colias* se pescaba en aguas de Sexi (Plin. XXXII 146). Galeno (*de alim. fac.* III 30, 4) cita de pasada el atún hispano.

La caza continuó en época imperial siendo muy abundante, pero no tuvo importancia económica. Los alrededores de Bílbilis constituían un paraíso para los cazadores. Marcial (I 49, 23-24, XII 18, 13) alude frecuentemente en sus composiciones a la caza. Entre los animales menciona el poeta el corzo o ciervo, para cuya captura se utilizaban redes; jabalíes y liebres. La caza con

redes estaba extendida en la Península, como lo indica la industria de redes de caza de Saetabis, confeccionadas de lino (Gratt. 41), y la de los Zoelas en el norte (Plin. XIX 10). En una inscripción dedicada a Diana por *Q. Tullius Maximus, legatus Augusti Legionis VII Geminae Felicis (CIL* II 2660), fechada entre los años 162 y 166, se mencionan como animales salvajes de caza las cabras, los ciervos, los jabalíes y los caballos. Feroces jabalíes y huidizos ciervos menciona una inscripción métrica de Clunia *(CIL* II 6338), junto a alusiones a faenas agrícolas.

Siendo la caza tan estimada por los hispanos, no es de extrañar que hubiera una buena raza de perros. Los galgos hispanos los menciona Oppiano en su poema (*Cyn.* I 397), y Póllux (*Onom.* 37) alaba igualmente los perros hispanos.

La afición de los hispanos a la caza queda bien patente en una serie de relieves funerarios. Sin negar el carácter funerario del tema de la caza en todo el mundo antiguo, el realismo y la novedad de las composiciones indica claramente que los lapicidas copiaban escenas a las que estaban acostumbrados. El grupo de estas estelas procede de Lara de los Infantes (Burgos). Representan cacerías de ciervos y jabalíes a caballo, a veces acompañado de perros o de un sirviente, que era posiblemente un siervo. Una escena de caza se representa en la estela de Octavia, hallada en Villatuerta (Navarra). El cazador, seguido del perro, lleva escudo pequeño y espada. La fiera perseguida es un oso. Animales salvajes aparecen en otras estelas; así, un ciervo en la de Aelius, procedente de San Juan de Beleña (Oviedo); aquí el cazador va acompañado del caballo; un ciervo solo se representa en una de Navarra, y ciervos y jabalíes en la de Lucretius del Museo de San Marcos, de León.

4. *Comercio. Banca. Industria*

Aparte de la agricultura, como escribe Rostovtzeff, el factor principal de la vida económica en los albores del

Imperio Romano fue seguramente el comercio. Según se desprende del *Satiricón,* de Petronio, que parodia en un episodio lo que podía ser la vida de un liberto imperial de origen oriental, llamado Trimalción, cuya juventud coincide con los primeros decenios del Imperio, el ramo mercantil más importante no era el comercio de objetos de lujo, sino el intercambio de artículos de primera necesidad: trigo, pescado, aceite, vino, cáñamo, lino, lanas, maderas de construcción, metales y productos manufacturados. En la vida económica, ni el emperador ni el Estado intervinieron directamente. La vida económica siguió su propia evolución. El comercio sólo estaba gravado por los derechos de aduanas de cada provincia y de distribución, lo que facilitaba enormemente su desarrollo. Ya a comienzos del Imperio, entre los años 42-44, hay noticia de compañías de comerciantes que traficaban en Brácara (*CIL* II 2423).

Muchos debieron de ser los comerciantes orientales afincados por sus negocios en Hispania. Un intenso tráfico comercial con el Oriente, y más concretamente con Siria, de donde proceden, indican las anclas de varios naufragios en los puertos de Huelva, Málaca y Carthago Nova, estas últimas gemelas a las anteriores, con nombres de dioses sirios. Posiblemente exportaban estos barcos minerales. Una inscripción griega de Málaca cita a una comunidad de negociantes orientales, sirios y asiáticos en general, presidida por T. Clodius Iulianus (*CIL* II p. 251). La inscripción no tiene fecha y hoy está perdida; se trata de una comunidad dedicada a la exportación, posiblemente de salazón o quizá también de minerales, ya que en Roma vivió un cierto *P. Clodius Athenius, negotians salsarius,* que pertenecía a un *corpus negotiatorum Malacitanorum* (*CIL* VI 9677).

Otras inscripciones de Roma o de las provincias mencionan los nombres de varios mercaderes, como los negociantes en aceite béticos: *negotiatores olearii ex Baetica* (*CIL* VI 16256), *L. Marius Phoebus, mercator olei Hispania ex provincia Baetica* (*CIL* VII 1935) y *C. Sentius Regulinus, diffussor olearius ex Baetica* (*CIL* VI 29722). En Astigi se conoce un *M. Iulius Hermesianus, diffussor*

olearius (CIL II 1481). Dos inscripciones de Tárraco citan también a dos comerciantes de la localidad (*CIL* II 4317, 6110).

Los comerciantes hispanos de Putéoli, a final del siglo II o comienzos del siguiente, tenían un almacén donde guardaban salazones (Elian. *de nat. an.* XIII 6), importadas de Hispania seguramente. Todo el comercio bético de aceite, de *garum* y de minerales iba a Roma a través del puerto de Ostia. La importancia de Ostia para el comercio peninsular queda bien patente en la presencia de una serie de gentes hispanas en la ciudad dedicadas al comercio de productos peninsulares, como el mencionado *Dorotheus, procurator massae Marianae (CIL* XIV 52), posiblemente un liberto imperial, al igual que un Hispanus *(CIL* XIV 4316), dedicados a la administración de los productos imperiales procedentes de Hispania. En Ostia no hay noticia de la existencia de una corporación de comerciantes hispanos, como en Putéoli, dedicada a la importación del vino, aceite y salazones hispanos; quizá la administración de este comercio estuviera en manos de comerciantes procedentes de otras regiones imperiales. Varios son los hispanos residentes en Ostia, como, entre otros, el lusitano M. Caesius Maximus *(CIL* XIV 4822), natural de Aeminium, y el liberto, a juzgar por el cognomen, L. Numisius Agathemerus, natural de la Hispania Citerior *(CIL* XIV 481). Testigo de este comercio hispano a través de Ostia son las ánforas del Monte Testaccio, en Roma, que desembarcaron en el puerto de Ostia, y los pocos fragmentos de *sigillata Hispana* aparecidos en las excavaciones de Ostia, y principalmente los sellos de ánforas, que hablan de una intensa actividad mercantil hasta la primera mitad del siglo III inclusive.

El gigantesco comercio de importación y exportación, explotación de las minas, desarrollo de la industria en sus más variados aspectos, que se documenta a finales de la República y durante el Imperio, requiere una gran banca bien organizada y bien distribuida en los centros claves de la economía. Los banqueros aparecen en varias inscripciones; baste recordar sólo a *A. Vergilius, argenta-*

rius de Carthago Nova *(CIL* II 3440). El fisco era el mayor banquero del Imperio; él era el que prestaba dinero a crédito, al igual que los prestamistas particulares y los bancos; como el emperador, atesoraba moneda acuñada y realizaba numerosas operaciones financieras.

En época imperial Hispania continuó exportando productos de todo género. Columela (I *praef.* 20) se queja de que Italia, a pesar de ser tan fértil, ya no produce el suficiente trigo y vino, que tiene que importar de las islas cicládicas, de Galia e Hispania. Para el aprovisionamiento de la industria y para alimentar la población itálica, Roma dependía de las provincias de tal modo, que era esclava del Occidente, más que de Oriente. En la explotación por parte de Roma de las provincias, a la Península Ibérica y a Britania, por ser las provincias mineras dignas de este nombre en el Imperio Romano, corresponde el primer puesto.

Hispania exportaba en época imperial, como antes lo había hecho durante la República, fundamentalmente minerales y productos alimenticios; dentro del ramo industrial, el principal producto de exportación fueron las conservas pesqueras, y en mucho menor cantidad, los textiles.

De las menciones de salazones hispanas que se pueden espigar en los autores griegos y latinos de época imperial, se deduce que continuaba siendo uno de los productos hispanos de exportación. Es suficiente entresacar algunos testimonios. Al comienzo del Imperio la salazón hecha de peces ibéricos la menciona Horacio *(Serm.* II 8). En el siglo II el satírico Luciano (*Nav.* 23) cita la salazón y el aceite hispano entre los bocados exquisitos, y en este mismo siglo alude a la salazón el médico Galeno *(de alim.fac.* III 30,4). Sobre el precio de la salazón de Carthago Nova da Plinio (XXXI 94) un dato muy significativo: que dos congios, unos 6,5 litros, costaban por lo menos mil monedas de plata. El *garum* de la compañía lo cita también Marcial (XIII 102), que en otro verso alude a un plato compuesto de huevos y de salsa de escombros (XXXII 40).

Hispania exportaba textiles manufacturados, como los citados pañuelos de *Saetabis* y las redes de caza de los Zoelas. Exportaba grandes cantidades de vino y aceite. Hacia el cambio de Era continúan apareciendo en la costa catalana unos tipos de ánforas imitaciones de las ánforas itálicas de época republicana. En Badalona, el contenido de un ánfora era vino, por lo que cabe pensar que estas ánforas exportaban al sur de la Galia los vinos layetanos y tarraconenses de los que hablan las fuentes, ya que coinciden las fechas de las fuentes y la de las ánforas. La exportación de los vinos layetanos, a juzgar por la cronología de los yacimientos donde aparecen las ánforas, se generalizó a comienzos del Imperio. La desaparición de estos tipos de ánforas y, por tanto, de la exportación de vino que contenían coincide con el reinado de Adriano. Tres ánforas de Pompeya y Roma llevan escrito *Laur(onense vinum),* indicando la procedencia hispana del vino importado *(CIL* IV 5558). Estrabón (III 144) y Ovidio *(Ars aman.* III 645-6) atestiguan en la época de Augusto la exportación de vinos béticos a Roma, pues los vinos itálicos no cubrían la demanda de vino en la capital del Imperio (Suet. *Aug.* 42). Las ánforas vinarias tarraconenses aparecen en Ostia y, por tanto, también en Roma entre los años del gobierno de Tiberio y de los Flavios. Son muy numerosas en los niveles de época de Tiberio y de Claudio, lo que indica que la exportación de vinos de la Tarraconense a Roma debió de comenzar hacia la mitad del gobierno de Augusto. En los últimos años del siglo I, Silio Itálico (III 369-70, XV 177), y el poeta Floro (186-1, ed. Rossbach), bajo Adriano, comparan todavía el vino de la Tarraconense con el itálico, lo que prueba que todavía se exportaba. Hispania, y más concretamente la Bética, comenzó a exportar grandes cantidades de aceite a principios del Imperio. De nuevo ha sido la arqueología la que ha confirmado lo escrito por Estrabón (III 144). Se han estudiado las ánforas y marcas de ánforas de la Bética encontradas en Pompeya y Stabiae, como las estampillas de C. Antonius Quietus y MIM [21]. Su origen español queda bien atestiguado por la gran difusión de estampillas con el

mismo nombre halladas en el valle del Guadalquivir: Alcolea del Río y Peña de la Sal. La fecha de esta marca es de principio del primer cuarto del siglo I de la Era. Generalmente, los historiadores fechan, en su mayoría, la difusión del aceite bético en ánforas estampilladas en el siglo II o al final del siglo I, pero recientemente se ha

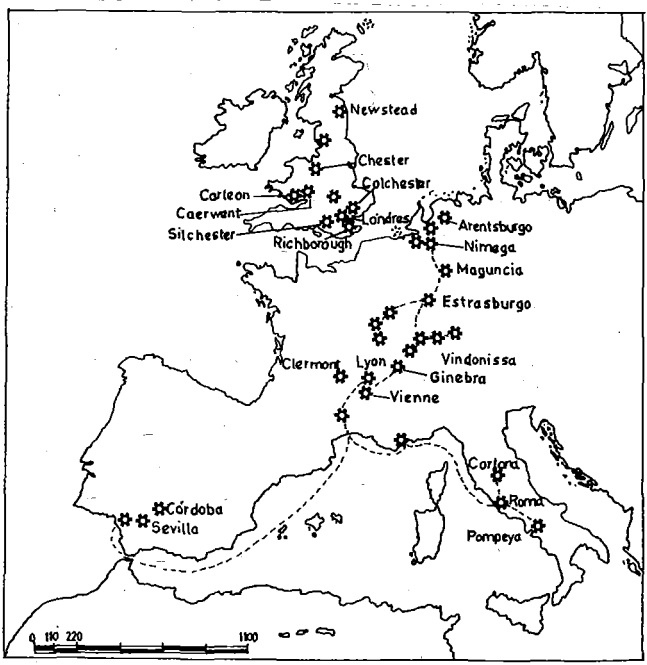


FIG. 18.—Distribución de la cerámica en sello de «C. Antonius Quietus». (Según Callender.)

propuesto una cronología para las dos estampillas mencionadas más alta que la tradicional. Estas estampillas no se documentan sólo en Campania, sino también en Mauritania Tingitana, Roma, Galia, Britania y Germania.

Algunas conclusiones importantes cabe extraer de la distribución. Las ánforas con la marca MIM están más

representadas que aquellas de C. Antonius Quietus en Roma y en el *limes* germánico, que son los lugares tradicionales de la *annona,* urbana y militar.

La distribución de los productos de C. Antonius Quietus parece señalar un espíritu más osado. Se le documenta en toda Britania y en Ratisbona, que son los lugares más distantes de venta del aceite hispano. La distribución de las ánforas corría a cargo de los transportistas marítimos, llamados *navicularii,* y de los exportadores de aceite. Todo lo cual requería una organización de producción, envase, transporte, distribución y relaciones comerciales muy complicadas y perfeccionadas.

No hay dificultad, pues los hallazgos arqueológicos lo confirman, en admitir este comercio de exportación de aceite bético, al que aluden los autores clásicos, más concretamente de la zona comprendida entre Córdoba e Híspalis; alguna mayor dificultad lleva la exportación a Campania, de la que habla Estrabón, precisamente en el siglo de oro del comercio y de la agricultura campanas. Algunas de estas empresas exportaron durante muchos años; así, la citada de C. Antonius Quietus se dedicó al comercio y transporte durante cincuenta años, y la de MIM, durante unos cuarenta; lo mismo se puede decir de la marca *DD Caecilii Hospitalis et Maternus,* que lo hizo durante setenta y cinco, todo lo cual indica la gran estabilidad económica y social de la Bética durante los dos primeros siglos del Imperio.

Hispania exportó grandes cantidades de aceite bético también a Mauritania Tingitana, y el aceite de esta zona posiblemente lo exportaban como bético las casas exportadoras del sur, o mezclado con el bético. Es posible deducir del libro de M. H. Callender [22], sobre las ánforas romanas, que casi todas las recogidas son de procedencia hispana, datos muy importantes sobre la organización de las casas exportadoras, la localización de las zonas aceiteras, etc. Muchas de las estampillas tienen variantes que son muy importantes para conocer las familias de los exportadores, que formaban verdaderas compañías, dedicadas a la exportación del aceite bético. Desde principio del siglo I el sur de Hispania reemplazó, según se indicó

ya, a Italia como región exportadora de productos, lo que implica la decadencia de la agricultura y vinicultura itálicas; el vacío que en la exportación dejó Italia lo llenó la Bética desde principio del siglo I, pues ánforas globulares fabricadas en la Bética se documentan en Colchester en un nivel fechado entre los años 10-43, lo que prueba que en el Occidente europeo hacen su aparición los productos hispanos desde poco después del cambio de Era, confirmando lo dicho por Estrabón. Unos años después, la Bética se había apoderado de los mercados de Britana, Germania, Galia y Roma. La *annona* imperial era el principal consumidor del vino y aceite hispano, según se ha afirmado ya, es decir, la población de Roma y el ejército del *limes*. Como M. H. Callender acertadamente escribe: «La enorme extensión del comercio del sur de Hispania queda confirmada por las numerosas ánforas globulares, estampilladas y sin estampillar, halladas en el Occidente, y por la gigantesca masa del Monte Testaccio. El más impresionante testimonio de la exportación hispana a otros lugares occidentales es el gran número de ánforas globulares halladas en las ciudades excavadas.» Ya Dressel, que estudió en el siglo XIX las ánforas del Monte Testaccio, llegó a la conclusión de que la mayoría procedían de la Bética y de la Tarraconense, y más concretamente del valle del Guadalquivir. Esta exportación es de capital importancia para la historia económica del Occidente, e indica el papel importante desempeñado por Hispania en los dos primeros siglos de la Era. Hispania exportó muy poco aceite entre los años 160 y 200. Este comercio comenzó a decaer a finales de los Severos, quizá en gran parte debido a las confiscaciones de que fue objeto por el fundador de la dinastía. En el libro de M. H. Callender no hay marcas que se puedan fechar con posterioridad al año 235, año de la muerte de Alejandro Severo. La exportación hispana desapareció hacia el año 257 con las invasiones de francos y alamanes[23]. Hasta la época de los Severos fue empresa privada. Algunas ánforas llevan indicaciones de encontrarse bajo confiscación imperial, es decir, de haber sido nacionalizadas después del 197. La inscripción

de *Sextus Iulius Possessor (CIL* II 1180), que durante los años 161-169 fue procurador imperial del valle del Betis, y ayudante en la inspección del aceite de Africa e Hispania, indica que posiblemente su cargo no tenía por finalidad controlar el comercio aceitero por el Estado, como sugiere Rostovtzeff, quien cree que el aceite exportado a Roma era un impuesto en especie pagado por la hacienda imperial en las provincias, sino como Van Nostrand sugiere, era un inspector de la calidad del aceite. El Estado romano no ponía ningún impuesto a sus propios productos. Las ánforas hispanas con *tituli picti,* normalmente incluyen las letras *áá,ááá,* etc., posiblemente hacen referencia a un impuesto. Los productos hispanos pagaban un impuesto, como se deduce de la inscripción de Ostia, que menciona el impuesto de 2 ½ por 100 *(CIL* XIV 4708). Las aduanas estaban en Córdoba, Astigi e Híspalis. En las marcas figuran con cierta frecuencia nombres de griegos, que serían esclavos o *uilici,* que trabajaban en las fincas, o libres que tenían sus propios negocios, En Hispania había una tendencia no muy grande hacia el gran latifundio, según se deduce del libro de M. H. Callender y de los recientes estudios de M. Ponsich.

A juzgar por las inscripciones pintadas procedentes del Monte Testaccio, que han podido ser datadas, el auge del comercio aceitero hispano se puede situar entre los años 140 y 165. Desde el punto de vista de la economía, el momento mejor de Hispania fue el reinado de Antonio Pío, a juzgar por la exportación del aceite y las explotaciones de las minas de Riotinto, confirmando lo escrito por su biógrafo (SHA, *Vita Anton.* 7, 2) de que bajo su mando todas las provincias florecieron. En Hispania, en general, se acusaron las mismas corrientes económicas, sociales y religiosas que en el resto del Imperio romano. Las mismas inscripciones indican que en Híspalis, Astigi y Corduba estaban las fábricas del valle del Betis para la fabricación de ánforas. Las tres ciudades están muy bien comunicadas entre sí. El aceite de Britania (los grandes centros receptores del aceite hispano en Britania son Cirencester, Corbridge y Richborough)

es prácticamente todo hispano hasta el fin del siglo II; después el comercio se debió dirigir a Roma.

Dión Crisóstomo (*Orat.* LXXIX 5) alude al coste elevado de las importaciones hispanas en Italia y a la sangría de dinero que costaban, que en parte debía quedar en Italia, debido al absentismo de los grandes terratenientes y a su permanencia en Italia. Cálculos sobre el volumen de las exportaciones hispanas son muy difíciles de hacer. Ha calculado T. Frank que el Monte Testaccio tiene unos cuarenta millones de ánforas aproximadamente, en su casi totalidad procedentes de Hispania, en poco más de un siglo, con predominio del vino y aceite sobre el *garum;* en total, unos dos mil millones de litros, ya que la capacidad media de cada ánfora es de unos 50 litros. El precio del ánfora oscilaba entre 20 y 40 sestercios. El valor total del Monte Testaccio puede calcularse en 1.200 millones de sestercios. T. Frank ha calculado el consumo anual de vino y aceite entre ciento doce y siete millones de litros anuales, respectivamente, y que el 50 por 100 o algo más del vino gastado en Roma procedía de Hispania, siendo todavía mayor la importación de aceite, lo que suma unos ingresos de 60 y 24 millones de sestercios, respectivamente. A estas cifras hay que sumar el consumo de Britania, Galia y Germania.

Hispania exportaba otros productos alimenticios como hortalizas; una lechuga de la Bética tardaba siete días en llegar desde Cádiz a Ostia; también exportaba caballos para el circo.

Hispania exportó también cerámica. La cerámica hispana, llamada *terra sigillata hispanica,* se exportó a partir de finales del siglo I fuera de la Península durante todo el Imperio, pero no en grandes cantidades. Ya se ha aludido a los fragmentos de *sigillata hispanica* recogidos en las excavaciones de Ostia. También se han hallado en Germania, sur de la Galia y Numidia. Mauritania Tingitana fue la región del Imperio que importó más *terra sigillata hispanica.* Sobre un millar de ejemplares de diversa procedencia, hay casi 400 estampillas de procedencia hispánica, posiblemente de la Bética, pues en Andújar ha aparecido recientemente un horno con las mismas

marcas de alfareros que aparecen en Mauritania. Esta cerámica hispana en Mauritania comenzó en la segunda mitad del siglo I; sigue con el siguiente, para desaparecer en la segunda mitad del siglo III.

La Península Ibérica importó cerámicas de diferentes regiones del Imperio Romano [24]. Cerámica aretina, que recibe el nombre de la ciudad que la fabricaba en el norte de Italia, Arezzo, aparece en Hispania en todos los estratos de excavaciones de época cesariana-augustea, desde el comienzo de su fabricación, 30 a. C., hasta la decadencia de estos talleres, hacia mediados del siglo I, aunque en número siempre menor que la procedente de los talleres del sur de la Galia, llamada *sigillata* sudgálica, que desplazó pronto la producción de Arezzo en Hispania. El número de hallazgos de cerámica aretina es mucho mayor en la Tarraconense que en la Bética, y más en la costa que en el interior, lo que parece señalar una importación por mar; esto mismo se deduce de la abundancia de aretina en Pollentia, aunque también llegó al interior, como lo indican las cerámicas aretinas de la necrópolis de Herrera del Pisuerga, y la hallada en Monturque (Córdoba); también se ha hallado en Portugal, Elvas. Está muy escasamente representada la cerámica de Aco, en el norte de Italia, de época augustea. Imitaciones locales de esta cerámica hay en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, procedentes de Baelo y de Ilerda. La Península Ibérica tampoco ha dado hasta el momento presente muchos vasos puteolanos, que reciben el nombre del lugar de origen, Putéoli. La cerámica itálica más reciente (la llamada tardo-aretina o tardo-itálica) es rara en Hispania, y son las últimas importaciones de Italia, de finales del siglo I o comienzos del siguiente.

Importadas son también las cerámicas vidriadas. A talleres del norte de Italia pertenecen posiblemente los ejemplares de Ampurias, Centcelles (Tarragona), Pollentia, Pamplona, Carmona, Hasta Regia y Conimbriga. De talleres del centro de Italia llegaron algunos vasos megáricos, llamados así del lugar donde primero se fabricó esta cerámica, recogidos en la Península, concretamente los encontrados en Ampurias y Lucentum; pero un frag-

mento de molde prueba la existencia de posibles talleres locales en Ampurias. La importación de la cerámica sudgálica, que cubre prácticamente toda la Península Ibérica, es abundante en época claudia-vespasiana y disminuyó en tiempos de Domiciano, aunque todavía en esta época abundan algunas formas. En el interior de Hispania posiblemente desciende antes la importación, quizá en tiempos de Vespasiano, por la competencia de los talleres hispanos. La cerámica sudgálica debía venderse por piezas sueltas y no por vajillas completas. Alrededor del año 20 comenzó a fabricarse *terra sigillata* en el sur de Francia, copiando, al principio, las piezas aretinas, lo que contribuyó a que el comercio de cerámicas itálicas descendiera rápidamente en Hispania, siendo sustituido por el del sur de Galia. Estas primeras producciones sudgálicas están ya documentadas en la Península Ibérica. A mediados del siglo I comenzó la cerámica sudgálica a imitarse en Hispania, posiblemente fabricada por artesanos venidos de Galia acá, que repiten los mismos temas decorativos; estas nuevas fábricas serían como sucursales; la cerámica con decoración típicamente hispana es posterior; data ya del siglo II. La cerámica sudgálica vino por transporte terrestre. Otras cerámicas proceden del Mediterráneo oriental, como la llamada «*sigillata* de Corinto», que aparece en Barcelona y Tarragona. Lucernas vidriadas han aparecido en Elche; son de época augustea. Dos cuencos vidriados se han hallado en Pollentia y un vaso en Cádiz. Del Mediterráneo oriental, Pérgamo y Samos, proviene la llamada presigillata, que en Hispania aparece en Mahón, Jávea y Pollentia. También se documentan esporádicamente cerámicas germanas, como la cerámica renana, del siglo II, encontrada en Bílbilis. En el siglo II se importó la llamada *terra sigillata clara,* fabricada en un lugar no identificado del Mediterráneo occidental, quizá el norte de Africa; en general, se encuentra en grandes cantidades en la Tarraconense, y su importación era por mar. Hispania importó igualmente lucernas de Italia, norte de Africa y del Oriente.

La presencia de lucernas de talleres griegos en Lusitania se superpone a los vasos de *sigillata* de Corinto,

lo que indica muy posiblemente unas relaciones comerciales de Grecia directamente con Lusitania. La presencia de otros productos itálicos en Hispania tiene más difícil explicación, como las tejas de talleres romanos halladas en Itálica y Tarragona. Tampoco está explicada satisfactoriamente la presencia de las tejas con las marcas MARI o LHER OPT, que se documentan en toda la costa mediterránea desde Nápoles hasta Elche. Se ha pensado en que fueran el lastre de los barcos, pues resulta difícil aceptar la hipótesis de distintos talleres locales, propiedad de un único dueño.

Hispania importó también objetos de lujo, cuentas de vidrio, de comienzo del Imperio, con representaciones femeninas que proceden, seguramente, de Egipto. De origen alejandrino es probablemente el bronce de Lentejuela (Ecija), que representa a Belerofonte sobre Pegaso saltando sobre la Quimera, que confirma las relaciones directas entre Hispania y Alejandría, de que hablan las fuentes de época de Galba (Suet. *Galb.* 10, 4). De Sidón, famosa por sus fábricas de vidrio, llegó el asa de vidrio de Hasta Regia, con la marca *Anida / Sidon,* del siglo I. Las importaciones de productos de lujo más importantes son las de obras de arte. Varias proceden de talleres atenienses ya directamente, ya por intermedio de Italia, como las piezas neoáticas encontradas en Itálica, Antequera, Medina Sidonia y Valencia, etc. La mayoría de las esculturas halladas en Itálica proceden de talleres de Roma, al igual que varios sarcófagos, como el de la Orestíada, encontrado en Husillos (Palencia), fechado a mediados del siglo II, y el de Córdoba con las puertas del Hades, filósofo, difunto y dos damas, fechado en el segundo tercio del siglo II. La distribución costera de la mayoría de las piezas indica que llegaban por vía marítima y fluvial y, al igual que las cerámicas itálicas, africanas y del Oriente, eran muy posiblemente la carga de retorno de los barcos que exportaban de la Península Ibérica minerales o productos alimenticios.

Del Oriente, directamente, o a través de Campania muy posiblemente, pues no hay motivos para aceptar la existencia de un taller de mosaicos en Ampurias de este

tipo, vinieron también los mosaicos ampuritanos de arte helenístico, que indican un gusto refinado por los modelos griegos en ciertas clases pudientes, posiblemente comerciantes con negocios de importación o exportación con Oriente o con Italia.

La importancia de la industria de salazón queda bien indicada por los hallazgos arqueológicos. Se conoce la existencia, por lo menos, de dieciséis fábricas de salazón, situadas en la costa mediterránea. La de Jávea, en la costa alicantina, es la más septentrional. De ella se conservan numerosos depósitos y una gran piscina tallada en la roca, con canal de desagüe hasta el mar. Quizá fuera un vivero de peces. Trabajó esta fábrica desde la época de Augusto hasta el Bajo Imperio, con una interrupción en el siglo III, debida a la crisis de la anarquía militar. La fábrica de Calpe consta de varios depósitos excavados en la roca, comunicados con el mar. Semejante es la fábrica de Tossal de Manises (Alicante). Restos de fábricas hay también en Santa Pola (Alicante). Hay también fábricas de estructura similar a las anteriores en Villaricos (Almería), Torrox, Torremolinos, San Pedro de Alcántara, Málaga y Villa Vieja, la antigua Mellaria, donde Plinio (IX 48) menciona talleres de salazón, Baelo, etc. La costa del sur de Portugal está llena igualmente de ruinas de antiguas fábricas.

De la industria textil ya se han citado algunos datos. En la Bética existía una industria textil muy alabada por Marcial (XIV 133).

Un régimen de industria colectiva familiar (*CIL* II 5812) indica la inscripción de Sasamón (Burgos); en ella aparece un gremio, formado por libertos y esclavos de familias, con las mujeres de aquéllos. Los patronos son cinco, y posiblemente parientes entre sí; entre ellos hay una mujer. El colegio lo forman quince varones y seis mujeres. Los cinco primeros hombres son libertos públicos, como lo indica el gentilicio *Publicius*. Algunos nombres van seguidos de la indicación del oficio respectivo, como cardador, batanero, zapatero, fabricante de clavos. Los cuatro últimos miembros son esclavos. La inscripción se fecha en el año 239. Se conoce también la existencia

de algunas asociaciones de carácter industrial, como la de Uxama, en la provincia Tarraconense, en el siglo II, ciudad en la que trabajaba un gremio de zapateros, que erigió un ara a los dioses *Lugoves* (*CIL* II 2818). Los fabricantes de lonas hechas de retazos cosidos *(centones),* que, empapadas en vinagre y agua, se empleaban para extinguir incendios, y de ahí el término *centonarii,* «bomberos», que dedicaron un ara al emperador Antonio Pío, en Híspalis *(CIL* II 1967). El colegio está constituido directamente por el emperador. Un segundo colegio de fabricantes de lonas se documenta en Tarragona *(CIL* II 4318).

En Valencia funcionaba una fábrica dedicada a la fabricación de armas y de estatuas *(CIL* II 3771) en época imperial. En Platea, cerca de Bílbilis, había, en tiempos de Marcial (IV 55, 13), fábricas dedicadas a trabajar el hierro, y en Bílbilis, fábricas de armas (Marc. I 49, 4). Aurífices menciona Marcial (II 57-9), que batían las pepitas de oro con el martillo. En otro pasaje cita el poeta el puñal ibérico forjado (XIV 33) con el hierro del Moncayo y templado con el agua fría del río Jalón. Hispania contó, igualmente, con buenos talleres de broncistas, que produjeron obras excelentes, lo cual no es de extrañar, dada la tradición de la forja de armas. Entre estas piezas hay que destacar las cabezas de Tiberio, de Mahón y de Termancia; la cabeza femenina de Ampurias, del último cuarto del siglo I, y las Minervas de Sigüenza, Guadalajara y de Santanyí (Mallorca).

La epigrafía ha suministrado los nombres de artistas de diversos oficios localizados en la Península Ibérica; son cuarenta y siete, y de ellos son latinos treinta y griegos diecisiete. De los primeros, quince son siervos o libertos con nombres latinos. Los escultores de nombre griego son siete, y los de nombre latino sólo tres. Los dos pintores documentados son latinos. Cuatro mosaístas son latinos y cinco griegos. Los dos orfebres conocidos son griegos. De los arquitectos, cuatro son latinos, tres griegos, dos hispanos y quince siervos o libertos. Los artistas musivarios trabajan, en su mayoría, en los si-

glos III y IV; los escultores, en los siglos I y II; los arquitectos, en el siglo I, y los restantes, en los siglos I y II. Mérida e Itálica son las localidades que han proporcionado más nombres, lo cual tiene fácil explicación: se trata de la capital de Lusitania y de una ciudad rica. Mérida ha proporcionado catorce nombres de artistas; de ellos, once son griegos. Itálica, sólo tres. (Ultimamente han aparecido varias firmas en griego en el teatro.) Carthago Nova tiene veinte nombres de capataces.

Varios talleres de escultores anónimos están bien documentados en Hispania. En Carmona hubo uno, que trabajó desde época augustea hasta los tiempos de Trajano. Un segundo trabajó en el sur, sin haberse podido localizar el lugar; quizá se encontraba en Córdoba, Híspalis o Itálica; de él procede el sarcófago con bucráneos y guirnaldas de Granada, de época augustea o julio-claudia. Su arte, no muy cuidado y algo esquemático, obliga a pensar en un taller provincial, al corriente de los gustos de Roma. Coetáneo es el taller de Mérida, que comienza en el siglo I con buenos retratos, de un gran vigor, sobresaliendo el llamado de «El panadero», junto a otras obras inferiores, como el de «La gaditana», de mediados del siglo I. De él salieron las esculturas del *Mithraeum*. Una gran actividad tuvieron los talleres escultóricos, a lo largo de toda la época imperial, de Tarragona y Barcelona. A este último pertenece una serie de cabezas empotradas en la muralla de Barcelona, como la de desconocido, mal supuesto retrato de Antonio Pío, el retrato femenino con el peinado de Annia Galeria Faustina, esposa del citado emperador, y otras muchas piezas. Al taller de Tarragona se deben los sarcófagos de las Musas y Apolo, de época severiana, y el del Rapto de Proserpina, de fecha algo posterior.

Junto a estos talleres trabajaron otros típicamente indígenas, que produjeron obras de carácter funerario, algunas de ellas carentes de todo arte. Los principales talleres son conocidos con los nombres de leonés, burgalés y navarro-alavés. El taller que más tiende a la decoración figurativa relivaria es el burgalés. El grupo navarro-alavés se caracteriza por tener motivos vegetales,

como la vid y los arbustos, que juegan un papel decorativo importante, al lado de objetos de uso doméstico, como los espejos, y de animales, como el toro. En el noroeste, como, en general, en toda la Lusitania, las estelas están llenas de signos astrales; en algunas estelas, como en las de Vigo, hay representaciones de figuras completas, como en Vitoria. A talleres locales pertenecen las estelas funerarias de togado bajo hornacina, documentadas principalmente en Galicia.

Para la gigantesca exportación de vinos, aceite y *garum,* la industria cerámica [25] estaba muy extendida en la Península. Había gran cantidad de talleres dedicados a la fabricación de envases, principalmente en la Bética. Baste citar unos cuantos. Hornos de alfarero han aparecido, en número de cinco, en Villaseca (Córdoba) y en Lora del Río (Sevilla), en plena zona aceitera, donde se han recogido marcas desconocidas. Recientemente se ha excavado el horno de Andújar, cuyas piezas están aún inéditas. En la provincia de Cádiz hay documentados bastantes alfares, como los de Puerto Real, de época de Claudio; Trebujena; Jerez de la Frontera, idéntico al de Puerto Real; Torrox, y Guadalete. Todos estos alfares se encuentran en las inmediaciones del mar o de los esteros, lo que facilitaba el transporte de los envases. El ánfora más corriente en estas fábricas es la llamada vinaria, lo que parece indicar que se exportaban los vinos de la comarca jerezana.

En la provincia Tarraconense también están localizadas varias fábricas de cerámica importantes. Baste recordar que en las proximidades de Cástulo hay localizados catorce hornos, tres en la actual provincia de Valencia y cuatro en la de Castellón. En Cataluña (La Roqueta, Reus, Ampurias, Sabadell, etc.) se conocen estos hornos. La tipología es muy variada, ya que los hay de hogar circular, de planta ovalada, de planta rectangular con un solo hogar, de laboratorio rectangular o circular, de planta rectangular con dos hogares, con pilastras centrales o con muro central.

Dada la gigantesca producción de *sigillata hispanica,* el número de hornos debía ser muy numeroso. Se co-

noce bien la fábrica de Abella (Lérida), que apareció en mal estado de conservación y no es posible reconstruir bien. Pocas son las fábricas de *sigillata hispanica* documentadas. En la provincia de Lérida se tiene noticia de

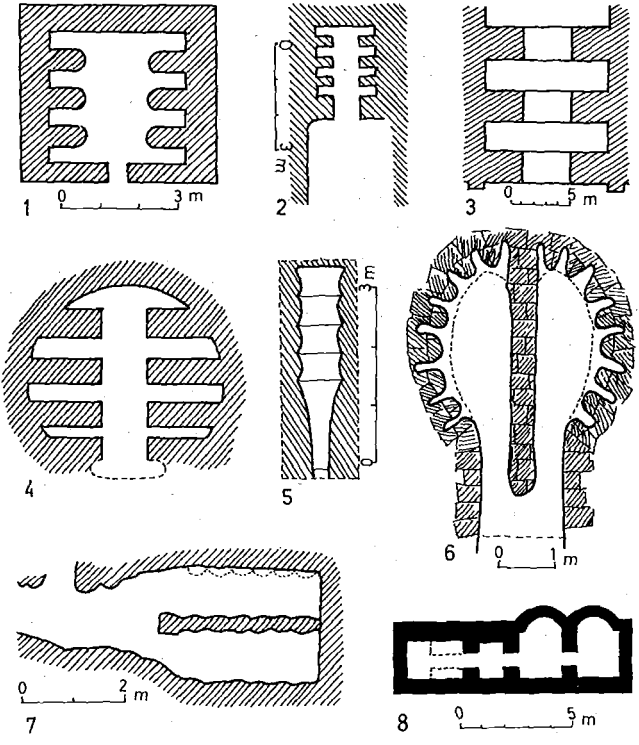


FIG. 19.—Plantas de hornos de cerámica.

1. Higueruelas.—2. Ampurias.—3. Ecija.—4. Torrox.—5. Fontscaldes.—6. Borriol.—7. Ampurias.—8. Tarragona.

dos, las de Abella y de Solsona; una tercera hubo en Tricio, en la provincia de Logroño, descubierta por la existencia de varios moldes. Moldes que indican la presencia de talleres en los alrededores se han descubierto

en Corella, Liédena y Pamplona. La fábrica mejor conocida es la de Bronchales, en la provincia de Teruel, que es el taller más importante de *sigillata hispanica,* por lo menos en el este de la Península. Este taller y los de Lérida ofrecen abundantes moldes y vasos, que permiten una datación segura; de los restantes talleres sólo se conocen unos pocos fragmentos de molde.

La fábrica de Tricio trabajó a finales del siglo I y en la primera mitad del siglo II. En la villa de Liédena había una industria de tipo casero, fechada en el siglo III. El molde de Corella debe ser del siglo II. El taller de Abella es del siglo III, comenzando a trabajar a finales del siglo IV; y el de Solsona trabajó desde finales del siglo I hasta el siglo IV; el de Bronchales comenzó a producir hacia el año 70, alcanzando los primeros años del siglo II. Los vasos de este taller son de gran calidad artística.

Los talleres de *sigillata hispanica* debían estar situados en el interior, ya que en toda la costa mediterránea, desde Ampurias hasta Málaga, existe enorme abundancia de cerámica sudgálica, que penetró siguiendo la *Via Herculea.* Varios autores del siglo I, como Plinio (XXXV 40, 2-3) y Juvenal (*Sat.* 5, 20), mencionan los cálices y botellas saguntinos. Se ha pensado que aluden estos autores a la *sigillata hispanica,* ya que Plinio la menciona junto a la de Arezzo. El hecho de mencionar el barro saguntino tres autores de la segunda mitad del siglo I parece indicar que la cerámica era contemporánea de ellos. En contra de esta opinión está el hecho de la escasez de *sigillata hispanica* en la región levantina y el que hasta hoy no han aparecido moldes y hornos en Sagundo. Otros autores la identifican con la cerámica ibérica, lo que no parece probable, y otros con la *sigillata clara,* que es la cerámica típica del siglo III, llamada así por su color más claro que la *sigillata sudgallica* o *hispanica.* Esta última identificación no es aceptable, pues la fecha de aparición en el mercado sería posterior a Plinio.

La *sigillata hispanica,* durante los siglos I y II, aparece más abundante en los establecimientos costeros, como Pollentia, Valencia, Jávea y Sagunto. Se hace más escasa

en los siglos III y IV. La abundancia de talleres indica una descentralización industrial. En el siglo II, los productos cerámicos están ya estandardizados, quizá porque las piezas artísticas las consume sólo gente rica que vivía en las ciudades. El número de consumidores es muy grande; pero la mayoría de la población demanda artículos baratos. Los motivos hispánicos se repiten hasta la monotonía, lo que impide establecer una división de estilos por talleres. Los pequeños talleres se copiaban e intercambiaban los punzones.

Los alfares no sólo producían vajillas caseras, sino muchos otros objetos en terracota, como los llamados sellos de panadero, que han aparecido en Córdoba, con escenas eróticas; en Elche, con jabalí y aves, y los de Mérida, uno de ellos con las cuatro estaciones.

Los distritos militares también tenían su propia sigillata, como lo indican las estampillas de *L. Terentius L(eg.) IIII Ma(cedonica)* halladas en el norte de la Península.

5. *Coste de la vida*

Marcial (X 37) da un dato significativo del coste de la vida en Hispania: era mucho más barato que en Roma. El poeta prefería la vida frugal y barata de Hispania a la de Roma. Una inscripción de Híspalis de época trajanea parece señalar los ingresos anuales del dedicante, 62 denarios *(CIL* II 1163).

6. *Vías*

Uno de los elementos geopolíticos de mayor importancia para el conocimiento del panorama económico-social de la España antigua lo constituye, sin duda, la red viaria, a través de la cual se realizó el intercambio de ideas y mercancías que habrían de transformar por completo la España indígena hacia la nivelación de estructuras que conocemos con el nombre de romanización.

Pero si su conocimiento es de sumo interés, su estudio es, en cambio, difícil en extremo, por la imposibilidad en muchos casos de distinguir un camino romano de otro también antiguo, y por la labor demoledora de los siglos. Sin embargo, al menos estamos en condiciones de reconstruir las principales vías de comunicación, sus direcciones y líneas generales de trazado. Para ello disponemos de una serie de fuentes antiguas que es necesario ir revisando poco a poco mediante una paciente labor arqueológica y con métodos técnicos modernos, como una precisa cartografía y la utilización sistemática de la fotografía aérea.

Son estas fuentes, en primer lugar, el llamado *Itinerario de Antonino,* obra cuya redacción hay que situar en los comienzos del siglo III y en la que, dentro del contexto general de la red viaria del Imperio, se mencionan treinta y cuatro vías de la Península, con sus distancias totales del punto de partida al de término y las parciales entre *mansio* y *mansio,* es decir, entre puntos que indicaban jornadas de marcha y que servían de lugar de descanso y cambio de tiro para las caballerías, marcadas en millares de pasos (aproximadamente, 1.481 metros). Los llamados *vasos Apollinares* o *de Vicarello* son cuatro cilindros de plata en los que está grabado el itinerario, con sus correspondientes *mansiones* y distancias parciales, entre las *Aquae Apollinares* (Toscana) y Cádiz. Se trata de unos exvotos ofrecidos por viajeros españoles que habrían hecho este camino en el siglo I o II d. C. Una tercera fuente del máximo interés es el llamado *Mapa Mundi de Castorius* o *Tabula Peutingeriana,* probablemente del siglo IV, donde venían expuestos de forma gráfica los principales caminos del Imperio. La primera hoja, correspondiente a Hispania y Britannia, desgraciadamente se ha perdido. Sin embargo, ha sido posible su reconstrucción gracias a que una fuente tardía, seguramente del siglo VII, el *Anónimo de Ravenna* o *Ravennate,* ha recogido fielmente la serie de ciudades que este mapa marcaba como *mansiones* de las principales vías. En este caso, sin embargo, no contamos con las distancias parciales entre *mansiones.* En fin, y dejando

aparte documentos fragmentarios o dudosos, como las llamadas *tablas de barro de Astorga,* las dos fuentes más interesantes son, sin duda alguna, por una parte, los miliarios, es decir, los grandes hitos cilíndricos de dos metros de altura por casi medio de diámetro, que marcaban las distancias en millares de pasos desde el punto de partida de la calzada, consignando además el nombre de la autoridad a quien se debía su construcción o reparación. La otra son las magníficas obras de ingeniería que constituyen los puentes romanos, tendidos para salvar los obstáculos hidrográficos con los que el trazado de las vías tropezaba, y entre los que basta citar los de Alcántara y Segura sobre el Tajo, el de Mérida sobre el Guadiana, el de Córdoba en el Guadalquivir, el de Salamanca sobre el Tormes, el puente de Martorell sobre el Llobregat y tantos y tantos otros que más o menos reconstruidos y desfigurados aún prestan servicio activo y dan clara muestra de la perfección técnica y cuidados que los romanos dieron a este importante medio auxiliar de conquista y explotación.

No hay que imaginarse, ni mucho menos, el conjunto de vías romanas de la Península como una red sistemática, como tal pensada y conducida a término por las autoridades romanas. En la primera toma de contacto de Roma con Hispania y en la posterior conquista fueron utilizadas las vías de penetración naturales y las antiguas pistas cuyo origen se pierde en los tiempos prehistóricos, que fueron acondicionadas, de acuerdo con las necesidades de cada momento, para prestar servicio al paso de los ejércitos y al posterior de la explotación. Por ello hemos de considerar como una de las más antiguas vías, ya propiamente romana, el camino que, a través de los Pirineos, llevaba por la costa mediterránea al antiguo centro fenicio de Gades, la llamada *via Herculea* o *Augusta,* así como sus bifurcaciones hacia la zona minera de Sierra Morena y sus ramificaciones por el valle del Guadalquivir, la primera zona de contacto y la más frecuentada por soldados y colonos. A necesidades de la conquista, y todavía en época republicana (guerras de Sertorio), habría que adscribir la apertura progresiva

—o, mejor, acondicionamiento, ya que la ruta es muy anterior a los tiempos romanos— de un camino por el oeste peninsular a través de la Lusitania hasta las ricas fuentes de explotación mineral del noroeste peninsular, que conocemos vulgarmente con el deformado nombre árabe de *Camino de la Plata (balath,* camino empedrado). De hecho, una auténtica red de vías sólo puede considerarse comenzada a partir de César, y definitivamente sistematizada a lo largo del Alto Imperio. La reorganización administrativa llevada a cabo por Augusto y la definitiva división provincial tripartita de Hispania hicieron de la construcción de vías un asunto provincial que en sus directrices generales trataba de unir entre sí las capitales de provincia, y éstas con el centro del Imperio, Roma. Los miliarios, con la indicación del emperador bajo el que se hizo la nueva construcción o reparación, nos dan, aunque fragmentariamente, los datos para reconstruir la historia de la formación de la red; en cambio, el *Itinerario de Antonino* y el *Ravennate,* antes citados, nos muestran el resultado final, en sus arterias principales, de esta labor, como decimos, producto de la administración provincial o del esfuerzo conjunto de los municipios de cada circunscripción administrativa. En efecto, se observa cómo en una misma vía, si tiene el carácter de interprovincial, su factura material de ejecución cambia completamente de provincia a provincia, e incluso entre éstas la redacción de los miliarios varía entre los distintos conventos en los que la provincia estaba dividida a efectos jurídicos. Finalmente, todavía, en el término de los municipios, completan la red general una serie de caminos debidos a iniciativa privada, cuyo carácter romano, naturalmente, en un tanto por ciento muy elevado de casos, no es fácil señalar.

Una ojeada de conjunto al mapa general de vías romanas tal como nos lo presentan el *Itinerario de Antonino* y el *Ravennate* muestra cómo existe una comunicación continua a lo largo de toda la costa, que se conexiona en el interior con unos puntos neurálgicos de los cuales irradian otros caminos que los comunican entre sí. Son de éstos los principales: *Emerita Augusta* (Mérida),

la capital de Lusitania, en el oeste; *Hispalis* (Sevilla), *Castulo* (cerca de Linares) y *Corduba,* la capital de la *Baetica,* en el sur; *Caesaraugusta* (Zaragoza) y *Pompaelo* (Pamplona), en el noroeste; *Asturica Augusta* (Astorga), en el noroeste. Tres de estas rutas alcanzaban por distintos puntos los Pirineos y conexionaban la red con el resto del Imperio.

Como ya hemos mencionado, la más antigua vía, en una gran parte anterior a la dominación romana, es la *Herculea* o *Augusta,* que bordeaba la costa desde el Pirineo (paso por la Junquera), tocaba Ampurias, Barcelona, Tarragona, Sagunto, Valencia y Elche, hasta llegar a Cartagena. Desde allí continuaba hasta Cádiz, por la costa, a través de Almería y Málaga, y por el interior, pasando por Córdoba y Sevilla, a través de Sierra Morena y del importantísimo distrito minero de Cástulo. En realidad, puede decirse que este camino era una enorme circunvalación de la Península, puesto que desde Cádiz, siempre cerca de la costa, se alcanzaba *Olisipo* (Lisboa) y La Coruña. Desde aquí, otra vía costera a lo largo del Cantábrico, por lo demás bastante mal conocida, llegaba hasta Ossaron (Oyarzun) y Pamplona, nudo que, recogiendo otros caminos procedentes de Astorga y Zaragoza, comunicaba la Península con las Galias por Roncesvalles a Dax.

En Zaragoza, el más importante centro del valle del Ebro, que con el del Guadalquivir fueron los territorios a los que Roma dedicó mayor interés en la Península, nacían caminos que se dirigían a Pamplona (ya citado); a las Galias por el Pirineo Central, que se atravesaba por el Coll de Somport hacia *Beneharn* (Pau); a Tárraco, la capital de la provincia; a Sagunto; a Mérida, cruzando diagonalmente la Península por *Complutum* (Alcalá), y, finalmente, un sexto a Briviesca, punto de empalme con la gran vía septentrional de Astorga a Pamplona.

De Mérida irradiaban, además de la ya citada que venía de Zaragoza, tres calzadas a Lisboa y otras a *Hispalis,* a *Astigi* (Ecija), a Córdoba y a Astúrica, ésta la más famosa de todas las calzadas españolas por haberse conservado hasta la actualidad en muchos de sus tramos y

por la excepcional riqueza de sus miliarios, la *vía de la Plata.* De hecho, era la espina dorsal de todo el occidente peninsular, puesto que desde Astúrica se continuaba hacia el noroeste, tenía comunicación también directa con Zaragoza y empalmaba por el sur con *Hispalis,* y de ahí a Cádiz. Su importancia y el cuidado que atestiguan sus numerosas reparaciones, especialmente del siglo II, se explica perfectamente por tratarse de la vía de conducción de las riquezas minerales del noroeste hacia los puertos del sur.

Precisamente este carácter de centro de la zona minera que tiene Astorga y la vecindad del único campamento legionario imperial de la Península en León, cuya cercanía sólo se explica por la tarea de protección de estas minas, son las causas de que en Astúrica se encontrara otro importante nudo de comunicaciones, del que partían caminos hacia las capitales de los otros conventos del noroeste, Lugo y Braga; hacia el este, a Pamplona, y otro a Zaragoza a través de la región vaccea y la Celtiberia; hacia el centro, para empalmar en *Titulcia* (cerca de Madrid), con la gran vía diagonal Zaragoza-Mérida, y hacia el sur en la ya citada vía de la Plata. Aún en ésta habría de citarse como ramal secundario —entre una treintena localizados perfectamente como romanos— el que ha hecho famoso el importante puente de Alcántara, y el menos conocido, aunque también sólido, de Segura: arrancaba de la *mansio* de Norba (Cáceres) para terminar en Braga.

La densidad mayor de comunicaciones lógicamente correspondía a la rica y urbanizada Bética, cuyos nudos se encontraban en *Hispalis-Italica,* Córdoba y Cádiz. Especialmente Córdoba, como capital, quedaba bien comunicada con los principales centros de la provincia y con el resto de Hispania a través de vías que se tendían hacia Mérida, *Hispalis,* Málaga y, por *Castulo* y Sierra Morena, hacia la vía Augusta. *Hispalis,* por su parte, contaba con vías a Córdoba, Antequera, *Hasta Regia* y *Gades, Pax Iulia,* al mismo tiempo que era principalísimo centro de la gran vía occidental que por el norte, a través de Mérida, llegaba a *Asturica* (la *vía de la Plata).*

Este esqueleto, como hemos dicho, se completaba con caminos públicos y privados que se interconexionaban y que fueron el vehículo por donde la romanización pudo alcanzar a toda la Península. Constituyeron más tarde la base de los caminos medievales —el famoso «camino francés» no es otra cosa que la vía *Tarraco-Asturica*—, de uso general hasta bien entrado el siglo XIX, y aun hoy prestan servicios en algunos casos como cañadas ganaderas, cuando muchas de sus obras de fábrica no se han insertado en el servicio activo de la moderna red de carreteras, como es el caso de los puentes de Alcántara, Salamanca, Córdoba o Mérida.

7. *Moneda*

Una economía tan floreciente como la de la Península Ibérica a comienzos del Imperio necesitó gran cantidad de moneda. La acuñación en muchísimos casos era monopolio imperial; así aluden al permiso imperial de acuñación las ciudades de Itálica, Patricia, Rómula y Traducta, en la Bética, y Emérita y Evora, en Lusitania; no así Carteia ni Gades, como tampoco las emisiones de la Hispania Citerior. Se conocen también algunas acuñaciones no municipales, como un áureo con la cabeza desnuda de Octavio, atribuido a Patricia o a Emérita; hay también unos denarios que son réplica de este áureo.

De la época de las guerras cántabras se datan unas monedas en las que se representan las armas de los cántabros: dos lanzas cruzadas, falcata y espada de antenas o escudo y máscara. Debieron acuñarse en el norte o quizá en Emérita, posiblemente para pagar a las tropas que intervinieron en la contienda.

Las emisiones hispánicas imperiales comienzan en el reinado de Augusto y terminan en el de Claudio. Fueron todas de segunda categoría, pues tenían una circulación restringida a las provincias o comarcas en que radicaban las ciudades donde se acuñaban las monedas. Sin embargo, hay ciertos áureos y denarios, sin nombre de ceca, de curso general. En la Hispania Citerior, las

cecas del gobierno de Augusto son las siguientes: *Acci, Bilbilis, Calagurris, Carthago Nova, Celsa, Osca* y *Turiaso, Caesaraugusta* y *Tarraco.*

De la Hispania Ulterior acuñaron monedas sólo cuatro cecas: *Abdera, Carteia, Italica* y *Romula,* y *Emerita,* en la Lusitania. Consignan el permiso imperial de acuñación: *Emerita, Italica* y *Romula;* no lo hacen: *Carteia* y *Abdera.* Los talleres de la Hispania Citerior que acuñaron monedas bajo el gobierno de Tiberio fueron diecinueve: las citadas de Augusto más *Cascantum, Clunia, Dertosa, Ebusus, Ercavica, Graecurris, Ilici, Osicerda, Saguntum* y *Segobriga.* Las causas de este notable aumento de cecas, casi el doble que en el período augústeo, no pueden ser más que económicas, es decir, el excelente estado de la economía hispana. Sin embargo, durante los años de Tiberio se cerraron muchos de estos talleres. De la época de Claudio se conoce sólo un semis anepígrafo, que pertenece a la ceca de *Ebusus,* con la cabeza del emperador en el anverso y en el reverso el dios *Bes* acompañado de un signo púnico.

Se ha dado como causa de la desaparición de las acuñaciones en Hispania el hecho de que en época de Claudio no se necesitara de la propaganda dinástica, pero las razones debieran ser más bien económicas.

En las monedas de época imperial han quedado bien reflejadas la preocupación constante de Augusto por asegurar la sucesión y las combinaciones que la muerte de los candidatos obligó a introducir en los planes del fundador del Principado. Los bustos de los personajes son casi siempre los de la familia imperial o los de los altos magistrados o protectores de las ciudades, como Lépido, Augusto, Agripa, Tiberio, Nerón, Druso y Calígula, en Carthago Nova. Los tres primeros emperadores aparecen en las monedas de todas las cecas, salvo en las emisiones de unas pocas colonias. La cabeza radiada de tiempo de Tiberio indica que Augusto está ya divinizado.

En las acuñaciones queda, pues, bien reflejada la propaganda dinástica y el culto imperial. En esto desempeñó un papel importante, sin duda, a juzgar por las representaciones de las monedas, el elemento militar asentado

en las colonias. De las monedas se desprende que primero hubo una intensa propaganda dinástica, e inmediatamente después de la muerte de Augusto comenzó a florecer con gran pujanza el culto al emperador; ya antes quedó constancia en las monedas de la divinización de César. En las monedas se señalaron los principales acontecimientos de la vida de los miembros de la dinastía, como el nombramiento de *Augustus,* de *pater patriae,* los consulados, la *tribunitia potestas,* etc.

8. *Contribuciones aduaneras*

La reforma de las contribuciones data de los tiempos de Augusto. Los impuestos, *vectigalia,* establecidos por este emperador se mantuvieron, salvo algunas oscilaciones, más de un siglo. Debieron de renovarse a comienzos del imperio algunos impuestos de época republicana, como los impuestos por Catón sobre las minas, y el *stipendium.* También la tasa personal sobre el rendimiento de la propiedad rural, llamada *tributum,* que según una inscripción de *Carthago Nova (CIL* II 3424) se pagaba independiente de la *vigesima.* T. Frank calcula que Hispania tributaba en época imperial al fisco anualmente unos cincuenta millones de sestercios, pero la cifra es discutible por carecer de datos.

Las provincias senatoriales, como la Bética, pagaban el *stipendium.* No se conservan datos sobre la aplicación en Hispania del *tributum soli* y el *tributum capitis.* El Digesto (L 15, 4) indica que se seguía un criterio cualitativo, valorando la calidad de las tierras, las explotaciones mineras y las familias de esclavos. Se cree generalmente que debía ser bajo en Hispania. El *tributum capitis* variaba de unas provincias a otras. El primero gravaba con la misma contribución al gran terrateniente que al labrador pequeño, y resultaba más gravoso para los segundos. El *tributum capitis* favorecía, por el contrario, a las familias numerosas, como serían las de los campesinos.

En relación con la administración fiscal es importante una inscripción en bronce del siglo II, encontrada en

Clunia *(EE* VIII 141); posiblemente se trata de un registro de bienes hereditarios confiscados como *caduca,* con indicación de su valor y de la renta que proporcionan al fisco, que parece ser del 1 por 100 mensual.

Como es sabido, los *quaestores* desempeñaban funciones financieras, y tenían a sus órdenes una serie de subalternos llamados *tabularii* y *procuratores,* que aparecen citados varias veces en las inscripciones, como el *procurator provinciae Lusitaniae et Vettoniae (CIL* II 484, 1178, 1267) y el *tabularius provinciae Lusitaniae et Vettoniae (CIL* II 485). También mencionan las inscripciones otros cargos inferiores, como un *servus tabularius,* de nombre *Graecinus,* en Astigi *(CIL* II 1480) y un *adiutor tabularii,* también siervo, en Villaviçosa *(CIL* II 5210). Se tiene noticia de algunas contribuciones cuyo carácter se desconoce; así, los ciudadanos del municipio latino de los Ebusitanos *(CIL* II 3664) pagaban unos tributos que no se especifican en la inscripción; a pagarlos dedica un testador la renta de 84.000 sestercios anuales, y el resto, 6.000 sestercios, para celebrar su natalicio con fiestas.

Los pobres de Hispania en tiempos de Plinio (XVI 32) pagaban la mitad de sus tributos con el producto del grano tintóreo de las encinas. Los impuestos, en realidad, eran bajos y gravaban a las clases económicamente débiles.

Una inscripción de Ilíberis *(CIL* II 5064), del siglo II, que se refiere a los *socii quinquagen(simae),* hizo creer a Mommsen que la tasa del *portorium,* o de aduana, en Hispania era más baja (2 por 100) que en otras provincias del Imperio, como la Galia, donde la tasa era de 2,5 por 100. Este impuesto se arrendaba a los publicanos.

En Hispania se han localizado ocho puestos de *portorium* marítimo, de los que todos, menos uno, están situados en la Bética, pero posiblemente los había en otros puertos, como en Carthago Nova, en Tárraco, en Valentia, etc. Estos puertos de aduanas son los siguientes: Iliberris, de gran importancia; Ilipa, la actual Alcalá del Río —al frente del *portorium* se encontraba un es-

clavo imperial— (*CIL* II 1085); Astigi, citado en las ánforas del Monte Testaccio; Córdoba, Híspalis, Portus —esta última localidad quizá sea Cádiz y es la que aparece con más frecuencia en las marcas de las ánforas— y Ostia, con una aduana especial para el control de las mercancías hispanas. La tasa percibida era de un 2 por 100 según la citada inscripción de Iliberris, y de un 2,5 por 100 según una de Ostia (*CIL* XIV 4708), sin poderse por el momento determinar la fecha en que la tasa pasó del 2 al 2,5 por 100. En las oficinas aduaneras se percibían tasas diferentes según la dirección del tráfico comercial, lo que señala una perfecta organización contable y administrativa, percibiéndose el 2 por 100 para las mercancías destinadas a la Península, y el 2,5 por 100 para las exportadas a la Galia. En el límite con Galia, las dos aduanas documentadas se hallan en Iliberris (hoy Elne) y Lugudunum Convenarum (actual Saint Bertrand de Comminges).

El primer caso documentado de franquicia aduanera conocido en Hispania data de tiempos de Galba, quien suprimió la *Quadragesima Galliarum* al hacerse cargo del poder, quedando el paso libre para las mercancías en una y otra dirección. La supresión del *portorium* está bien señalada en los ases y en los sestercios, pertenecientes al taller de Tárraco, con la leyenda *Quadragesima remissa,* como concesión del nuevo emperador por su victoria sobre Nerón. El *portorium* fue restablecido por Vespasiano.

9. *Gasto público*

Después de la terminación de las guerras cántabras, en las que participaron siete legiones, el principal capítulo del gasto público se redujo considerablemente, ya que la mayor partida del gasto público se dedicaba al mantenimiento de aquéllas. Años antes, en el de la batalla de Actium, 31 a. C., en la Península Ibérica se encontraba la Legio XX, que debió abandonar pronto la Península. Terminada la guerra cántabra, las legiones que habían participado en ella abandonaron poco a poco

la Península. Hacia el año 18 a. C. lo hicieron la V Alaudae y la VIIII Hispana. La primera partió para Germania; al Ilírico, la segunda. Hacia el año 10 se trasladaron al frente renano la Legio II Augusta y la IIII Macedónica a Germania, esta última hacia el año 39. En tiempos de Tiberio había en Hispania sólo tres legiones, acuarteladas en el norte (Str. III 156; Tac. *Ann* IV 5,1). De la Legio I augusta no se tienen noticias. Unos cincuenta años después de las guerras cántabras sólo permanecían en Hispania dos legiones: la VI Victrix y la X Gemina. En el año 65 partió la X Gemina para el Danubio; en la VI Victrix, la única que permanecía en la Península, se apoyó Galba en el 68 para sublevarse contra Nerón. Galba creó entonces la Legio VII, que partió para Roma, donde su fundador se hizo con el poder. En el año 70 las legiones X Gemina y VI Victrix dejaron definitivamente Hispania, siendo enviada acá la Legio I Adiutrix, que, dos años después, partió para Germania.

La Legio VII Germina, hacia finales del año 74, volvió a Hispania, después de una estancia en Panonia, y de participar en la Guerra Civil.

Se han calculado los estipendios de los seis mil hombres de una legión en 1.350.000 denarios anuales, que con Domiciano ascendieron a 1.800.000 denarios. El carácter estable de los campamentos disminuyó esta cantidad, que se cubría con el producto de sus prados. En Hispania se conocen los límites de los prados de la Legio IIII Macedónica y los de la Cohors IIII Gallorum, gracias a una serie de inscripciones.

En el gasto público entraba también el mantenimiento de todo el personal administrativo, y la construcción y conservación de las carreteras y de algunas obras públicas.

10. *Patrimonio imperial*

Debió ser grande en la Península, a juzgar por los numerosos libertos y esclavos imperiales que aparecen en las inscripciones.

El patrimonio imperial se vio continuamente engrosado por el *ager publicus,* por las minas descubiertas o conquistadas, como las del noroeste, después de las guerras cántabras, las arrendadas a particulares durante la República, o expropiaciones, como las mencionadas de S. Mario en la Bética, confiscadas por Tiberio. También incrementaron el patrimonio imperial las donaciones testamentarias, los embargos de las propiedades por falta de pago en los impuestos, las contribuciones sobre los juegos de gladiadores, que ascendían entre un 25 y un 33 por 100 de alquiler, impuesto este último que fue abolido por Marco Aurelio. Después de la muerte de Caracalla se creó, como consecuencia de las confiscaciones de los partidarios de Albino, el *fisci rationis patrimonii provinciae Beticae,* mencionado en las ánforas, según se indicó ya. Como ha demostrado recientemente E. Rodríguez Almeida, siguiendo a A. Baldacci, los productos olearios hispanos, durante la dinastía de los Severos, debieron ser administrados a través de la *Ratio Privata* y solamente a partir del 217 pasaron al fisco. Con estas confiscaciones de Septimio Severo, el mayor latifundista era en Hispania el emperador.

11. *Finanzas municipales*

La situación de algunas finanzas municipales la conocemos a través de las inscripciones. La carta de Vespasiano a los saborenses, del año 77, hace una concesión especial, que consiste en la autorización de trasladar un municipio al llano sin aumentar los impuestos fijados por Augusto, quizá el impuesto que gravaba a los forasteros residentes en las colonias o municipios, como sugiere Dión. La causa del desplazamiento de la población era la mala situación económica *(CIL* II 1423). La citada inscripción de Ebusus habla de donativos de un particular para pagar el tributo de los ciudadanos, posiblemente la capitación. Como indica Rostovtzeff, un caso como éste sólo se documenta en las regiones más pobres de Grecia; el sabio ruso alega este caso como indicio de la po-

breza de la ciudad, pero este caso, como algún otro que se podría recordar, no indica la situación general. Las finanzas municipales se vieron engrosadas por los donativos de los habitantes. Las inmunidades se redujeron, y el sector económicamente débil, a pesar de los esfuerzos de los Severos, fue el más afectado por las cargas municipales. A las finanzas municipales iban a parar las multas impuestas por los magistrados *(Lex Mal.* 66), los duunviros y los ediles.

12. *Monopolios*

El principal monopolio en época imperial fue la minería, de lo que ya se ha hablado. A partir de los Severos lo fue también la explotación del aceite bético. Recientemente se ha propuesto la hipótesis de que en el proceso de formación del patrimonio imperial en Hispania hubo una lenta pero progresiva penetración de la producción del Estado en el mercado aceitero y, en general, en los productos agrícolas. Se apoya esta tesis en algunas inscripciones, como la de *Ostippo* (Estepa), en la Bética *(CIL* II 1438), del año 49, que menciona los *agri decumani;* la de Retortillo (Santander), que cita *(CIL* II 2916) los *prata legionis IIII et agri Iuliobrigenses,* y en la de Villasidro, que alude a los *prata legionis IIII* y a los *agri Segisamonenses (CIL* II 5807). La tesis es perfectamente aceptable.

Rostovtzeff, por su parte, se inclina a ver una corporación de carácter semioficial en los *naviculari* y, por tanto, el transporte que hacían sería también un monopolio estatal. El citado autor añade algunos datos más que completan esta hipótesis, como son: la ley olearia adrianea y la mencionada inscripción hispalense consagrada a un *curator* de la *Colonia Aruensis,* que alude al cargo de *praefectus annonae ad oleum Afrum et Hispanum recensendum,* etc., del año 161-169. Con anterioridad a esta fecha no hay constancia de tales cargos. En época de Marco Aurelio se crea un nuevo cargo para administrar las fincas de Vegetiano, situadas en la Béti-

ca, que habían pasado, no se sabe por qué motivo, a engrosar el patrimonio imperial. En el siglo II, las fábricas de ladrillos de Ampurias cayeron en manos del emperador, y en época severiana fueron patrimonio imperial.

13. *Liberalidades*

Para el estudio de la estructura económica y social de Hispania es muy significativo el estudio de las liberalidades privadas, con los nombres de las familias ricas, que componían la aristocracia local. Baste recordar algunas. En Murgi, junto a Almería (*CIL* II 5489), *L. Aemilius Daphnus,* en época flavia, regaló al municipio unas termas, y en el día de la dedicación, un denario a cada uno de los ciudadanos, y un banquete a los *incolae,* y prometió otro tanto dinero en el aniversario, mientras viviese, y para la conservación de las termas, 150 denarios anuales.

En Barcelona (*CIL* II 6145), en época de Trajano, dos personajes del mismo nombre, que habían desempeñado gran número de cargos oficiales, a sus expensas levantaron unos baños con pórticos y un acueducto. El arco de Cáparra fue levantado a expensas de Marcus Fidius Macer, que había desempeñado diversos cargos. El arco de Bará lo costeó L. Licinio Sura, lugarteniente de Trajano, cónsul en los años 102, 104 y 107 (*CIL* II 4208).

En Barcelona se conocen dos fundaciones en favor de la ciudad. Por la primera, de época de Antonio Pío, Minucius Natalis hizo una fundación en forma de legado modal con un capital de 100.000 sestercios para un reparto de *sportulae,* el día del natalicio, de cuatro denarios a cada uno de los decuriones, y tres a los seviros augustales. La distribución se haría sólo entre los presentes. El capital legado se colocó a un interés del 5 por 100; los intereses ascendían anualmente a 5.000 sestercios. La segunda recoge la fundación de 7.500 denarios legados por Caecilius Optatus, centurión de dos legiones en época de Marco Aurelio y Vero. Los 450 denarios, interés del capital colocado al 6 por 100, se in-

virtieron en organizar anualmente, el 10 de junio, unos juegos de pugilato en los que se gastarían 250 denarios, y con el capital restante se compraría aceite para las termas públicas, con la condición de liberar a sus libertos y a los libertos de sus libertos de los *munera* del sevirato. En caso de incumplimiento de esta cláusula, el legado pasaría a la ciudad de Tarragona.

En el siglo II, Fabia Hadrianila dejó una fundación de 50.000 sestercios para distribuir dinero en el día del natalicio de su esposo, el 1 de mayo, y en el suyo propio, 25 de abril. La fundación fue de carácter alimenticio. El beneficiario era posiblemente un *collegium* de *iuvenes* de ambos sexos. Se ha calculado sobre la base de un 6 por 100 que el interés ascendía a 3.000 sestercios anuales.

La mayoría de las liberalidades documentadas en las inscripciones y fechadas pertenecen al siglo II, lo cual indica que en Hispania, como en el resto del Imperio, este siglo fue una época de gentes acomodadas, que en muchos casos presidían la vida social de sus ciudades, y que Hispania, como Africa, era, en gran parte, país de fortunas medias. La riqueza se encontraba algo repartida. Estas gentes fueron la base de la monarquía de los Antoninos.

14. *Espectáculos públicos*

Los espectáculos públicos desempeñaron un papel importante en la sociedad hispanorromana. Se conservan bastantes edificios que estaban dedicados a ellos, e inscripciones que los mencionan, aunque la mayoría de las veces los datos son muy escuetos en ellas. El circo, donde se celebraban las carreras de carros, mejor conservado es el de Mérida, aunque la gradería en parte ha desaparecido. Tiene cabida para 26.000 espectadores.

En Hispania se conocen una veintena de teatros. El mejor, posiblemente, es el de Mérida, con capacidad para 5.500 espectadores. Se conservan bien las tres gradas para los asientos de las autoridades. Tiene trece puertas

de ingreso, más dos para la orquesta. La escena está compuesta por dos órdenes superpuestos de 28 columnas corintias, con sus correspondientes entablamentos de mármoles. El de Acinipo está tallado en la roca, y su capacidad es de unos 3.000 espectadores. En la Bética se tiene noticia de teatros en Baelo, Regina, Antequera, Córdoba, Sevilla, Astigi y dos en Itálica. En la provincia Tarraconense el teatro mejor era el de Sagunto, que se construyó en la ladera de la montaña. Conservado está el de Pollentia. Se conservan los restos del de Barcelona, con un friso esculpido con triglifos, alternando con hojas de acanto y máscaras teatrales. En la meseta, el de Clunia está igualmente tallado en la roca. En curso de excavación se encuentra el de Segóbriga, muy bien conservado, y se conoce también el de *Arcobriga* (Monreal de Ariza).

Como los teatros, la mayoría de los anfiteatros documentados en Hispania, donde se celebraban los combates de gladiadores, pertenecen a la Bética y se les ha supuesto de finales del siglo I. Augusto construyó el de Mérida en el año 8 a. C.; tiene capacidad para 15.000 espectadores. El de Itálica consta de tres pisos y es de época de la dinastía severiana. El de Tarragona está construido junto al mar, en una pendiente. El teatro y el circo de esta ciudad se han supuesto, por Hübner, obras del paso del siglo II al III, fecha que es muy posible, debido a que en estos años se construyeron muchos. En Ampurias, Segóbriga, Cáparra, Córdoba, Cádiz y en otros lugares hubo también anfiteatros. El de Carmona no tuvo, al parecer, superestructura, y debía ser de madera. Córdoba ha dado un conjunto de once inscripciones dedicadas a gladiadores muertos, que dan datos muy interesantes sobre su vida. Todas se fechan en el siglo I. Una de las inscripciones menciona a dos *murmillones* (luchaban con un casco adornado con un pez, con espada, con escudo y con defensas en las piernas), *Satur* y *Bassus*; el primero pertenece al *ludus gladiatorius Iulianus*, creado por César posiblemente en Capua, que siguió bajo administración imperial y que actuó en Pompeya, Roma y Venafro. El primer *murmillo* combatió trece veces. El segundo era un gladiador libre de compromiso,

posiblemente esclavo; su esposa, que dedicó la inscripción, era libre. *Cerinthus* era esclavo y de origen griego; pertenecía al *ludus gladiatorius Neronianus*, que estaba también en Capua y que fue instituido por Nerón. Murió a los veinticinco años y combatió dos veces. Una tercera inscripción de Córdoba cita a Amandus, también de la familia neroniana, esclavo nacido en Placentia, muerto a los veintiún años y que luchó dieciséis veces. Faustus fue también *murmillo,* pertenecía a la familia neroniana, era esclavo oriundo de Alejandría, lucho doce veces y murió a los treinta y cinco años; posiblemente se educó en la famosa familia gladiatoria llamada Caesarea Alejandrina, de Egipto, pasando después a la neroniana. Erigieron el ara su esposa, también esclava, y un compañero que pertenecía a los gladiadores tracios.

También se celebraban en Hispania otros tipos de espectáculos, documentados por las inscripciones, como una competición de barcas y de pugilato en Balsa *(CIL* II 13).

En la Roma del siglo I fueron famosísimas las bailarinas gaditanas, llamadas *puellae gaditanae,* que formaban compañías ambulantes, explotadas por maestros de baile, como el citado por Marcial (I 41, 12). A ellas aluden frecuentemente los escritores del siglo I Estacio *(Silv.* I 6, 70), Marcial (V 78, 26, VI 71, 2, XIV 203, 1), Juvenal (*Sat.* XI 162) y Plinio el Joven (*Ep.* I 15, 3). Su presencia era número obligado en los banquetes de las casas licenciosas.

15. *Población y urbanización*

Sobre la densidad de población hispana a principios del Principado se dispone de algunos datos. Ya se han citado los que dan Estrabón y Plinio sobre el número de ciudades que siguieron habitadas todas ellas en época imperial. De nuevo es Plinio el autor que, indirectamente a veces, suministra la mayoría de los datos referentes a las otras provincias hispanas. Así, la Hispania Citerior está dividida, a comienzos del Principado, en siete *conventus;* además de 293 *civitates* subordinadas a

otras, tenía 179 *oppida* (Plin. III 18). A Tárraco acudían a dirimir sus pleitos 42 pueblos de la comarca; Edetania contaba con 55 pueblos. A Carthago Nova concurrían 65 pueblos. La población total de los astures ascendía a 240.000 individuos libres; el *conventus* lucense contenía 18 pueblos, con una población de 166.000 hombres libres; el *conventus bracaraugustanus* tenía 24 *civitates* y 285.000 tributarios, es decir, que entre Asturias, Galicia y el norte de Portugal sumaban una población de 691.000 hombres libres, sin contar los esclavos. Estos datos son muy importantes por proceder de los obtenidos por Agripa (Plin. III 23-28). En Lusitania, según los datos suministrados por Plinio (III 117), había 46 agrupaciones político-administrativas; todas las ciudades, repartidas en tres *conventus,* gozaban del *status* jurídico romano. Había cinco colonias, tres municipios romanos y treinta y siete ciudades estipendiarias.

La impresión que se obtiene de estas fuentes es que Hispania se encontraba relativamente poblada. En la época de Marco Aurelio (SHA, *Vita Marc.* 11, 7), Hispania debió de quedar en parte despoblada, como el resto del Imperio, por la peste. La vida media de la Hispania romana se ha calculado últimamente en unos cincuenta años.

En época imperial se hicieron fundaciones mixtas, compuestas de población romana y de nativa; baste recordar las dos Augustóbrigas (Muro de Agreda y Talavera la Vieja), Iulióbriga (Reinosa), Flavióbriga (cerca de Bilbao) y Caesaraugusta (Plin. III 24, antes Salluia), fundada por Augusto en el año 24 a. C.

La urbanización y la romanización dio un gran avance durante el siglo I; si no, no se comprende la concesión del *ius Latii* por Vespasiano, que presupone ambas cosas. Esta concesión difundió el régimen municipal por la Península y contribuyó a la unificación del régimen político-administrativo local. Desde el punto de vista económico, la urbanización suponía la aparición de gentes ricas que vivían en las ciudades, de una clase de terratenientes, de comerciantes y de industriales, que habitaban también en las ciudades y desarrollaban una actividad económica.

La urbanización presupone también la introducción en grandes sectores de Hispania y Galia de una economía análoga a la prevaleciente en Italia y en Oriente. Vespasiano incrementó la vida urbana en Hispania considerablemente. La política de Vespasiano de crear municipios en la provincia, además de favorecer la romanización y la urbanización, facilitó el reclutamiento de tropas. Cada ciudad poseía en sus alrededores un territorio que formaba una unidad política, social y económica.

Hay datos muy significativos del avance de la urbanización y destrucción de las estructuras indígenas. Plinio menciona, hacia el año 70, aunque sus principales fuentes son contemporáneas de Augusto, en la provincia Tarraconense, 179 centros urbanos y 114 rurales o *populi*. En total, 293. Hacia mediados del siglo II, Ptolomeo catalogó 248 nombres de ciudades; el de las comunidades rurales había descendido a 27. Las ciudades habían ascendido a 105, y los *populi*, disminuido a 87. Esta revolución urbana muy posiblemente ha de suponerse en el noroeste de Hispania, al norte del río Duero y en todo el norte, donde predominaba la población rural. La creación de concentraciones urbanas destruía poco a poco la vida indígena tradicional y favorecía la introducción de la cultura romana. En el siglo I, antes de Plinio, se crearon numerosos núcleos urbanos indígenas, los llamados por los romanos *fora*, que llevaron la vida urbana a regiones rurales. Estos núcleos urbanos se crearon principalmente en el noroeste y en el norte de España, tales como el *Forum Limicorum*, Guinzo de Limia (Pt. II 6, 43), donde se concentraron los habitantes del nacimiento del río Limia; el *Forum Gigurrorum*, origen de Valdeorras, concentración urbana de la tribu vecina de los Gigurri (Pt. II 6, 37). Los Bibali se asentaron en el núcleo urbano del *Forum Bibalorum*, al igual que los Narbasi, en el *Forum Narbasorum* y los Lemavi en el futuro Monforte de Lemos [26].

La extensión de las ciudades peninsulares nunca igualó a la de las Galias, donde Lyon alcanzó unas 40 Ha.; Nîmes, 220 Ha.; Vienne o Autun, 200 Ha., y Avenches, 150 Ha.

Carmona tenía 49 Ha. y Córdoba 50 Ha., que después se ampliaron a 70 en tiempos de Augusto, lo que prueba el crecimiento de las ciudades hispanas a principio del Imperio. Tárraco medía unas 40 Ha. La ciudad más importante del interior, con 50 Ha., era Caesaraugusta. Emérita, en la época de Augusto, llegó a contar con 26 Ha. Existían otras muchas ciudades cuya extensión era pequeña. Ampurias, en sus comienzos, sólo medía 24 Ha.; las dos Augustóbrigas y Pamplona tenían una extensión de alrededor de 50 Ha.; Uxama Argaela y Termantia, 30 y 20 Ha., respectivamente. Aún hubo otras ciudades de superficie más reducida, pues Cáparra sólo alcanzó 16 Ha.; algunas ciudades, como Iluro, Baetulo y Barcino, fueron aún más pequeñas. Barcino, a los comienzos del Imperio, medía unas 9 Ha.; la superficie de la ciudad amurallada es de 12 Ha.; Lucus Augusti tenía 9 ó 10 Ha.

Augusto dio un gran impulso a la construcción de edificios, bien de carácter urbano, bien puentes y calzadas. A comienzos del Principado se datan los puentes de Mérida, Medellín y Salamanca. Seguramente pertenecen a estos años uno de los templos de Augustóbriga, cuya estructura obedece a un prototipo arcaico; el circo de Toledo, localizado en la Vega, que tiene las escaleras exteriores, como el de Pompeya, y el teatro de Celsa. Augusteo es el templo tetrástilo de Ilici, consagrado a la diosa Juno. En Lusitania se conoce con bastante precisión la urbanización de Emérita, en cuyas monedas aparecen representaciones o alusiones a monumentos de época de Augusto, como la muralla de la ciudad, con cuatro puertas, los acueductos —conocidos en sus restos actuales—, un templo dedicado a la Eternidad de Augusto y un ara a la Providencia de Augusto. La ciudad contó con un magnífico teatro, costeado por Agripa y reparado por Adriano. En Carthago Nova, en los mismos años se tiene noticia de la existencia de varios importantes edificios, como un circo, cuyas ruinas se conservan bajo la actual plaza de toros, citado en monedas e inscripciones. Obras hidráulicas se efectuaron en la ciudad poco antes del

cambio de Era, y posiblemente se mejoraron los malecones del puerto.

Las principales ciudades hispanas debían de contar con hermosas edificaciones en el siglo I. Baste recordar Córdoba, que tenía un templo del que se conserva todo el *podium*, dedicado al culto al emperador, de época neroniana; Barcelona, con su templo de Augusto, que posiblemente data del gobierno de Tiberio, y Tarragona, con otro templo también consagrado al culto imperial, que con posterioridad fue restaurado por Adriano (SHA, *Vita Hadr.* 12,3) con ocasión de su visita a la Península Ibérica, y por Septimino Severo (SHA, *Vita Sev.* 37) durante su pretura en el año 178. De los años comprendidos entre los gobiernos de los emperadores Claudio y Nerón datan el anfiteatro de Ampurias y la palestra. Vestigios de un plan urbanístico han quedado en esta ciudad en la construcción de una de las cloacas y de su piso. De época flavia es el gigantesco monumento de Munigua (Sevilla), con terrazas escalonadas, como el Santuario de Fortuna en Preneste.

Sin embargo, la época de mayor florecimiento de la ciudad durante el Imperio romano coincide con el siglo II. En la Península, de este siglo se conservan buenos edificios. Ya a los comienzos del siglo, durante los años del gobierno de Trajano y Adriano, se levantaron muchos edificios en todo el Imperio. De época trajanea es el arco de Bará, en la Tarraconense; el de Cáparra, que es el único con cuatro puertas conservado en Hispania, obedece al mismo prototipo que el de Leptis Magna, fechado en el año 110; de Medinaceli, que, a pesar de ciertos rasgos de arcaísmo y del parecido que guarda con algunos arcos augústeos, conocidos por las monedas, es del siglo II. Su paralelo más próximo es el arco adrianeo de Gerasa. Trajaneos son el puente de Alcántara y su compañero, situado en la divisoria entre España y Portugal, sobre el río Segura, ambos levantados por el arquitecto Lacer; el puente de Cáparra, muy parecido al de Benevento, y los de Alconétar y Martorell. Trajaneo es el acueducto de Segovia, posiblemente. De época adrianea es el templo de Augustóbriga, rodeado de

un pórtico, y probablemente lo que queda del de Marte en Mérida.

De la segunda mitad del siglo II es el templo de Júpiter, de Cáparra, y el Capitolium, de Baelo. De época de los Antoninos quizá es el templo corintio de Evora (Portugal), sobre alto podium con columnas acanaladas, y el llamado de Diana, de Emérita, consagrado a Antonino Pío. De época severiana son las termas de Alhange, en las proximidades de Emérita.

La urbanización de las ciudades fue acompañada de un embellecimiento de las casas. Desgraciadamente, las ciudades romanas en Hispania han sido poco excavadas hasta el presente. En los últimos años se ha excavado en Pamplona, Ampurias, Barcelona, Córdoba e Itálica, con buenos resultados. Es necesario, pues, intuir el nivel de vida de la población por una serie de elementos, como las pinturas y los mosaicos. La existencia de unas cuantas mansiones de lujo no prueba que toda la ciudad tuviera el mismo nivel. Buenos ejemplos de la calidad alcanzada en los talleres provinciales de Hispania en la pintura son las pinturas de tipo pompeyano de Astúrica. Ampurias, en época augústea, tuvo casas decoradas como en Pompeya y en Roma. Mosaicos de *opus signinum* aparecen con frecuencia en las ciudades, como en Baetulo, en Tarragona, Sagunto, Ampurias y Carthago Nova; se fechan en los siglos I y II.

Severianos son los mosaicos polícromos con partes en blanco y negro, cuyo uso aparece en piezas de Barcelona, San Baudilio y Tarragona. Al mismo taller o a la misma influencia pertenece el mosaico de las Tres Gracias, de Barcelona. El barrio de la ciudad de Itálica que se excava en la actualidad, donde aparecen calles porticadas, magníficas mansiones con buenos mosaicos policromados, se fecha en época de la dinastía de los Severos. Durante el gobierno de estos emperadores hubo en todo el Imperio una gran inflación, la moneda se devaluó en un 50 por 100, pero las casas se embellecieron mucho, como se deduce del hecho de que los mosaicos fechados entre los años 193 y 235 son frecuentes en las ciudades hispanas, como en Córdoba (mosaico de Polifemo y Galatea),

Mérida (mosaicos de la casa junto al teatro), Itálica, etcétera.

La policromía y composición figurativa encareció, sin duda, el mosaico. Aparece al fin del siglo II y a lo largo del siglo III. El mosaico estaba, pues, antes sólo al alcance de la gente rica de las ciudades. En zonas rurales no se generalizó antes de finales del siglo II. En Cáparra, en una villa urbana de época flavia, no hay huellas de mosaicos. El uso del mosaico comenzó siendo un fenómeno exclusivamente urbano; con la época severiana, en que va desapareciendo el absentismo de las grandes familias, se generaliza su empleo. Los mosaicos en esta época tienden a ser mayores. El de Circe, en Sagunto, mide 100 metros cuadrados. El estudio de los mosaicos indica un primer momento de una fuerte influencia itálica bien patente en los mosaicos de Mérida y de Itálica, después acusan influencias africanas muy fuertes, como el de los peces de Tarragona [27].

16. *Crisis en los siglos I y II*

Todavía no es posible, en el estado actual de nuestros conocimientos, seguir la evolución de la situación económica en los siglos I y II. Algunos hechos se han presentado recientemente por algunos investigadores, como indicio de crisis económicas. Estos son los siguientes: una inscripción del año 66 (*CIL* XI 395) hallada en Rímini, dedicada al *primipilus Marcus Vettius Valens,* alude a un levantamiento de los astures, para reprimir el cual se enviaron fuerzas de la *Legio VI.* Se desconoce la importancia de este levantamiento de los astures y las causas que lo motivaron. Se ha supuesto que hubo una crisis financiera en época flavia en la Bética [28]. Para ello se apoyan algunos autores en las dificultades financieras que expresan la carta del 7 de septiembre del año 79, dirigida por Tito a los *quattuorviri* y *decuriones* de Munigua, y la análoga de Vespasiano del 77 a la villa de Sabora, a la que ya hemos aludido. Se indican otros indicios de esta crisis, como que la ciudad de Cárbula, en

el año 74, de ciudad pasó a aldea, pero todos estos testimonios son escasos en número y aislados, y no probarían la situación general de la Península.

Profunda huella en la economía debieron dejar seguramente los reclutamientos de legionarios y tropas auxiliares a lo largo del siglo I y principalmente bajo Trajano, Adriano y Marco Aurelio. Las fuentes ya indicadas son bastante significativas. Al comienzo de la visita a Hispania de Adriano, años 122-123, el *conventus* convocado en Tárraco expuso al propio emperador sus temores de un alistamiento continuado. Las ciudades eran las afectadas principalmente con este reclutamiento de legionarios, y las zonas rurales con el de *auxilia*. Hispania sufrió, pues, una profunda sangría de hombres durante todo el siglo I y II.

La mala situación financiera de algunas ciudades quedó bien patente avanzado el siglo II con la disposición de época de Marco Aurelio y Cómodo limitando el coste de los combates de gladiadores, lo que indica que las ciudades pagaban difícilmente estos espectáculos. También repercutieron desfavorablemente en la Bética las invasiones de moros, con el consiguiente saqueo de villas y gastos en la defensa de las ciudades. Las invasiones tuvieron lugar en época de Marco Aurelio, años 172-173. El texto de la vida del emperador es especialmente significativo, por cuanto expresamente afirma que se devastó toda la Península (SHA. *Vita Marci* 21, 2; *Vita Sev.* 2, 3-4; cf. *CIL* II 1120, 2015).

En el siglo III amenazaron a la Bética nuevas invasiones, al parecer menos importantes, eligiendo los italicenses como patrono a C. Iulius Pacatianus, prolegado de Mauritania, en los últimos años de Septimio Severo.

Con las invasiones africanas en la Bética se ha puesto en relación la existencia de una serie de murallas, como las de Ilipa, Itálica y Carteia, a las que se pueden añadir las de Baelo, Evora y, probablemente, la reconstrucción de la de Cástulo.

Otro foco de inquietud, quizá, era el noroeste, como parece desprenderse de la concentración de tropas en Villalís, a la que ya hemos aludido, que suponen la ma-

yor parte de la guarnición de *auxilia* de la provincia. Su presencia obedece a la proximidad de la zona aurífera, lo que indica su vinculación con la hacienda imperial; pero esta concentración grande de tropas parece indicar que su misión no era sólo servir de policía al distrito minero. Quizá los galaicos y astures, siempre poco romanizados, al aflojarse la presión de Roma intentasen salir de la órbita del Imperio.

En los últimos años del reinado de Cómodo se produce la penetración desde la Galia de las bandas de Materno, el cual, acosado por las guarniciones imperiales, se pasó a Italia con la intención de asesinar al emperador. No se conocen detalles de esta invasión dedicada al pillaje, cuyo impacto en la economía debió de ser importante (Herodiano I 10-11, SHA *Vit. Com.* 16, 2), ya que sitió y destruyó ciudades, libertando a los malhechores, que engrosaban las filas de sus partidarios. Posiblemente hay que relacionar con esta invasión la presencia de una *vexillatio* de la *Legio VII Gemina* en Ampurias (*CIL* II 6183), citada en una inscripción de la segunda mitad del siglo II.

III. Economía de Hispania en el Bajo Imperio

1. *Minas* [29]

En el siglo IV, las minas hispanas de oro y plata, que eran monopolio estatal todavía, seguían explotándose. Es importante poder determinar con seguridad la existencia de explotaciones mineras en Hispania, en el Bajo Imperio, pues, como es bien sabido, algunos investigadores, como el alemán Delbrueck y el inglés Davis, explican la decadencia del Imperio Romano por el declinar de las explotaciones mineras. Las minas de la provincia de Huelva, en la Bética, en el siglo IV, todavía se explotaban a buen ritmo, pues abundan las monedas de Constantino

y demás emperadores del siglo IV; a comienzos del siglo V deja de trabajarse en ellas.

La confirmación de la existencia de explotaciones mineras de oro en Gallaecia en el siglo IV la han visto algunos autores, como Nostrand y Ruggini, en las continuas reparaciones de que fueron objeto las vías romanas de este distrito, principalmente las calzadas que llevaban a Brácara Augusta y Astúrica. La conclusión que cabe deducir de la existencia de los miliarios concentrados en el noroeste es que todavía en el siglo IV Gallaecia era una pieza importante en la economía minera imperial por sus minas de oro. Pacato, en su panegírico al emperador Teodosio (28, 2), alude a las minas de oro de Gallaecia, y en otro pasaje (4, 4), a la riqueza minera de Hispania en general, pero ello puede ser una de las clásicas alabanzas de España.

Las minas de plata de la región de Cástulo todavía se explotaban en el siglo IV, pues las monedas recogidas en las llamadas de El Centenillo, Palazuelos y La Carolina llegan hasta el año 383. En el siglo IV los yacimientos superficiales de estaño de Lusitania continuaban en explotación, como parece desprenderse del castro de Las Merchanas, en la actual provincia de Salamanca, donde el destacamento militar asentado en la localidad, destruido totalmente por la invasión germana del siglo V, tenía por finalidad posiblemente vigilar las próximas explotaciones de estaño.

La sal procedente de la Tarraconense la menciona a finales del siglo IV Sidonio Apolinar (*Epist.* IX 12). San Agustín (*Epist.* 50) alude a la exportación de minio de Sísapo a Cartago; también se vendía estaño hispano en Egipto, a juzgar por algún formulario de alquimia aparecido allí y fechado hacia el año 400.

2. *Agricultura*

La forma de propiedad territorial típica del siglo IV son los fundos. En el siglo IV, con la decadencia de las ciudades, los latifundios adquirieron importancia y oca-

sionaron un cambio fundamental en la estructura social y económica de la Península.

Para la reconstrucción del latifundio se dispone de dos tipos de documentos, arqueológico uno: las ruinas de las lujosas villas; lingüístico el segundo: la conservación de topónimos, que en su mayoría derivan de antropónimos, y que A. García y Bellido cree del siglo IV, ya que no los mencionan ni Plinio, ni Ptolomeo, ni la epigrafía; así, en Hispania se documentan más de cien topónimos terminados en *-én, -ena;* otros nombres de lugar ofrecen el sufijo *-in;* una tercera serie de topónimos acaban en el sufijo *-an;* a este último grupo pertenecen algo más de cincuenta topónimos hispanos. En la Bética posiblemente la crisis del siglo IV afectó menos que en otras provincias hispanas; la propiedad debía encontrarse algo menos concentrada quizá, y es posible que la ruina de las ciudades no la afectase tan profundamente como a las restantes provincias, y que las diferencias entre ricos y pobres fuesen menores, según indica Thouvenot, pues no han aparecido hasta el momento presente villas del tipo de las de la meseta, que prueban la existencia del gran latifundio, a juzgar por su extensión y por la calidad de sus mosaicos; también habrá, sin duda, grandes villas, a juzgar por la supuesta basílica paleocristiana de Ronda, las villas del Cortijo de Fuentedueñas en Ecija, de Torrox en Málaga, etc. La Tarraconense ha dado excelentes villas, principalmente en el centro y en la costa mediterránea, algunas ya citadas al hablar de la invasión de francos y alamanes, etc.

J. Caro Baroja ha realizado investigaciones lingüísticas que arrojan mucha luz sobre la vida económica y social de las poblaciones de la zona navarroalavesa en el Bajo Imperio. La base de la vida económica, como en Italia y en Galia, la constituían los fundos. La extensión de estos fundos en la Península debió ser inferior a la de 1.000 Ha. El fundo pasó de mano en mano, conservando su estructura y nombre primitivo; su transformación en aldea compleja parece que comenzó a finales del siglo III, como resultado de la invasión de francos y alamanes y la subsiguiente crisis.

La proporción de nombres romanos que aparecen en los toponímicos es grande en la zona de los Pirineos, lo que obliga a revisar la teoría de la poca o nula romanización de Alava, Vizcaya y Navarra. Muchas de estas villas debían de ser similares a las que describe Sidonio Apolinar (*Epist.* II 2, IV, 21, VIII, 4) al otro lado de los Pirineos, cuya extensión era de unas 1.050 Ha., de las que 200 se dedicaban a tierras de labor, 100 a viñas, 500 a prados y 700 a montes.

De Cataluña se conoce un gran número de nombres romanos en los que se reconocen claramente la palabra villa seguida de un nombre personal, tales como *Vilacolm,* de *villa Columbi; Vilafrant,* de *villa Fedanti,* etc.

Mayor luz arrojan sobre los fundos los hallazgos arqueológicos y las excavaciones de algunas villas. También se conservan algunas representaciones de villas en mosaicos o pinturas del siglo IV, como la pintada en Centcelles, en Tarragona, de planta rectangular, tejado a dos vertientes, puertas y ventanas rectangulares y de dos pisos; en la cúpula de este edificio se ve otra gran casa de campo con entrada principal debajo de un frontón y torre rectangular con ventanas. La extensión y lujo de algunas villas de la Tarraconense era grande; así la Arróniz, de Navarra, que puede ser tomada como prototipo, tiene 22 habitaciones, con mosaicos polícromos geométricos, en una extensión de 1.400 metros cuadrados. La villa de Fortunatus, en los Pirineos, era aún mayor, pues constaba de 44 habitaciones, de las que 11 conservaban pavimentos de mosaicos, que miden 500 metros cuadrados. La villa más importante de las excavadas hasta hoy es la de Liédena, en Navarra; posiblemente rehecha en época constantiniana, con dependencias agrícolas, como un lagar y trujal para prensar la aceituna, e incluso con un gran cuartel de 44 habitaciones para tropa, ya que por Claudiano (*In Ruf.,* 16 ss.) y por Sinesio *(De Regno* 15) se sabe que algunas villas tenían su propia guarnición, lo que indica una gran inseguridad en esta época.

La villa de Tossa de Mar es otro buen ejemplo de este tipo de explotaciones agrícolas, con molino, lagar

y almacén de grandes dimensiones, con la base de apoyo de una prensa de aceite. Posee otras construcciones que servirían para la preparación del aceite de oliva, como lo indican el gran número de fragmentos de tinajas y de ánforas.

Algunas villas como la de La Cocosa, en Badajoz, indican una explotación agrícola de gran envergadura, pues sólo la parte excavada ocupa una extensión de 10 Ha. Su carácter de finca de labor queda bien patente en el gran número de aperos agrícolas recogidos, como rejas de arado, cuchillos, hoces, hachas, leznas, escoplos, punzones, etc., y los fragmentos numerosos de tinajas, ánforas y molinos.

Nombres de dueños de villas se conocen algunos a través de los mosaicos, así los de *Vitalis,* en Tossa de Mar, de *Fortunatus,* en Fraga, etc. En el siglo IV, algunos de los grandes latifundistas serían ya cristianos,

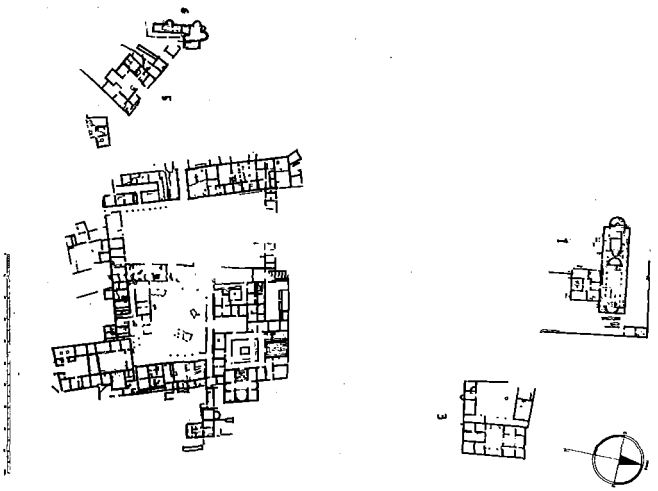


FIG. 20.—Planta general de Torre de Palma. (Según F. de Almeida.)

1. Basílica paleocristiana.—2. Area del cementerio, en exploración.—3. *Aedes,* de Marte.—4. *Villa rustica.*—5. Lagares y almacenes.—6. Termas.

como lo señalan las villas de «La Cocosa», de *Fortunatus* en Fraga, la de la Alberca, Pueblanueva y del Prado; cristianos son la familia de Teodosio y de Eulalia de Emérita, cuyo padre, según la tradición, era senador y tenía una villa rústica; al igual que la intelectualidad hispana del siglo IV: Iuvenco, Prudencio, Merobaudes y Orosio.

Se dedicaban preferentemente a la caza, representada en mosaicos de Conimbriga, Centcelles, Ramalete, etc., como lo confirman los huesos de jabalí o ciervo hallados en algunas villas. Otras diversiones o espectáculos, además de los juegos de dados documentados en la villa de la Torre de Llauder, y prohibidos en el canon 79 del sínodo de Elvira, eran los banquetes, incluso con asistencia de judíos, a que alude este concilio y los prohíbe (canon 50); los juegos circenses, como las carreras de carros, testimoniados en los mosaicos de Paradas, Torre de Palma, etc.; las cacerías en el anfiteatro, como la que se representó en Puigvert de Agramunt, las representaciones teatrales que se ven en el mosaico de las Musas de Arróniz. Otra diversión eran las procesiones de carácter profano citadas en el sínodo de Elvira (canon 57).

La cultura mitológica de estos *possessores* era amplia; así se representa en mosaicos de Ucero el mito de Belerofonte; en el de San Julián de la Valmuza el de Pegaso; el de Orfeo en Torre de Palma, La Alberca y Arnal, etc. La formación humanista era en algunos ciudadanos buena, como en san Paciano, que de joven leía a Virgilio (*Epist.* II 5-6).

Los fundos eran públicos, privados y eclesiásticos, como las fincas que tenía Potamio (*Epist.* II 32), obispo de Lisboa, hacia el año 350. Ricos de fuera de Hispania habían invertido dinero en tierras acá, como Melania (*vita S. Melan.* 10), y Helpidio, quien en 383-383 vendió una finca en la Península (Symm. *Epist.* V 82-83); Salustio poseía fincas y yeguadas de caballos en Hispania (Symm. *Epist.* V 56), donde su padre, Flavio Salustio, en el año 364, había sido vicario.

Algunos de estos fundos debían ser muy extensos y albergar gran número de colonos y siervos para su ex-

plotación, como se desprende del hecho de que los primos de Honorio, Dídimo y Veriniano, con gentes de sus tierras defendieron durante tres años los pasos de los Pirineos (Oros. VII 40.8, Isid. *Hist. Wand.* 295). Su latifundio estaba en tierra de Campos, en Palencia, muy posiblemente en Saldaña, donde han aparecido recientemente unos soberbios mosaicos de época teodosiana, con la leyenda de Aquiles en Esciros.

Probablemente a finales del siglo IV hubo en el valle del Duero y otros lugares asentamientos de prisioneros germanos o *laeti,* que recibirían tierras para cultivar a cambio de sus servicios de defensa, si bien es verdad que hasta el momento presente han aparecido en la necrópolis armas, pero no en número elevado, como era de esperar.

Se está mal informado sobre el sistema de cultivo en los latifundios hispanos, ya que no se dispone de fuentes literarias; muy posiblemente desapareció el monocultivo: el cultivo de los cereales alternaría con la cría de ganados y el cuidado de pastos y bosques, es decir, se dedicaban a la oleicultura, viticultura y ganadería, donde ello era posible. En la costa, algunas villas tenían también fábricas de salazón. Las fincas producían dentro de sí todo lo necesario, pues había una economía cerrada, y no se producía fundamentalmente para vender. La falta de ánforas del siglo IV en los hallazgos submarinos y en las colecciones de los museos (las conocidas proceden de los cementerios, como los de Ampurias, Barcelona y Tarragona) lleva a la conclusión de que la exportación de productos agrícolas, trigo y quizá aceite, se reducía al pago de las contribuciones, o a especiales requisas. Tampoco aparecen en los latifundios fábricas de envases, como en la Bética en los siglos I y II.

3. *Ganadería*

Los latifundios eran explotaciones agropecuarias, como lo indican bien los huesos recogidos en las villas; en las mencionadas de la provincia de Soria está bien docu-

mentado el ganado bovino, posiblemente criado como animal de tiro para las faenas agrícolas; también se crió el ganado ovino, caprino y de cerda, cuyos huesos han aparecido, como en Torre Llauder. La lana asturiana la cita el Edicto sobre los precios (XXV), con el que Diocleciano intentó, en el año 303, frenar el alza. Abundaba Hispania en ganado, al decir del autor de la *Expositio totius mundi* (59), que fue un autor oriental y escribió hacia el año 357. El ganado que alcanzó más justa fama en Hispania en el siglo IV fue el caballar, utilizado para la caza y el transporte. La gran cantidad de atalajes de carro aparecidos en Hispania, a los que nos referimos más adelante, así lo indica. Existían latifundios con yeguadas, como se deduce de la correspondencia de Símaco a Eufrasio.

4. *Comercio. Importación*

Durante el Bajo Imperio, en la Península Ibérica se desarrolló un comercio de importación; recibe Hispania productos prácticamente de todas las regiones del Imperio. Ya se ha aludido a los ladrillos estampados paleocristianos que proceden de Africa.

Su distribución indica claramente su exportación desde la costa de Túnez por mar, aunque posiblemente después se fabricasen acá. De origen africano es igualmente la llamada *sigillata clara D,* fechada a partir de la primera mitad del siglo III y durante todo el IV, emparentada con los tipos estampados rojos fabricados en el norte de Africa. Importada de Africa, posiblemente, como lo prueba el escaso número de piezas aparecidas, es la cerámica de relieves aplicados, que comienza a fabricarse a principio del siglo III, llegando hasta el IV. Africa exportó a Hispania, pues, en el siglo IV, cantidades grandes de cerámica fina y vajilla corriente de mesa. También lucernas.

El comercio con el Oriente se deduce del hecho de que la riqueza líquida de un mercader alejandrino, que traficaba con Hispania, ascendía a 5.000 sólidos, cerca

de 70 libras de oro, a principios del siglo V (Palad. *Hist. Laus.* 15).

De Italia importaba Hispania vidrios de lujo, como el diatreto de Termancia, datado en el siglo IV, y los vidrios puteolanos de Odemira, en Lusitania, y de Ampurias.

Hispania importó de Roma, igualmente, un número relativamente elevado de sarcófagos. Del paso del siglo III al IV es el de las estaciones de Ampurias. De comienzos del siglo IV es el sarcófago con el mismo tema oriundo de Celsa. Los talleres de producción de todos estos sarcófagos se encontraban en Roma, que era la que aprovisionaba de ellos a Italia, Hispania y Africa. Una gran parte de los sarcófagos hispanos importados es de la primera mitad del siglo IV, época en que Hispania se rehizo de la crisis del siglo III durante la Tetrarquía.

Estos sarcófagos, como los restantes hallados en Hispania, prueban unas relaciones comerciales intensas con Roma; todos fueron importados por mar, como lo indica en general la distribución de los sarcófagos en la Península, pues de los veinticuatro sarcófagos paleocristianos de la primera mitad del siglo IV, diez proceden de lugares inmediatos a la costa.

Los talleres romanos enviaron a la Península un buen número de sarcófagos paleocristianos como el que representa a Daniel en el foso de los leones, hallado en Belalcázar, Córdoba, y datado entre los años 315-320. Han de ser importados, por la fecha constantiniana, 315-330, igualmente un fragmento de sarcófago hallado en la mezquita de Córdoba, el conservado en la capilla de los mártires de esta ciudad, y el último aparecido en la ciudad, datado en el segundo cuarto del siglo IV, etc.

Estos sarcófagos, localizados principalmente en la Bética y en la Tarraconense, prueban que en estas provincias existían ricos cristianos, que rivalizaban en gusto con los de la capital del Imperio, y que importaban a precio costoso las últimas producciones artísticas de la metrópoli.

De Germania importó Hispania (Guarromán, Ronda de Eresma) el *Carchesium* con hilos serpentiformes de Itálica y vidrios y broches de cinturón renanos. Los vidrios de procedencia del Rhin son muy escasos. Importados de la región danubiana son los bronces de carro con cabeza de águila de Miraveche, en Burgos, y el de Córdoba. De la Galia, quizás, proceda la cerámica gris, tan abundante en la cuenca del Ebro, en Arles y en las proximidades de Marsella. Vidrios modestos, de no ser producción de talleres hispanos, pueden ser los hallados en la necrópolis de La Lanzada procedentes de las fábricas de Normandía y Poitou, que exportaban sus mercancías por el puerto de Boulogne.

En tiempos de Ausonio (*Ordo urb. nob.* 19, 18-19), Narbona mantiene relaciones comerciales con las ciudades de Iberia.

El número de productos importados del Oriente fue más numeroso y variado; ya la copia del citado Edicto sobre los precios de Afrodisias se refiere a los sobreprecios de los géneros que se importaban a Hispania; en él se leen frases como «desde el Oriente a España» (I 38), «desde el Oriente a la Bética» (I 88), «de Africa a España» (I 58), lo que indica, en la fecha de redacción del Edicto, un comercio de importación de mercancías con todas las provincias hispanas desde Africa y Oriente.

El fragmento de Afrodisias, como indica Ruggini, prueba en esta época la existencia de importantes cambios de mercancías, no necesariamente en el sentido de la importación, en cuanto que la designación del Oriente como lugar de partida representaba sólo el punto de vista del redactor oriental. Las monedas abundantes halladas en Hispania procedentes de cecas orientales y los vidrios sirios y chipriotas (dos ampollas de Ampurias procedentes de Palencia, ungüentos tubulares del Museo Arqueológico de Sevilla, de Ontur, y del Museo Arqueológico de Mérida, etc.), señalan el área e intensidad del comercio hispano. La ceca de Cartago, por el contrario, se encuentra representada muy escasamente en el material publicado, a pesar de que los influjos cul-

turales, religiosos y el comercio con Cartago eran muy intensos.

Obra importada de Grecia, quizá de Tesalónica, a juzgar por la inscripción, y con seguridad de los talleres imperiales, es el disco de Teodosio, hallado en Almendralejo, que pesa 15,344 kilogramos de plata y que celebra los diez años de gobierno del emperador, que tuvieron lugar el 19 de enero del año 388; representa a la familia imperial (v. p. 146).

5. *Exportación.*

Hispania exportaba los metales ya citados. La producción de oro y plata iría íntegra a Roma. Hispania exportaba ganado, concretamente, caballos de carreras. Se les encuentra en Roma y en el Oriente. Entre los años 397 y 401, Símaco gestionó de su amigo Eufrasio, hispano, propietario de famosas cuadras de caballos de carreras, la obtención de algunos animales para correr en el hipódromo de Roma, con ocasión de las fiestas de la pretura de su hijo; Símaco le dirigió cuatro cartas sobre este asunto; en una de ellas le escribe que hay gran expectación entre el pueblo romano por estos animales, y en otra que los caballos son muy famosos (*Epist.* IV 58, 60, 62, 63).

En el año 360, Juliano, que se encontraba en la Galia, comunicó a Constancio su elección de Augusto, y le prometió enviarle caballos hispanos de carreras para que corriesen en la nueva capital del Imperio (Amm. Marc. XX 8, 14). Los caballos hispanos corrían también en los hipódromos de Antioquía, cuyos habitantes eran muy aficionados a las carreras; allí los menciona Símaco (*Epist.* IV 62). El citado Edicto de Diocleciano (II 8) nombra los jamones de los cerretanos como producto de exportación (ya a comienzos del Imperio se exportaban, lo que presupone una industria que se mantuvo durante varios siglos); medio siglo después, la *Expositio totius mundo* (79) vuelve a mencionar los productos del cerdo, sin especificar; posiblemente alude a la misma industria cerretana.

La lana asturiana parece documentada en el Edicto de Diocleciano, según se indicó. Se exportaba la púrpura de las Baleares, que era un monopolio estatal. Muy exportado a todas las regiones del Imperio, a juzgar por la expresión de la *Expositio totius mundi* (59), era el esparto, que se debía enviar ya elaborado. La decadencia de la industria y de la artesanía y la economía cerrada de las villas en el siglo IV repercutió, sin duda, profundamente en la exportación, haciendo que su volumen descendiera considerablemente. Exportaba la península Ibérica igualmente varias hierbas medicinales citadas en los tratados de veterinaria.

La cerámica estampada de Mauritania Tingitana, fechada en el siglo IV, procede de talleres béticos, según los investigadores.

Junto a estos productos exportaba Hispania productos alimenticios como trigo y aceite. El punto de destino de estos alimentos era Roma, a través del puerto de Ostia. Ya se han dado algunas referencias a la exportación del aceite, que menciona la *Expositio totius mundi* (79), aunque en cantidades muy inferiores a las alcanzadas desde el siglo I al año 258. En este aspecto es significativo, según se indicó, que en las costas hispánicas no han aparecido hallazgos de ánforas fechables en el Bajo Imperio, lo que es un síntoma de un descenso casi total en la exportación de aceite, vino y *garum*.

En los años de la rebelión de Gildón, 397-398, Hispania exportó a Roma cereales, según indicación de Claudio Claudiano *(In Eutrop.* I 407); ya lo había hecho antes en el año 384 (Symm. *Rel.* 37).

En el Bajo Imperio, pues, Hispania seguía siendo una región abastecedora de grano de Italia, al menos en casos excepcionales. Las dos constituciones sobre los *navicularii hispanos,* ambas de la primera mitad del siglo IV (*Cod. Theod.* XIII 5, 4 y 8), indican que los barcos que iban a Roma con cargas destinadas al fisco se veían obligados a otros menesteres extraordinarios, lo cual debería de ser muy frecuente. La segunda Constitución, fechada en 19 de mayo del año 336, insiste en lo ya legislado, que no debía de cumplirse, como era

frecuente en esta época. Estos barcos transportaban muy posiblemente las contribuciones pagadas en especie, y por lo tanto estaban en función de la producción de los latifundios. Hispania exportaba también otros productos; así Sidonio Apolinar *(Carm.* V 49) menciona como el principal producto hispano la madera para construir buques; se exportaba posiblemente la madera, no el barco acabado. Uno de los principales productos de exportación fue, según se señaló ya, el *garum*. El *garum sociorum* se enviaba desde Cartagena a Galia, según cita Ausonio *(Epist.* 25). El *garum* fue uno de los productos hispanos que se mantuvo más siglos en el mercado y que llegó al Oriente, pues la *Expositio totius mundi* (59) menciona la salmuera hispana en general.

El grueso de la exportación hispana lo constituían las materias primas y los productos alimenticios como en siglos antes; en cambio, la exportación de productos industriales fue muy baja. No hay fundamento para creer que se exportasen bronces. La exportación de productos en el siglo IV, comparada con la del Alto Imperio, descendió considerablemente.

6. *Comercio interior*

Algún dato suministrado por la arqueología habla de un comercio interior, como el mármol lusitano del sarcófago de Pueblanueva, transportado con grandes dificultades, posiblemente en carreta de bueyes. Importados son los mármoles grises y blancos que formaban los pavimentos de la villa de Albesa. Un comercio interior en el ángulo noroeste señala la rueda en bronce del castro gallego de Seur, probablemente importada y no fundida en la región. El Concilio de Elvira (canon 19) permite a los obispos, presbíteros y diáconos el comercio dentro de su provincia. Este mismo canon menciona a los que «andan de provincia en provincia en busca de pingües ganancias». Años después, el autor de la *Expositio totius mundi* (59), que por no ser documento oficial, refleja la opinión de la masa de la población, señala que

Hispania es país apropiado para todo tipo de negocios, y pasa a mencionar los productos en los que abunda, que eran materia, sin duda, de exportación y de comercio. La economía cerrada de los grandes latifundios no acabó, totalmente, con el comercio interprovincial.

7. *Industria metalúrgica. Renacimiento indígena*

En el Bajo Imperio existió en Hispania una artesanía industrial dedicada a la forja de metal, de cuya existencia son buen testimonio los numerosos bronces aparecidos. Su producción, mucho más elevada en número que en otras regiones del Imperio, hace pensar con fundamento que los talleres de fabricación se encontraban aquí. Eran talleres locales en manos de particulares, que trabajaban para los dueños de los latifundios. Fabricaban piezas sencillas, como las ruedas caladas con decoración geométrica, que formaban parte de bocados de caballos, de los que son buenos ejemplares las piezas halladas en Pollentia y en Cubillas de Cerrato, que probablemente proceden de Mallorca, donde se encontraría el taller; también pertenecen a este grupo los dos ejemplares procedentes de Numancia, etc. En este grupo entran igualmente las ruedas caladas con temas paleocristianos, como el crismón constantiniano, todas ellas de procedencia desconocida, conservadas en el Instituto de Valencia de Don Juan, en Madrid y en el Museo Arqueológico Nacional, imitadas también en época visigoda; los bronces de caballos, como el hallado en Clunia, y los bronces con estilizaciones zoomorfas, cuya fecha de aparición cae alrededor del año 400, de Barcelona, y los dos ejemplares de Elche. A estos dos grupos de bronces de arneses de caballos hay que añadir los que llevan temas figurativos varios, como el del Museo Lázaro Galdiano de Madrid, con la representación de Hércules en lucha con el león de Nemea, y el del Museo Arqueológico de Barcelona, con cacería, fechado a finales del siglo IV o principios del V. Este tipo de bronces hace su aparición en el mundo hispánico del Bajo Imperio como

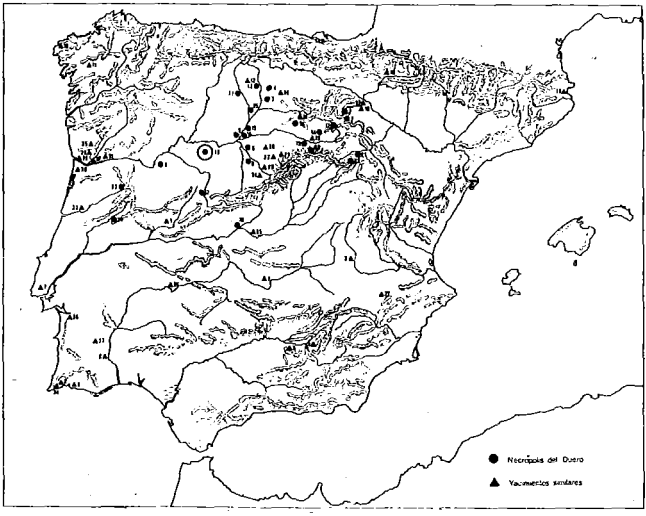


FIG. 21.—Distribución de las necrópolis del Duero y similares. (Según L. Caballero.)

Necrópolis típicas (1 a 10, según Palol). (Círculos): 1. Suellacabras (Soria).—2. Taniñe (Soria).—3. Hornillos del Camino (Burgos).—4. Nuez de Abajo (Burgos).—5. Simancas (Valladolid).—6. San Miguel del Arroyo (Valladolid).—7. Cespedosa de Tormes (Salamanca).—8. Las Merchanas, Lumbrales (Salamanca).—9. Roda de Eresma (Segovia).—10. Talavera de la Reina (Toledo).—11. La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia).—12. Ventosa del Pisuerga, Saldaña (Palencia).—13. Fuentespreadas (Zamora).—14. Villa romana de Valladolid.—15. Mucientes (Valladolid).—16. Yecla, Silos (Burgos).—17. Soria.—18. Calatañazor (Soria).—19. Aldea de San Esteban (Soria).—20. Tarancueña (Soria).—21. Arcóbriga, Monreal de Aríza (Zaragoza).—22. Aguilar de Anguita (Guadalajara).—23. Castro de Trepa, Sobral Pichorro (Fornos de Algodres, Portugal).—24. Torre dos Namorados (Fundão, Portugal).—25. Palencia.
Yacimientos similares a los de las necrópolis del Duero o con hallazgos aislados (1 a 9, según Palol). (Triángulos): 1. Valdíos de Portezuelo, Coria (Cáceres).—2. Porcuna (Ciudad Real).—3. Sisante (Cuenca).—4. Peal de Becerro (Jaén).—5. Campillo de Arenas (Jaén).—6. Mértola (Portugal).—7. Ortimão (Portugal).—8. Logos (Portugal).—9. Montemór (Portugal).—10. Noalles, La Lanzada (La Coruña).—11. Santiago de Compostela (La Coruña).—12. Valsadornin (Palencia).—13. Peñaforua (Vizcaya).—14. Lara de los Infantes (Burgos).—15. Vadillo (Soria).—16. Liédena (Navarra).—17. Soto de Ramalete, Tudela (Navarra).—18. Corella (Navarra).—19. Ampurias (Gerona).—20. Torrecilla del Pinar (Segovia).—21. Aldeanueva del Monte (Segovia).—22. Duratón (Segovia.—23. El Espirdo (Segovia).—24. Madrona (Segovia).—25. Carpio de Tajo (Toledo).—26. Mérida (Badajoz).—27. Montealegre del Castillo (Albacete).—28. Castro de Bagunte, Vila do Conde, Cividade de Bagunte (Portugal).—29. Mina do Fojo das Pombas, Valongo, Porto (Portugal).—30. Castro de Fiaes, Vila da Feira (Portugal).—31. Castro de Fontes, Santa Marta de Penaguiao, Douro (Portugal).—32. Conimbriga, Coimbra (Portugal).—33. Beja (Portugal).—34. Boca do Rio, Budens, Lagos (Portugal).—35. Citania de Briteiros, Guimarães (Portugal).—36. Alcocer do Sal (Portugal).—37. Monte do Penouço, Río Tinto (Portugal).—38. Cueva de Quintanaurría (Burgos).

un grupo perfectamente autóctono y muy característico. Constituye un caso muy particular y una temática no documentada en ningún otro tipo de objetos de la misma época; es segura, pues, su romanidad, su utilización en los arneses de caballos o carros y su origen hispano. En cambio, no es tan clara su cronología, aunque son típicos de esta época. Desde el punto de vista artístico, se entrecruzan corrientes muy diversas en ellos. Su importancia es grande, pues no señalan decadencia artística, sino una sociedad refinada y de alto nivel económico, como eran los dueños de los latifundios. Un grupo importante de bronces hispanos lo forman los pasarriendas, que también indican un elevado nivel económico y artístico en la sociedad que los utilizaba, como el pasarriendas con el busto de Attis, encontrado en Poyato de Peñacabra, en Guadalajara.

Estas piezas continúan una tradición hispana de pasarriendas bien manifiesta en el ejemplar con león y lobo atacando a cabras de Emérita, fechado en el siglo III. Los arneses de caballos señalan bien claramente la importancia de la caballería durante el Bajo Imperio, como animal de transporte, para la caza y para la guerra.

Un grupo de necrópolis tardorromanas del Valle del Duero y alguna otra más al sur son importantes por los bronces (puñales y hebillas) que guardan en sus sepulturas. Aparecen en los ajuares de las tumbas elementos de tradición indígena, como cerámicas decoradas, junto a otros muy claros procedentes de Germania, lo que obliga a pensar que posiblemente se trate de *limitanei* y *foederati,* como han sugerido P. de Palol, M. Vigil y nosotros, ya que los ajuares los emparentan muy de cerca con los *laeti* de las orillas del Rhin, de donde se desprendería la existencia de un *limes* contra los pueblos del norte, vascones y cántabros, en la línea defensiva del Duero. Quizá eran grupos procedentes del Rhin asentados en la meseta, y entonces estas armas habría que vincularlas con la existencia de ejércitos privados que defendían los latifundios, a los que ya nos hemos referido.

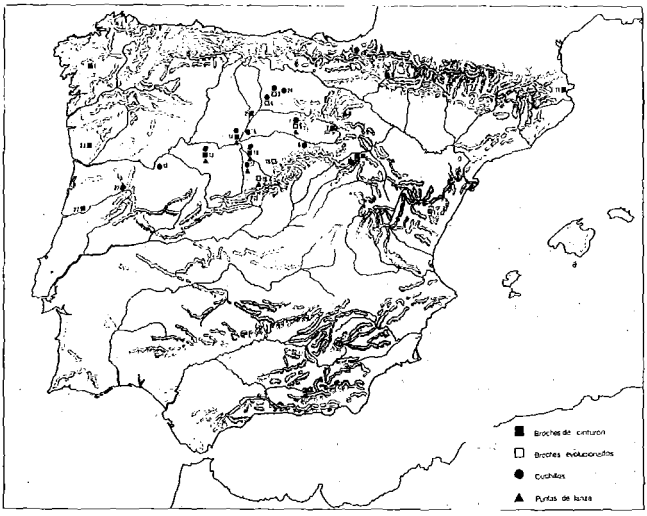


FIG. 22.—Distribución de broches de cinturón, cuchillos y puntas de lanzas. (Según L. Caballero.)

1. Santiago de Compostela (La Coruña).—2. Palencia.—3. Nuez de Abajo (Burgos).—4. Hornillos del Camino (Burgos).—5. Yecla, Silos (Burgos).—6. Aldea de San Esteban (Soria).—7. Soria.—8. Taniñe (Soria).—9. Liédena (Navarra).—10. Arcóbriga, Monreal de Ariza (Zaragoza).—11. Ampurias (Gerona).—12. Las Merchanas, Lumbrales (Salamanca).—13. Puentespreadas (Zamora).—14. Simancas (Valladolid).—15. Mucientes (Valladolid).—16. San Miguel del Arroyo (Valladolid).—17. Roda de Eresma (Segovia).—18. Duratón (Segovia).—19. Madrona (Segovia).—20. Aguilar de Anguita (Guadalajara).—21. Castro de Trepa (Portugal).—22. Conimbriga, Coimbra (Portugal).—23. Citania de Briteiros, Guimarães (Portugal).—24. Cueva de Quintanaurría (Burgos).

El tipo de cuchillo, tan característico de estas gentes, confirma estas influencias. Junto a una evidente y clara tradición céltica protohistórica local, hay indicios de relaciones con los tipos usados por las tropas romanas del *limes* renano en los puñales, bronces de cinturón y vidrios. Los cuchillos son siempre de hierro, forjados de una sola pieza. La vaina era una funda de cuero o una plancha de madera decorada con elementos de metal. Las placas decorativas tienen elementos claramente romanos, corrientes en la musivaria romana hispana, como círculos cruzados formando flores geométricas, un moti-

vo «sin fin», o motivos lineales y decoración llamada «en escaleras», característica de la sigillata hispánica del siglo IV. También se encuentran estilizaciones humanas o simplemente vegetales. A veces la decoración es reticulada con un tema punteado y en estrella; igualmente los temas se distribuyen en líneas horizontales o se imitan motivos vegetales o círculos incluyendo otros más reducidos. El origen hispano y romano de esta arma es seguro. Nada parecido se encuentra en las sepulturas del resto de Europa a finales del Imperio. Es típica de un área geográfica reducida, centrada en el valle del Duero. Los antecedentes lejanos de estas armas hay que buscarlos en los puñales celtibéricos de Las Cogotas, Monte Bernorio y Alpanseque. La misma técnica se documenta en el *gladius* romano. Los puñales de Simancas del siglo IV ofrecen coincidencias técnicas e incluso de temática ornamental con piezas de Las Cogotas y de Uxama. Sus vainas, con predominio de ornamentación nielada, se documentan también siglos antes en las espadas tipo Alcácer-do-Sal, en Lusitania, en las necrópolis de Las Cogotas, La Osera (Avila) y Uxama. La decoración de las vainas de los cuchillos en círculos hace su aparición en armas de la necrópolis de Las Cogotas. El tema reaparece en los puñales cortos romanos de la primera mital del siglo I, en los hallazgos romanos del Rhin medio y bajo, copiados tan fielmente que se puede pensar en contactos e influjos llevados por los movimientos de tropas romanas, como los desplazamientos de la Legio X Gemina desde Hispania al Rhin, donde una *uexillatio* de la Legio VII Gemina figura en Germania en tiempos de Alejandro Severo. Coincidencias técnicas claras existen entre los bordes de las vainas de los puñales hispanorromanos y algunos de la necrópolis de La Osera. Estos ofrecen también un parentesco con la serie romana de puñales cortos, con vainas decoradas mediante la técnica del nielado. Las vainas de los puñales tipo Simancas tienen los mismos refuerzos periféricos que los renanos, al igual que las placas ornamentales con temas de círculos o de líneas rectas de la cara anterior.

Con la crisis del siglo III y durante el siglo IV, al disminuir la presión de Roma, renace una serie de técnicas y motivos decorativos de tradición indígena, que se manifiestan en las cerámicas de tradición indígena que aparecen frecuentemente en las villas del siglo IV de toda la meseta, en las estelas de la meseta del siglo III (con la aparición durante la primera mitad del siglo III de muchos nombres de dioses indígenas) y en los puñales del siglo IV. Este renacimiento de costumbres y modas indígenas se observa incluso en las ciudades, como *Barcino* en el siglo IV, donde vuelven a aparecer costumbres indígenas, como la denunciada por san Paciano en su opúsculo *Ciervo*: en el día de año nuevo había la costumbre, atestiguada también en relieves de la *terra sigillata* del siglo I, de disfrazarse de animales, cordero, ciervo o novillo, poniéndose cuernos de ciervo y cubriéndose con una piel. Disfraces semejantes también había en la Galia.

La industria metalúrgica del siglo IV es en Hispania una artesanía industrial no montada para el comercio, ni para la exportación, lo que ya de por sí es indicio claro de crisis económica y de una gran regresión.

8. *Industria textil*

La *Notitia Dignitatum,* Occ (XI 71) menciona un *procurator bafii Insularum Balearum in Hispania,* que era un intendente de la tintorería imperial. Mantos confeccionados con lana de oveja hispana y un abrigo regalaron a san Jerónimo *(Epist.* LXXI 7), cuando el escritor vivía en Belén, lo que da a entender que eran tejidos conocidos. Existía una industria casera de confección, de cuya existencia es buena prueba las numerosas pesas de telar recogidas en las villas del siglo IV, como en la de Bayugas de Abajo, en Soria.

9. *Industria cerámica*

Las villas producían todo lo necesario para el consumo de los asentados en el latifundio. Debieron de existir

alfares locales, a menudo no localizados aún, propios de una industria cerámica artesanal privada. A un taller bético occidental hay que atribuir la fabricación de ladrillos estampados de clara raíz africana, a los que ya se ha aludido; la difusión y formas de estos ladrillos indican claramente que se utilizaron primero en el norte de Africa, al parecer en la región tunecina, y después se fabricaron en grandes cantidades en la Bética. En Hispania predominan los decorados con dibujos geométricos y símbolos cristianos, como palomas, el crismón, pavos reales y el cáliz. Se data su producción en los siglos IV y V, y siguen aún fabricándose en época posterior. En el siglo IV, junto a buenas cerámicas decoradas, de las que son un exponente el vaso de Clunia o el de Cespedosa de Tormes, en Salamanca, lo corriente son cerámicas de baja calidad, como las recogidas en las necrópolis de Hornillos del Camino, en Burgos; castro de Las Merchanas; la Lanzada, en Pontevedra, etc., todo lo cual indica un nivel económico y social de grandes masas de población muy bajo, al mismo tiempo que la pérdida de gusto artístico y la existencia de gran número de talleres locales. En la Península se conoce una buena colección de hornos cerámicos [30], como los de Olocau, Villalpando, etc. Se ha supuesto que estos hornos podían producir la llamada *sigillata clara*, que es la típica de esta época, y que en origen era de procedencia africana. Esta cerámica es casi siempre lisa, o con decoración a ruedecilla, fabricada a torno, y sin el empleo de moldes; como esta cerámica es abundantísima en la costa de la Tarraconense, y aquí se alinean numerosos hornos cerámicos, todo parece indicar que procede de estas fábricas.

La llamada *sigillata hispanica,* durante el siglo IV se circunscribe a la meseta, principalmente en su mitad norte, lo que indica que las fábricas se encuentran por esta zona. No se exportan sus productos, que no llegan a la costa mediterránea. Al mismo tiempo, se entrecruzan en la Península otras dos potentes corrientes cerámicas, llegadas de fuera, que debieron de ser pronto imitadas acá: una, de supuesta procedencia norteafricana;

es una cerámica de color rojo y formada por grandes piezas con motivos estampados en el fondo. Estas cerámicas estampadas se localizaron más bien en la costa. Algunas de estas piezas podían pertenecer a talleres hispanos, influenciados por los prototipos de Cartago. Las cerámicas estampadas llegan al norte de la Península: Iruña en Vitoria; Santívez del Burgo o Los Villares, en Soria. Junto a esta cerámica de origen norteafricano, y más concretamente de la región de Cartago, se documenta otra de origen provenzal, ya citada, de color gris o piezas de menor tamaño, con decoración estampillada casi siempre en el borde; es muy abundante en el valle del Ebro. Ambas cerámicas se venden en la costa, predominando las de origen norteafricano.

10. *Industrias artesanas*

No existen en el siglo IV talleres de retratos. Un arte muy decadente y bárbaro muestra el busto de un emperador de finales del siglo IV, hallado en la capital de Lusitania; sin embargo, hay alguna obra de calidad, como el *Buen pastor* de la Casa de Pilatos, en Sevilla, y el de Gádor, de época constantiniana. Como típica obra de arte provincial cabe citar el Atlante de Bárcino, del siglo IV.

En este siglo trabajan dos talleres de sarcófagos paleocristianos: el de Bureba, en Burgos, y el de Tárraco. Estos talleres no compiten en calidad con los de Roma, pero tienen gran interés para estudiar las distintas corrientes artísticas y religiosas a que está sometida la Península. Al primero pertenecen seis piezas, entre sarcófagos y fragmentos con figuras ejecutados en piedra granítica local para una clientela poco exigente, a juzgar por la baja calidad. Se encontraban influjos orientales en la segunda mitad del siglo IV. Están decorados en los cuatro lados, como los sarcófagos griegos y los de Ravena. Los temas representados, salvo la figura del Buen Pastor, son del Antiguo Testamento. Al mismo taller pertenece el sarcófago con la Visión de Santa Per-

petua y los de Briviesca, Poza de la Sal, San Millán de la Cogolla (Museo Marés de Barcelona) y el fragmento de cubierta de Cameno.

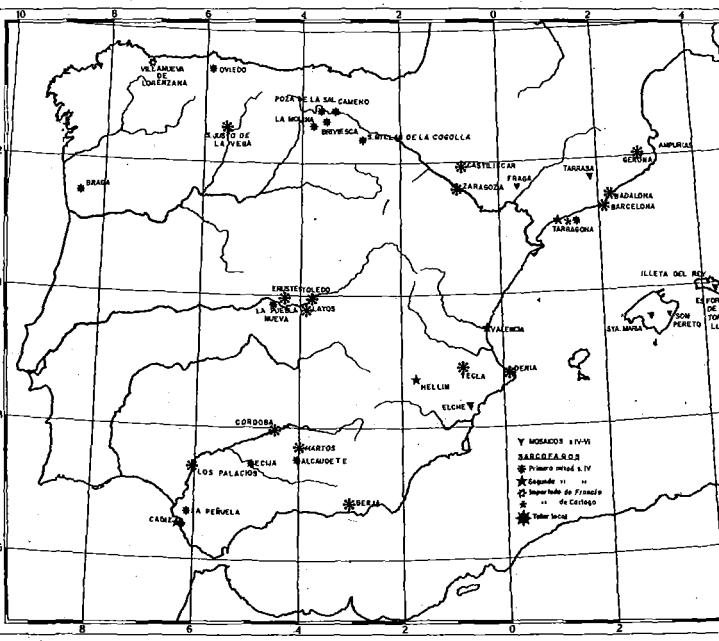


FIG. 23.—Mosaicos y sarcófagos paleocristianos en la Península Ibérica.

En Tarragona trabajó un taller local de sarcófagos paleocristianos, cuando ya la producción de la propia Roma había cesado. De los tres talleres que trabajaron los sarcófagos paleocristianos en la Península —Burgos, Tárraco y Bética, éste último de fecha posterior—, el de Tarragona es, sin duda, el más importante. Las formas estilísticas e iconográficas de este taller recuerdan todavía las de otras regiones del Imperio. Trabajaba en los siglos IV y V, siendo la producción de este siglo la de mejor calidad. Una imitación local de un sarcófago orien-

tal es el de la Colección Casa Loring, de Málaga, del siglo IV, que responde a modelos orientales y fue hallado en la provincia de Sevilla.

11. *Talleres de mosaicos y de pintura*

A juzgar por el número, muy elevado, de mosaicos del siglo IV aparecidos en las villas de Hispania, los talleres ambulantes de musivarios eran muchos y trabajaban bien. La influencia africana es muy marcada en la mayoría de ellos; posiblemente por proceder los artistas de allí.

Algunos de las islas Baleares, como los mosaicos con leones de las basílicas de Es Fornás de Torelló, de la Illeta del Rei, Santa María del Camí, responden a icografías tardías de las sinagogas palestinas, y concretamente la de Ma'on en Nirim, lo que no tiene nada de extraño, teniendo en cuenta las relaciones con Siria, bien manifiestas en los vidrios aparecidos en las islas Baleares.

Todavía no se ha intentado establecer talleres de musivarios, lo que ya es posible en Hispania. Seguramente había varias tendencias entre los musivarios dentro de una zona. Recientemente se ha señalado cierta personalidad de los mosaístas dentro de tendencias comunes en toda la meseta norte, con conexiones extremas de Huesca a Mérida.

Los mosaicos de Teseo y Ariadna, de Gerona; el hoy perdido de Beleroforonte, de esta misma localidad, y el de escenas de circo firmado por *Cecilianus* ofrecen unas semejanzas tales que se puede pensar no sólo que son contemporáneos, sino que pertenecen al mismo taller.

Son muy interesantes a este respecto las conclusiones a que ha llegado H. Schlunk en el estudio de los mosaicos de Centcelles; del hecho de que hasta el momento presente no haya elementos de comparación con otros hallados en la Península Ibérica se deduce la existencia de un taller ambulante que trabajaba por encargo de altos personajes, y que fue el ejecutor de los mosaicos de la cúpula y de los muros.

La costumbre de pintar estaba extendida en Hispania. El sínodo de Elvira (canon 36), según se dijo, prohíbe las pinturas en las iglesias. La costumbre de pintar con episodios bíblicos todas las iglesias estaba muy extendida, pues el *dittochaeum* de Prudencio no es más que una colección de inscripciones poéticas, compuestas para explicar las diferentes escenas en los muros de una iglesia desconocida. Representan veinticuatro episodios del Antiguo Testamento y veinticinco del nuevo.

Varios testimonios se conservan de la pintura tardorromana. En la cúpula de mosaicos de Centcelles, debajo del friso de la cacería, corre una faja pintada distribuida, mediante cenefas, en una serie de recuadros divididos por columnas también pintadas. La parte superior tiene una cenefa de grecas. En el primer recuadro hay restos de una figura femenina de cuerpo entero, de la que sólo se ha conservado parte del busto y del rostro. En otro plafón se ve un conjunto de edificaciones con cubiertas de doble vertiente, muy semejantes a la del mosaico con escena de caza, que representan una villa. A la derecha, otros dos cuadros tienen figuras de animales. El arte es excelente. Las paredes de las villas estarían todas pintadas. En la de Bayugas de Abajo, las paredes estaban decoradas con anchas franjas de color rojo oscuro y negro en su parte superior, ya que desde el nivel del suelo hasta un metro de altura ofrece un tono ocre uniforme. Una idea aproximada de lo que eran las pinturas de las iglesias la proporcionan las de la basílica paleocristiana de Barcelona, quizá del siglo IV. La ornamentación consiste en grandes recuadros, de tono ocre-siena, con líneas onduladas en la parte alta del panel; posiblemente es una imitación de mármoles.

12. *Industria de salazón*

Esta industria, de gran tradición en épocas prerromana y romana, todavía continuaba en el siglo IV. Ya se han adelantado algunos datos al hablar de la exportación, pero se conocen algunos otros. La arqueología ha proporcionado pruebas de que algunas fábricas trabajaban

aún en el Bajo Imperio. Así, las fábricas de Baelo fueron rehechas con materiales reutilizados procedentes del capitolio, lo que prueba que siguieron trabajando.

La tendencia evolutiva de la industria fue, después de la invasión de francos y alamanes, hacia una artesanía, debido a la economía cerrada que caracteriza el Bajo Imperio. Salvo la industria conservera, la textil en parte, la minera y la de púrpura, las restantes no están montadas para el comercio y exportación, lo que indica ya de por sí una gran crisis económica. El comercio e industria se encontraban estancados y en retroceso. La no existencia en el siglo IV de *collegia* —tan sólo se conocen de esta época los transportistas y unos *fabri Subidiani (CIL* II 2211) de Córdoba—, es muy significativa a este respecto. Posiblemente influyó en que en Hispania no se desarrollara una industria poderosa, como en otras provincias, el alejamiento del comercio militar, de los mercados bárbaros y de la corte; Hispania estaba alejada del eje Rhin-Danubio-Balkanes-Asia Menor.

La economía cerrada se deduce de algunos indicios, como de la escasez de circulación monetaria interna en gran parte de Hispania; de la existencia de villas tan abundantes relativamente, sobre todo en la meseta, y de la presencia de vílicos antepuestos a los siervos, y tan poderosos y grandes propietarios de hecho que podían ofrecer el patronato a las clases bajas, como se deduce de un texto algo más tardío, referido al año 523-526, pero que, sin duda, refleja una situación que se daba ya en el siglo IV (Casiodoro *Var.* V 39).

13. *La circulación monetaria*

La circulación monetaria fue intensa en algunas zonas durante todo el siglo IV; en otras fue escasísima. Las noticias sobre tesorillos de moneda están mal publicadas en general, por lo que no es posible sacar todo el partido posible de estos documentos. En Hispania están documentados unos sesenta y dos tesorillos del siglo IV.

En la costa atlántica *(Lusitania* y *Gallaecia),* la tesaurización fue grande, como lo indican los tesorillos de

Lugo, Braga (cuatro tesorillos diferentes), San Tirso (cuatrocientas monedas de cobre), Monte Castelo (pequeños bronces), Monte de Santo Ovidio (pequeños bronces), etcétera.

Se dispone de algunos datos para determinar las cecas donde fueron acuñadas las monedas. Así, el tesorillo de Solacueva, en Alava, consta de 47 pequeños bronces legibles, y abarca una lista de emisiones efectuadas en un ámbito de algo más de ochenta años. De diecisiete monedas se puede determinar el taller o ceca de acuñación: una es de Antioquía, dos de la oficina segunda de Aquileya, tres de la primera de Arles (otra es dudosa entre Constantinopla y Arles), una del tercer taller de Cartago, dos de Constantinopla (talleres tercero y séptimo), cuatro de Roma (una del taller quinto, las restantes del primero), una de Tesalónica y dos del taller primero de Tréveris. Todo ello coincide con lo que se sabe por otros tesorillos, que en los siglos III y IV disminuyen las acuñaciones hechas en Roma, y aumentan las piezas batidas en diversos puntos del Imperio. En cuanto a la conservación, es buena en nueve ejemplares, regular en once, y en los restantes es mala. Estos datos coinciden con lo que se sabe de Galia o Germania.

Abunda, por no decir que es la única que circulaba, la moneda mala, los medianos bronces. Se nota la ausencia casi total de moneda fuerte, como el *solidus aureus;* tan sólo hay once tesorillos que la tengan, lo que indica un nivel bajo de vida en la mayoría de la población. Varios autores, al publicar los hallazgos, expresamente hacen constar el mal estado en que se encuentran las piezas. Esta moneda había perdido su poder adquisitivo, por lo que se necesitarían grandes cantidades de ella, lo que favorecería la tendencia a la economía de intercambio. Estos medianos bronces, que se encuentran en cantidades crecidas en cada hallazgo, expresan magníficamente la crisis del siglo IV. Los que más sufrían sus consecuencias eran las clases bajas de la población, los llamados humildes, que eran los que usaban y amontonaban estas monedas.

14. *Metales preciosos y acuñaciones*

Si bien es verdad que los museos arqueológicos provinciales muestran un número relativamente grande de monedas áureas, muy superior a los hallazgos del Alto Imperio, de los sesenta tesorillos documentados del Bajo Imperio se deduce que la circulación de este tipo de moneda era escasa, incluso en la meseta, adonde se había desplazado el eje económico. En este aspecto es muy significativo que de cuarenta y seis monedas halladas en Clunia, del Bajo Imperio, en una ciudad que su excavador P. de Palol, después de ocho campañas de excavaciones, considera floreciente en el siglo IV, no ha aparecido ni una sola moneda de oro, ni tampoco en las más ricas villas de la meseta.

Metales preciosos no aparecen en las tumbas. Los tesorillos con monedas de oro se encuentran en zonas mineras o próximas. El tesoro más importante de joyas es el de Deiro (Pontevedra). No funcionaba ninguna ceca en Hispania, ya que la supuesta ceca de Tarragona en realidad se encontraba en Ticinum, pues sus monedas aparecen en Retia, sur de Germania e Italia septentrional. La ausencia de una ceca quizá se pueda explicar por la presencia de un mercado monetario débil y por la existencia de una economía de intercambio fuerte. No se relaciona, posiblemente, con una disminución notable en la producción de metales preciosos, ya que las minas del noroeste y de Riotinto se explotaban. Hispania quedaba lejos de las zonas neurálgicas desde el punto de vista estratégico-militar, como Britania, y del *limes* danubiano y renano, donde, como indica Ruggini [31], «acabaron por gravitar los grandes capitales de los altos funcionarios, de los oficiales palatinos, toda la actividad y el comercio ligado a su consumo, de los ejércitos y de la corte». Hispania no tenía ni un fuerte ejército, lo que explica la ausencia de usurpadores, ni la corte en su territorio, ni numerosos funcionarios estatales.

El hecho de que la legislación referente a Hispania, recogida en los códigos teodorino y justinianeo, no aluda a los grandes problemas del siglo IV, como el régimen

de los latifundios, el despoblamiento, las evasiones fiscales, etc., parece confirmar que la Península queda a transmano de los grandes intereses y problemas del Imperio. Era una zona rural y estancada en gran parte. A san Jerónimo, desde el Oriente (*Dial. contra Lucif.* 15, *PL* XXIII 177), le parecía una provincia pobre.

Es la sociedad hispana del siglo IV una sociedad replegada sobre sí misma, ruralizada, de grandes contrastes sociales y económicos, con una concentración de riqueza en las manos de los latifundistas, de la comunidad judía, de los funcionarios estatales y de la Iglesia.

15. *Tributos*

Diocleciano unificó la legislación fiscal de todo el Imperio. Toda la población agraria fue gravada mediante un impuesto que combinaba el hombre y la tierra. La unidad del impuesto personal se llamaba el *caput* y la de la tierra el *iugum*. Todos los bienes raíces pasaron a ser imponibles, lo mismo el campesino que las cabezas de ganado, o las tierras cultivadas. La *capitatio* se pagaba en metálico y la *iugatio* en especie. Ambas contribuciones tenían recaudadores diferentes. El importe global, al principio, se repartió entre las diversas unidades encargadas de su cobro, como las provincias, las ciudades, los pueblos, las propiedades y contribuyentes, según la valoración de la riqueza imponible. Los decuriones fueron en las ciudades los encargados de la recaudación de las contribuciones, lo que motivó que los ricos prefiriesen vivir en las villas y abandonasen los cargos municipales, ya que respondían con sus haciendas.

En el año 298, en todo el imperio comenzó el empadronamiento de hombres y de bienes; con esta ocasión se recuperaron muchas tierras abandonadas, lo que ocasionó una verdadera reforma agraria. Cada quince años se revisaron las tarifas de las unidades de riqueza imponible.

En la época de la Tetrarquía aumentó considerablemente el gasto público en todas partes. A esta época pertenecen en Hispania el amurallamiento de muchas ciuda-

des, la construcción de algunos de los acueductos de Mérida, la restauración del teatro de esta ciudad y las reparaciones de la red viaria.

Los datos referentes a contribuciones en el *Código Teodosiano* son escasos.

Una ley del año 323 se refiere a las prestaciones obligatorias de vestidos y de caballos *(Cod. Theod.* XI 9,1). Otra ley del año 337 ordena que, además de los tributos comunes y de las *vestae canonicae,* la Bética debía entregar anualmente al fisco oro y plata *(Cod. Theod.* XI 9, 2). En el año 369, un decreto de los emperadores Valentiniano, Valente y Gratiano, dirigido al vicario de Hispania, se refiere a la revisión de los ingresos del Estado en las provincias *(Cod. Theod.* XI 26,1). Hispania, en el siglo IV, hasta el año 398 *(Cod. Theod.* VI 2, 11), se vio libre del gravamen sobre las posesiones de los senadores y decuriones, lo que favoreció a los terratenientes.

La presión tributaria era muy fuerte y gravaba a las clases económicamente débiles del campesinado. Tanto Orosio (VII 41) como Salviano, obispo de Marsella *(De gubern. Dei* V 5, 22-23, V 8, 37), expresamente afirman que, debido a la presión fiscal, los hispanos se refugiaban entre los bagaudas y entre los bárbaros, y no querían ser romanos. Ello favoreció la entrada de suevos, vándalos y alanos en la Península en el año 409.

El *Código de Teodosio* recoge algunos datos sobre la hacienda pública en Hispania. Una constitución del año 317 *(Cod. Theod.* X 11, 1) cita los más altos empleados de la Hacienda, que se llamaban los *rationales rei privatae Hispaniarum.* Otra constitución del año 337 *(Cod. Theod.* XI 9,2) menciona en la Bética el *officium summae rei publicae* y un *procurator patrimonii,* lo que indica que el patrimonio estatal era grande en esta provincia, como para requerir la existencia de estos cargos.

Gracias a las noticias recogidas en la *Notitia Dignitatum* se conoce la organización burocrática del Fisco. Destaca el administrador de los monopolios, de los impuestos y de las aduanas. Se llamaba *comes sacrarum largitionum* (XI 3). A sus órdenes trabajaban los *rationales* (XI 9, 17) y en las islas Baleares el *procurator bafii* (XI 71).

16. *El ejército en Hispania durante el Bajo Imperio*

La principal fuente de información militar para esta época es la *Notitia Dignitatum Occ.* (VII 119-134). En la reforma militar iniciada por Diocleciano y continuada por Constantino se crearon dos clases de tropas, los *comitatenses,* tropas móviles, y los *limitanei,* tropas de frontera. Los jefes militares llevaban el título de *comes;* en la diócesis de Hispania éste tenía a sus órdenes cuerpos de tropa en número de dieciséis, compuestos por once *auxilia palatina,* tropas selectas de los *comitatenses,* y cinco *legiones comitatenses.* El segundo cuerpo de tropas estaba distribuido en el norte. La *Notitia Dignitatum* distingue claramente los cuerpos de tropa acuartelados en Hispania. Los *palatini* y *comitatenses* no tenían cuartel fijo, lo que demuestra su movilidad, mientras los segundos estaban acuartelados en campamentos fijos: León, Rosillos de Vidriales —en el norte de la provincia de Zamora—, Lugo, Retortillo —en Santander— e Iruña —en Alava—. El emplazamiento *Ad cohortem Gallicam* es desconocido. Estos cuerpos de tropas eran *limitanei.* La *Notitia Dignitatum* conoce también los nombres de las unidades (XLII 26-32)[32].

En León continuaba la *Legio VII Gemina;* en *Paetaonio,* la *cohors II Flavia Pacatina,* que se puede identificar con la *Ala II Flauia Hispanorum ciuium Romanorum;* en *Ad cohortem Gallicam* acampaba la *cohors II Gallica;* en Lugo, la *cohors Lucensis,* que debió ser la *cohors III Lucensium;* en *Iuliobriga,* la *cohors Celtibera,* antigua *cohors I Celtiberorum;* en *Veleia,* la *cohors I Gallica.* Una carta del emperador Honorio dirigida, quizá, a la milicia de Pamplona ofrece ascensos y condecoraciones a la tropa, lo que indica que acampaba por esta zona.

Primera parte

[1] A. García y Bellido, *Fenicios y Carthagineses en Occidente,* 59 s., fecha a partir de 240 el hundimiento del dominio cartaginés en España. Bosch y Aguado, *HE* II 5, lo sitúan, a falta de noticias concretas, entre 264 y 237. Schulten, *FHA* III 9, se inclina a la época de la primera guerra púnica, ya que Polibio I 10,5 atestigua que en 270 los cartagineses aún dominaban muchas regiones de España.

[2] M. Ribas Beltrán, *EAE* 30, Madrid, 1964, 30. (Véase *infra* página 224.)

[3] Véase E. Hübner, *Monumenta linguae Ibericae,* inscr. número XLII, de una tumba en las cercanías del Metauro.

[4] Las referencias de Plut., *Apophth. Scip. mai.* 3, 196b y Valerio Máx. III 6, 1a a *Batheia* y *Badia* son plausiblemente interpretadas por Schulten como corregibles en *Baria.*

[5] Schulten, *FHA* III 122 s., se refiere al estudio del escenario de la lucha que hicieron él y el general Lammerer, v. en el *Atlas* de Kromeyer-Veith *(Schlachten-Atlas,* Leipzig, 1922) la hoja 8 de la sección romana.

[6] Una explicación topográfica de la batalla en Howard H. Scullard, *JRS* 26,19-23.

[7] Aguado y Bosch, *HE* II 42, creen hallar en un pasaje de Zonaras (IX 10, I 433) huellas del encargo del senado a Escipión,

ya antes de la batalla de Ilipa, de poner orden en los asuntos de España.

[8] A. Schulten, *Hermes* LXIII (1928) 298 ss., *FHA* III 144 s., ha propuesto entender aquí, en vez de *Iliturgi, Ilorci.* Pero mientras Livio, XXVIII 19, cita *Iliturgi,* Polibio (en Apiano, *Ibér.* 32) *Ilyrgía* y Zonaras IX 10 *Ilitergía,* Schulten habla de identificar este lugar con *Ilorci,* mencionado por Plin. III 9, como lugar de la muerte de Gneo Escipión, pero ese texto pliniano, en que se sitúa *Ilorci* a orillas del Betis, es incompatible con la pretensión de Schulten de identificarlo con Lorca. El problema, en que se complican inscripciones sobre plomo en que se habla del *mont(is) Ilucr(onensis),* alguna hallada hacia Mazarrón, es demasiado complejo para resolverlo aquí.

[9] Cf. Schulten, *FHA* III 174, Bosch y Aguado, *HE* II 49 s. Téngase en cuenta que entonces todavía no se instituía oficialmente, con las formalidades que más tarde, una provincia, véase Wilsdorf 65 y 67.

[10] Liv. XXXII 27, Mommsen, *Staatsrecht* II[3] (Leipzig, 1887, 198.)

[11] J. Serra Vilaró, *MJSEA* 27,35 y 44, cree descubrir en los castros de la región de Solsona, en las balas de plomo allí halladas, las huellas de esta campaña de Catón.

[12] La historia del desmantelamiento de las murallas se aplica en la vida de Catón, por Plutarco (§ 10), basándose en Polibio, a «todas las ciudades aquende el Betis», lo que podría corregirse tal vez cambiando el nombre por el del Ebro, según propone Schulten, *FHA* III 185.

[13] Véase H. Simon, *Roms Kriege in Spanien* 12 n .4, que señala que en ninguna otra parte aparece tan clara esta distinción, la cual se confirma por la falta de monedas numantinas, pues sólo las acuñaron los celtíberos sometidos.

[14] Blanco y La Chica, *AEA* 33,193-196.

[15] H. Simon, *Roms Kriege in Spanien* 13.

[16] No se debe conservar, como hace H. Simon, *Roms Kriege in Spanien* 28 s., el nombre *Axeinon* que se lee en Apiano, y que es una simple corruptela.

[17] Schulten, *FHA* IV 118, acepta el dato de Apiano, *Ibér.* 67. Otros autores creen que es una equivocación y que se trata ya aquí de Metelo, así Wilsdorf 101; v. sobre la cuestión H. Simon, *op. cit.* 71 ss., 102 ss.

[18] Referencias en Val. Máx. V 1,5, VII 5,2, Floro I 33,10, Livio *Pap. Ox.* 160, Anón. *De uir illustr.* 61.

[19] H. Simon, *Roms Kriege in Spanien* 110 n. 15, propone, siguiendo a Druman, identificar la ciudad de Malia, desconocida por lo demás, con Lagni (hacia Almazán), e interpretar como redacción repetida con variantes los dos episodios.

[20] Schulten, *FHA* IV 44, interpreta las discrepancias de Diodoro como resultantes de una falsificación favorable a Pompeyo. No es creíble que en aquel momento los numantinos accedieran a entregar las armas.

[21] El texto de Plutarco dice *Vacceos,* pero es muy probable la corrección que propone Schulten y que seguimos en el texto. En este momento pudo Pompeyo dar su nombre a la vascona *Pompaelo,* Pamplona, uniendo su nombre, como en *Pompeyópolis,* con la palabra vasca que tenemos en *Irún, Iruña,* cf. *iri, ili, uri, uli* 'ciudad'.

[22] César *Civ.* I 39,1; para el problema textual de la cifra de las cohortes, v. Schulten, *FHA* V 35, J. Harmand, *Legio VII Gemina* 187 s.

[23] Seguimos a E. Gabba, *Legio VII Gemina* 134 s.

[24] Que Orosio, VI 21,7, diga que el Medullius es *mons Minio flumini imminens* se basa en la imprecisión que siempre hubo sobre el Sil, que muchas veces se consideraba el Miño, por lo que no aceptamos la indicación de Schulten de que el Medullius estuviera hacia Tuy. Por lo demás, no se puede excluir que el parecido de *Médulas* y *Medullius* sea casual, y que éste estuviera en otro lugar.

[25] Schulten, *FHA* V 198, Alföldy, *Fasti* 133.

Segunda parte

[1] Étienne, *Les senateurs espagnols,* 55 ss.

[2] A. Balil, *Durius* I 133, con referencia a K. Stroheker.

[3] Tenemos pruebas del celo que la administración de este emperador demostró por las vías de Hispania, v. las inscripciones miliarias *CIL* II 4919 y 3993.

[4] *CIL* II 3619, 3737, 3833 s. (todas de la región de Valencia), 4505 (Barcelona). Quizá hay otra hacia Gerona, *HAE,* núm. 278.

[5] Blázquez, *La crisis del siglo* III *en Hispania.*

[6] *Les Empereurs espagnols,* 269 ss.

[7] *Spanische Senatoren,* 107 ss.

[8] Barbero-Vigil, *Orígenes sociales,* 33 ss.

[9] Abadal, *Del reino de Tolosa;* Palol, *Castilla la Vieja entre el Imperio romano y el reino visigodo.*

Tercera parte

[1] Blázquez, *Die Mythologie,* passim; Tovar, *L'inscription du Cabeço das Fráguas,* 237 ss.

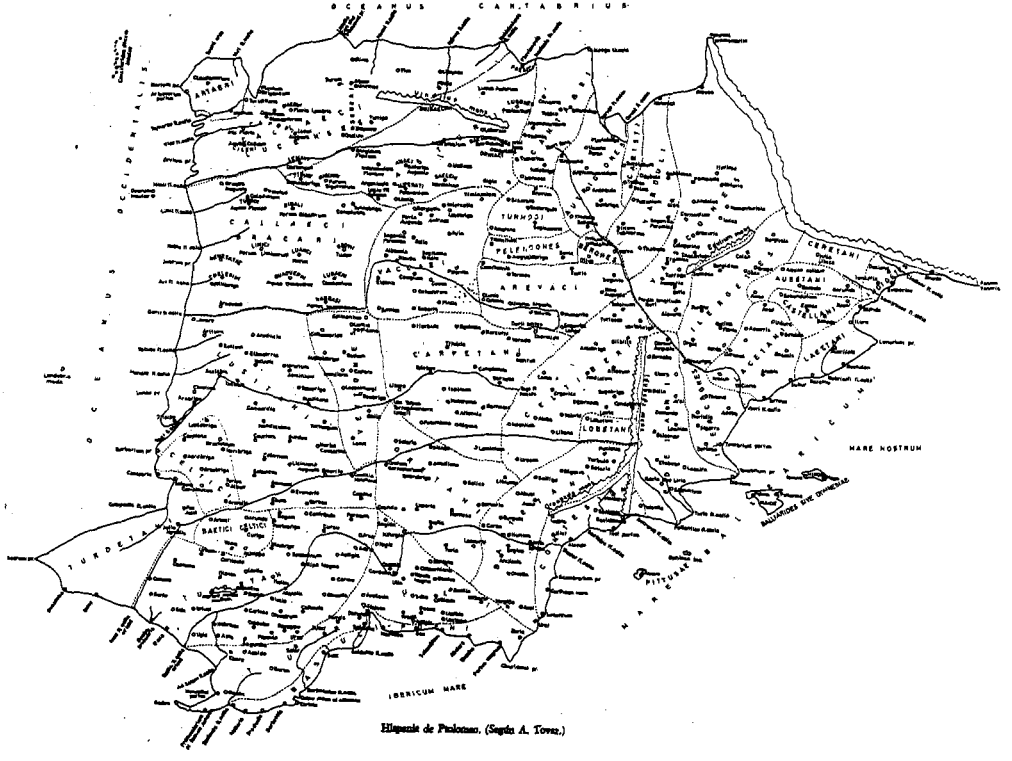
[2] García y Bellido, *Les religions orientales,* passim.

[3] Étienne, *Le culte imperial,* passim.

[4] Blázquez, *Posible origen africano,* 30 ss.

Cuarta Parte

[1] Blázquez, *Roma y la explotación económica,* 25 ss.; *Explotaciones mineras,* 3 ss.
[2] Beltrán, *Minas Romanas,* 201 ss.; Gossé, *Las minas y el arte minero,* 43 ss.
[3] Domergue, *Les Planii,* 9 ss.; *Les lingots de plomb romain,* 41 ss.
[4] *Colonización Suritálica de España,* LIX ss.
[5] *Le Origini della Guerra Sociale,* 293 ss.
[6] Domergue-Tamain, *Note sur le district minier de Linares,* 199 ss.; Tamain, *Las minas antiguas del Centenillo,* 286 ss.; Domergue, *El Cerro del Plomo,* 265 ss.
[7] Domergue, *La mine de Diógenes,* 29 ss.
[8] Blázquez, *Estructura económica de la Bética,* 7 ss.; *Economía de los pueblos prerromanos,* 191 ss.
[9] Ponsich-Tarradell, *Garum et industries antiques de salaison,* passim.
[10] Blázquez, *Exportación e importación de Hispania,* 37 ss.
[11] García y Bellido, *Los «mercatores» y «publicani»,* 497 ss.
[12] Beltrán, *Curso de Numismática,* passim; Gil Farrés, *La Moneda Hispánica,* passim; Guadán, *Numismática Ibérica e Ibero-Romana,* passim.
[13] Rubio, *Los Balbos y el Imperio Romano,* 142 ss.
[14] *Explotations auriferes,* 151 ss.; *Introduction,* 253 ss.
[15] *Roman Gold-Mining,* 169 ss.
[16] Domergue, *Industrie miniere,* 608 ss.
[17] Blanco-Luzón, *Mineros antiguos españoles,* 73 ss.; Luzón-Ruiz Mata, *El poblado minero de Riotinto,* 125 ss.; Luzón, *Los sistemas de desagüe,* 201 ss.; *Instrumentos mineros,* 22 ss.
[18] A. d'Ors, *Epigrafía jurídica,* passim.
[19] Veny, *Dieciséis lingotes,* 191 ss.
[20] Blázquez, *Economía de Hispania,* 57 ss.
[21] Tchernia, *Amphores et marques d'amphores de Bétique à Pompei et à Stabies,* 419 ss.
[22] *Roman Anforae,* passim.
[23] Etienne, *Les amphores du Testaccio,* 151 ss.
[24] Comfort, *Roman ceramic,* 3 ss.
[25] Martín, *Comercio y producción,* 107 ss.; Mezquiriz, *Terra sigillata hispánica,* passim.
[26] García y Bellido, *El urbanismo en España,* 58 ss.
[27] Balil, *Las escuelas musivarias,* 29 ss.; Blanco, *Mosaicos antiguos,* 273 ss.
[28] Nierhaus, *Die wirtschaftlichen Voraussetzungen,* 189 ss.
[29] Blázquez, *Historia Social y Económica,* 331 ss.
[30] Fletcher, *Hornos cerámicos,* 170 ss.
[31] Ruggini, *Strutture socioeconomice,* 422 ss.
[32] Barbero-Vigil, *Orígenes sociales,* 14 ss.



Hispania de Ptolomeo. (Según A. Tovar.)

General

Una bibliografía crítica de obras aparecidas entre 1940 y 1971; hemos dado los autores en el trabajo Forschungsbericht zur Geschichte des römischen Spanien en el tomo II 1 de *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* editado por H. Temporini y próximo a aparecer.

ALARCÃO, J. DE, *Portugal Romano,* Lisboa, 1973.
ALFÖLDI, G., *Fasti Hispanienses.* Wiesbaden, 1969.
ASTIN, A. E., Saguntum and the Origins of the Second Punic War, *Latomus* 26, 1967, 579 ss.
BADIAN, E., *Foreign clientelae (264-70 B. C.),* Oxford, 1958.
BALIL, A., Hispania y Ostia, *AEA* 33, 1960, 215 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a. C.), *Saitabi* 11, 1961, 21 ss.
— La expansión celtíbera en Carpetania, Bética, Levante y sus causas, *Celticum* 3, 1962, 409 ss.
— El impacto de la conquista de España en Roma (218-159 a. C.), *Estudios Clásicos* 7, 1962, 1 ss.
— El impacto de la conquista de Hispania en Roma (154-80 a. C.), *Klio* 41, 1963, 168 s.
— Las alianzas en la Península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana, *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 14, 1967, 209 ss.

— Relaciones entre Hispania y Africa desde los tiempos de Alejandro Magno hasta la llegada de los árabes, *Die Araber in der Alten Welt,* Berlín, 1969, 470 ss.
— Relaciones entre Hispania y los semitas (sirios, fenicios, chipriotas, cartagineses y judíos) en la Antigüedad, *Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben,* Berlín, 1969, 42 ss.
— Problemas en torno a las raíces de España, *Hispania* 29, 1969, 245 ss.
— La Iberia de Estrabón, *HA* 1, 1971, 3 ss.
— La Romanización, Madrid, 1974-1975.
BOSCH-GIMPERA, P., et alii, en *Historia de España,* dirigida por R. Menéndez Pidal, II. España Romana, Madrid, segunda edición, 1955.
BRANCATI, A., *Augusto e la guerra di Spagna,* Urbino, 1966.
CARO BAROJA, J., *Los pueblos de España,* Barcelona, 1946.
CARO BAROJA et alii, *Legio VII Gemina,* León, 1970.
DOLÇ, M., *Hispania y Marcial,* Barcelona, 1953.
DOREY, T. A., The Treaty with Saguntum, *Humanitas,* 11-12, 1959-60, 2 ss.
ERRINGTON, R. M., Rome and Spain before the Second Punic War, *Latomus* 29, 1970, 46 ss.
FERNÁNDEZ-CHICARRO, C., *Laudes Hispaniae,* Madrid, 1948.
GAGÉ, G., Italica adlectio, *REA* 71, 1969, 70 ss.
GARCÍA Y BELLIDO, A., *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma,* Madrid, 1953.
— *La Peninsula Ibérica en los comienzos de su Historia,* Madrid, 1953.
GAUTHIER, P., L'Ebre et Sagunte: défense de Polybe, *Rev. Phil.* 42, 1968, 225 ss.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los cántabros,* Madrid, 1966.
GUNDEL, H. G., Viriato, caudillo contra los romanos, *Caesaraugusta* 31-32, 1968, 175 ss.
HEICHELHEIM, F. M., New evidence on the Ebro Treaty, *Historia,* 1954-55, 21 3ss.
JORDÁ, F. et alii, *Las raíces de España,* Madrid, 1967.
LIEBMANN-FRANKFORT, Th., Du traité de l'Ebre a la paix de Dardanos. Variations romaines sur le respect du a la parole donnée, *Latomus* 30, 1971, 586, ss.
MALUQUER, J. et alii, *Historia económica y social de España,* I, La Antigüedad, Madrid, 1973.
MARCHETTI, M., *Le Provincie Romane delle Spagne,* Roma, 1917.
NIERHAUS, R., Hadrians Verhältnis zu Italica, *Corolla Memoriae E. Swoboda dedicata,* Graz-Köln, 1966, 151 ss.
PICARD, G. Ch., Le traité romano-barcide de 226 av. J. C., *Melanges d'Archéologie, d'Epigraphie et d'Histoire,* París, 1966, 274 ss.
PIGANIOL, A. et alii, *Les empereurs romains d'Espagne,* París, 1965.
RAMOS LOSCERTALES, J. M., *El primer ataque de Roma contra Celtiberia,* Salamanca, 1943.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., La «Fides» ibérica, *Emerita* 14, 1946, 128 ss.
— Las rivalidades de las tribus del NE. español y la conquista romana, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* I, Madrid, 1950, 563 ss.
RODRÍGUEZ NEILA, J. F., *Los Balbos,* Sevilla, 1973.
RUBIO, L., Los Balbos y el Imperio romano, *Anales de historia Antigua y Medieval,* 1949, 67 ss.
SCHMITTHENNER, W., Augustus' spanischer Feldzug und der Kampf um den Prinzipat, *Historia* 11, 1962, 29 ss.
SCHULTEN, A., *Sertorio,* Barcelona, 1949.
— *Los cántabros y astures y su guerra con Roma,* Madrid, 1962.
— *Numantia* I-IV, Munich, 1914-29.
SESTON, W., Gades et l'Empire Romain, *Cuadernos de Historia* 2, 1968, 1 ss.
SIMON, H., *Roms Kriege in Spanien, 154-133 v. C.,* Frankfurt, 1962.
SUMNER, G. V., The Chronologie of the Outbreak of the Second Punic War, *Proceedings of the African Classical Association* 9, 1966, 4 ss.
SUTHERLAND, C. H. W., Aspects of Imperialism in Roman Spain, *JRS* 24, 1934, 31 ss.
— *The Romans in Spain, 217 B. C.-A. D. 117,* Londres, 1939.
THOUVENOT, R., *Essai sur la province romaine de Bétique,* París, 1940.
TORRES, C., La invasión del año 406. Héroes y mártires españoles del siglo V, *Boletín de la Universidad Compostelana* 64, 1956, 5 ss.
— Paisajes escondidos de la Historia de España, *Hispania* 16, 1956, 323 ss.
TORRES, M., et alii, en *Historia de España,* dirigida por R. Menéndez Pidal, III: España visigoda, Madrid, 2.ª ed., 1963.
TRIVIÑO, La idiosincracia localista en la España romana, *CHE* 20, 1953, 12 ss.
— Indíbil. Un reyezuelo ibérico en la encrucijada de dos imperialismos, *CHE* 24, 1955, 268 ss.
VIGIL, M., *Historia de España. Edad Antigua,* Madrid, 1973.
WISEMAN, F. J., *Roman Spain,* Londres, 1956.

Artesanía

A) *Bronces*

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., Pasarriendas y otros bronces de carro, romanos, hallados en España, *AEA* 31, 1958, 3 ss.
— Pujavantes romanos esculturados. Contribución al estudio de la Hipiatría antigua, *AEA,* 37, 1964, 3 ss.
GAMER, G., Eine bronzene Panzerstatue in Cadiz, *MM* 9, 1968.

GARCÍA Y BELLIDO, A., El mellephebos de bronce de Antequera, *AEA* 37, 22 ss.
— Estatua de bronce descubierta en la playa de Pinedo, Valencia, *AEA* 38, 1965, 3 ss.
NONY, C., Une nouvelle interprétation des bronces d'Azaila, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 5, 1969, 5 ss.
PALOL, P. DE, Algunas piezas de adorno de arnés de época tardoromana e hispanovisigoda, *AEA* 25, 1952, 297, ss.
— Bronces de arnés con representación zoomorfa, *Ampurias* 15-16, 1953-54, 279 ss.
— La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanorromanos del siglo IV, *BSAA* 34-35, 1969, 93 ss.
— Necrópolis hispanorromanas del siglo IV en el valle del Duero, III. Los vasos y recipientes de bronce, *BSAA* 36, 1970, 205 ss.

B) *Cerámica y vidrio*

BALIL, A., Materiales para un índice de marcas de ceramista en Terra Sigillata Hispanica, *AEA* 38, 139 ss.
— Materiales para un índice de marcas de ceramistas en lucernas de fabricación hispana, *Pyrenae* 2, 1966, 117 ss.
— Marcas de ceramistas en lucernas romanas halladas en España, *AEA* 41, 1968, 158 ss.
BELTRÁN, M., *Las ánforas romanas en España,* Zaragoza, 1970.
BOUBE, J., *La terra sigillata hispanique en Maurétanie Tingitane;* I, Les Marques de potiers, Rabat, 1965.
— La terra sigillata hispanique en Maurétanie Tingitane. Supplément au Catalogue des marques de potiers, *Bulletin d'Archéologie Marocaine* 6, 1966, 115 ss.
BOURGEOIS, A., Plats a reliefs d'applique de Belo, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 5, 31 ss.
CALLENDER, M. H., *Roman amphorae,* Londres, 1965.
COMFORT, H., Some Roman pottery in the Museu Etnológico, Belem, *Conimbriga* 1, 1959, 1 ss.
— Roman ceramic in Spain. An exploratory visit, *AEA,* 34, 1961, 3 ss.
DELGADO, M., Terra sigillata clara de Conimbriga, *Conimbriga* 6, 1967, 47 ss.
— Terra sigillata clara de Museus do Alentejo e Algarve, *Conimbriga* 7, 1968, 41 ss.
DOMERGUE, C., Un envoi de lampes du potier Caius Clodius, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 2, 1966, 5 ss.
— Marcas de alfareros en «terra sigillata» procedentes de Cástulo y aportaciones a la «terra sigillata» hispánica de tipo B, *Oretania* 9, 1967, 24 ss.
ETIENNE, R., Les amphores du Testaccio au III siècle, *MAH* 71, 1949, 151 ss.
FLETCHER, D., Tipología de los hornos cerámicos romanos de España, *AEA* 38, 170 ss.

GARCÍA Y BELLIDO, A., *Los hallazgos cerámicos del área del templo romano de Córdoba,* Madrid, 1970.
LAUMONIER, A., Bols hellénistiques à reliefs en Espagne, *REA* 64, 1962, 43 ss.
MARTÍN, G., Comercio y producción de cerámicas finas en época imperial (siglos I-IV después de J. C.), *Comunicaciones a la I Reunión de Historia de la Economía antigua de la Península Ibérica,* Valencia, 1968, 107 ss.
MAYET, F., Expansion de la cerámique sigillée hispanique en Aquitaine, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 5, 73 ss.
— A propos de deux potiers de Mérida: Valerius Paternus et Lapillius (problemes de méthode), *Mélanges de la Casa de Velázquez* 6, 1970, 5 ss.
MEZQUIRIZ, M. A., Aportaciones al estudio de la expansión de la Sigillata Hispanica en el sur de Francia, *AEA* 33, 210 ss.
— *Terra sigillata hispanica,* Valencia, 1961.
PEMÁN, C., Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz, *AEA* 32, 1959, 16 9ss.
PEÑA, J. F., Alfares y marcas de ánforas del valle medio del Guadalquivir, *AEA* 40, 1967, 129 ss.
SOTOMAYOR, M., Siete hornos de cerámica en Granada, *CAN* 11, 1970, 713 ss.
— Centro de producción de sigillata de Andújar (Jaén), *CAN* 12, 1973, 689 ss.
VIGIL, M., *El vidrio en el mundo antiguo,* Madrid, 1969.

C) *Escultura*

BALIL, A., Esculturas romanas de Andalucía y del Levante español, *Zephyrus,* 12, 1961, 203 ss.
— Materiales para un «corpus» de esculturas romanas del Conventus Tarraconensis, *AEA* 34, 177 ss.; 35, 1962, 145 ss.
BLANCO, A., Retratos de príncipes Julios-Claudios en la Bética, *BRAH* 156, 89 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., Relieves de los «Castilletes de San Juan», Gallipienzo, *Príncipe de Viana* 22, 1961, 121 ss.
— Panorama general de la escultura romana en Cataluña, *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología catalana.*
ELORZA, J., Estelas decoradas romanas en la provincia de Alava, *EAA* 4, 1969, 235 ss.
— Un taller de escultura romana en la divisoria de Alava y Navarra, *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma,* 13, 1969, 53 ss.
GARCÍA Y BELLIDO, A., *Esculturas romanas de España y Portugal,* Madrid, 1949.
— Nombres de artistas en la España romana, *AEA* 28, 3 ss.
— Catálogo de los retratos romanos de Carmona, la antigua Carmo, en la Bética, *AEA* 31, 205 ss.

— Las más bellas estelas geométricas hispano-romanas de tradición céltica, *Hommages à Albert Grenier,* Bruselas 1962, 729 ss.
— Retratos romanos hallados en las murallas de Barcelona, *AEA* 38, 55 ss.
— Los retratos de Livia, Drusus Minor y Germanicus de Medina Sidonia, *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire offerts à André Piganiol,* París, 1966, 481 ss.
— Esculturas hispano-romanas de época republicana, *Mélanges d'Archéologie, d'Epigraphie et d'Histoire offerts à Jérôme Carcopino,* París, 1966, 419 ss.
— Retratos romanos imperiales de Portugal, *Arquivo de Beja* 23-24, 1966-67, 3 ss.
LUZÓN, J. M.-LEÓN, M. P., Esculturas romanas de Andalucía, *Habis* 2, 233 ss.; 3, 1972, 255 ss.; 4, 1973, 253 ss.
SCHLUNK, H., El sarcófago de Castiliscar y los sarcófagos paleocristianos españoles de la primera mitad del siglo IV, *Príncipe de Viana,* 1947, 305 ss.
— Zu den frühchristlichen Sarkophagen aus der Bureba (Burgos), *MM* 6, 1965, 139 ss.
— Der Sarkophag von Puebla Nueva (Prov. de Toledo), *MM* 7, 210 ss.
— Sarkophage aus christlichen Nekropolen in Karthago und Tarragona, *MM* 8, 1967, 230 ss.
SOTOMAYOR, E., Talleres romanos de sarcófagos paleocristianos en España, *CAN* 7, 1962, 432 ss.

D) *Mosaicos*

BAIRRÃO, M., Mosaïques romaines du Portugal, *Le Mosaïque gréco-romaine,* París, 1965, 157 ss.
BALIL, A., Arte helenístico en el Levante español, *AEA* 34, 41 ss.
— Mosaicos circenses de Barcelona y Gerona, *BRAH* 151, 1962, 257 ss.
— Arte helenístico en el Levante español, *AEA* 35, 123 ss.
— Las escuelas musivarias del Conventus Tarraconensis, *Le Mosaïque gréco-romaine,* 29 ss.
— Estudios sobre mosaicos romanos, *Studia Archaelogica* 6, 1970, 7 ss.
BLANCO, A., Mosaicos antiguos de asunto báquico, *BRAH* 131, 1952, 273 ss.
— Polifemo y Galatea, *AEA* 32, 174 ss.
— El mosaico de Mérida con la alegoría del Saeculum Aureum, *Estudios sobre el mundo helenístico,* Sevilla, 1971, 153 ss.
BLÁZQUEZ, J. M.-GONZÁLEZ NAVARRETE, J., Mosaicos hispánicos del Bajo Imperio, *AEA* 45-47, 419 ss.
GARCÍA Y BELLIDO, A., Contribución al corpus de mosaicos hispano-romanos, *BRAH* 168, 1971, 17 ss.
MEZQUÍRIZ, M. A., Los mosaicos de la villa romana de Liédena (Navarra), *Príncipe de Viana* 17, 1956, 9 ss.

— Hallazgo de mosaicos romanos de Villafranca (Navarra), *Príncipe de Viana* 32, 177 ss.
PAÇO, A. DO, Mosaicos romanos de la «Villa de Cardilius» en Torres Novas, *AEA* 37, 81 ss.
PALOL, P. DE, Das Okeanos-Mosaik in der römischen Villa zu Dueñas (Prov. Palencia), *MM* 8 196 ss.
PITA, R., Mosaicos romanos tardíos en las comarcas del Segre y Cinca, *BSAA* 34-35,31 ss.

Crisis del Bajo Imperio

ABADAL, R. DE, *Del reino de Tolosa al reino de Toledo,* Madrid, 1960.
BARBERO, A.-VIGIL, M., *Sobre los orígenes sociales de la reconquista,* Barcelona, 1974.
BLÁZQUEZ, J. M., La crisis del siglo III en Hispania y Mauritania Tingitana, *Hispania* 108, 1968, 5 ss.
— La cordillera cántabra, Vasconia y los Pirineos durante el Bajo Imperio, *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1968, 137 ss.
— Der Limes im Spanien des IV. Jh., *Actes du IXe Congrès International d'études sur les frontiers romaines,* Colonia, 1974, 485 ss.
— Rechazo y asimilación en Hispania durante los s. IV y V, *Congreso Internacional de Estudios Clásicos,* Madrid. En prensa.
— Conflicto y cambio en la Hispania del s. IV, *Coloquio Internacional sobre el s. IV,* Burdeos-Bonn, en prensa.
PALOL, P. DE, *Castilla la Vieja entre el Imperio Romano y el reino visigodo,* Valladolid, 1970.
STROHEKER, K. F., Spanien im Spätrömischen Reich (284-475), *AEA* 45-47, 1972-1974, 587 ss.
THOMPSON, E. A., Peasant Revolts in Late Roman Gaul and Spain, *Past and Present* 2, 1952, 11 ss.

Cristianismo

ARCE, J., Conflictos entre paganismo y cristianismo en Hispania durante el siglo IV, *Príncipe de Viana* 32, 1971, 245 ss.
BARBERO, A., El priscilianismo, ¿herejía o movimiento social?, *CHE* 38, 1963, 5 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., Posible origen africano del cristianismo español, *AEA* 40, 30 ss.
PALOL, P. DE, *Arqueología cristiana de la España romana,* Madrid-Valladolid, 1967.
PALOL et alii, *I Reunión Nacional de Arqueología Paleocristiana,* Vitoria, 1967.

Economía y sociedad

BALIL, A., Riqueza y sociedad en la España romana (siglos III-I a. C.), *Hispania* 99, 1965, 325 ss.
— Aspectos sociales del Bajo Imperio, *Latomus* 24, 1965, 886 ss.
— Economía de la Hispania romana, *Estudios de Economía de la península Ibérica,* Barcelona, 1968, 289 ss.
BLANCO, A.-LUZÓN, J. M., Mineros antiguos españoles, *AEA* 39, 1966, 73 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas, *Emerita* 25, 1957, 159 ss.
— *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía Militar y el Bajo Imperio,* Madrid, 1964.
— Estructura económica de la Bética al final de la República romana y a comienzos del Imperio, *Hispania* 27, 1967, 7 ss.
— Exportación e importación en Hispania a final de la República romana y durante el gobierno de Augusto y sus consecuencias, *AHES* I, 1968, 5 ss.
— Economía de Hispania al final de la República romana y a comienzos del Imperio, según Estrabón y Plinio, *Revista de la Universidad de Madrid* 20, 1972, 3 ss.
— L'esclavage dans les explotations agricoles de l'Hispania romaine, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 8, 1972, 634 ss.
CRACO RUGGINI, L., Strutture socioeconomiche della Spagna tardoromana, *Athenaeum* 43, 1965, 422 ss.
DOMERGUE, C., Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 1, 1965, 9 ss.
— Les lingots de plomb romains du Musée Archéologique de Carthagene et du Musée Naval de Madrid, *AEA* 29, 1966, 49 ss.
— La mine de Diógenes (province de Ciudad Real), *Mélanges de la Casa de Velázquez* 3, 1967, 29 ss.
— Les explotations aurifers du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique sous l'occupation romaine, *La minería hispana e iberoamericana,* León, 1970, 152 ss.
— Introduction a l'étude des mines d'or du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité, *Legio VII Gemina,* 253 ss.
— El Cerro del Plomo, mina «El Centenillo» (Jaén). *NAH* 16, 1971, 265 ss.
— A propos de Plinie, Naturalis Historia 33, 70-78, et pour illustrer sa description des mines d'or romaines d'Espagne, *AEA* 45-47, 1972-74, 449 ss.
DOMERGUE, C.-TAMAIN, Notes sur le district minier de Linares, *Mélanges A. Varagnac,* París, 1971, 199 ss.
ESTEFANÍA, M. D., Aspecto económico de la penetración y colonización romana en Asturias, *Emerita* 31, 1963, 43 ss.
ÉTIENNE, R., A propos du garum sociorum, *Latomus* 29, 297 ss.

EUZENNAT, M., Lingots espagnols retrouvés en mer, *Études Classiques* 3, 1968-70, 83 ss.
FERNÁNDEZ NIETO, J., Aurifer Tagus, *Zephyrus* 21-22, 1970-71, 245 ss.
GARCÍA Y BELLIDO, A., Los «mercatores», «negotiatores» y «publicani» como vehículo de romanización en la España romana preimperial, *Hispania,* 109, 1966, 497 ss.
LEWIS, P. R.-JONES, G. D. B., Roman Gold Mining in North-West Spain, *JRS* 60, 1970, 169 ss.
LUZÓN, J. M.-RUIZ, D., El poblado minero de Riotinto, *Habis* 1, 1970, 125 ss.
MALUQUER, J., et alii, *Historia económica y social de España,* I, La Antigüedad, Madrid, 1973.
MANGAS, J., Un capítulo de los gastos en el municipio romano de Hispania a través de las informaciones de la epigrafía latina, *HA* 1, 105, ss.
MARTÍN, G.-SERRES, M., *La factoría pesquera de Punta de l'Arenal y otros restos romanos de Jávea (Alicante),* Valencia, 1970.
MORENO, A.-ABAD, L., Aportaciones al estudio de la pesca en la Antigüedad, *Habis* 2, 209 ss.
NIERHAUS, R., Die wirtschaftlichen Voraussetzungen der Villenstadt von Italica, *MM* 7, 1966, 189 ss.
NOSTRAND, J. J. VON, Roman Spain, *An Economic Survey of Ancient Rome,* III, New Jersey, 1959, 119 ss.
OLIVER, J. H., A Spanish Corporation and its Patrons, *Symbolae Raphaeli Taubenschlag dedicatae,* III, 1957, 447 ss.
PANELLA, C., Appunti su un gruppo di anfore della prima, media e tarda età imperiale (Secoli I-V d. C.), *Studi miscellanei* 21, Ostia III.
PONSICH, M., *Une plantation rurale antique sur le Bas Guadalquivir,* Madrid, 1974.
PONSICH, M.-TARRADELL, M., *Garum et industries antiques de salaison dans la Mediterranée Occidentale,* París, 1965.
PRIETO, A., Estructura social del Conventus Gaditanus, *HA* 1, 147 ss.
— *Estructura social del «Conventus cordubensis» durante el Alto Imperio Romano,* Madrid, 1973.
RODRÍGUEZ ALMEIDA, F., Novedades de epigrafía anforaria del Monte Testaccio, *Recherches sur les amphores romaines,* Roma, 1972, 107 ss.
ROSTOVTZEFF, M., *Historia social y económica del Imperio romano,* Madrid, 1962.
SÁNCHEZ LEÓN, M. L., *Economía de la Andalucía romana durante la dinastía de los Antoninos,* Salamanca, 1974.
TCHERNIA, A., Amphores et marques d'amphores de Bétique à Pompei et à Stabies, *MAH* 76, 1964, 419 ss.
— Les amphores vinaires de Tarraconaise et leur exportation au debut de l'Empire, *AEA* 44, 1971, 38 ss.

TCHERNIA, A.-ZEVI, F., Amphores vinaires de Campanie et de Tarraconaise à Ostia, *Recherches sur les amphores romaines,* 35 ss.
THÉVENOT, E., Una familia de negociantes en aceite establecida en la Bética en el siglo II: Los Aelii Optati, *AEA* 25, 225 ss.
VENY, C., Dieciséis lingotes de plomo de una nave romana de Ses Salmes (Mallorca), *Ampurias* 31-32, 1969-70, 191 ss.
WEST, L., *Imperial Roman Spain, The Objects of Trade,* Oxford, 1929.

Ejército

ROLDÁN, J. M., *Hispania y el ejército romano. Contribución a la Historia social de la Hispania antigua,* Salamanca, 1973.

Epigrafía

ABÁSOLO, A., *Epigrafía romana de la región de Lara de Los Infantes,* Burgos, 1974.
BOUZA-BREY, F.-D'ORS, A., *Inscripciones romanas de Galicia,* I, Santiago de Compostela, Santiago, 1949.
CARDOZO, M., *Catálogo do Museo de Arqueología da Sociedade Martins Sarmento,* I, Secção lapidar e de Escultura, Guimarães, 1935.
DIEGO, F., *Epigrafía romana de Asturias,* Oviedo, 1959.
ELORZA, J. C., Ensayo topográfico de epigrafía romana alavesa, *EAA* 2, 1967, 119 ss.
FILGUEIRA, J.-D'ORS, A., Inscripciones romanas de Galicia, III, Museo de Pontevedra, Santiago de Compostela, 1955.
JULIA, D., Étude epigraphique et iconographique des stèles funeraires de Vigo, Heidelberg, 1971.
LARA, F., *Epigrafía romana de Lérida,* Lérida, 1973.
MARINER, S., *Inscripciones hispanas en verso,* Madrid, 1952.
ORS, A. d', *Epigrafía jurídica de la Hispania romana,* Madrid, 1953.
VÁZQUEZ, F.-VÁZQUEZ, M., *Inscripciones romanas de Galicia,* II, provincia de Lugo, Santiago, 1959.
VENY, C., *Corpus de las inscripciones baleáricas hasta la dominación árabe,* Roma, 1965.
VIEIRA DA SILVA, R., *Epigrafia de Olisipo,* Lisboa, 1944.
VIVES, J., *Inscripciones latinas de la España romana,* Barcelona, 1971.

Espectáculos

GARCÍA Y BELLIDO, A., Lápidas funerarias de gladiadores de Hispania, *AEA* 33, 1960, 123 ss.

PIERNAVIEJA, P., Epitafios deportivos de la Hispania romana, *Citius, Altius, Fortius* 10, 1968, 293 ss.

Numismática

BELTRÁN, A., *Curso de Numismática,* Cartagena, 1950.
CASTRO HIPOLITO, M., Dos tesouros de monedas romanas em Portugal, *Conimbriga* 2-3, 1960, 61, 1 ss.
GIL FARRÉS, O., *La moneda hispánica en la Edad Antigua,* Madrid, 1966.
GUADÁN, M., *Numismática ibérica e ibero-romana,* Madrid, 1969.

Onomástica y toponimia

ALBERTOS, M., La antroponimia hispánica y la composición en los nombres personales galos, según K. H. Schmidt, *Emerita* 28, 1960, 285 ss.
— Nuevos antropónimos hispánicos, *Emerita* 37, 1964, 209 ss.; 33, 1965, 109 ss.
— *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética,* Salamanca, 1966.
— Alava prerromana y romana. Estudio lingüístico, *EAA* 4, 1970, 107 ss.
BOBES, M., La toponimia romana de Asturias, *Emerita* 29, 1961, 1 ss.
PALOMAR LAPESA, M., *La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania,* Salamanca, 1957.

Población

ARIAS, I., Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana, *CHE* 12, 1949, 5 ss.; 18, 1952, 22 ss.; 22, 1954, 16 ss.
FABRE, G., Le tissu urbain dans le nord-ouest de la Péninsule Ibérique, *Latomus* 29, 314 ss.
GARCÍA Y BELLIDO, A., El promedio de vida en la España romana, *AEA* 27 1954, 254 ss.
— Hispanos en el sur de Francia, *BRAH* 137, 1955, 35 ss.
— El elemento forastero en Hispania romana, *BRAH* 144, 1959, 119 ss.
— Dispersión y concentración de itinerantes en la España romana, *Archivum* 12, 1962, 39 ss.
— Presencia de provinciales en las grandes capitales de provincias romanas hispanas, *AHES* 1, 1970, 575 ss.

García Iglesias, L., Los judíos en la España romana, *HA* 3, 1973, 331 ss.
Palol, P., de, Demografía y Arqueología hispánica de los siglos iv al viii, *BSAA* 32, 1965, 5 ss.
Rubio, J., Españoles por los caminos del Imperio romano, *CHE* 30, 1959, 23 ss.
Tarradell, M., Población y propiedad rural en el este peninsular durante el Bajo Imperio, *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos,* 231 ss.

Prosopografía

Castillo, C., *Prosopografía Baetica,* Madrid, 1965.
Stroheker, K. F., Spanische Senatoren der spätrömischen und westgotischen Zeit, *MM* 4, 1963, 107 ss.

Religión

Alföldi, G., *Flamines provinciae Hispaniae Citerioris,* Madrid, 1973.
Alarcão, J. et alii, Le culte des Lares a Conimbriga, *CRAI,* 1969, 213 ss.
Blázquez, J. M., Le culte des Eaux dans la Péninsule Ibérique, *Ogam* 9, 1957, 209 ss.
— Caballo y ultratumba en la península Ibérica, *Ampurias* 21, 1959, 287 ss.
— *Religiones primitivas de Hispania.* Fuentes literarias y epigráficas, Madrid, 1962.
— L'Heroïsation équestre dans la Péninsule Ibérique, *Celticum* 6, 1943, 405 ss.
— Culto al toro y culto a Marte en Lusitania, *Actas e Memorias do I Congreso Nacional de Arqueologia,* II, Lisboa, 1970, 147 ss.
— Die Mythologie der Althispanier, *Wörterbuch der Mythologie,* Stuttgart, 1973, 707 ss.
— Propaganda dinástica y culto imperial en las acuñaciones de Hispania, *Numisma,* 23-24, 1973-74, 311 ss.
Deininger, J., Zur Begründung des Provinzialkultes in der Baetica, *MM* 5, 1964, 167 ss.
Étienne, R., *Le culte imperial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien,* París, 1958.
García y Bellido, A., *Les réligions orientales dans l'Espagne romaine,* Leiden, 1967.
— Lápidas votivas a deidades exóticas halladas recientemente en Astorga y León, *BRAH* 168, 191 ss.
Le Roux, P.-Tranoy, A., Contribution a l'ètude des regions rurales du N.O. hispanique au Haut-Empire: deux inscriptions

de Peñafiel, *Congresso Nacional de Arqueologia* 3, 1973, 249 ss.
SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., El culto al emperador y la unificación de España, *Anales del Instituto de Literaturas Clásicas* 3, 1946, 1 ss.
TOVAR, A., L'inscription du Cabeço das Fraguas et la Langue des Lusitaniens, *EC* 11, 1966-67, 23 ss.

Romanización

BLÁZQUEZ, J. M., El legado indoeuropeo en la Hispania romana, *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica,* Pamplona, 1960, 319 ss.
— Estado de la romanización de España bajo César y Augusto, *Emerita* 30, 1962, 71 ss.
— Causas de la romanización de Hispania, *Hispania* 34, 1964, 3 ss.
— Hispanien unter Antoninen und Severern, *Aufstieg und Niedergang der Roemischen Welt,* Berlín.
BRAUNERT, H., Ius Latii in den Stadtrechten von Salpensa und Malaca, *Corolla memoriae Erich Swoboda dedicata,* Graz-Köln, 1966, 68 ss.
BROUGHTON, T. R. S., The Romanization of Spain, The problem and the Evidence, *PPhSA* 103, 1959, 645 ss.
— Municipal Institution in Roman Spain, *CHM* 9, 1965, 3 ss.
CARDOZO, M., La romanizazione del Nord-Ouest della Peninsola Ispanica, *Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistorische e Protostoriche* 3, 1966, 53 ss.
CARO BAROJA, J., *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina,* Salamanca, 1945.
CASSANI, J., Aportaciones al estudio del proceso de la romanización de España. Las instituciones educativas, *CHE* 18, 1952, 50 ss.
DIEGO, F., *Romanización de Asturias. Asturias a través de su epigrafía,* Oviedo, 1963.
ESTEFANIA, M., Notas para la delimitación de los conventos jurídicos en Hispania, *Zephyrus* 9, 1958, 51 ss.
GALSTERER, H., *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der Iberischen Halbinsel,* Berlín, 1971.
GARCÍA Y BELLIDO, A., Las colonias romanas de Hispania, *AHDE* 1959, 448 ss.
— La latinización de Hispania, *AEA* 40, 3 ss.
— Una pausa en el proceso de la romanización de España durante los Julios-Claudios, *Homenaje a Xavier Zubiri,* Madrid, 1970, 607 ss.
LE ROUX, P.-TRANOY, A., Rome et les indigenes dans le nord-ouest de la Péninsule Ibérique. Problemes d'Epigraphie et d'Histoire, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 9, 1973, 117 ss.

MacElderry, R. Knox, Vespasian's Reconstruction of Spain, *JRS* 8, 1918, 33 ss.
Mariner, S., Presencia de la poesía clásica en la España antigua, *Simposio sobre Antigüedad Clásica,* Madrid, 1969, 119 ss.
Menéndez Pidal, R., Colonización suritálica de España según testimonios toponímicos e inscripciones, *ELH* 1, Madrid, 1960, 60 ss.
Sánchez Albornoz, C., Divisiones tribales y administrativas del reino de Asturias en la época romana, *BRAH* 95, 1929, 315 ss.
— Proceso de la romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto, *AHAM* 1949, 5 ss.
Tovar, A., *Latín de Hispania. Aspectos léxicos de la romanización,* Madrid, 1968.
Wattenberg, F., *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la región media del Duero,* Madrid, 1959.

Urbanismo

Almagro, M., *Guía de Mérida,* Madrid, 1969.
Almeida, F. de, *Egitánia,* Lisboa, 1956.
Balil, A., *Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino,* Madrid, 1964.
Blanco, A., Vestigios de la Córdoba romana, *Habis* 1, 1970, 109 ss.
Blázquez, J. M., *Caparra* I, II, III, Madrid, 1965, 1966, 1968.
Blázquez, J. M.-Molina, F.-Contreras, R., *Cástulo,* Madrid, 1975.
Caballero, L.-Arribas, F., *Alconétar,* Madrid, 1970.
Castillo, A., La Costa Brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliú de Guixols: La villa romana de Tossa, *Ampurias* 1, 1939, 186 ss.
Fernández Casado, C., *Puentes romanos en España,* Madrid, s.a.
— *Acueductos romanos de España,* Madrid, 1972.
García y Bellido, A., *Colonia Aelia Augusta Italica,* Madrid, 1960.
— *El urbanismo en España en la Edad Antigua,* Madrid, 1968, 58 ss.
García Merino, C., La ciudad romana de Uxama, *BSAA* 36, 383 ss.
Hauschild, T., Konstruktionen auf der oberen Stadtterrassen des antiken Tarraco, *AEA* 45-47, 3 ss.
Jordá, F., *Las Murias de Beloño (Cenero-Gijón). Una «villa» romana de Asturias,* Oviedo, 1957.
Julia, D., Les monuments funéraires en forme de demicylindre dans la province romaine de Tarragonaise, *Mélanges de la Casa de Velázquez,* 1, 1965, 29 ss.
León, M. P., Los relieves del templo de Marte en Mérida, *Habis* 1, 1970, 181 ss.

MEZQUÍRIZ, M. A., *La excavación estratigráfica de Pompaelo,* Pamplona, 1958.
— La excavación de la «villa» romana de Falces (Navarra), *Príncipe de Viana* 32, 1971, 49 ss.
NIETO, G., *El oppidum de Iruña,* Vitoria, 1958.
PABÓN, J. M., Sobre los nombres de «villa» romana en Andalucía, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* III, Madrid, 1953, 87 ss.
PALOL, P. DE, *Clunia Sulpicia. Ciudad romana,* Burgos, 1959.
SCHLUNK, H.-HAUSCHILD, Th., *Informe preliminar sobre los trabajos realizados en Centcelles,* Madrid, 1962.
SERRA RÁFOLS, J. de C., La villa Fortunatus de Fraga, *Ampurias* 5, 1943, 5 ss.
— *La villa romana de la Dehesa de «La Cocosa»,* Badajoz, 1952.
TARACENA, B., Excavaciones en Navarra: la villa romana de Liédena, *Príncipe de Viana* 11, 1950, 9 ss.
TARACENA, B.- VÁZQUEZ DE PARGA, L., La villa romana del Ramalete (término de Tudela), *Príncipe de Viana* 10, 1949, 9 ss.

Vías

BLÁZQUEZ, J .M., Relaciones marítima entre Hispania y las regiones del Mediterráneo durante la República romana, *Studi in onore de Giuseppe Grosso,* 2, Turín, 1968, 171 ss.
ESTEFANIA, D. M., Vías romanas de Galicia, *Zephyrus,* 11, 5 ss.
ROLDÁN, J. M., *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata,* Salamanca, 1971.

Abreviaturas bibliográficas e indicaciones sobre fuentes

Actas de los mártires, hay una edición de D. Ruiz Bueno, Madrid, 1951, con texto bilingüe; v. también R. Knopf-G. Krüger, *Ausgewählte Märtyrerakten,* tercera ed., 1929. Se citan entre otras las de San Fructuoso y las de Santa Justa y Santa Rufina.

AE = *L'Année épigraphique,* París.

AEA = *Archivo Español de Arqueología,* Madrid.

P. Aguado Bleye y P. Bosch Gimpera, v. *HE.*

AHDE = *Anuario de Historia del Derecho Español,* Madrid.

AHES = *Anuario de Historia Económica y Social,* Madrid.

Ammiano Marcelino, militar y gran historiador del siglo IV.

Anales del Instituto de Literaturas Clásicas, Buenos Aires.

Anthologia Palatina, colección muy extensa de la literatura epigramática griega.

Apiano (siglos I-II): de su gran obra histórica en griego, resumen de literatura perdida, se citan aquí sobre todo la *Ibérica,* referente a la conquista de la Península y los libros de la *Guerra civil* entre César y Pompeyo.

Apolodoro (siglo I d. C.), *Biblioteca,* manual de mitología escrito en griego.

Archivum, Oviedo.

Pseudo-Aristóteles, v. *De mirabilibus.*

Arriano de Nicomedia (siglo II d. C.), autor de obras históricas como la *Anábasis,* sobre las conquistas de Alejandro Magno y otras.

Asconio Pediano (siglo I d. C.), autor de comentarios de mucho interés histórico a discursos de Cicerón.

Ateneo de Naucratis (siglo II d. C.), autor de una extensa compilación en 15 libros, los *Deipnosophistai,* donde en forma de diálogo se tratan cuestiones de antigüedades, gramática, literatura, etc.

S. Aurelio Víctor (siglo IV) escribió los *Césares,* breve resumen de historia romana.

Ausonio, poeta del siglo IV.

Rufo Festo Avieno (siglo IV), autor de la *Ora maritima,* descripción geográfica en verso que transmite fuentes muy antiguas, y de una *Descriptio orbis* que es una traducción libre de Dionisio el Periegeta.

Bellum Alexandrinum, Africanum, Hispaniense, continuaciones de los comentarios de César, debidas a oficiales suyos.

B(R)AH = *Boletín de la (Real) Academia de la Historia,* Madrid.

BSAA = *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología,* Valladolid.

CAN = *Congreso Arqueológico Nacional,* Zaragoza.

Casiodoro, senador de la época del rey ostrogodo Teodorico; autor de obras históricas, de una colección de decretos *(Variae)* y de obras piadosas.

M. Valerio Catón el Censor (siglo II a. C.): se cita de él su breve tratado *De agri cultura* y fragmentos de sus discursos y de su obra histórica titulada *Origenes.*

Celticum, Rennes.

C. Julio César, *Bellum Gallicum* (abreviado también *b. G.)* y *Bellum civile (b. c.).*

Chronica minora, ed. de Th. Mommsen en los *Monumenta Germaniae historica.*

M. Tulio Cicerón: de las numerosas obras del gran orador y escritor se citan especialmente sus colecciones de cartas *(Ad familiares y Ad Atticum),* y de sus discursos el *Pro Balbo,* las *Verrinas, De lege agraria,* etc., así como sus tratados *De republica, De natura deorum,* etc.

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*: en el tomo II se recogen las inscripciones de Hispania (Berlín, 1869, suplemento 1892).

Claudiano, el último poeta pagano, que murió joven, poco después del año 400. Compuso poesías dirigidas a personajes de las cortes imperiales.

Cod. Theod. = Código en que se coleccionaron leyes por orden del emperador Teodosio II.

Coll. Avell. = *Collectio Avellana,* colección de cartas, edictos, etc. de emperadores, magistrados y obispos de Roma entre 367 y 553.

Columela (siglo I d. C.) compuso un extenso e importante tratado, *De re rustica.*

CHE = *Cuadernos de Historia de España,* Buenos Aires.

Concilios visigóticos e hispano-romanos, edición de J. Vives, T. Marín y G. Martínez, Barcelona-Madrid, 1963.

Conimbriga, Coimbra.

Q. Claudio Cuadrigario, analista romano de la segunda mitad del siglo I a. C. Sus fragmentos pueden verse en *HRF*.

De mirabilibus, obra incluida en el *Corpus* aristotélico, aunque sin duda posterior; trata de fenómenos curiosos de la naturaleza, a veces fútiles, a veces de mucho interés.

De viris illustribus, breve resumen de biografías de romanos, escrito en el siglo IV. Figura en una colección con los *Césares,* de Aurelio Víctor.

Digesto, gran colección de textos de tratadistas de derecho dispuesta por el emperador Justiniano.

Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.), autor de una historia universal, de la que se conservan los libros I-V y XI-XX, y fragmentos de los restantes hasta el XL.

Dión Casio (siglo II-III d. C.), autor de una extensa historia romana en 80 libros, de los que tenemos casi completos del 36 al 60, correspondientes a la época entre 69 a. C. y 46 d. C.

Dión Crisóstomo o de Prusa (40-112 d. C.), sofista y autor de discursos y diversos tratados.

Dioscórides de Anazarba (época de Nerón), el más famoso farmacólogo de la Antigüedad. Su *De materia medica* es una botánica que gozó de inmenso crédito.

EAA = *Estudios de Arqueología Alavesa,* Vitoria.

EAE = *Excavaciones Arqueológicas en España,* Madrid.

EC = *Etudes Celtiques,* París.

EE = *Ephemeris Epigraphica,* Berlín.

Claudio Eliano (siglo II d. C.), de Preneste, sofista. Sus libros *De natura animalium* y *Varia historia* contienen curiosidades y anécdotas con escaso espíritu científico.

Escimno (siglo II a. C.), geógrafo de Quíos, al que se atribuye falsamente una *Periegesis* que ha llegado a nosotros.

Estrabón (siglo I a. C.), autor del gran manual *Geographica,* descripción en 17 libros de la tierra conocida. Se cita aquí por libros y capítulos, o bien por la páginas de la edición de Cramer.

Eutropio, autor en tiempo del emperador Valente de un resumen de historia romana, titulado *Breviarium ab urbe condita.*

Expositio totius mundi, traducción latina de un original griego perdido del siglo IV, en el que se da brevemente una descripción de la tierra conocida. Véase en *Geogr. Lat. minores,* ed. A. Riese, 1878.

Julio Exuperancio, autor en el siglo V de un resumen de Salustio sobre las guerras civiles de Mario y Sertorio.

Festo, autor de un extracto de la gran obra lexicográfica perdida de Verrio Flaco (época de Augusto); a su vez la obra de Festo fue de nuevo reducida a compendio por Paulo Diácono, en el siglo VIII.

FHA = *Fontes Hispaniae Antiquae,* en publicación por la Universidad de Barcelona, bajo la dirección de A. Schulten, P. Bosch Gimpera, L. Pericot y otros.

Filóstrato, v. Philostratos.

Annio Floro (siglo II d. C.), autor de una breve y retórica historia de Roma.

Frontino (siglo I d. C.), autor de *Strategemata,* tratado de astucias militares; escribió también de agrimensura, etc. A la primera de estas obras se le añadió un IV libro apócrifo.

M. Cornelio Frontón (siglo II d. C.), retórico africano; en palimpsestos se descubrieron piezas de su retórica correspondencia con Marco Aurelio y otros príncipes de la dinastía.

Galeno de Pérgamo (siglo II d. C.) escribió una verdadera enciclopedia médica compuesta de muchas monografías, y se ocupó también de filosofía. La edición completa de C. G. Kühn comprende 22 tomos (1821-1833, reimpresa hace poco).

Aulo Gelio (siglo II d. C.) escribió las *Noctes Atticae,* gran compilación de materiales de gramática y literatura presentados en forma de diálogo.

Grattius, autor, contemporáneo de Ovidio, de un poema en hexámetros titulado *Cynegetica,* sobre la caza.

Granio Liciniano (siglo II d. C.), historiador del que se recuperó en un palimpsesto una exposición sobre la república romana entre 163 y 78 a. C.

San Gregorio de Tours (siglo VI) escribió, además de obras piadosas, una gran historia de los francos en 10 libros.

HA = *Hispania Antiqua,* Vitoria.

Habis, Sevilla.

HAE = *Hispania Antiqua Epigraphica,* Madrid.

HE = *Historia de España,* dirigida por R. Menéndez Pidal, v. en la bibliografía general Bosch-Gimpera y M. Torres.

Herodiano, autor de una historia en griego de los emperadores romanos entre 180 y 238.

Hidacio o Hydatius, autor gallego del siglo V, que escribió una continuación de la *Crónica* de Eusebio; está editada en las *Chron. min.*

Historia Lausiaca, obra publicada en 419-20 por Paladio, monje en Egipto y Palestina, en la que narra los comienzos del monacato.

HRF = *Historicorum Romanorum fragmenta,* editados por H. Peters, Leipzig, 1883.

San Isidoro, obispo de Sevilla († 636), el más importante escritor hispano de época visigoda; aparte de su gran enciclopedia *Origines* o *Etymologiae,* escribió las historias de godos, suevos y vándalos, y una crónica universal.

IA = *Itinerarium Antonini,* guía de las vías del Imperio, que en la forma que ha llegado a nosotros se atribuye a época de Diocleciano.

Jordanes (siglo VI) extractó a Casiodoro y nos transmitió la historia de los godos bajo el título de *De origine actibusque Getarum.*

JRS = *Journal of Roman Studies,* Londres.

Flavio Josefo (siglo I d. C.), historiador que escribió sobre la *Guerra judaica* de Vespasiano y Tito, en la que había tomado parte, unas *Antigüedades judaicas,* donde explica apologéticamente la historia de su pueblo, y otras obras.

Justino (quizá del siglo III), autor de un resumen, que ha llegado a nosotros, de la *Historia universal* de Trogo Pompeyo.

Tito Livio (siglo I a. C.). De su gran obra histórica sobre Roma se han salvado los libros I-X y XXI-XLV; tenemos también *Periochae* o resúmenes de los libros de toda la obra, que tenía hasta 142 libros, y un número de fragmentos, con los que se editan también los que nos han llegado por el Papiro de Oxyrhynchus núm. 31, y la compilación de J. Obsequens.

Luciano, sofista del siglo II d. C. y gran escritor. De él citamos *La nave o los votos* y otros diálogos.

Lucilio, creador de la sátira romana; militó con Escipión Emiliano contra Numancia; podemos leer sólo fragmentos de la gran colección de sus versos.

MAH = *Mélanges d'Archeólogie et d'Histoire,* París.

Ioannes Malalas, de Antioquía (siglo VI), autor de una crónica universal en la que se combina la historia sagrada judeocristiana con la tradición clásica.

Pomponio Mela (siglo I d. C.) escribió un breve tratado de la tierra conocida: *De chorographia.*

MJSEA = *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* Madrid.

MM = *Madrider Mitteilungen,* del Instituto Arqueológico Alemán.

Nonio Marcelo, gramático, probablemente del siglo IV, que en su *De compendiosa doctrina* recogió como curiosidades gramaticales abundantes fragmentos de literatura romana perdida.

Notitia dignitatum, lista de cargos y dignidades de las cortes imperiales compuesta a comienzos del siglo V.

Julio Obsequens, autor, en época desconocida, de un resumen titulado *Prodigiorum liber,* en el que recoge maravillas y señales interpretadas supersticiosamente en la obra de Livio.

Ogam, Rennes.

Olimpiodoro escribió en la primera mitad del siglo V una historia del imperio de Bizancio, de la que poseemos fragmentos.

Oribasio de Pérgamo, médico de Juliano el Apóstata, escribió una enciclopedia médica en griego que fue muy estudiada.

Orosio, sacerdote cristiano de Gallaecia, que estuvo en relación con san Agustín y escribió una obra de interpretación cristiana de la historia titulada *Historiarum adversus paganos libri VII,* terminada en 418.

San Paciano, obispo de Barcelona a fines del siglo IV y autor de varios opúsculos religiosos.

Papiro de Oxyrhynchus, v. Livio.

San Paulino de Nola, nacido en Burdeos en 353, es uno de los más grandes poetas cristianos de su tiempo.

Petronio (siglo I d. C.), autor de la novela titulada *Satiricón.*

PG = *Patrologia Graeca,* editada por el Abate Migne.

Flavius Philostratos: así se llamaron tres escritores, miembros de la misma familia de Lemnos, que florecieron entre los siglos II y III. d. C. Uno de ellos escribió en la corte de Julia Domna las *Vidas de sofistas* y la de *Apolonio de Tiana.*

PL = *Patrologia Latina,* editada por el Abate Migne.

Plinio (siglo I d. C.), cuya *Historia natural* en XXXVII libros es una vasta enciclopedia del saber antiguo.

Plutarco (siglo I-II d. C.). Sacamos referencias de sus *Vidas paralelas,* principalmente de los personajes que intervinieron en Hispania: Catón, Pompeyo, Sertorio, César, Mario, Marco Antonio, los Gracos. También de otras obras.

Polibio (siglo II a. C.). Se conservan de su genial obra histórica los libros I-V, con la época de las dos primeras guerras púnicas; de otros libros, hasta el 40, tenemos fragmentos más o menos extensos.

Julio Pólux de Náucratis (segunda mitad del siglo II d. C.), autor de un *Onomasticon,* diccionario purista por materias.

Porfirio (siglo III d. C.), discípulo de Plotino y autor de obras de filosofía y religión.

Procopio de Cesarea (siglo VI), el gran historiador de la época de Justiniano: escribió sobre las guerras de este emperador (contra los persas, los vándalos y los godos), sobre las edificaciones emprendidas por orden del mismo, y una *Anécdota* o historia secreta.

PPhSA = *Proceedings of the Philosophical Society of America,* Philadelphia.

Príncipe de Viana, Pamplona.

Próspero de Aquitania (siglo V), autor de poemas religiosos, de obras teológicas en prosa y de una crónica.

Pseudo-Frontino, v. Frontino.

Pyrenae, Barcelona.

Quintiliano (siglo I d. C.), profesor de retórica en Roma, autor del manual *Institutio oratoria* en 12 libros.

RE = *Realencyclopädie der Altertumswissenschaft,* de C. Pauly, G. Wissowa y otros.

REA = *Revue des études anciennes,* Burdeos.

Salustio (siglo I a. C.), historiador del que citamos los fragmentos de su *Historiae,* según la edición de B. Maurenbrecher, Leipzig, 1891-93.

Salviano (siglo V), autor de una interpretación cristiana de la historia titulada *De gubernatione Dei.*

SHA = *Scriptores Historiae Augustae,* colección de biografías de emperadores desde Adriano hasta Caro y sus hijos, que se atribuye a seis autores. Fue compuesta en los primeros decenios del siglo IV.

C. Apolinar Sidonio, poeta galo-romano del siglo v. Sus poesías y sus cartas con un testimonio precioso de la época de las invasiones.

Silio Itálico (siglo I d. C.), autor del poema *Punica* en 16 libros, que contiene noticias, más o menos seguras, sobre la Hispania de la época de Aníbal.

Str., v. Estrabón.

Suetonio Tranquilo, polígrafo de la época de Trajano y Adriano. Escribió las biografías de los doce primeros emperadores, desde César hasta Domiciano, vidas de grandes escritores y muchas obras de erudición que se han perdido.

Symmachus, escritor y político, cónsul en 391, autor de discursos y cartas.

Synesius de Cirene († 413-414), obispo de Ptolemaida, a pesar de sus inclinaciones neoplatónicas; autor de himnos, de obras en prosa y de un epistolario de gran interés histórico.

Cornelio Tácito (siglo I-II d. C.): sus *Anales* y sus *Historias* pertenecen a los más grandes monumentos de la historiografía antigua.

Tertuliano, gran escritor cristiano, nacido en Cartago en 160. Escribió numerosas obras de polémica y doctrina, primero como ortodoxo, luego como partidario de la herejía montanista.

Trogo Pompeyo (siglo I a. C.-I d. C.), v. Justino.

Valerio Máximo (comienzos del siglo I d. C.), autor de una obra titulada *Factorum et dictorum memorabilium libri IX,* colección de anécdotas para uso de los retóricos, que contienen a veces datos históricos.

M. Terencio Varrón (siglo I a. C.): de él citamos su tratado *Rerum rusticarum libri III,* en que se ocupa de la agricultura, con referencias a Hispania, y los fragmentos de sus *Sátiras Menipeas* (ed. de F. Bücheler); escribió otras muchas obras, perdidas, salvo algunos libros de su *De lingua Latina.*

Vitruvio (época de Augusto), autor de un tratado *De arquitectura.*

Zephyrus, Salamanca.

Ioannes Zonaras (siglo XII), autor de una crónica universal que a veces utiliza fuentes perdidas, por ejemplo, Dión Casio.

Zósimo (siglo V-VI), autor de una historia romana que comprende en seis libros, desde Augusto hasta la toma de Roma por Alarico.

Indice

Prólogo 7

Primera parte: La conquista romana

1. La situación de Hispania a finales del siglo III a. C., 9.—2. Hispania entra en el horizonte político de Roma, 11.—3. El choque entre las dos grandes potencias de Occidente: Sagunto, 14.—4. Aníbal marcha a Italia. La respuesta romana en España, 16.—5. Publio Cornelio Escipión, 23.—6. La toma de Cartagena, 24.—7. La última resistencia cartaginesa en España (208-206 a. C.), 29.—8. Se completa la sumisión de la Hispania cartaginesa, 32.—La rebelión: Indíbil y Mandonio. Sumisión de Hispania, 35.—10. Nueva sublevación de Hispania: Catón, 38.—11. Los problemas del dominio de Hispania, 41.—12. Hacia la consolidación de las fronteras, 45. 13. Los lusitanos, 49.—14. Los comienzos de la guerra de Numancia, 50.—15. Paz en Celtiberia; guerra con los vacceos, 55.—16. Galba en la Ulterior; aparición de Viriato, 58.—17. La guerra de Viriato se extiende a Celtiberia, 62.—18. La guerra se recrudece: fin de Viriato, 66.—19. Campaña de Bruto en Galicia; desastres ante Numancia, 68.—20. Escipión; fin de Numancia, 72. 21. La Península sometida, 77.—22. La guerra de Sertorio, sus comienzos (82-77 a. C.), 82.—23. Sertorio frente a Metelo y Pompeyo (77-75 a. C.), 87.—24. El

fin de la guerra sertoriana, 91.—25. Las Hispanias, desde Sertorio hasta la guerra civil cesariana (71-50 a. C.), 95.—26. Hispania en la guerra civil entre César y Pompeyo (49-47 a. C.), 99.—27. Los pompeyanos en Hispania; Munda, 106.—28. Hispania desde el 43 a. C. hasta la guerra de cántabros y astures, 112.—29. La guerra de los cántabros y astures (29-19 a. C.), 115.

Segunda parte: La romanización

I. Acontecimientos históricos en la Hispania pacificada. La historia externa bajo el Imperio hasta Diocleciano 122
1. Hispania bajo la dinastía julio-claudia, 123.—2. Los Flavios, 126.—3. La era de Trajano, Adriano y los Antoninos, 128.—4. Senadores hispanos e influjo hispano, 131.—5. Los Severos; la decadencia, 133.—6. Las invasiones de francos y alamanes en el siglo III y sus consecuencias, 136.

II. Los siglos IV y V 143
1. Diocleciano. Constantino y sus hijos, 143.—2. La época de Teodosio, 146.—3. Revueltas sociales. Las invasiones, 150.

III. La romanización 159

IV. La administración romana en Hispania 162

Tercera parte: Las religiones paganas. El cristianismo

I. Las religiones paganas 167
1. La religión indígena en Hispania, 167.—2. Deidades mistéricas y semitas, 172.—3. Culto imperial. Religión romana, 181.

II. Origen del cristianismo en Hispania 185

Cuarta parte: Economía y sociedad

I. Epoca republicana 192
1. Minería, 193.—2.Agricultura. Vid. Olivo. Arboles frutales. Miel, 213.—3. Ganadería y caza, 218.—4. Pesca y salazones, 221.—5. Comercio. Industrias. Talleres de orfebrería y de escultura, 224.—6. Tributos, 232.—7. Moneda, 233.—8. Coste de la vida, 236. 9. Vías terrestres y marítimas, 237.—10. Población. Desplazamientos, 240.—11. Urbanismo, 241.—12. Problemas sociales, 244.

II. Economía de Hispania desde Augusto a los Severos 244
1. Minerales, 246. 2. Agricultura. Montes. Apicul-

tura. Plantas textiles, 265.—3. Ganadería. Pesca. Caza, 273.—4. Comercio. Banca. Industria, 275.—5. Coste de la vida, 294.—6. Vías, 294.—7. Moneda, 300.—8. Contribuciones aduaneras, 302.—9. Gasto público, 304.—10. Patrimonio imperial, 305.—11. Finanzas municipales, 306.—12 Monopolios, 307.—13. Liberalidades, 308.—Espectáculos públicos, 309. 15. Población y urbanización, 311.—16. Crisis en los siglos I y II, 317

III. Economía de Hispania en el Bajo Imperio 319
1. Minas, 319.—2. Agricultura, 320.—3. Ganadería, 325.—4. Comercio. Importación, 326.—5. Exportación, 329.—6. Comercio interior, 331.—7. Industria metalúrgica. Renacimiento indígena, 332.—8. Industria textil, 337.—9. Industria cerámica, 337.—10. Industrias artesanas, 339.—11. Talleres de mosaicos y y de pintura, 341.—12. Industria de salazón, 342.—13. La circulación monetaria, 343.—14. Metales preciosos y acuñaciones, 345.—15 Tributos, 346.—16. El ejército en Hispania durante el Bajo Imperio, 348.

Notas 349

Bibliografía 355

Abreviaturas bibliográficas e indicaciones sobre fuentes ... 370